

Andrés Burgo

El partido

Argentina - Inglaterra 1986



Este es un libro sobre el partido de fútbol más legendario de la historia: el del 22 de junio de 1986, en el Mundial de México, cuando la selección argentina enfrentó a Inglaterra y le ganó con dos goles de Maradona, uno convertido con la mano, el otro inscripto en el firmamento de las obras de arte. Andrés Burgo reconstruye aquí cada minuto de aquel partido y de aquel día, desde el momento en que los jugadores argentinos despertaron como integrantes de una selección en la que nadie confiaba —habían clasificado con una *performance* agónica— hasta la noche en la que ya se habían transformado en la guardia pretoriana de un dios —Maradona— a quien ese partido ungió como ser mitológico. Retrato de época, de años en los que no existían *sponsors* (Bilardo tuvo que enviar a sus asistentes a recorrer mercados de la ciudad de México para conseguir camisetas azules de tela aireada el mismo día del partido), postal de un tiempo en el que un grupo de jugadores cargó sobre sus espaldas una rivalidad que excedía las fronteras del estadio, el relato avanza poniendo en duda todas las etapas de construcción del mito: ¿la frase «la mano de Dios» la inventó Maradona? ¿Alguien recuerda que los canales de televisión argentinos no enviaron un solo relator a México y que todo el Mundial se relató desde Buenos Aires? Con el viento oscuro de la guerra de Malvinas como telón de fondo, este libro cuenta el revés de aquella trama: la parte real de la leyenda.

Lectulandia

Andrés Burgo

El partido

Argentina-Inglaterra 1986

ePub r1.0

lenny 01.08.16

Título original: *El partido*
Andrés Burgo, 2016
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Estefi, la chica con la que empecé a soñar en 1986, cuando tenía 11 años.

PRIMERA PARTE

ANTES

En un párrafo perdido de un diario amarillento, conservado en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, hiberna una frase del personaje más secundario de la selección argentina de fútbol que ganó el Mundial de México en 1986.

«Nos contó Mariani, el ayudante de Carlos Bilardo, que Maradona ese día, el domingo 22, se levantó más temprano que nunca y que su buen humor lo desparramó por todos los rincones de la habitación», dice la frase, publicada por el diario *La Nación* en un recuadro del martes 24 de junio de 1986, dos días después del partido del 22 de junio contra Inglaterra, el domingo en que Maradona hizo dos goles que lo convirtieron en un semidiós.

De ese pequeño texto, tan marginal que no tiene firma y está atribuido a «nuestros enviados especiales a México», un apellido me llamó la atención. «Mariani», decía esa página a punto de deshilacharse, encuadrada en el tomo que aglutina las ediciones de *La Nación* de junio de 1986.

«Mariani, ¿qué Mariani?», me pregunté. Deduje más o menos rápido que podía ser Roberto Mariani, un nombre que, de todos modos, registraba con vaguedad. Creía recordar que había sido un técnico transitorio de Vélez a comienzos de la década de 1990, cuando el equipo de Liniers amagaba pero no salía campeón, y de San Lorenzo algunos años más tarde. En los dos casos identificaba a Mariani como una salida de emergencia, durante un puñado de partidos, a la espera de que los dirigentes arreglaran con entrenadores de mayor pedigrí. También creía recordarlo más como un especialista en divisiones inferiores que de Primera, pero su presencia en el staff del cuerpo técnico del Mundial 86 era un dato que desconocía.

Para enumerar al mediocampo del Racing que salió campeón en 2014 tengo que esforzarme. Si me preguntan quién jugaba a la derecha de Ezequiel Videla y tuviera que responder en un segundo, no sabría a quién mencionar. En cambio, del fútbol de 1986, el año en que yo tuve 11 años, recuerdo todo.

Sé quién era el arquero de Deportivo Mandiyú en el Nacional B (Oscar Manis) y por cuánto le ganó Huracán a un equipo sanjuanino llamado Unión de Villa Krause (9 a 2, como visitante). De finales de 1985 incluso puedo detallar cómo terminó la final de Primera C: Armenio 4-Almagro 2 en cancha de Defensores de Belgrano, expulsado un tal Méndez, arquero de Almagro.

El Mundial de México 1986, el mío, aún no terminó: lo sigo jugando en la memoria. No me olvidé del 10 de Marruecos (Aziz Bouderbala), ni del árbitro de España 1-Brasil 0 (un australiano de apellido Bambridge) ni de resultados baladíos (Paraguay 1-Irak 0). Cada dos o tres meses evoco títulos de la revista *El Gráfico*: «El apogeo del fútbol» para el partidazo Bélgica 4-Unión Soviética 3 o «Es un placer reportear a Platini» para una entrevista al 10 de Francia. A la camiseta que Dinamarca usó en ese Mundial la sigo eligiendo como la más hermosa de la historia. *Héroes*, el documental oficial de la FIFA de México 86 (la más argentina de las películas de

fútbol, paradójicamente realizada por ingleses: el director Tony Maylam, el productor Drummond Challis y el musicalizador Rick Wakeman, todos británicos, se encargaron de la edición, en Londres, algunas semanas después del Mundial), es una de las películas que más vi en mi vida. De los futbolistas argentinos de esa Copa del Mundo —y de los de Italia 90, cuando ya tenía 15 años— recuerdo hasta su segundo nombre. Ricardo Omar Giusti, Héctor Adolfo Enrique, Jorge Luis Burruchaga. Así como Nick Hornby escribió en *Fiebre en las gradas* (Anagrama, 1992) que en la exacerbación de su fanatismo por el Arsenal de Londres sabía cómo se llamaban las esposas de los jugadores, en una época yo también *conocía* a las mujeres de mis ídolos del 86: Nancy la de Ruggeri, Mariana la de Borghi. Ni hablar de Maradona: su vida y obra en México la hice mía. Incluso de los ayudantes del técnico, Carlos Bilardo, sabía más que de Belgrano, Sarmiento o San Martín. Memorice pelos y señales de su colaborador principal, Carlos Pachamé; del preparador físico, el Profe Echevarría; del masajista, Roberto Molina; y de los utileros, Tito Benros y Galíndez. En algún punto eran mis superhéroes.

¿Pero entonces quién era Mariani, ese hombre vinculado a la selección, a mi gloria infantil? Si ni siquiera figuraba en el póster de la selección campeona del mundo que *El Gráfico* había publicado en 1986 y que durante varios años estuvo colgado en mi habitación. Hasta los utileros estaban, pero no Mariani.

La duda me sacudió al abrigo de las luces tenues de la hemeroteca, en una sala ajena al ruido exterior de Buenos Aires, mientras me zambullía en la investigación para escribir una crónica —esta crónica— de un partido jugado a 7.500 kilómetros y casi tres décadas de distancia, el Argentina 2-Inglaterra 1 del mediodía del 22 de junio de 1986, en el estadio Azteca del DF, por los cuartos de final. No dejaba de ser extraño: la hemeroteca es un lugar tan opuesto al rito futbolero que para entrar hay que descender, en silencio, hasta el subsuelo de la Biblioteca Nacional, mientras en cambio, para ver fútbol, trepamos por las escaleras con el paso tenso hasta ocupar las tribunas.

Alejados del zumbido de las multitudes, unos pocos historiadores, periodistas y curiosos hojeábamos páginas carcomidas por los ácaros, cada uno en búsqueda de su pequeño tesoro. El mío, entendí más tarde, estaba oculto en ese párrafo anónimo, el de «nos contó Mariani que ese día, el domingo 22, Maradona se levantó más temprano que nunca y que su buen humor lo desparramó por todos los rincones de la habitación».

Es una oración que puede pasar desapercibida, como una anécdota trivial de un protagonista secundario.

O no.

Porque esa frase es, también, un *zoom* directo al amanecer de un día fabuloso. El tal Mariani podía ser mucho más de lo que aparentaba, un actor de reparto olvidado en la historia: también podía ser, y de hecho lo era, un testigo directo de la historia. Había estado en la placenta del partido más feliz del fútbol argentino, en la habitación

del gran protagonista recién levantado, todavía en la cama, en las horas previas al esplendor. El primero de los discípulos que acompañaron a Maradona en su domingo bíblico.

Durante varias semanas intenté conseguir un número de teléfono que no parecía estar en la agenda de ninguna redacción, ni en Argentina ni en Chile, el último país en el que Roberto Mariani había trabajado. Consulté a productores de los programas deportivos de más audiencias y a colegas que se especializan en los torneos de Ascenso. A una frustración le seguía otra. Ni es que las pistas se disolvieran en callejones sin salida: no había pistas. Hasta que en febrero de 2015, y en verdad ya no recuerdo cómo, di con su número y lo llamé. Apenas lo escuché del otro lado de la línea, lo primero que le pregunté, después de presentarme, fue si efectivamente había trabajado con la selección en el Mundial 86. Me respondió que sí, le conté que estaba escribiendo un libro sobre el partido de Argentina-Inglaterra en esa Copa del Mundo, y me citó en una confitería de Floresta. Antes de salir, busqué fotos suyas en Google, para reconocerlo. Las más vigentes eran de su tarea como técnico, en 2011 y 2013, de dos clubes menores de Chile, Deportes Concepción y Coquimbo Unidos.

Al llegar a la confitería lo distinguí en una de las mesas de la vereda, debajo de un toldo que lo protegía de una llovizna de verano. Le hice señas desde lejos, pareció corresponderme, y entonces me acerqué.

—Hola, soy Andrés, el periodista —le dije.

—Ah, sí qué tal, te estaba esperando —me contestó—. Este es mi barrio de siempre. ¿Ves ese colegio? Ahí estudió Claudia el secundario, cuando era la novia de Diego. Maradona venía a buscarla en el auto, le tocaba bocina y ella se subía.

Mariani tiene 73 años y una larga relación con la clase obrera del fútbol. Primero fue jugador-golondrina del Ascenso. Después, a sus fugaces pasos como entrenador de Vélez y San Lorenzo, que de tan fugaces no aparecen en Wikipedia, le siguieron largos años en clubes de Bolivia y de Chile. Pero ese tipo de biografía se repite en miles de jugadores y técnicos, en los trabajadores rasos y en la elite de la pelota: lo que hace especial a Mariani es que fue uno de los expedicionarios que secundaron a Maradona en su conquista al Everest del fútbol, el 22 de junio de 1986. Así como los alpinistas contratan como porteadores a los *sherpas* para atacar el techo de los Himalayas, la gran cumbre maradoniana también necesitó de un conjunto de gregarios. Algunos reconocidos, como Jorge Valdano u Oscar Ruggeri —o el narrador de la aventura, Víctor Hugo Morales—, y otros anónimos, como Mariani, cuyo rol en 1986 —me explicó cuando nos vimos— era secundar a Bilardo detrás del ayudante principal del técnico, Pachamé. O sea, un secretario adjunto que a veces debía ocuparse de la logística administrativa.

Por supuesto nadie lo reconoció durante la hora que hablamos, y en un momento me dieron ganas de contarle al mozo y a la gente que pasaba por la vereda de Álvarez Jonte y Benito Juárez, indiferente a nuestra charla: «Ey, mírenlo: él estuvo sentado en la cama de Maradona la mañana de los goles a los ingleses».

—Ese día —dijo Mariani— Maradona se despertó más temprano que de costumbre, pero después se quedó boludeando en la habitación. Éramos cuatro. Él y Pasculli, que dormían juntos, más el Profe Echevarría y yo, que éramos los que pasábamos a despertar a los jugadores. En un momento, Diego dijo: «Tengo unas ganas de comerme un sánduche de mortadela». Y nosotros teníamos mortadela, eh: habíamos llevado mucha comida desde Argentina por el terremoto que hubo en México en 1985. Pero Diego también contó que había hablado con sus hermanos, con Lalo (Raúl) y el Turco (Hugo), de una jugada en la que él se recostaba sobre la derecha, encaraba, dejaba rivales en el camino y definía al segundo palo. Y entonces dijo: «Tengo unas ganas de hacerle un gol de esos a los ingleses». Y bueno, un rato después, de esa manera, hizo el gol de su vida.

Dejamos la confitería cuando ya era de noche. Caminamos una cuadra juntos, por Jonte, y quedamos en volver a hablar. «Cualquier duda me llamás, pibe», se ofreció. Sin embargo, desde que lo despedí me pregunté varias veces si Mariani había sido honesto: parte de su testimonio sonaba a guion cinematográfico. ¿Maradona había expresado en la intimidad, en las horas previas al partido, el deseo de querer convertir el tipo de gol que efectivamente convertiría, un gol imposible de teorizar, una obra sin planos, pura inspiración? ¿O formaba parte de un relato que Mariani había fabricado, contándoselo una y otra vez a sí mismo, hasta creerlo; de una narración construida a su conveniencia?

Esa pulseada entre lo que pasó y lo que recordamos que pasó iba a ser un dilema que se reiteraría al consultar a los demás participantes del 22 de junio de 1986, a los anónimos y a los famosos.

Después de haber entrevistado a decenas de protagonistas en su intento de reconstruir un fallido intento de golpe de Estado en 1981, el escritor español Javier Cercas concluyó en *Anatomía de un instante* (Mondadori, 2009): «Anteponemos nuestros recuerdos a lo que realmente sucedió». El escritor y neurólogo inglés Oliver Sacks publicó un ensayo sobre los complejos mecanismos de la memoria y la capacidad que tenemos los hombres para generar recuerdos inexistentes que al final son tan sólidos y reales como los auténticos.

—Se trata de recordar, no de inventar. Tené en cuenta que pasaron casi treinta años —me respondió Valdano, uno de los delanteros de aquel partido, después de que le enviara por correo electrónico una serie de preguntas muy puntuales de un Argentina-Inglaterra que es, cada vez más, un rompecabezas entre la realidad y la fábula.

Si hubiera que rescatar de un naufragio a un puñado de partidos de la historia universal —tres, cuatro, cinco partidos de cualquier época del deporte más popular del planeta—, el 2 a 1 contra los ingleses debería quedar a salvo. Es el paraíso del fútbol argentino. Hubo cientos, miles de tardes y noches con más goles y con mayor belleza colectiva, pero ninguna con esa carga simbólica. Ese partido es un aleph del fútbol que lo tuvo todo, y todo lo que tuvo nos favoreció. El macho alfa de los goles y

el más ilegítimo, la deificación de un futbolista en un puñado de minutos, el trasfondo de las llagas de una guerra todavía abiertas, y el contexto deportivo perfecto: los cuartos de final de una Copa del Mundo.

Yo evoco al de México como el gran Mundial de mi vida, y dentro de ese Mundial al partido de Argentina-Inglterra como el gran partido de mi vida como hincha de la selección. Y sin embargo me cuesta recordar cómo fue *mi* 22 de junio de 1986: cómo y dónde vi el triunfo contra los ingleses. Son noventa minutos que casi no recuerdo haber visto y que sin embargo nunca dejé de ver.

¿Cómo se rescata un día desde el que ya pasaron diez mil días, un día que tuvo un solo actor principal? Sin Maradona, sin su rol aplastantemente protagonista, no recordaríamos aquel domingo. Esta es la crónica de aquel partido, protagonizado por un solo jugador, pero es también la crónica de una tesis colectiva: por su propia cuenta, en solitario y sin un tejido deportivo y social que lo rodeara —si hubiera sido tenista, si hubiera sido apátrida—, Maradona no habría construido su leyenda en ese partido contra Inglaterra. Esta es, también, la crónica de los actores secundarios que confluyeron para edificar la mitología de ese partido. Los personajes complementarios del 22 de junio de 1986, la letra chica de la épica, los monaguillos de la misa maradoniana, configuran un largo y heterodoxo inventario formado por sus compañeros, por quienes lo masajearon, por quienes le confeccionaron la camiseta, por el relato de Víctor Hugo Morales, por una terna arbitral ignota, por la lealtad de los futbolistas ingleses, por el recuerdo de los soldados que habían combatido en la guerra de Malvinas. De todo eso, de todos ellos, se nutrió el último héroe en pantalones cortos: los hizo suyos, y nos hizo suyo.

Maradona ya habló del tema muchas veces, y en cualquier momento volverá a hacerlo. Intenté entrevistarle para este libro, pero me explicaron que lo conveniente, si uno no tenía un vínculo previo con él, era acercarle una oferta económica. Un par de colegas intentaron ayudarme haciendo un nexo, pero no fue posible, de modo que desistí.

Aquí hablan los testigos directos de un partido único, los que también hicieron del 22 de junio de 1986 una gesta a la que —aun a miles de kilómetros del Azteca— siempre sentimos como propia.

Si el testimonio de Mariani suena inverosímil —por lo feliz, por lo profético—, al menos no es el único.

«Mi habitación estaba al lado de la de Diego, yo salía y lo veía —le contó el médico del plantel, Raúl Madero, al periodista Diego Borinsky, de *El Gráfico*, en octubre de 2015—. Diego andaba con problemas en la columna, entonces le daba un analgésico con un pinchacito. Eso hice la mañana del partido con Inglaterra. Ahí le dije: “¿Sabe que soñé que va a ganar Argentina por dos goles y los dos goles los va a meter usted?”. Le comenté eso y Diego me dice: “Yo soñé lo mismo, tordo”.»

Unas diez horas después de ese augurio, ya en la noche del 22 de junio de 1986, y cuando el plantel festejaba el triunfo ante Inglaterra en un restaurante del Distrito

Federal, José Luis «El Tata» Brown, uno de los jugadores de aquella selección, les comentaría a dos enviados de la revista *Sólo Fútbol*: «Y bueno, ahora tendré que pagarle la apuesta a este genio. ¿Podés creer que Diego había dicho antes del partido que ganábamos 2 a 1 y él hacía los dos goles?».

Como las epopeyas también se alimentan de escenas cotidianas, los integrantes de la delegación argentina que primero se despiertan el 22 de junio de 1986, en el Distrito Federal, son los de menos linaje dentro de la pirámide social del plantel. O sea, los utileros. Uno, Miguel Di Lorenzo, alias Galíndez, es locuaz, casi la mascota de la selección. Los jugadores lo quieren no tanto para que cumpla su doble trabajo de utilero y masajista sino para distenderse a su lado. De perfil más subterráneo, el utilero principal es Rubén Benros, alias Tito. Unos minutos antes de las 6:30, Benros y Galíndez apuran los primeros mates del día. Una disimulada exaltación comienza a derramarse por la atmósfera argentina. El agua, y ese fue el primer consejo que el plantel escuchó a su llegada al DF —según recordará Rubén Benros, casi treinta años después—, debe ser hervida. Más que un consejo es una orden médica para contrarrestar los peligros de las napas de una ciudad que no garantiza agua potable. Los utileros esperan la llegada de una camioneta de la FIFA: deben trasladar los baúles con las camisetas, botines, pelotas, vendas, cremas y toallas desde la concentración argentina —el complejo habitacional y deportivo que el club América le prestó a la AFA en Villa Coapa, al sureste de la capital mexicana— hasta el estadio Azteca.

—Bilardo me volvía loco con la hora de llegada a la cancha —recuerda Benros, con la voz desgastada de sus 80 años, en una confitería de La Plata—. El partido comenzaba a las 12 pero quería que llegáramos 7:30.

Localizar a este utilero argentino no resulta fácil casi tres décadas después: el fútbol grande le soltó la mano. Es el destino de su profesión: los utileros primero comparten la intimidad con el *crack* y después son los olvidados. Cuando al fin me senté enfrente de Benros una mañana de octubre de 2014, atrás había quedado una búsqueda desorientada: no había brújula que sirviera. Lejos de las utilerías, en los últimos años había adoptado una vida de gitano: había dormido en un hotel de la periferia de La Plata —el Eros—, permanecido internado en un hospital de la zona tras una operación de corazón y, finalmente, se había mudado al Instituto Alberdi, una residencia geriátrica ambulatoria de Ensenada, donde desde entonces regresa cada noche tras pasar gran parte del día en La Esquina, un bar de 8 y 47. Lo busqué durante un año —distanciado de gran parte de su familia, y sin que en el Eros supieran de su rastro, seguí una pista falsa que me llevó a un albergue transitorio de Los Hornos, ubicado en una calle de tierra, en donde dijeron no conocerlo— sin saber que solía parar en uno de los cruces más emblemáticos del centro de La Plata. Los dueños de la confitería y las mozas lo miman y le invitan rondas de café. Sin recibir ayuda de la AFA, Tito tenía a su cargo las camisetas del 86 y no se quedó con ninguna. Algunas las regaló, otras se las sacaron.

—Cuando fuimos a la inauguración del Mundial, Italia-Bulgaria en el Azteca —dice Benros—, Bilardo me encaró: «¿A qué hora pensás ir al estadio para los

partidos?». Yo le dije a las 9 y me respondió que de ninguna manera, que a las 7:30 tenía que estar ahí. «Este tipo está rayado», les comenté en confianza a los jugadores, pero el partido comenzó quince minutos más tarde y Bilardo me encaró: «¿Sabés por qué te dije que vinieras más temprano? Primero, porque Luis Alberto Nicolao, un nadador, perdió una medalla en los Juegos Olímpicos (de Tokio 1964) porque había mucho tráfico en la calle, no llegó a tiempo al estadio y las autoridades lo descalificaron. Y segundo, porque Bulgaria acaba de llegar tarde al Azteca y no le descontaron los puntos porque se hizo una excepción: era el partido inaugural del Mundial y se armaba un escándalo si lo suspendían.»

Treinta años después, el otro utilero de la selección de entonces, Galíndez —que además cumplía el rol de masajista—, vive con mayor holgura que Benros. Trabajó quince años a la sombra de Maradona en la selección, Argentinos Juniors, Boca, Barcelona y Napoli —y también fue auxiliar en el River campeón de América y del mundo—. Un mediodía de abril de 2015, sentado en una de las mesas de su local, una cadena de hamburgueserías en Ramos Mejía, Galíndez habla de México 86 como si hubiera sido una experiencia lisérgica.

—En la mañana de cada día de partido, bien temprano, una camioneta de la FIFA nos pasaba a buscar por la concentración del América a Tito Benros y a mí —recuerda Galíndez—. Yo llevaba la Virgen de Luján. Con los jugadores habíamos visitado la Basílica unos días antes del Mundial y a cada uno nos regalaron una réplica. Lo primero que hacía era poner mi Virgen sobre un armario. Nos miraba desde ahí arriba. Después con Tito pasábamos a preparar jugo de fruta.

En la mañana del 22 de junio de 1986, en los bultos que los utileros comienzan a deshacer en el vestuario del Azteca está la camiseta que Maradona convertiría en reliquia a partir del mediodía pero que a esa hora, con las primeras luces del domingo, permanece oculta, escondida entre decenas de kilos de ropa. Es un modelo azul, el alternativo al celeste y blanco titular, con una particularidad: son camisetas confeccionadas la noche anterior, el 21 de junio de 1986.

Son camisetas urgentes. Serán camisetas de culto.

Para que la selección tuviera que enfrentar a Inglaterra con una indumentaria hecha a las apuradas influyeron varias cuestiones: la primera fue el contrato que la AFA firmó con Le Coq Sportif en 1979. Que las selecciones tendieran acuerdos con empresas textiles era un asunto relativamente nuevo en México 86. Durante muchos años, Argentina usó camisetas sin marcas visibles: eran casas de ropa deportiva que fabricaban remeras sin bordarle ni estamparle su logo comercial. Muy atrás en el tiempo, en las décadas de 1920 y de 1930, Argentina jugaba con indumentaria de dos firmas inglesas establecidas en Buenos Aires, St. Margaret y Gath & Chaves. En los inicios de los partidos televisados, en los Mundiales de Suecia 58 y Chile 62, el fabricante oficial de la AFA fue Industria Lanús, también llamada Uribarri Hermanos, una empresa pionera que además les fabricaba la indumentaria a los equipos domésticos, entre ellos River: las viejas camisetas de piqué. Las alemanas Adidas y Puma todavía no se habían insertado en la Argentina y Nike y Topper aún no existían. La moda en el fútbol no suponía un negocio y las marcas pasaban con fugacidad: en Inglaterra 66, la selección jugó con camisetas Sportlandia pero enseguida el productor volvió a ser Industria Lanús-Uribarri Hermanos. Adidas firmó contrato con la AFA en 1974 y la selección exhibió por primera vez, en el Mundial de Alemania, un logo comercial sobre su camiseta, el famoso trébol, aunque todo era tan efímero que Uribarri reapareció entre 1976 y 1977. Incluso en el triste amistoso como visitante ante Polonia del 24 de marzo de 1976, el día del golpe militar en Argentina, el fabricante fue una marca ignota, Sports Hardy Brown.

Con la explosión comercial de los Mundiales y de los Juegos Olímpicos (Adidas creó ISL, una empresa que monopolizó los derechos televisivos de las grandes competencias), el negocio de la indumentaria deportiva dejó de ser marginal a finales de los años setenta. Adidas volvió a convertirse en la proveedora oficial de la AFA para el Mundial 78, organizado por Argentina, aunque otra vez sería una relación transitoria: al año siguiente comenzó un vínculo entre la selección y Le Coq Sportif que duraría una década, de 1979 a 1989. Recién en el semestre previo al Mundial 90, Adidas retomó su relación con la AFA y la mantuvo hasta la actualidad, con una única interrupción, la de Reebok de 1999 a 2001. Pero el triunfo de México 86 le correspondió a Le Coq Sportif, una marca francesa que pertenecía a Horst Dassler, el hijo de Adi, dueño de Adidas, por lo que las dos empresas competían entre sí aunque pertenecían a la misma familia.

La vestimenta figuraba entre las múltiples previsiones que Bilardo había ensayado antes de viajar a México para contrarrestar los 2.238 metros del Distrito Federal y los partidos programados al mediodía. El entrenador creía que una camiseta liviana ayudaría a combatir la altura y el calor, los rivales silenciosos del Mundial, y en Buenos Aires encargó una remera más ligera que la habitual. Después de algunas vacilaciones, Le Coq Sportif cumplió el pedido de Bilardo y Argentina viajó a

México con una indumentaria confeccionada a base de una tecnología denominada Air-Tech, conocida en el plantel como «panal de abeja»: era una camiseta con decenas de orificios minúsculos que evitaban que la transpiración se acumulara y que, con el paso de los minutos, sumara un peso adicional. El problema fue que ese diseño solo se aplicó para la vestimenta titular, la celeste y blanca, y no para los dos juegos suplentes, una alternativa azul y otra blanca. En los partidos de la primera ronda, ante Corea del Sur, Italia y Bulgaria, la selección jugó con el modelo liviano, el del «panal de abejas». Pero en el cuarto, contra Uruguay, un equipo con camiseta celeste, Argentina debió recurrir a la azul, el diseño que no evitaba la acumulación del sudor. Como además llovió, y mucho, el peso de la remera se multiplicó en los últimos minutos del partido: al agua de la transpiración se le sumó el de la tormenta. Recordadas tanto tiempo después, aquellas camisetas parecen haber sido de plomo.

Uno de los mediocampistas de la selección de 1986, Ricardo Giusti, se ríe cuando le menciono el tema en febrero de 2015. Sentado en su oficina de representantes de futbolistas, en Rosario, el Gringo no subió un kilo desde que dejó de ser atleta profesional —«voy al gimnasio y juego al fútbol una vez por semana», explica—. A los 59 años está encanecido, pero a un buen costo: mantiene la misma cantidad de pelo que tenía en 1986. También conserva su memoria. Es uno de los campeones que evocan con más precisión la gloria y el delirio.

—Contra Uruguay jugamos con una remera a la que no le pasaba la transpiración, era una locura —se divierte Giusti—. Y además hacía calor, humedad, y no sé si fue Diego o alguno que le dijo a Julio (Grondona, el presidente de la AFA) que ya no se podía jugar más con eso.

—Terminó el partido con Uruguay —dice Benros, el utilero, en La Plata— y Bilardo me para: «Agarrá una camiseta que la vamos a pesar». Eran las azules, estaban empapadas y buscamos una balanza. Te exagero, pero pesaban algo así como diez kilos. Carlos dijo: «Hay que cambiarlas».

Cuando Inglaterra eliminó a Paraguay, el miércoles 18 de junio, y se cruzó en el camino de Argentina, la AFA se encontró ante una disyuntiva parecida a la que había atravesado ante Uruguay: la camiseta titular, la albiceleste, se volvía a parecer a la de su rival, la blanca de los británicos. Corrían riesgo de confundirse los jugadores y también los televidentes: eran épocas en que buena parte del planeta seguía el Mundial en televisores en blanco y negro. A diferencia del choque rioplatense, en el que la selección sí o sí debía usar la camiseta azul (los uruguayos solo tenían blancas o celestes), las federaciones de cada país acordaron un sorteo cuyo ganador tendría derecho a elegir su indumentaria titular. O esa fue siempre la versión oficial. Un experto en temas reglamentarios, enviado por la AFA a México 86 para vivir dentro de la concentración argentina y asesorar al plantel en cuestiones disciplinarias, Ángel Coerezza, ex árbitro en los Mundiales 1970 y 1978, ofrece una explicación diferente:

—Fue un «no sorteo» que seguro lo iba a ganar Inglaterra —recuerda Coerezza, con sus señoriales 82 años, en un bar de Belgrano, una mañana de diciembre de 2014

—. Estamos hablando de 1986 y entonces en la FIFA era todo de Europa. Los sudamericanos no teníamos poder y todo eso se manejaba.

Argentina se encontró ante una calle sin salida. Debía recurrir a la azul, la camiseta que ante Uruguay había incomodado tanto a los jugadores.

—Bilardo se desesperó —asegura Benros— y me pidió «vamos a conseguir esas camisetas con agujeritos, las de béisbol». Lo dijo porque en México se juega al béisbol, pero primero agarró una tijera y empezó a agujerear las camisetas azules, las que se habían usado contra Uruguay. En eso pasa un jugador y le dice: «Eh, Carlos, es la selección argentina, cómo vamos a jugar así». Bilardo se dio cuenta y me dijo: «Andá vos y Moschella —Rubén, el empleado de la AFA que durante el Mundial vivía en la concentración del América y se ocupaba de tareas logísticas— y me consiguen una camiseta azul liviana».

Es una noche de noviembre de 2014, y Bilardo está sentado en una oficina de radio La Red, en Palermo, 45 minutos antes de que comience *La Hora de Bilardo*, el magazine que conduce desde hace veinte años con un estilo muy personal: en un mismo bloque puede saltar del día en que se recibió de médico a sus frustrados intentos de mediación entre Pablo Escobar y Miguel Rodríguez Orejuela, los jefes de los carteles de Medellín y Cali, a comienzos de los años ochenta, cuando él dirigía en Colombia. Bilardo no solo despliega su verborragia en el programa: hablar con él también es una aventura incierta. Ese mismo mediodía yo lo había llamado a su teléfono celular para pedirle la entrevista y, sin que nos conociéramos, me preguntó si podía prestarle bibliografía del fútbol boliviano y ecuatoriano en los Mundiales. Debía prepararse, me explicó, para un congreso al que tenía que asistir en Chile la semana siguiente. Yo no tenía ningún libro al respecto, pero a las pocas horas estábamos frente a frente y le preguntaba cómo había sido la historia de la camiseta que Argentina usó contra Inglaterra en 1986. Entonces comenzó su monólogo.

—Yo lo único que hice fue discutir, discutir, discutir, con la gente de Le Coq —dice—. El problema es que Le Coq, en México, me tenía podrido con el cuello. Ellos lo querían redondo y yo lo quería en «v». Antes de los partidos hablaba con los jefes y les decía «hace un calor terrible, cortá el cuello», pero no me daban bola, así que agarré una tijera y la corté yo. Le hice un escote delante de ellos. Me decían «No, ese no es el diseño», y yo les retrucaba. «Entonces decile al que la diseñó que los jugadores no pueden estar así». Porque los jugadores se hacían así con el cuello —Bilardo se lleva la mano a su nuez de Adán y hace el gesto del pez que boquea fuera del agua—. Corté la camiseta con escote en «v» y se armó un quilombo bárbaro.

Después de que Le Coq Sportif se negara a fabricar un nuevo juego de camisetas en tiempo récord (y que las camisetas recortadas por Bilardo quedaran fuera de opción por motivos obvios), los emisarios del entrenador salieron hacia las calles del Distrito Federal para comprar nuevas. El técnico les había dejado un pedido muy específico: debían ser azules, livianas, con cuello en v y marca Le Coq Sportif, o sea con el logo del gallito. Con la inminencia del partido convertida en una bomba de

tiempo, los encargados de la búsqueda delirante fueron Benros y Moschella.

Dos testigos de un mismo episodio suelen entregar versiones distintas, en el mejor de los casos complementarias, pero casi nunca coincidentes. Al otro lado de la línea telefónica, casi treinta años después de México 86, Moschella sostiene que aquella trepidante búsqueda por locales deportivos del Distrito Federal para comprar las camisetas fue el viernes 20, pero Benros apuesta que aconteció el sábado 21. No es la única divergencia.

—Entramos a cinco o seis locales, y nada, no encontrábamos nada —recuerda Moschella.

—Era una cosa de locos. Con Moschella nos recorrimos toda la ciudad y no había ninguna camiseta parecida a la que buscábamos —agrega Benros—, hasta que pasamos por una tiendita chiquita y vimos un maniquí con una camiseta azul Le Coq. Entramos y encaramos al vendedor: «Queremos esas, las de la vidriera». Nos dijo que sí, que tenía, pero tuvimos que aclararle que éramos de la selección argentina y que las necesitábamos para jugar contra Inglaterra: «Mire que queremos como cuarenta, eh». El tipo llamó por teléfono, no sé con quién habló, y nos preguntó para cuándo las queríamos. «¡Para hoy!», le dijimos. Nos contestó que al mediodía las tendría. Era sábado. Faltaba un día para el partido. Y al mediodía llegaron a la concentración.

En marzo de 2015, uno de los mediocampistas ofensivos de aquel equipo, Jorge Burruchaga, agrega una tercera hipótesis a la historia de la camiseta. Mientras pide un café *espresso* —«el de siempre», le indica al mozo de su confitería habitual, Jonathan, en el barrio de River—, el hombre que en México 86 convertiría el gol decisivo en la final ante Alemania añade un dato que no coincide con los relatos de Benros ni de Moschella.

—Lo de las remeras se arregló porque Héctor Zelada, el tercer arquero del plantel, jugaba en el América de México y vivía en el Distrito Federal desde hacía varios años —dice Burruchaga—. Entonces conocía un par de negocios deportivos. Pasó la dirección de esos locales y allá fueron.

El eje medio de la selección de 1986, Sergio Batista, va un paso más allá. Una noche de abril de 2015, pocas horas antes de viajar a la península arábiga para asumir como técnico del seleccionado de Bahrein, Batista recuerda un dato extra: que Zelada no pasó la dirección de un local de ropa deportiva cualquiera, sino la dirección de su propio local.

—Menos mal que Zelada vivía y jugaba en México y tenía una casa de deportes —precisa Batista, en una mesa en la vereda de una heladería de Villa Urquiza—. Entonces los muchachos fueron a su local y compraron las camisetas.

El caso de Zelada, el tercer arquero en consideración de Bilardo por detrás de Nery Pumpido y Luis Islas, es para el Guinness de los récords: un santafesino campeón del mundo que nunca jugó ningún partido en la selección. Zelada era un desconocido —y lo sigue siendo— en Argentina. Pero en el Distrito Federal encendía multitudes. Comenzó a atajar en Rosario Central y en 1978 se radicó en México, y

participó de un torneo en el que construyó una gran campaña en el América, el equipo más popular. Era arriesgado —uno de los primeros arqueros en patear tiros libres, una extravagancia en la época— e irradiaba carisma —tricampeón mexicano 1984-85-86—, un combo que le valió la idolatría de la hinchada. Para su inclusión en el equipo argentino incidieron sus condiciones en el puesto, la empatía que generaría en el público mexicano y una especie de retribución —nunca explícita— de la AFA al América a cambio de que la selección se entrenara y durmiera en su predio durante el Mundial. Lo que nadie preveía es que Zelada también actuaría como utilero improvisado.

Lo extraño, casi treinta años después, es que ni el propio arquero recordaba su participación en las correrías de las horas previas al partido contra Inglaterra. En septiembre de 2015, vía Skype desde su casa en Cancún, México, Zelada se sobresalta:

—¡Sí, es cierto: yo tenía una casa de ropa de deportes! Mirá, si no me lo mencionabas, no me acordaba que ayudé a resolver lo de las camisetas. Yo llevaba muchos años en México, en donde hice toda mi carrera y me quedé a vivir. En aquella época tenía un local, «Deportes Zelada», en la colonia (barrio) Moctezuma. Personalmente me ocupé del tema y lo solucionamos.

Ni Benros ni Moschella —que hasta dan precisiones de su alocada persecución de tiendas deportivas— mencionan a Zelada. El utilero y el empleado administrativo de la AFA tampoco recuerdan el nombre de esa minúscula casa de deportes en la que compraron las camisetas ni el precio que costaron. «Pero eran muy baratas», coinciden. Recién una vez que esos modelos azules, genéricos, ligeros, con cuello en «v» y marca Le Coq Sportif llegaron a la concentración, Benros y Moschella persiguieron al próximo objetivo. Una camiseta de fútbol necesita un escudo sobre el corazón y un número detrás de la espalda.

—Los números tenían que ser blancos, como los que habíamos usado contra Uruguay. Volvimos a la calle y todos los locales estaban cerrados —dice Benros—. Nos salvó el hijo del presidente del América, que conocía una tienda que vendía telas para hacer números. El problema es que solo tenían tres colores, azul, rojo y amarillo, y no nos servía ninguno. «Nos matan a todos», le dije a Moschella, todo asustado, hasta que de repente apareció una tela gris, plateada, y decidimos hacer una prueba. Un empleado dibujó el número y el otro lo cortó con una tijera.

—Esos números —explica Moschella— eran de fútbol americano, por eso eran plateados.

Antes de sumarle los números al resto de las remeras, y de conseguir el escudo de la AFA y estamparlo, Benros y Moschella tomaron aire y le mostraron a Bilardo el producto parcial. Necesitaban su autorización para saber si continuar o no. Los dos hombres que le ponían el cuerpo a su intrépida misión vuelven a tener recuerdos diferentes de un mismo hecho. Según Moschella, al entrenador le dieron a elegir dos camisetas diferentes. Según Benros, le mostraron una sola. En lo que sí coinciden es

en que Bilardo y Pachamé, su asistente, recién habían terminado de almorzar cuando pasaron a examinar la prenda. Hicieron muecas, parecían disgustados, y el técnico lanzó un comentario lapidario: «Nooo, cómo vamos a jugar con números grises». Pero en eso Maradona salió del comedor y se interesó por el improvisado politburó de las camisetas. Su palabra tendría la validez de los ancianos que resuelven los asuntos de su tribu.

—A ver, Tito, dejame ver —le dijo Maradona a Benros, y vio la camiseta con el número estampado—. Uh, qué bárbaro, me gusta. Con esta les ganamos a los ingleses —se entusiasmó Diego.

Bilardo cambió de opinión. «Está bien, vamos con esta», y un rato después entraron en acción las empleadas del América, el club al que pertenecía la concentración argentina. Alguien debía coser los números, y nadie mejor que las mujeres que hacían las camas y limpiaban el predio de la concentración.

Nadie supo —o nadie recuerda— sus nombres, pero al menos uno de los caciques del equipo del 86, Oscar Ruggeri, volvió a encontrárselas algunos años más tarde. Una noche de domingo de diciembre de 2014, en el estudio de América TV en Palermo, a la espera de que comience el programa en el que trabaja como columnista, *El Show del Fútbol*, el ex defensor aporta un par de pistas sobre las imprevistas cosedoras.

—Eran las chicas del club donde entrenábamos, del América —dice Ruggeri—. Yo jugué en ese equipo algunos años más tarde, en la década de 1990, y cuando volví todavía estaban ellas. Usaron una plancha, estuvieron toda una tarde pegando los números. Eran muy brillosos.

—Esos números grises eran horribles —admite Burruchaga.

—Qué números horribles —coincide el arquero, Nery Pumpido, mientras pide un café en el *lobby* de un elegante hotel del puerto de Santa Fe, en octubre de 2014, pocos días antes de viajar a Paraguay para asumir como técnico de Olimpia.

—Eran grises porque tenían unas lentejuelas grises, muy pequeñas. Para mí eran de un teatro de revistas —recuerda Bilardo.

—¡Yo tengo la imagen de ese momento, cuando vemos cómo hacen las camisetas! —dice Julio Olarticoechea en mayo de 2014 en un bar de Saladillo, enfrente de la plaza central de la ciudad en la que nació y volvió a vivir después de su carrera como futbolista, 190 kilómetros al suroeste de Buenos Aires por el asfalto y los pozos de la ruta 205—. La historia fue así: Clausen (Néstor, lateral derecho que comenzó el Mundial como titular) compró una filmadora en un *shopping* y la empezamos a usar en la concentración, antes de un partido, y como ganamos quedé de cábala. Yo tenía que hacer las preguntas, como si fuera un periodista, y el sábado grabé a Burruchaga diciendo «esto es increíble, mañana jugamos con Inglaterra y no tenemos camisetas». El plano se abría y aparecían unas mujeres cosiendo el logo de la AFA.

—Yo estaba con el Negro Clausen —continúa Burruchaga—, caminando por ahí.

Y le digo al Negro cuando veo todo eso: «No, Negro, esto hay que filmarlo». Y a mí se me ocurre decir: «Es tal hora, sábado, mañana jugamos contra Inglaterra, cuartos de final: miren esto, las mujeres cosiendo la ropa, si salimos campeones del mundo esto es un milagro».

—Yo era el que filmaba y el Vasco hacía el reportaje —dice Clausen en un hotel del centro de Buenos Aires, durante una visita a la Argentina como técnico del San José de Oruro, un equipo de Bolivia, en abril de 2015—. Después hubo algunos vivos que hicieron plata con eso. Era un lindo recuerdo y a mí no me quedó nada, porque alguien se apoderó de las imágenes y salieron en algunos programas de televisión. Seguramente fueron comercializadas. La cámara era mía y lo ideal hubiese sido que cada jugador tenga como recuerdo una de esas imágenes, pero algún vivo se las quedó. A medida que van pasando los años, van a tener más valor.

Parte de las imágenes fueron emitidas por *TyC Sports* hace varios años, pero pueden volver a verse en YouTube, en el tráiler del documental «1986, la historia detrás de la Copa», cuyo estreno está anunciado para junio de 2016.

Tampoco hay coincidencia en el origen de los escudos de AFA agregados con urgencia a las camisetas, pero cualquier versión habla de la informalidad —y del ingenio— para resolver una situación apremiante. Según Benros, el utilero, «agarramos las camisetas azules que habíamos usado contra Uruguay, las que pesaban mucho, cortamos esos escudos y las chicas que trabajaban en la concentración se los zurcieron a las nuevas». Según Moschella, el administrativo de la AFA, el América aportó un diseñador que encendió su computadora y abocetó un escudo lo más parecido posible al de la AFA: luego las empleadas lo cosieron a las camisetas.

—El escudo contra Inglaterra es diferente al de los otros partidos: no aparecen los laureles que están debajo de la sigla de AFA. Y otra diferencia al resto de las camisetas de Argentina en ese Mundial es que el gallo de Le Coq Sportif se sale ligeramente del triángulo del logo de la marca —dice Hernán Giralt, coleccionista, que en su condición de espeleólogo de camisetas de fútbol, de buceador de mínimos detalles, analizó decenas de veces la que tiene en su museo, la que usó Brown en el segundo tiempo del 22 de junio de 1986, y que lleva el 5 en la espalda.

Llegar a uno de esos pocos ejemplares, treinta años después, no es fácil: apenas se confeccionaron cuarenta unidades y con el tiempo se desperdigaron en diferentes manos y países. Algunas quedaron para los jugadores o sus familiares, otras se las llevaron los ingleses tras intercambiarlas por las suyas, y varias fueron compradas por coleccionistas argentinos, latinoamericanos y europeos —una la adquirió el holandés Jordi Cruyff, ex futbolista e hijo de Johan, gloria del fútbol mundial—. Un sábado de septiembre de 2013, por la mañana, Giralt me guió hasta un lugar secreto de Buenos Aires para mostrarme la que perteneció a Brown. A cambio de no revelar dónde queda su santuario, el mayor coleccionista de camisetas de la selección argentina me hizo bajar por unas escaleras y llegamos a un guardarropa. Entonces corrió una

cortina. Y apareció la reliquia.

—Mirá la etiqueta en el cuello. Dice «Hecho en México» —señala Giralt en lo que considera su verificación de autenticidad, una precaución para evitar las réplicas falsificadas que proliferan.

La camiseta azul que usó Brown contra Inglaterra lidera el *ranking* de las más vistas en su web (www.museoracingclub.com), entre las 700 que exhibe por Internet: también le gana a las varias que tiene que Maradona usó en otros partidos. Conserva las manchas de pasto y barro del Azteca de hace treinta años. También, la transpiración del jugador. Su nuevo dueño nunca la lavó ni la usó para jugar entre amigos. Cuando Giralt me la pasó con el cuidado de quien entrega el Santo Grial, entendí el desconcierto que había generado en los jugadores el día previo al partido. El azul brillante, en dos tonalidades verticales, es de gusto dudoso. La tela, de baja calidad. El escudo está incompleto. Los números grises no ayudan. Y sin embargo la miré y la toqué como en un trance, y el tacto me llevó de regreso a mi infancia, al 22 de junio de 1986, cuando yo tenía 11 años.

A las 7:30 del 22 de junio de 1986, mientras los utileros del seleccionado argentino ya trabajan en el Azteca —y los hinchas más impacientes comienzan a arremolinarse en la puerta del estadio—, los jugadores se levantan en la concentración del América. Algunos, en realidad, apenas pudieron dormir: es difícil conciliar el sueño antes del partido de tu vida. A la tensión habitual de un cruce por los cuartos de final en un campeonato del mundo se le suma el hecho de enfrentar a Inglaterra, el imperio al que cuatro años atrás Argentina había desafiado en una guerra por la recuperación de las Islas Malvinas que los británicos ocupan desde 1833. El conflicto, desatado en 1982 por la dictadura militar que tenía el poder por entonces en el país, produjo la muerte de 649 argentinos, la mayoría de menos de 20 años; más de 1.082 heridos, y cerca de 500 suicidios después del regreso al continente.

En los días previos a una noche difícil de sobrellevar, el plantel había intentado aislarse de la radiación bélica que el partido desprendía. Del cuello de los futbolistas colgaba un peso ineludible: si el escritor español Manuel Vázquez Montalbán se refería al Barcelona como un «ejército simbólico y desarmado de Cataluña», en el primer Argentina-Inglaterra posterior a la guerra las selecciones de los dos países pasaron a ser eso: tropas simbólicas y desarmadas de cada país.

—Los días previos al partido, las Malvinas se convirtieron en protagonistas —recuerda Valdano mediante un correo electrónico en junio de 2015, desde el Distrito Federal, donde volvió contratado por la televisión mexicana para comentar la Copa América de Chile—. Intentábamos centrarnos en el partido, pero todas las preguntas giraban en torno a ese tema, hasta el punto de generar una interferencia muy incómoda. El tema podía utilizarse como un factor motivante, pero tenía el peligro de que nos olvidáramos de jugar.

El estrés con el que los jugadores debieron lidiar en la mañana del 22 de junio de 1986 se percibe, tres décadas más tarde, en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. La lectura de los diarios y las revistas de aquellos días permite imaginar que en la concentración del América, durante aquellos días, el aire olía a azufre, como si el partido hubiese sido una ocurrencia del diablo.

«No creo que hayamos dormido siquiera seis horas. La noche anterior al partido, Valdano y yo caminábamos antes de irnos a dormir, y nos costaba», diría Brown en *Crónica* del martes 24, dos días después del triunfo.

En febrero de 2015, el Tata recuerda aquel nerviosismo en un remanso de paz. Hace pocos meses volvió a vivir en Ranchos, su lugar natal, 120 kilómetros al sur de Buenos Aires, y se revela como un anfitrión de lujo: me espera en la entrada al pueblo, con el auto estacionado al costado de la ruta provincial 29. «Llamame después de que pases Jeppener, así voy saliendo», me había indicado.

—Contra Inglaterra fue jodido: la cabeza te trabaja como la puta que te parió —dice Brown—. En México, al lado de la cama, tenía la foto de mis hijos, la miraba, y

no podía dormirme. Pensaba en la canchita de fútbol en la que empecé a jugar, acá en mi pueblo. ¿Cómo hacés para pegar un ojo si sabés que te vas a jugar toda tu carrera?

Si dormir en un Mundial ya es difícil, las lluvias bíblicas tampoco ayudan. En la noche del sábado 21 de junio de 1986, el cielo se había descargado con furia sobre el Distrito Federal. El domingo 22 amanecería con sol y el partido se jugaría bajo un calor sofocante, pero la posibilidad de pasarse la pelota por una cancha empantanada inquietó a algunos jugadores.

«La noche anterior hablé con Valdano mientras llovía como si fuera la última vez. Él me dijo que el barro favorecería a los ingleses y yo sostenía todo lo contrario. Para mí, si Maradona se tiraba atrás y encaraba, tenía que llegar al fondo en todos los intentos», declaró Bilardo en *La Nación* del miércoles 25.

—No recuerdo la escena, pero me la puedo imaginar —responde Valdano, casi treinta años después—. La lluvia llegaba puntual todas las tardes y cuando se juega contra Inglaterra es normal verla como una amenaza. Ellos están habituados hasta el punto de que el barro es un hábitat natural y hasta deseable para algunos jugadores. En Argentina hubo una época en que la amenaza de lluvia era motivo de suspensión de los partidos. En todo caso amaneció radiante y la cancha no fue un problema.

—No dormí esa noche —dice Bilardo—, pero en verdad no dormí nunca en México, durante dos meses. Me acostaba por la tarde, de 14 a 16. Le decía a Pacha (Pachamé, su ayudante) que me despertara en dos horas. «Ahora quedate levantado vos», le pedía. Y no quería tomar pastillas para dormir porque me dejaban groggy. De noche leía. Cualquier boludez. Los diarios. Era difícil dormir. Porque uno venía carburando, carburando, carburando. Mi cuarto era el más chico, dos metros por tres. Con un bañito. Entraba una cama y un perchero. El elástico de la cama estaba vencido así que tiré el colchón al piso. Dejé la cama parada contra la pared.

—Bilardo venía a la madrugada a las piezas para hablarte —recuerda Giusti—. Yo dormía con Bochini, y Bilardo entraba despacio, para no despertarlo, y me decía: «Giusti, Giusti, ¿te acordás lo que te dije? Mirá que el grandote va para el costado y te limpia».

—Carlos es un tipo que no espera y que no duerme —asiente Batista—. Si vos tenías que marcar al 8 contrario y se le ocurrió a las cuatro de la mañana que no, que mejor que marcaras al 7, te llamaba.

En la mañana del 22 de junio de 1986, como en el resto del Mundial, el compañero de cuarto de Maradona es Pedro Pablo Pasculli. Ambos tenían buena química desde que compartieron plantel y delantera en Argentinos Juniors, en 1980.

—Con Diego somos amigos. Ya habíamos compartido habitación en las Eliminatorias y después repetimos en México —responde Pasculli por teléfono desde su casa en Lecce, Italia, la ciudad en la que formó familia y se radicó—. Dormimos como cuarenta noches ahí. Era una piecita básica, con ladrillos a la vista, dos camas y una Virgen de Luján que habíamos llevado desde Buenos Aires. Teníamos una cábala: el día previo al partido de Argentina, pegábamos fotos en las paredes. Eran

souvenirs, fotos, recuerdos de México. Al principio el cuarto estaba desnudo, pero después ya casi no había lugar. Al final buscábamos cualquier foto. Una era de Valeria Lynch: a Diego le encantaba escuchar sus canciones durante el Mundial.

Con los jugadores todavía desperezándose, el carrusel de cábalas se activa y se desparrama como petróleo por una concentración en la que se evita hasta la psicosis cualquier vínculo con el infortunio: no existe la habitación número 13, de la 12 se pasa a la 14. Puede tratarse de un domingo extraordinario, y de hecho lo es, pero en el orden del día figura un programa habitual: la invocación a una serie interminable de ritos supersticiosos. Los jugadores y el cuerpo técnico deben repetir las conductas que precedieron a los primeros triunfos en el Mundial como si fueran un arpón que los enganchará a una nueva victoria. Por ejemplo, Carlos Tapia no necesita afeitarse pero tiene que hacerlo, y lo hace feliz, porque así ocurrió en las horas previas a los partidos con final feliz ante Corea del Sur (3-1), Italia (1-1), Bulgaria (2-0) y Uruguay (1-0).

—Yo tenía esa costumbre en Boca y la repetía en la selección cada vez que me tocaba jugar o ir al banco de suplentes, como ese día contra Inglaterra —recuerda Tapia en noviembre de 2015, en la puerta de los estudios de América TV, en Palermo, donde trabaja como panelista de *El Show del Fútbol*—. Tuviera o no barba, me afeitaba.

Todo está sincronizado en la mañana del 22 de junio de 1986: Tapia debe esperar la llegada de Pumpido y el arquero pedirle la crema, mientras en simultáneo Bilardo visita a Brown y le toma prestada la pasta para cepillarse los dientes. Como hasta Maradona necesita el poder sobrenatural de esa liturgia —o se presta a ese juego—, camina hasta el vestuario principal del América, se baña primero, se afeita después y recién entonces —un plan meticuloso— se encuentra con Valdano. En verdad, la clonación de dichos y hechos había afectado a todos los jugadores durante toda la semana.

—Dos días antes del primer partido —dice Brown—, fuimos a un centro comercial, Sanborns, y nos dio hambre. Éramos como siete, también estaba Diego. Pedimos gaseosas y hamburguesas para cada uno, nos sentamos en una mesa, empezamos a comer y aparece el médico, Madero. ¡Para qué! Nos dijo que éramos unos irresponsables, que con todo el esfuerzo que hacíamos para jugar el Mundial y terminábamos comiendo hamburguesas en un *shopping*. Justo entra Bilardo, que es un enfermo de las hamburguesas, y le dice: «Pará, Raúl, andá que yo hablo con los muchachos, dejalo». Madero se fue y Bilardo dice: «Mozo, tráigame una a mí». Ganamos y se repitió siempre, hasta la final.

«En el Sanborns teníamos que invitar a sentarse a nuestra mesa a tres mujeres que pasaran juntas —le dijo Brown a *El Gráfico* en 1987—. Poco antes del final del torneo llegaron nuestras esposas y Bilardo se enloqueció, les decía que se fueran, que él les daba plata para que se compraran cosas, pero que no se sentaran. No le hicieron caso. En eso pasaron tres mexicanas, las invitamos y Bilardo las presentaba: la señora

de Brown, la señora de Pumpido, la señora de Garré.»

El día previo a cada partido, el plantel también debía entregarse a la ceremonia de un asado en la concentración. La carne viajaba desde la pampa húmeda: la llevaban dos pilotos de Aerolíneas Argentinas que cubrían el trayecto Buenos Aires-Distrito Federal. Lo que parecía un ritual estándar, tratándose de jugadores argentinos —devoción por las carnes rojas—, escondía un temor prehistórico del técnico:

«Un sábado previo a un partido, cuando era jugador de Estudiantes —escribió Bilardo en su autobiografía *Doctor y campeón* (Planeta, 2013)—, un muchacho preparó pollo. El domingo perdimos. Otro sábado volvimos a comer pollo y volvimos a perder. Osvaldo Zubeldía (el entrenador de aquel equipo de la década de 1960, y referente de Bilardo) dijo: “Basta, desde ahora asado”. Nunca más hubo pollo. Y cuando pasé a ser entrenador, nunca le di pollo a mis jugadores el día antes de los partidos.»

También en la previa de cada partido, a las 17 del día anterior, Bilardo debía llamar por teléfono a su mujer, que estaba en Buenos Aires. «No se escuchó bien y Bilardo contó su preocupación: “No se oía mucho, a ver si hay alargue y tiros en los postes”. Y para su tranquilidad repitió el llamado», publicó *La Nación* el jueves 26 de junio. En realidad, la lista de cábalas era otra forma de mantener la tensión entre partido y partido. Maradona y sus compañeros nos divertían en la cancha pero se aburrían en la concentración. El tedio solo se sacudía con los ritos supersticiosos o, en el caso de Valdano, con la lectura: el delantero era un lector empedernido que en las noches de México 86 devoraba páginas de Marguerite Yourcenar y de Platón, y que durante las salidas del América buscaba librerías por el Distrito Federal.

—En México compré un libro llamado *El deporte rey, ritual y fascinación del fútbol*, del antropólogo inglés Desmond Morris (Vergara, 1983) —recuerda Valdano—. Es un libro maravilloso del autor de *El mono desnudo*. Me impresionó tanto que al año siguiente comencé en la Cadena Ser de España un programa de radio que se llamaba *La Cátedra de Valdano*, un poco pretencioso el título, y a todos los invitados les regalaba ese libro. La edición era magnífica. Llevé una buena pila de libros que me salvaron del aburrimiento y de la sobreinformación futbolística a la que nos sometía Bilardo. Cada jugador necesita su propio equilibrio y a mí la obsesión me sienta mal.

—En los Mundiales casi no hay que entrenar —explica Bilardo—. Los muchachos llegan muertos después de la temporada en sus clubes. Lo que hicimos fue ponerlos 10 puntos para el primer partido y después los cuidamos. Simulaba entrenamientos, porque también algo había que hacer. Que se toquen los tobillos, que siempre hagan algo, que nadie esté parado. Si no lo hacés, los periodistas te rompen los huevos.

—Nos reuníamos en las habitaciones, tomábamos unos mates, charlábamos y encendíamos un cigarrillo, o dos, o tres —cuenta Oscar Garré, defensor, en el local de uno de sus hijos en Lomas del Mirador, en marzo de 2015—. Éramos varios

fumadores: Pumpido, Batista, yo.

«Maradona tiene que entrenarse como los gatos. Durmiendo y comiendo», respondió Rubén Oliva, el médico de la selección en los Mundiales 78 y 82, cuando le preguntaron por la preparación física que Maradona necesitaba para un torneo de treinta días.

—Al principio, los entrenamientos en México habían sido bravos y algunos muchachos vomitaron por la altura y el smog —habla Giusti—, pero cuando empezó el Mundial no hacíamos nada. Nada, eh. Bilardo te veía caminando y te decía: «Andá a descansar». Estabas todo el día morfando, descansando, teníamos ganas de hacer algo, lo que fuera, y Carlos nos decía: «No, nada, quédense sentados o váyanse a bañar». Del partido contra Uruguay al de Inglaterra pasaron seis días. ¿Sabés lo que es estar seis días pelotudeando, pastoreando? Algunos, como Clausen, se iban a correr por la noche porque querían hacer algo, para descargar. También por la noche, Bilardo sabía que había gente que no dormía demasiado y venía con sanguchitos en una bandeja.

Es otra de las imágenes extrañas en la cuenta regresiva al partido con Inglaterra: Bilardo avalando la ingesta de calorías y de azúcares. El cuerpo técnico había dispuesto que los futbolistas llegaran a México con dos kilos de exceso porque presagiaba que la altura del Distrito Federal y el desgaste del torneo les harían perder ese sobrepeso. La previsión fue correcta porque todos terminarían el Mundial en sus cifras habituales. En oposición a su perfil de tipo obsesivo, Bilardo se convirtió en un motivador de la pereza y prohibió casi todos los entrenamientos. Llegó un día en que Maradona se cansó del hastío y, en la semana previa al partido de su vida, se fue a entrenar solo.

—Bilardo me dijo: «Hoy es día de descanso, no le des una pelota a nadie» —recuerda Benros—. Pero al rato apareció Diego, con una radio que parecía un camión, escuchando música, y me dijo: «Dame un fulbo». Le dije que Bilardo me lo había prohibido, pero insistió: «Dejate de hinchar las pelotas, Tito, dame un fulbo». ¿Y yo qué iba a hacer, si era Maradona? Le di la pelota, con la condición de que se hiciera cargo si Bilardo se enojaba. Diego empezó a hacer jueguito, vinieron un par de muchachos y al rato estaban todos. Bilardo no quería saber nada pero tuvo que armar un entrenamiento.

«Un día Bilardo dio unas horas libres —recordó Madero en *El Gráfico*— y me quedé solo en la concentración. Igual, yo tenía a mi pajarito guardián con su *walkie-talkie* y estaba al tanto de todo —en referencia a los empleados del América que con disimulo le pasaban la información de lo que ocurría en el predio—. Diego andaba con una actriz mexicana. Me puse a comer algo y de golpe cayó Diego, solito. Me consultó si podía comer conmigo. Le dije que sí, claro. “Diego, ¿por qué se volvió?”, le pregunté. “Podía estar con una mujer preciosa, pero en situaciones así uno toma una cervecita o un *whisky* y la verdad, lo que yo quiero es ser campeón del mundo”. Cuando escuché eso dije: “Ya está, no le van a sacar la pelota”.»

«Diez de los once jugadores titulares desayunaron con Coca-Cola en la mañana previa a jugar contra Inglaterra», le contó Valdano al periodista Diego Torres, de *El País* de España, en 2006, en una informalidad que remite a los héroes panzones de la década de 1950, saltando a la cancha tras haber almorzado dos platos de pastas y un vaso de vino.

No solo hay gaseosas durante el desayuno del 22 de junio de 1986: también hay lectura de diarios. Como todos los días, a la concentración llegan dos de los matutinos deportivos que se publican en el Distrito Federal, *Ovaciones* y *Esto*. Lo que en las mañanas anteriores solía implicar un momento de distensión, esta vez resulta de perplejidad: «El fantasma de las Malvinas tortura a los Che», titula *Esto*.

—Leíamos los diarios y no se podía creer, era terrible —recuerda por teléfono Sergio Almirón, uno de los delanteros suplentes del plantel, desde su casa en Rosario—. Nosotros sabíamos que teníamos que ganar sí o sí, que no era un partido más, pero tampoco podíamos hacernos cargo de todo lo que se decía.

En las horas previas al partido, la tensión repiquetea en los medios del mundo, no solo de México. Diarios amarillistas y tradicionales, americanos y europeos: todos esperan el partido con los cubiertos en mano y la servilleta sobre el cuello. Aunque no sean tiempos de Internet, y los jugadores no puedan enterarse en la concentración, *El País* anuncia en Madrid: «Inglaterra-Argentina: la guerra de Malvinas en versión futbolística». Los títulos beligerantes ya se habían desplegado durante la semana: «El equipo inglés avanza como un portaaviones hacia el Atlántico sur a toda máquina» (*Libération*, Francia), «Sobre las alas de Lineker, Inglaterra vuela hacia la fortaleza de Maradona» (*Corriere dello Sport*, Italia) o «Inglaterra pisó fuerte sobre el Chaco paraguayo y ahora prepara el asalto final a las Malvinas» (*El País*, Uruguay), mientras que ANSA, la agencia de noticias italiana, se rendía: «El fantasma de las Malvinas es como cualquier otro fantasma. No existe, pero que los hay, los hay».

Un diario mexicano, *Excelsior*, había desatado un pequeño altercado diplomático el viernes 19, tres días antes del partido, cuando publicó un aviso a dos columnas: «No se pierda el domingo 22 la segunda versión de la guerra de las Malvinas. En el Azteca, Argentina vs Inglaterra. Venta de entradas de lunes a sábado, Niza 22, primer piso, casi esquina Hamburgo, Zona Rosa, DF. Centro de reservaciones». El anuncio podría haber pasado como un intento de mal gusto de un grupo de listos que quería revender sus *tickets* para ganarse unos pesos mexicanos, pero un detalle —o no tan detalle— barría esa presunta informalidad: se trataba de una publicidad oficial. No exactamente de la FIFA, pero sí de una agencia de viajes que se encargaba de recibir las entradas oficiales y ponerlas a la venta. Los enviados de radio Mitre se quejaron ante el cónsul argentino y este pataleó ante la Secretaría de Turismo de México, cuyo encargado libró un oficio en el que se intimaba a la agencia de viajes —y responsable de la publicidad— a que se abstuviera de volver a divulgar el aviso. Otros

funcionarios mexicanos se disculparon ante los argentinos y el tema quedó superado, pero a esa altura Argentina-Inglaterra ya era un partido en ebullición.

También en Argentina la guerra repercute en los diarios: los humoristas retratan a los ingleses como piratas, el estereotipo que colgaba sobre el ejército enemigo cuatro años antes, en pleno conflicto. En la tapa de *Crónica* del sábado 21 de junio, el día previo al partido, el humorista Carlos Basurto dibujó a un arquero manco —una caricatura del arquero inglés, Peter Shilton— con una gonzúa en lugar de la mano amputada con la que suele retratarse a los piratas. Clemente, el personaje de Caloi en la contratapa de *Clarín*, ya había apelado a ese recurso el miércoles 4 de junio, cuando Inglaterra debutó en el Mundial con una derrota ante Portugal: «Hay que entender que los ingleses estaban en inferioridad física... No es fácil jugar con un parche en el ojo».

Los diarios ingleses también se suman a la contaminación. «Es una guerra», «México alerta: 5.000 soldados», «Los tanques en la calle», «Que nos dejen a los argentinos», tituló *The Sun*, sensacionalista, mientras recordaba a sus lectores que Argentina seguía sin reconocer la soberanía británica sobre las Malvinas. La cadena de televisión BBC 1 publicó un informe que, si hubiese existido *Crónica TV* en 1986, habría merecido placa roja: «El Foreign Office (el Ministerio de Relaciones Exteriores británico) reveló haber mantenido conversaciones con las autoridades mexicanas antes del Mundial para tratar el eventual enfrentamiento Argentina-Inglaterra». Los enviados de medios ingleses entrevistan a *hooligans* en estado de excitación por las calles del Distrito Federal: «Que traigan a los *argies*: ya perdieron una guerra y ahora van a perder otra». Cualquier provocación es noticia: «Acá todos queremos que gane Inglaterra, como en 1982», desafían los kelpers a través de su consejo legislativo de Puerto Argentino.

También en la mañana del partido, *The Sunday Times* publica un texto sobre el sentimiento que el partido despierta en las Malvinas. El título lo sintetiza: «Ajuste de cuentas». El artículo dice: «A las 2 de la tarde hora local, los 2 mil habitantes de las Malvinas se reunirán alrededor de sus aparatos de radio (las islas no gozan del lujo de un servicio de televisión) para sintonizar a la BBC durante el partido entre Inglaterra y Argentina. Como los súbditos de Su Majestad, alentarán una victoria de Inglaterra. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de la población británica, tienen emociones encontradas acerca de la posible interpretación diplomática del partido. Los políticos británicos y el público esperan que el fútbol sea un acto simbólico de reconciliación que ayude a restaurar las relaciones normales entre dos países que todavía siguen estando, al menos técnicamente, en guerra. Esa esperanza no es compartida por los isleños. “Acá siguen sospechando profundamente de los argentinos”, dice el gobernador, Gordon Jewkes».

Pero la cicatriz que deja la cobertura previa es un artículo que, el mismo 22 de junio de 1986, publica *The Sunday Times*. El informe es tan agitador que tiene vigencia treinta años después, aunque pocos conozcan su origen. Acaso la mayor

denuncia sobre nuestro fútbol nace en Londres, en la mañana del partido contra Inglaterra: es una acusación al seleccionado argentino por haber ganado el Mundial 78 gracias a —según *The Sunday Times*— los sobornos que la dictadura militar pagó a uno de sus rivales. En concreto, el periódico asegura que el 6 a 0 a Perú, una goleada que la selección necesitaba para llegar a la final, fue un acuerdo entre los gobiernos *de facto* de los dos países: «La Junta Militar habría pagado de dos modos a Perú para obtener que el equipo llegue a la final —publicó el semanario inglés—: habría hecho enviar en forma gratuita 35 mil toneladas de grano en dos barcos al puerto peruano de El Callao y habría hecho desbloquear 50 millones de dólares de crédito por el Banco Central Argentino». El rumor de que algunos jugadores peruanos se habrían dejado ganar ya estaba instalado, al punto que uno de ellos, Rodolfo Manzo, salió a desmentir el supuesto soborno en 1979. Lo que nunca se había publicado, y de ahí el impacto, era que el resultado se debiera a un pacto entre gobiernos militares. La acusación del *Sunday Times*, en realidad, es doble: también afirma que varios futbolistas argentinos contravinieron las reglas *antidoping* del Mundial 78 «al absorber fuertes dosis de anfetaminas: las pruebas de orina de los jugadores habrían sido suministradas por un mismo hombre, Ocampo».

Lo singular es que ese texto fue escrito desde Buenos Aires por una periodista argentina, María Laura Avignolo, a quien la revelación de un tema tabú —y del que más de treinta y cinco años después hay indicios fuertes pero no pruebas definitivas— no le resultaría gratuita: en los días siguientes al 22 de junio, debió recluírse unos días en Uruguay.

—Fue una primicia y dio la vuelta al mundo —responde Avignolo por correo electrónico desde París, donde lleva varios años como corresponsal de *Clarín* en Francia y Reino Unido—. Probablemente no sea grato para los argentinos recordar que pagaron el triunfo con Perú, o que la Junta organizó semejante fraude (...), pero fue una casualidad que publicáramos la investigación ese día y para ese partido. En *The Sunday Times* se planeaba todo con mucha anticipación y había que proponer historias para el Mundial de México, que era mi área de cobertura porque trabajaba como corresponsal para América Latina. Me llevó seis meses, en diferentes países, con gente que tenía pánico de hablar. La terminé en Lima y coincidió con esa fecha. La leyeron abogados y tardaron una semana en aprobarla, por eso salió ese día: no tuvo nada de conspirativo. La reacción en Argentina, ya en plena democracia, fue tan desagradable, que me refugié en Colonia por unos días.

Quienes el 22 de junio de 1986 no hablan de la guerra de Malvinas, al menos durante el desayuno y antes de la charla técnica, son los jugadores argentinos. En la concentración del América no hay mítines de futbolistas blasfemando a los británicos ni agitando banderas celestes y blancas ni estimulándose en los entrenamientos al grito de «ganemos por los pibes que murieron en las Malvinas». Tampoco existe —ni en el día del partido ni en los anteriores— una reunión formal para determinar cómo posicionarse ante un conflicto que, en el momento en el que pisaran el Azteca, los

expondría bajo un microscopio mundial. El cosquilleo de enfrentar a Inglaterra actúa como un agitador silencioso, un hormigueo que tampoco es unánime.

—Los días previos eran difíciles por lo que se hablaba —recuerda Bilardo—. Yo les prohibí hablar a los jugadores. Las preguntas de los periodistas eran las Malvinas las Malvinas las Malvinas. Los reuní y les dije: «Muchachos, en este momento no se puede hablar de las Malvinas». Esa pregunta te sacaba del campeonato, pero no había caso. El tema estaba muy caliente. Las Malvinas superaban todo. Y no tenía comparación, además. Algunos periodistas nos decían: «Ahora van a hacer fuerza por Malvinas», y yo decía: «Qué Malvinas». Hacer fuerza por Malvinas es otra cosa. Si vos querés y lo sentís, les dije a los jugadores, cuando termine todo esto agarramos un avión y nos vamos para allá, para las Malvinas. Todos los que quieran. Vamos a poner el pecho.

—Para nosotros no era un partido más, y todos pensábamos lo mismo —difiere Batista—. La gente pensaba que, si le ganábamos a Inglaterra, ya éramos como campeones del mundo, que ya cumpliríamos el objetivo. Me dijeron que acá, en Buenos Aires, se festejó más ese partido que la final. Nosotros habíamos ido a México a buscar la Copa del Mundo y no ese partido, pero lo vivimos distinto. Era una bronca que en el fútbol no tendría que existir pero, por lo de Malvinas, Inglaterra se hizo el rival de turno.

—Si te decimos que no nos interesaba lo que había pasado en Malvinas te macaneo —dice Giusti—. En los días previos te metías en la cabeza que tenías que ganar. Que por lo que nos hicieron pasar, que por lo que sufrimos, que por lo que lloramos, que por lo que vivieron algunos familiares o amigos, lo de Malvinas nos rozaba a todos. Una revancha o una venganza son términos que no corresponden, pero sí teníamos unas ganas importantes de ganarles, de pisotearlos. El recuerdo de Malvinas estaba presente. Todos los periodistas nos preguntaban lo mismo, y nosotros separábamos la cuestión de la guerra con la del fútbol, pero interiormente teníamos una sensación de bronca. Había gente conocida mía, que tenían familiares en Malvinas, pobres pibes.

—Yo venía de jugar el primer partido oficial entre ingleses y argentinos después de la guerra, en 1984, un Liverpool-Independiente por la final Intercontinental —dice Burruchaga— y para mí en el 86 se habló mucho periodísticamente del tema. Entiendo que la repercusión en la selección es distinta, pero de ahí a la guerra y todo eso, nada que ver. Yo escuché a algunos compañeros que viste, como que dramatizan por ahí con el paso del tiempo, dramatizan más, una guerra... Para mí fue un partido, yo no iba a vengarme. Ya había tenido la desgracia de estar cerca de los pibes cuando terminó la guerra: soy clase 62, la que peleó en Malvinas, y el fútbol me salvó de ir a Malvinas.

—Muchos de esa camada, como Burru o Ruggeri, éramos de la clase 62, pertenecíamos a la generación de Malvinas —difiere Tapia—. Por eso cuando nos toca Inglaterra, sentí que estábamos jugando por algo más importante.

—Dos años atrás, cuando jugué Independiente-Liverpool, yo tenía una bronca fenomenal contra Galtieri —dice Giusti, en referencia al presidente *de facto* que llevó al país a la guerra—. Acumulé mucha bronca en contra de los que mandaban, del borracho este hasta el pelotudo que hablaba en la prensa y le hacía creer a la gente cualquier boludez. Yo fui a jugar contra el Liverpool con bronca, no hacia los ingleses, sino hacia los nuestros. En el 86, no es que se me pasó la bronca contra los militares, pero fue creciendo la rivalidad contra los ingleses. Interiormente sentía esa bronca.

—Entre los jugadores, durante la semana previa, no hablamos de Malvinas, pero cada uno tenía esa pica —dice Héctor Enrique en el anexo del club Banfield en Luis Guillón, mientras espera que uno de sus hijos, que juega en las divisiones inferiores, termine el entrenamiento—. No queríamos matar a nadie, pero si había un equipo contra el que no podíamos perder, ese era Inglaterra, y no hacía falta que lo dijéramos entre nosotros. Lo sabíamos.

—Para nosotros era EL partido. Y cuando digo EL partido, es EL partido —enfatisa Olarticoechea—. Era la final, casi, y lo supimos desde que le ganamos a Uruguay y empezamos a imaginarlo. No digo que íbamos a jugar con mala leche, pero sí con todo.

Maradona y la selección llegan al 22 de junio de 1986 después de haber eludido con *savoir faire* el morbo de la semana más hiperbólica del Mundial: negándole al fútbol su condición de vengador patriótico. Durante seis días, desde que Argentina venció a Uruguay el lunes 16 de junio y quedó a la espera del ganador del cruce que Inglaterra y Paraguay debían jugar el miércoles 18, a los jugadores y Bilardo les preguntaron decenas de veces si los británicos serían un rival «especial».

La mayoría de los jugadores, entre ellos Maradona, recurrieron a medias verdades, omisiones inofensivas y el manual de corrección política para decir *no, si nos llega a tocar Inglaterra no vamos a pensar en las Malvinas, no se puede mezclar el fútbol con la guerra, sería una falta de respeto a nuestros muertos que están enterrados en las islas, solo será un simple partido*. Bilardo recordó que desde el final del conflicto, cuatro años atrás, ya habían jugado dos equipos argentinos contra dos ingleses, Boca contra Aston Villa e Independiente contra Liverpool en 1984, y que no había pasado nada. Que cada cosa, fútbol y política, tenía que ir por separado.

—Es un partido ideal para que se confundan los imbéciles —dijo Valdano—. Que las Malvinas son argentinas es tan cierto como que los militares nos embarcaron en una guerra absurda, pero temas como este jamás deben plantearse alrededor de una cosa tan distante de la bélica como es un juego deportivo. El partido ya tiene de por sí demasiados elementos motivantes como para buscarle aditivos por el lado de la política. En otras circunstancias no tendría inconvenientes en hablar del fútbol como opio de los pueblos o como circo, pero creo que no es esta la mejor ocasión. Ni Bilardo es Galtieri ni Robson (el técnico inglés, Bobby) es Thatcher.

Maradona lideró la ruta diplomática. «En el deporte nada tiene que ver lo político

—dijo el martes 17, a la espera del Paraguay-Inglaterra del día siguiente—, así que si llegamos a jugar contra Inglaterra no vamos a recuperar Malvinas con un gol.»

El jueves 19, cuando ya se sabía que el rival serían los británicos, el América abrió sus puertas al periodismo. Una nube de ingleses invadió la concentración argentina. Todos buscaron a Maradona.

—Yo era corresponsal de *The Times* en México y participé en la cobertura del Mundial 86 —dice vía Skype desde Londres el periodista y escritor John Carlin, autor de *El factor humano* (Seix Barral, 2009), entre otros libros—. Me encargaba de crónicas políticas, o sea que lo relacionado con Malvinas estaba en mi órbita. Era un tema que manejaba bastante: había sido corresponsal del diario en Argentina durante la guerra, y también había vivido en Buenos Aires de más chico. Fui al entrenamiento de Argentina el día en que nos dejaron pasar a los periodistas ingleses. Éramos siete, pero yo era el único que hablaba español, así que mis colegas me pidieron que abordara a Maradona. Le hice la pregunta obvia, de la relación entre el partido y las Malvinas, y me respondió que solo era fútbol, puro bla bla, pura mentira, pero entiendo que es lo que tenía que decir.

—Estamos ante un partido, no una guerra, ya estoy cansado de que me pregunten lo mismo. La selección no trajo ni ametralladoras ni armas ni municiones. ¿Cómo puedo hablar de guerra cuando hace un mes 30 mil hinchas del Tottenham Hotspur me aclamaron en el homenaje a (Osvaldo) Ardiles? —se quejó Maradona.

—Pero la política, míster Diego, ¿no le importa? —insistió un inglés, probablemente Carlin.

—Sí, claro que me interesa, pero déjeme que lo resuelva como ciudadano en lo que puedo aportar al gobierno de mi país. Como jugador solo me importa dar espectáculo y ganar, a los ingleses y a todos. Será un partido, nada de política.

—Pero...

—Pero nada. El tema está agotado —se fastidió Maradona.

Sin embargo algunos jugadores, una minoría, mandaron al diablo el protocolo y admitieron que las Malvinas eran un factor contaminante. Cuciuffo fue al hueso:

—Ahora me gustaría agarrar a los ingleses —dijo el defensor apenas terminó Argentina-Uruguay, el lunes 16, según publicó *Clarín* al día siguiente—. A lo mejor nos conviene jugar con Paraguay porque lo conocemos más, pero a título personal me gustaría encontrarme con los ingleses. ¿Por qué? Y, es algo que va más allá de lo futbolístico, que tiene que ver con muchas cosas que pasaron en los últimos años.

—Queremos ganarle a Inglaterra por el fútbol y por todo lo demás —se sinceró Batista en *Crónica*, el jueves 19.

—Ganarles a los ingleses será una doble satisfacción por todo lo que pasó con las Malvinas —dijo Pumpido en *Tiempo Argentino*, el viernes 20.

—Todos teníamos primos, padres, sobrinos en las Malvinas, y algunos de ellos no regresaron —le dijo Brown a la prensa británica, a la que además se encargó de puntualizar que sus antepasados eran irlandeses, no ingleses. «Y ya saben, para un

inglés no hay nada peor que un irlandés», festejaría más tarde ante los periodistas argentinos.

Aunque el plantel no se reuniera para hablar del tema —y aunque nadie tuviera familiares o amigos directos entre las víctimas de la guerra—, evadirse de las Malvinas en los días previos al partido —negar esas partículas suspendidas en el aire—, era difícil. Ningún jugador recuerda cuándo comenzó a suceder, tal vez el jueves 19 de junio, tal vez el viernes 20, pero a la concentración argentina en México empezaron a llegar telegramas de soldados que habían combatido en Malvinas.

—Es cierto, sí —certifica Giusti—. En aquellos días llegaron muchos telegramas a la concentración, y varios eran de ex combatientes. No me acuerdo qué decían, pero sí que llegaron y los leímos.

—Eran de muchachos que habían estado en Malvinas —agrega Garré—. Nos decían «Fuerza», «Demuestren lo que es Argentina», «Argentina está viva» o «Somos mejores que ellos». Eso te daba fuerza.

Según publicaban los diarios de Buenos Aires, los telegramas fueron enviados por varios centros de ex combatientes. En algunos casos, pedían que los jugadores salieran a la cancha con una camiseta blanca en representación de paz y con medias y pantalones negros en señal de luto. Otros textos eran belicosos: exigían a los jugadores que se comportaran como los misiles con los que la Armada Argentina había hundido al buque destructor británico HMS Sheffield e impactado, aunque sin derribar, al portaaviones Invencible.

«Que cada jugador se comporte como un Exocet. Perdamos o ganemos, a las Malvinas volveremos. Viva la patria», publicó *Crónica* el viernes 20.

Después del desayuno con Coca-Cola y diarios que recuerdan el fantasma de Malvinas, a las 9:15 del domingo 22 de junio de 1986, los jugadores salen del comedor de la concentración y caminan veinte metros hacia la sala de conferencias del América. Es la hora de la charla técnica y Bilardo desata una avalancha de cartulinas y flechas.

—Las charlas técnicas de Carlos... nos mataba a flechazos, a papeles —dice Batista—. Porque él no usaba pizarrón, usaba papeles, y desde ahí te hacía la charla. El tipo era como que veía los partidos antes de que se jugaran. Tenía estrategias y los ganaba.

—Carlos tenía cuarenta papeles que iba poniendo sobre el pizarrón —explica Giusti—. Después los rompía. Era como un Power Point de la época. Escribía la formación de ellos y te decía cómo teníamos que jugarles. Cuando se quedaba sin lugar, daba vuelta otra hoja y arrancaba otra vez. En cada papel te iba diciendo «ellos juegan así», «cuando este viene para acá, el otro se va para allá». Eran hojas llenas de flechas, caminos y qué se yo.

—No, no eran papeles. Eran cartulinas —corrige Mariani.

El esquema de juego de Inglaterra que Bilardo les anticipa a sus futbolistas es una superposición de once apellidos, veinticuatro flechas y siete círculos —puede verse en *Así ganamos* (Sudamericana, 1986), el libro en el que el entrenador reprodujo algunas de las cartulinas que desplegó en las charlas técnicas del Mundial.

Una caligrafía frenética, con los apellidos de los ingleses escritos con una línea furiosa, anuncia la formación: Peter Shilton como arquero; Gary Stevens, Terry Fenwick, Terry Butcher y Kenny Sansom como defensores; Ray Wilkins, Glenn Hoddle y Steve Hodge de mediocampistas; Trevor Steven unos metros más adelantado sobre la derecha, y Gary Lineker y Peter Beardsley como dupla delantera. A pesar de su fama de detallista, Bilardo falla en incluir a Wilkins: Peter Reid ocupará su lugar.

Como el nombre de cada jugador aparece acompañado por su número de camiseta, Bilardo les da a sus futbolistas una referencia que había omitido contra los italianos, rivales en la primera fase. Muchos argentinos compiten en ese país (Maradona, por supuesto, en el Napoli) y distinguen con naturalidad a Salvatore Bagni de Antonio Cabrini, pero diferenciar a Gary Michael Stevens (el 2) de Gary Andrew Stevens (el 15, suplente ese día) y a Trevor Steven (el 17) de Steve Hodge (el 18) resulta un jeroglífico. En 1986, la televisión argentina no transmite el fútbol británico, los clubes de Europa pueden contratar un máximo de dos extranjeros —no existía la Ley Bosman, que declararía ilegales los cupos para jugadores con pasaportes europeos— y los equipos ingleses están suspendidos en competencias continentales por la matanza cometida por los *hooligans* del Liverpool en la final de Europa 1985, cuando 39 hinchas —la gran mayoría de la Juventus de Italia—

murieron al ser embestidos por los británicos en el estadio Heysel de Bruselas. Ese aislamiento —ninguno de los veintidós argentinos que juegan en México participa en el torneo inglés y solo dos británicos lo hacen fuera de su país, en el Milan de Italia, donde no hay argentinos— genera un escenario confuso: Inglaterra es el clásico que la selección quiere ganar pero en el campo de juego no habrá enemigos de toda la vida sino villanos desconocidos.

—En esa época era difícil saber cómo jugaba Inglaterra —dice Mariani—. La información venía en diarios y revistas italianas que en el cuerpo técnico de Bilardo comprábamos en un kiosco de avenida Corrientes. La *Gazzetta dello Sport* era la biblia.

—Yo nunca había jugado contra Maradona, y creo que ninguno de mis compañeros lo había hecho —responde en abril de 2015 Terry Fenwick, uno de los defensores ingleses del 22 de junio de 1986, vía correo electrónico desde Trinidad y Tobago, donde se radicó después de su carrera de futbolista—. En 1986 estábamos en una suspensión de seis años en el fútbol europeo.

—Yo había jugado contra Maradona una vez, en 1983, y lo recuerdo muy bien —puntualiza, también mediante *e-mail*, en enero de 2015, uno de los mediocampistas, Steve Hodge, desde Wolverhampton, al oeste de Inglaterra, donde trabaja en el cuerpo técnico del Wolverhampton Wanderers—. Había sido en un amistoso de pretemporada de mi equipo, el Nottingham Forest, contra el Barcelona, en el Camp Nou. También allí convirtió un gran gol.

A las 9:20 del domingo 22 de junio de 1986, y después de haber mantenido el secreto durante la semana, Bilardo les anuncia a los jugadores quiénes serán los titulares.

Nery Pumpido en el arco.

Una trinchera defensiva con tres hombres fijos. José Luis Brown de líbero, un seguro de emergencia final por si fallan los diques de contención previos. José Luis Cuciuffo y Oscar Ruggeri como stoppers, los encargados de perseguir a los delanteros ingleses, el primero como estampilla de Peter Beardsley y el segundo como perro de caza de Gary Lineker.

Un mediocampo reforzado con cinco jugadores para sostener el peso del partido. El eje central para Sergio Batista, que deberá hacer del clásico número 5 una suerte de *checkpoint* de frontera, cortar el juego rival y hacer circular la pelota entre sus compañeros: quitar y distribuir, defender y atacar, el ADN del deporte. Por la derecha, Ricardo Giusti y Héctor Enrique en el rol de patrulleros: Giusti listo para reubicarse como defensor si los ingleses atacan y Enrique con mayor recorrido ofensivo, un correccaminos con elegancia. Por la izquierda, Julio Olarticoechea como nexos entre defensa y mediocampo, más Jorge Burruchaga, un atacante en la zona de combate listo para salir disparando hacia el arco inglés cuando Argentina tuviera la pelota.

Y en la delantera, Jorge Valdano en un puesto que no le es habitual, 9 de área, y Maradona más retrasado, para aprovechar la zona gris entre el mediocampo y la

defensa inglesa.

Ese diseño que Bilardo anuncia a sus jugadores menos de tres horas antes del partido es otro de los mitos que continúa girando alrededor del 22 de junio de 1986: en parte del imaginario popular futbolero, Argentina-Inglterra alumbrará una revolución táctica, y es un domingo festejado por el credo bilardista como la primera vez en que un equipo juega con el sistema llamado 3-5-2, o sea tres defensores, cinco mediocampistas y dos delanteros. Como en todos los mitos, en ese supuesto mojón de la estrategia hay algo de verdad y algo de exageración.

«El mundo está atrasado tácticamente desde 1986 —alardeó Bilardo en *La Nación*, en 2000, mostrando una nota de la revista inglesa *World Soccer*—. Aquí están las diez mejores tácticas del siglo y la última es la de Argentina en México 86», un autoelogio que el entrenador repetiría en 2010, en radio La Red: «Fui el creador del último sistema, el 3-5-2».

En el comienzo de los años ochenta, los dibujos tácticos se dividían en dos estereotipos: los equipos más ofensivos presentaban un 4-3-3 y los más conservadores —o los que priorizaban el centro de gravedad del partido en la mitad de cancha, entre ellos Bilardo—, un 4-4-2. Bilardo planteó una variante ante Inglaterra: adelantó un defensor al mediocampo y su 4-4-2 tradicional derivó en un 3-5-2. El nuevo fetiche no terminaba ahí: el mediocampo con cinco integrantes contaría con dos «laterales volantes», ambos en cada costado —Olarticoechea y Giusti—, que debían reconvertirse en defensores cuando el rival atacara, al compás de la línea de flotación de la pelota, por lo que el sistema se bamboleaba entre un 3-5-2 y un 5-3-2.

Como Argentina repitió ese dibujo en la semifinal ante Bélgica y en la final contra Alemania, y varios equipos lo incorporaron en los años siguientes, el bilardismo remarca al 22 de junio de 1986 como la presentación mundial de un diseño que perduraría en el tiempo. Sin embargo, hay referencias concretas de que ese diagrama ya había sido utilizado antes: por ejemplo, Dinamarca apeló al 3-5-2 en la primera ronda de México 86, mientras el equipo de Bilardo mantenía los cuatro defensores.

«Argentina no fue el único equipo que jugó con tres al fondo en México —escribió el periodista inglés Jonathan Wilson en *La pirámide invertida* (Debate, 2008), un libro que recorre la evolución de las tácticas en la historia del fútbol—. La interpretación de Bilardo del sistema pudo haber sido única, pero agregar un tercer defensor central no lo fue. Están los que insisten que el 3-5-2 fue una creación de Ciro Blazevic en el Dinamo de Zagreb en 1984 (posterior técnico de Croacia en el Mundial 98). Blazevic sostiene que el 3-5-2 fue su idea, refiriéndose a Bilardo como “un boludo” por sugerir que había sido idea suya. Los tres en el fondo también aparecieron en Dinamarca.»

Bilardo, en verdad, ya había apostado al 3-5-2 en 1984, durante un amistoso que la selección le ganó a Alemania en Dusseldorf, pero fue un ensayo aislado: en los dos

años siguientes, el técnico volvió al dibujo clásico, el de cuatro defensores, también en el comienzo del Mundial. El factor azaroso fue que Bilardo recurrió al 3-5-2 ante Inglaterra por un condicionamiento externo: el lateral izquierdo de los primeros cuatro partidos en México, Oscar Garré, había sido amonestado por segunda vez contra Uruguay y quedó suspendido.

—Yo tendría que haber jugado contra Inglaterra —dice Garré—. El árbitro que me sacó la tarjeta amarilla con Uruguay fue un italiano, (Luigi) Agnolín, que después del partido vino a verme y me dijo que se había equivocado, que la falta por la que me amonestó no había sido mía, sino de Valdano. No lo podía creer. Estuve muy mal, llorando. Diego fue a consolarme a la habitación. «Perro, los partidos que jugaste los jugaste muy bien», me dijo.

—Por la altura del Distrito Federal —explica Clausen, que comenzó el Mundial como lateral derecho en la defensa clásica de cuatro jugadores—, los rivales no jugaban con dos delanteros, sino con uno. Entonces Bilardo decidió sacar a los dos laterales, primero a mí y después a Garré, y en vez de jugar con cuatro defensores pasó a jugar con tres. En la etapa de Bilardo nunca habíamos jugado así. Fue un imprevisto del momento que salió bien.

Del equipo que Bilardo les anuncia a los jugadores en la mañana del 22 de junio de 1986, hay dos cambios respecto de la formación anterior, ante Uruguay. Uno no reviste misterio: sale Garré, suspendido, e ingresa Olarticoechea, un todo terreno acostumbrado a rendir como lateral izquierdo y mediocampista.

—Cuando quedó un puesto vacante después de Uruguay, me di cuenta de que podía jugar contra Inglaterra, así que me fui mentalizando durante la semana —dice el Vasco en un bar de Saladillo.

El 22 de junio de 1986 es un manifiesto de los pequeños azares al servicio de una gran obra: cómo una historia épica también se forma gracias a la alineación planetaria de decenas de biografías que se enlazan para orbitar en conjunto durante un par de horas y se disuelven enseguida.

—Yo había renunciado dos veces a la selección de Bilardo: no me sentía cómodo, los entrenamientos eran en doble turno, una cosa insoportable —recuerda Olarticoechea—. En abril de 1986, cuando faltaban un par de semanas para que el equipo se fuera al Mundial y yo jugaba en Boca, Pachamé —el ayudante del técnico— vino a la Bombonera al final de un partido para decirme que Bilardo quería verme ese día. Le respondí que tenía que volver a Wilde para buscar a mi familia porque nos íbamos a Saladillo a pasar el lunes libre. Pachamé me insistió: «Igual tenés que agarrar la autopista 25 de Mayo, así que estate atento a la altura del peaje, al lado de la cancha de Deportivo Español, que Bilardo te va a esperar con su auto». Le contesté que sí, y después de pasar el peaje vi un Ford Fairlane verde: Bilardo me saludaba desde adentro.

El técnico le hizo señas para que Olarticoechea saliera de la autopista en la bajada siguiente y, una vez en las calles del Bajo Flores, los dos autos se detuvieron en la

primera esquina. Bilardo se subió al vehículo del futbolista para convencerlo de que aceptara su citación, pero no parecía el mejor lugar: en el coche estaban sentadas la mujer de Olarticoechea y su hija, de tres años. En eso Bilardo vio un ladrillo en la vereda, bajó a la calle, lo tomó como si fuese una tiza o un crayón y le pidió al jugador que se acercara a la pared. El técnico empezó a dibujar sobre la ochava la disposición táctica que pretendía de él en México: marcador-volante. El Vasco, hombre duro, de campo, siguió sin convencerse y se tomó un par de días para responderle. Serían sus amigos de Saladillo quienes terminarían de persuadirlo de que no podía perderse México 86. La parábola cerraría dos meses después, durante la charla técnica previa a Inglaterra, cuando Bilardo le anunció a Olarticoechea que reemplazaría a Garré y jugaría como marcador-volante, la función que había trazado con un ladrillo en una esquina del Bajo Flores.

El segundo cambio que Bilardo les anuncia a sus jugadores tiene una historia opuesta. A diferencia del Vasco, que se despertó con motivos reales para intuir que jugaría como titular, Héctor Enrique se levantó, desayunó y fue a la charla técnica creyendo que sería suplente.

—Esa mañana vino Bochini y me dijo: «Negro, vas a jugar» —recuerda Enrique—. «No, Bocha, qué voy a jugar si el otro día Bilardo me hizo calentar cuarenta y cinco minutos y no me puso», le dije. Resulta que en el entretiempo contra Uruguay, Bilardo nos había dicho al Vasco y a mí que nos quedáramos calentando. Elongué tanto los músculos que medía un metro noventa. Pasaban los minutos, Bilardo no nos llamaba y nos volvíamos locos, porque encima en el vestuario no veíamos el partido. Entonces le pregunté al Vasco si Bilardo se habría olvidado de nosotros. «No, cómo se va a olvidar», me dijo. «Sí, para mí se olvidó», le repetía yo, así que volvimos al banco. Bilardo lo ve a Olarticoechea y lo manda a la cancha. Si el Vasco no subía, no entraba. A mí me tuvo diez minutos más, andá y vení, y no entré. Después de ese partido, durante la semana, en algunas prácticas fui titular, pero nada serio. Ese día me levanté creyendo que no jugaba contra Inglaterra.

Cientos de miles de argentinos supieron que Enrique jugaría antes que el propio futbolista: el domingo 22 de junio, el volante de River figura como titular en *Clarín*, *La Nación*, *Crónica* y *Tiempo Argentino*. No era una hipótesis arriesgada por los diarios sino una confirmación que Bilardo les había dado el día previo a cambio de que no se la transfirieran a los jugadores argentinos ni a los cronistas ingleses. Lo que es imposible en Brasil 2014 o Rusia 2018, una información publicada en diarios sin que se entere el protagonista, en México 86 era absolutamente normal. No existían las redes sociales, había un solo teléfono en toda la concentración —una cabina pública que funcionaba con fichas que debían comprarse de lunes a viernes en la secretaría del América—, y no todos los futbolistas tenían líneas telefónicas en sus casas de Argentina: conseguir una, por entonces, era tan complicado que las propiedades que incluían ese servicio se cotizaban más alto en el mercado inmobiliario.

—Después me di cuenta. ¿Por qué Bilardo no me avisó la noche previa? —se

pregunta Enrique—. Porque es vivo. Si me decía que iba a jugar yo, tal vez no hubiera podido dormir. «Por ahí se asusta», pensó. Tené en cuenta que yo nunca había sido titular en la selección.

Así como Olarticoechea entraría por Garré, para que Enrique jugara contra Inglaterra tenía que haber un sacrificado, un compañero que perdiera su lugar.

—Contra Uruguay, en *ottavi di finale*, había hecho el gol —recuerda Pedro Pasculli desde Lecce, y se le escapan palabras en italiano—, un gol que valió el triunfo. Pensé que iba seguir jugando, pero el sábado me agarró Bilardo y me dijo que contra Inglaterra sería suplente. Me explicó que si jugaba yo u otro atacante de área, les estaría dando un punto de referencia a los defensores. Maradona intentó consolarme. Me dijo que iba a tener otra posibilidad. Él sabía que yo estaba caliente, mal. Ya no volví a jugar.

—Ese domingo, cuando terminó la charla, volví a mi cuarto —dice Enrique—. Tomé unos mates y prendí la tele. Esa era mi cábala: mirar dibujitos animados para distraerme.

Captada desde un helicóptero, sería una hermosa imagen aérea: el 22 de junio de 1986, a las 9:40, los jugadores argentinos se desperdigan después de la charla técnica de Bilardo y vuelven a sus habitaciones. El destino los espera, aunque todavía desconocen si con los brazos abiertos o los puños cerrados. Cada jugador dispone de veinte minutos para encerrarse en su mundo, el último tiempo muerto antes de la acción. El premio es mucho más que el pasaje a las semifinales del Mundial: también están en juego la fama, el dinero, los contratos, las mujeres. Lástima que en la concentración del América no hay tambores: hubiesen comenzado a sonar cuando los futbolistas vuelven a juntarse en el sitio en el que acaba de estacionar el colectivo de la FIFA que los llevará a la colonia Santa Úrsula de la Ciudad de México, donde está el estadio Azteca.

—Cada vez que jugábamos al mediodía —dice Olarticoechea—, nos encontrábamos en un patio cercano a las habitaciones. Ahí nos subíamos al micro. Pero contra Inglaterra nos juntamos media hora antes de lo habitual. Estábamos más ansiosos que de costumbre.

Brown tiene fotos de ese colectivo. Muchos años después del Mundial, cuando estaba de mudanza, encontró una caja cuya existencia había olvidado y que me mostró. De su interior brotaron fotos de los días felices en México. Entre imágenes de visitas a centros comerciales y asados en la concentración (muchos jugadores vestían las camisetas de los equipos a los que ya habían enfrentado, Claudio Borghi una de Bulgaria y Pasculli una de Italia), el detalle que más me asombró fue el micro en el que la selección viajó al Azteca para jugar contra Inglaterra —y el resto de los partidos del Mundial—. Después de un par de años persiguiendo cualquier memorabilia del 86, la del ómnibus es una imagen que no había visto. Tiene una explicación: a la hora en que los jugadores se trasladaban a la cancha, los reporteros gráficos y camarógrafos ya estaban en los estadios. Lo sorprendente fue su aspecto: el colectivo parecía el colmo de lo anticuado incluso para 1986, como si fuera un rezago de los Juegos Olímpicos de 1968, realizados en México. Amarillo, pequeño, de no más de diez filas de largo, lo podría haber confundido con uno de esos micros que trasladan a contingentes de turistas jubilados. Por dentro tampoco había lujos: si las estrellas actuales llegan a los estadios en colectivos ultramodernos y conectados a iPod y auriculares hifi, en 1986 nadie tenía siquiera un *walkman*: no se conseguían en la Argentina.

—No sabés lo que eran esos colectivos —se divierte Brown—. Entrábamos justos, pero lo usamos en el primer partido, ganamos y ni locos se iba a cambiar.

Como la selección es una cábala ambulante, esa mañana Maradona se sube al colectivo y le dice «hasta luego» al predio de la concentración, que está a punto de dejar rumbo al estadio. Es una manera de invocar la continuidad del plantel en México: si Argentina pierde ante Inglaterra, debe regresar a Buenos Aires. El último

en subirse tiene que ser Pachamé, y el rito también se cumple. A Echevarría le corresponde preguntar «¿Estamos todos?», alguien responde que sí y la selección arranca hacia el Azteca. Un *zoom* directo al interior del vehículo muestra a Bilardo y Pachamé en el primer asiento de la izquierda, y a Batista y Pasculli en el de la derecha. Detrás del técnico sonríe discretamente Julián Pascual, el tesorero de la AFA, que esa mañana ya había ido a la misa de las ocho en la basílica de Guadalupe. El grupo más activo, el que comienza las canciones y hace zarandear al colectivo, se parapeta en el medio: Tapia, Almirón, Islas, Zelada, Olarticoechea y, a su lado, Maradona.

—Yo iba del lado de la ventana, me senté primero, Diego fue el que me eligió a mí, eh —se ríe Olarticoechea.

—Yo me sentaba al lado de Diego —dice Pumpido.

Cuciuffo lleva una réplica grande de la Virgen de Luján que el plantel había recibido en una visita a la Basílica. Atrás, en la última fila, Madero se sienta solo y cumple su rol: sabe que, al final del trayecto, su botiquín tendrá que ser bajado del colectivo por Mariani.

—Cuando los jugadores salían para el estadio, tenían que ver a un helicóptero que daba vueltas por ahí —cuenta Benros, el utilero, que estaba desde temprano en el Azteca—. El problema es que el día del partido con Inglaterra, el helicóptero no estaba, nadie lo encontraba. Miraban para arriba y nada. Entonces los muchachos fueron a decirle al chofer que manejara más despacio hasta que al fin apareció allá arriba y todos festejaron.

—Camino al Azteca había un cementerio, y teníamos que parar ahí, aminorar la marcha —dice Brown.

—Los motociclistas de la policía mexicana que iban adelante del colectivo tenían que ser siempre los mismos, Tobías y Jesús —dice Enrique—. Para la final nos trajeron a veinte motociclistas más y nosotros nos negábamos a salir. Solo queríamos a Tobías y a Jesús. Lo que arreglamos fue que ellos dos nos escoltaran adelante, como siempre, y el resto fuera atrás.

—Teníamos un casete con música, con un par de temas que escuchábamos arriba del colectivo, y por cábala no podíamos llegar a la cancha antes de que esos temas terminaran —dice Ruggeri—. Si el chofer manejaba más rápido que de costumbre, lo hacíamos detenerse en la autopista que nos llevaba a la cancha y calcular el tiempo de la canción para llegar justo. Los policías que manejaban las motos adelante nuestro no entendían nada.

—Los policías apuraban al colectivo y los jugadores desde arriban les gritaban «paren, paren, que tienen que terminar las canciones» —dice Fernando Signorini, el preparador físico personal de Maradona, en un bar de Belgrano.

—A veces íbamos tan despacio que me daba miedo que Tobías y Jesús se cayeran de la moto —dice Enrique—. Estaba todo tan calculado que cerca del Azteca había un semáforo, y nos tenía que agarrar de una determinada forma. No me acuerdo si era

en rojo o en verde, pero si estaba el color contrario, le pedíamos al chofer que parara.

—Era un viaje corto, de diez minutos, porque la concentración estaba muy cerca del Azteca —explica Ruggeri—. Uno de los temas que poníamos era el de Rocky.

—Mi viejo me contó muchas cosas del Mundial —recuerda por teléfono, desde Córdoba, Emiliano Cuciuffo, 32 años, el hijo de José Luis, fallecido en 2004—. Por ejemplo de la música que escuchaban en el colectivo rumbo al Azteca: ponían una canción de Bonnie Tyler, «Eclipse total del corazón». Les hacía recordar a sus familiares. Les daba fuerza.

—Las canciones desde la concentración hasta el estadio eran tres —precisa Olarticoechea—. La de Rocky, «El ojo de tigre»; la de Bonnie Tyler, «Eclipse total del corazón», y una de Sergio Denis.

—La de Sergio Denis se llamaba «Gigante Chiquito» —asiente Bilardo—. Creo que se la había dedicado a su hijo. Era una canción muy melancólica.

—Cuando sonaba la de Rocky, te motivaba, nos sentíamos como parte de la película —dice Almirón—. Llegábamos gritando a la cancha, era una cosa de locos.

—La de Rocky sonaba última. La poníamos faltando dos cuadas para llegar a la cancha. Teníamos que entrar al Azteca con esa canción —dice Giusti—. Y hasta que no terminaba, no bajábamos del colectivo.

—Los jugadores se bajaban del colectivo, en el estacionamiento del Azteca, y nos buscaban al Ruso (Eduardo) Ramenzoni y a mí para que les hiciéramos entrevistas —recuerda el periodista Miguel «Tití» Fernández, enviado a México 86 por radio Argentina, la emisora en la que relataba Víctor Hugo Morales—. Un par de horas antes del debut, con el Ruso les hicimos notas a Maradona, Giusti, Brown y Batista. Como Argentina ganó, los mismos jugadores empezaron a buscarnos para los próximos partidos.

—De los dos, a mí me tocaba entrevistar a Maradona. ¡Faltaban dos horas para el partido, ahora parece un delirio! —dice Ramenzoni, hoy periodista de *TyC Sports*—. Hubo un partido en el que el portón que daba al vestuario estaba cerrado, y Maradona empezó a preguntar: «Ruso, Tití, ¿dónde están?». No querían salir a la cancha hasta que les hiciéramos las notas.

Las tribunas del Azteca, estadio al que los mexicanos conocen como «el Coloso de Santa Úrsula», comienzan a poblarse. Un hormigueo de hinchas se aglomera en las calles cercanas: la calzada de Tlalpan, el anillo periférico Ruiz Cortines y la avenida Renato Leduc. Hay escombros desperdigados que recuerdan el terremoto que nueve meses atrás, en septiembre de 1985, provocó 3.000 muertos y destruyó una parte de la Ciudad de México. También hay argentinos, no muchos, unos 2.000.

—Una sola vez en mi vida fui a ver a la selección argentina, y fue ese día contra Inglaterra —cuenta Rosana Carrica, 50 años, hoy radicada en Carmen de Patagones—. En 1986 vivía en Miami, tenía 21 años, y con mi hermana, de 25, nos dijimos: «¿Y si vamos un fin de semana a México para ver un partido del Mundial?». Pasamos por una agencia de viajes, nos ofrecieron el Argentina-Inglaterra, y lo compramos enseguida. Dormimos en un hotel lleno de dirigentes, técnicos de fútbol y políticos argentinos. Lo que más recuerdo fue la salida hacia la cancha: ya desde muy lejos te ibas cruzando con otros hinchas. La gente tocaba bocina y veías banderas argentinas. Todo era muy emocionante. También vimos a la barra brava de Boca: viajaban arriba de una camioneta azul, como un Rastrojero.

—Yo fui a un solo Mundial, el de 1986 —dice Marcelo Einstoss, 51 años, en Buenos Aires—. Estudiaba en el Círculo de Periodistas Deportivos y viajé con dos compañeros. En México era muy fácil entrar a la cancha. Para el partido con Inglaterra compré la entrada tres días antes en las ventanillas del Azteca, me costó 100 dólares, pero en otros partidos entré con el carnet de periodista del Círculo y chamuyendo en la puerta.

—Compré la entrada una hora antes del partido, por reventa, afuera de la cancha —recuerda uno de los hinchas argentinos, vía Skype, Sergio Cabado, en su casa de Miami—. Desde chico vivía en México: mis viejos no eran perseguidos políticos pero no se bancaban la dictadura, así que nos exiliamos.

—Los mexicanos no nos querían —recuerda Alicia Finn, otra de las argentinas que asistió al partido del 22 de junio de 1986 junto a su marido, Michael, ya fallecido—. Un día íbamos al estadio con una bandera argentina por fuera de la ventanilla del auto y nos tiraron piedras. Contra Inglaterra había muchísimos policías. Fue la única vez, en toda la Copa, en que nos revisaron los bolsos. Afuera y adentro del Azteca, el espectáculo era fantástico.

—Desde entonces, cuando estoy con un argentino y llega un compatriota suyo, siempre me presentan igual: «¿Sabés que este estuvo en el partido contra Inglaterra?» —dice César Ahumada, mexicano, fanático del fútbol—. Todos me felicitan y me dicen «No te puedo creer, boludo, qué grande». Soy consciente de lo que significa para ustedes.

Los mexicanos —Ahumada y 100 mil más— avanzan hacia el Azteca en búsqueda de un partido que ofrece demasiados atractivos morbosos: Malvinas,

Maradona y los *hooligans*, los temibles hinchas ingleses. El año anterior, 39 hinchas —38 entre italianos y neutrales, un solo británico— habían muerto antes de un Liverpool-Juventus en Bélgica. En México 86, los *hooligans* son los alienígenas de una película de extraterrestres: todos les temen, nadie quiere enfrentarlos. En los partidos anteriores habían ocupado las tribunas con sus torsos desnudos, su piel lechosa y un vaso de cerveza en sus manos. Algunos usaban máscaras y otros exhibían tatuajes que, en 1986 todavía, se asociaban a la marginalidad. Fuera de los estadios, los *hooligans* también atemorizan a México: tratan de besar de prepo a cada chica que se les cruza, les muestran los genitales a los automovilistas y eructan en la cara de los transeúntes. Claro que del otro lado, el 22 de junio de 1986, están las barras bravas argentinas: hay dos fuerzas de choque, una posibilidad de enfrentamiento entre hinchadas sin antecedentes en un Mundial.

Si el recorrido de los *hooligans* y las barras bravas sembrando terror en las tribunas fuera representado por un gráfico de líneas, se vería que los ingleses estaban en 1986 en el punto más alto de su trayectoria. Pronto, sin embargo, comenzarían su curva descendente: en la década de 1990 serían erradicados. Los barrabravas argentinos también estaban en su punto más alto, pero su curva nunca dejaría de ascender: el de México fue el primer Mundial con barrabravas en las tribunas.

Aunque las barras nacieron en la década de 1960 y crecieron en los años setenta, fue en los ochenta cuando se consolidaron y empezaron a usar armas de fuego, tejieron pactos con los políticos, ampliaron sus negocios, hicieron de la extorsión su método preferido, y se tornaron incontrolables. Después del debut en solitario en Alemania 1974 del Tula, un hincha de Central que se hizo conocido por portar un bombo, el viaje de los grupos organizados a los Mundiales siguientes sería cuestión de tiempo. Para España 82, los jefes de Quilmes, Huracán, San Lorenzo y Vélez negociaron con el presidente de la AFA, Julio Grondona, pero la guerra de Malvinas —que se libraba en ese momento— frustró el viaje: los barras, a pedido de uno de ellos, Raúl Pistola Gámez, de Vélez, decidieron donar ese dinero al Fondo Patriótico de los combatientes —mientras los *hooligans*, en España, cantaban «Argentina, Argentina, ¿cómo es perder una guerra?»—. Su revancha sería en 1986, cuando la violencia en las canchas argentinas ya había terminado de detonarse: muertos, balas, bengalas y cuchillos formaban parte del paisaje cotidiano. La última fecha del torneo Metropolitano previo al Mundial 86 había sido un descontrol: Platense-River y Huracán-San Lorenzo se jugaron mientras decenas de piedras volaban en las tribunas.

—De la hinchada de Chacarita viajamos cinco a México —recuerda uno de ellos, que prefiere el anonimato, en una pizzería del barrio homónimo, un sábado de agosto de 2015—. Yo miro para atrás y éramos pibitos salvajes, habíamos inventado la modalidad de secuestrar colectivos de línea y desviarlos hasta la cancha en la que jugara Chaca. A México fuimos como mochileros: dormíamos en un albergue transitorio y uno de los muchachos viajó con muy pocos australes. Nadie nos pagó nada. «Vamos que son tres partidos, quedamos eliminados y nos volvemos»,

decíamos. México era un país destruido por el terremoto: lleno de escombros. Además de nosotros cinco, de Boca había quince, uno de Vélez, dos de Unión, dos de Estudiantes y uno de Independiente. Nadie más.

—Todos creen que éramos como treinta y no, de Boca éramos trece o catorce —dice Claudio Varela, uno de los integrantes de la hinchada de ese club, en un bar de San Telmo, un mediodía de septiembre de 2015—. Para viajar hacíamos cenas, rifas, de todo. Por ejemplo, rifábamos un televisor, vendíamos 99 números y nos quedábamos con el último. «Uy, salió este», decíamos, y claro, era el nuestro. En México estábamos en Nativitas, que es como Barracas. Antes de cada partido, alguien del cuerpo técnico venía al departamento y le daba un sobre con las entradas a José Barritta —el Abuelo, jefe de la hinchada, fallecido en 2001—. Durante el Mundial se nos fueron acercando otros argentinos. Recién terminaba la represión. La mayoría eran exiliados políticos, había montoneros, pero ellos no iban a la cancha. Armábamos bailes, copetines en la calle.

De los primeros partidos de Argentina en el Mundial hay crónicas que mencionan a los barras quemando una bandera británica. «El que no salta es un inglés» y «ole le lé ola la lá a todos los ingleses los vamos a matar» eran el Padre Nuestro y el Ave María de su misa en las tribunas. También desplegaban una bandera celeste y blanca con la inscripción «Las Malvinas son argentinas», y visitaban el lugar donde dormía y se entrenaba la selección argentina.

—Una vez llegó la barra brava de Boca y bloqueó la salida —cuenta Benros, el utilero—. Queríamos ir con el colectivo a cumplir la cábala del *shopping*, pero se abrieron las puertas y apareció la hinchada de Boca. Al frente estaba El Abuelo. Se bajó Bilardo para hablar, y atrás fue Diego, y hablaron algo, no sé qué, pero se fueron. Unos días después, vino uno de los jugadores y dijo que había que hacer una vaquita para los barrabravas. Muchos estaban de acuerdo pero saltó Valdano y dijo: «Si tengo que poner plata, la pongo para darle a Tito, a Moschella, a Galíndez —los auxiliares del plantel—, pero no para la hinchada». Maradona dijo: «Bueno, no se les da nada», y los demás se acoplaron.

—Boca seguía jugando en Argentina, una Liguilla para entrar a la Copa Libertadores —recuerda Varela, que ahora tiene 49 años y, cuando el trabajo se lo permite, continúa yendo a la Bombonera, pero ya lejos del centro de la tribuna—. En medio del Mundial, José (Barritta, el Abuelo) volvió a Buenos Aires para la primera final contra Newell's, en la Bombonera. Terminó el partido, regresó a México y, cuando estaba por viajar para la segunda final, en Rosario, viene Carlitos Bello, que era diputado nacional (por la Unión Cívica Radical), al departamento de Nativitas, y le dice: «Tano, no vayas, es para quilombo. Todos hablan de vos». Al final José no viajó, Boca le ganó ese partido a Newell's, que fue un domingo —el 15 de junio— y al día siguiente fuimos hasta Puebla porque la selección jugaba contra Uruguay. Ese lunes se armó entre los argentinos. En el estadio, antes del partido, el Abuelo se peleó mano a mano con uno de Estudiantes. Otro de los nuestros se peleó con uno de

Chaca.

—No hubo ningún pacto: es mentira que estábamos juntos —dice el barra de Chacarita—. Con Boca tuvimos problemas de entrada. Como Chaca ya no jugaba más, nosotros llegamos a México algunos días antes de que empiece el Mundial, pero ellos, que estaban en una Liguilla, llegaron sobre la hora. El día anterior al debut, fuimos al estadio donde se entrenaba la selección, y pedimos entradas. Una persona del cuerpo técnico nos dio 35 y nos preguntó si les podíamos dar una parte a los de Boca cuando llegaran. Les dijimos que sí, pero como no los vimos les comimos el negocio: vendimos los *tickets* que no eran nuestros y entramos. A los pocos días fueron con el chusmerío al América y Maradona nos quería cortar a nosotros. Los de Boca tuvieron problemas con Ruggeri y con Islas —Luis, el arquero suplente— porque los fueron a apurar por plata. Islas había atajado en Chacarita y nos defendía. A los de Boca no los volvimos a ver hasta que nos cruzamos el día que jugamos contra Uruguay. El Abuelo había vuelto del primer partido con Newell's y esa vez coincidimos en las tribunas. Siempre íbamos a sectores diferentes de los estadios, pero ese día nos tocó juntos, a los de Boca y a nosotros. Estábamos colgando una bandera y aparecieron. El Abuelo se peleó con un muchacho de Estudiantes. Fueron a combatir al baño, así la policía mexicana no los veía.

El miércoles 18, durante la cuenta regresiva del partido contra Inglaterra, el secretario de Justicia argentino, Ideler Tonelli, reveló los viajes de Barritta ante los medios y deslizó lo obvio, que los barrabravas no podían haberse financiado el ida y vuelta entre México y Rosario sin ayuda externa. Quedó en eso, en un grito de auxilio en el desierto: las barras ya gambeteaban a la Justicia. El 22 de junio, horas antes del partido, *La Nación* insinuó que Maradona «habría colaborado con una suma importante de dinero» y que Bilardo —que era columnista del diario— «tampoco quedó afuera de los financistas».

—Con los ingleses habíamos tenido problemas en la semana previa al partido —dice el hombre de Chacarita—. Como había seis días libres después del partido contra Uruguay, nos fuimos a Acapulco. Una noche entramos a un bar que estaba lleno de ingleses cantando. Apenas nos vieron, hicieron silencio y nos miraron con el puño en la mano. Pedimos una cerveza y nos fuimos. Otros pibes de Chaca, en otro bar de Acapulco, tuvieron un encontronazo. El clima estaba caliente.

—La mañana del partido contra Inglaterra estábamos en Acapulco con otro pibe de Unión —dice por teléfono Luis Flores, alias «Luchi», jefe de la hinchada de ese club santafesino entre 1966 y 1989—. Teníamos un vuelo bien temprano para el Distrito Federal, pero nos quedamos dormidos y lo perdimos, así que tuvimos que tomar un colectivo. Eran cuatro horas de viaje y llegamos con lo justo al Azteca. El problema fue que no teníamos entradas, porque siempre íbamos con la gente de Chacarita, Estudiantes, Talleres y Central, y ellos ya estaban adentro. En la calle vimos a los de Boca, que siempre viajan solos. Eludí a los que le hacían círculo de protección a José —el Abuelo—, le comenté lo que nos había pasado y le pedí

comprarle un par de entradas. «Pero vos estás con los otros», me dijo, y pensé que se podría todo, pero ahí nomás me tiró: «No te la vendo, pero venís con nosotros». Así que vi el partido con ellos.

—Entramos a la cancha dos horas antes del partido, en la parte superior, y colgamos nuestras banderas en el tejido —dice el de Chacarita, en referencia a un alambrado que separaba la segunda bandeja de tribunas del Azteca de la tercera—. Teníamos una de Argentina, otra que decía «Cafiero gobernador», y otra de Chaca. Nosotros estábamos con los de Estudiantes y un muchacho, el Ruso, que decía que era montonero exiliado, pero no sabíamos si era verdad. Los de Boca también estaban en la parte más alta, pero en la tribuna de enfrente. Nos pusimos a hablar entre nosotros y una hora después vemos que nos faltaba una bandera, la de Argentina. Se la habían robado los ingleses. Bajamos, metemos tres manos de derecha, manoteamos algunas banderas inglesas y volvemos donde estábamos. Vienen los ingleses y nos empiezan a correr pero se mete la policía. Un inglés nos mostraba la bandera argentina que nos habían robado, y un muchacho de Estudiantes, que venía del baño, la manotea y se la trae. Durante el partido iba a ser siempre así. Ese día hubo quilombo todo el tiempo.

—Lo único horrible fue cuando entró la barra brava de Boca —dice Rosana Carrica, la chica que entonces tenía 21 años y había llegado desde Miami—. Yo era muy inocente, no entendía nada. Aparecieron detrás de mí, a pocos metros, y a la fuerza comenzaron a ocupar asientos que no les correspondían. Los mexicanos los silbaban. Al rato les saqué fotos.

En un viaje que hizo a Buenos Aires, Rosana me mostró el álbum de fotos que conserva de su breve experiencia en el Mundial, la única vez que vio jugar a la selección argentina: estuvo tres días en México, del sábado 21 de junio al lunes 23. Entre las decenas de imágenes que reveló —todas inéditas en los medios y algunas con valor periodístico, como una del diputado nacional Carlos Bello, que moriría en 1989, tocando un bombo con los colores argentinos en la entrada al Azteca—, aparece la hinchada de Boca colgando una bandera en el alambrado de la tercera bandeja del Azteca: «Muera la Thatcher [sic], el jugador número 12».

México fue en los años setenta uno de los países que más asilados políticos argentinos recibió —aunque nunca condenó la dictadura militar—, y uno de los hinchas presentes en el Azteca en el mediodía del 22 de junio de 1986 es Eduardo Molina y Vedia, periodista del diario *La Opinión*, que había sido detenido-desaparecido en la Argentina, y trasladado luego a una cárcel común, donde pasó el Mundial 78. Al año siguiente, apenas fue liberado, se exilió en México. También está Oliverio Jitrik, hijo de los escritores Noé Jitrik y Tununa Mercado, exiliados después de sufrir las amenazas de la Triple A durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón.

En el estadio y alrededores hay 2.500 policías, un 25% más que en cualquier otro partido, algunos vestidos de civil, infiltrados entre los hinchas. En las tribunas comienzan a flamear decenas de banderas celestes y blancas. Algunas de sus leyendas

son geográficas: Salta, Santa Fe, Concordia y Guiñazú, un barrio de la capital de Córdoba, la mejor ubicada, a centímetros del arco en el que Maradona convertirá sus goles. Otros mensajes son políticos: «Alfonsín, sigamos adelante» y «Cafiero gobernador». También hay alusiones a la guerra desde el lado inglés: «Lineker-Exocet». Del techo del Azteca, como en todo el Mundial, cuelgan piñatas, serpentinas y banderas de los países participantes. La decoración del anillo medio que rodea al estadio, que los organizadores modifican partido a partido, esta vez muestra a papagayos azules, rojos y amarillos.

—Fuimos con mi familia y entramos a la cancha una hora antes —dice Virginia Polito, otra de las hinchas argentinas que estuvieron ese día en el Azteca—. Yo tenía 5 años, tal vez por eso recuerdo que la mascota del Mundial, Pique, estaba por todos lados, y que tampoco paraba de sonar la canción oficial: «México 86, México 86, el mundo unido por un balón». Había tanta emoción en el estadio que me caí del asiento y me fracturé el dedo gordo de la mano izquierda. No me importó, ya habría tiempo para ir al médico, me dije. En eso llegaron los *hooligans* y se pusieron cerca de nosotros. Hubo bardo, corridas. Mi mamá no paró de preguntar todo el partido si no era peligroso estar ahí.

—Los *hooligans* eran parte del morbo y lo primero que hice al entrar al estadio era ver dónde estaban —dice César Ahumada, mexicano, uno de los 114.580 hinchas presentes en el Azteca el 22 de junio de 1986—. Todos les temíamos. Estaban borrachísimos, sin camisa y con la bandera británica pintada en el pecho. Ese día se ubicaron en la parte de arriba y tiraban líquidos, cerveza, orina y todo lo que tenían a mano a los argentinos que estaban abajo. Veías todo el tiempo que se arrojaban objetos.

—Yo vivía en México y el espectáculo de nuestras barras bravas me resultaba desconocido —recuerda Sergio Cabado, uno de los argentinos en las tribunas—. Ya en el partido contra Corea del Sur, el primero, vi hinchas muy pesados. Fui al lado de ellos para estar con mis compatriotas pero estaban maltratando a unos mexicanos y, como yo vivía en México, quise separar. Entonces la barra de Chacarita sacó unas cadenas dentro de unas mangueras y entendí que debía irme. Contra Inglaterra hubo problemas dentro y fuera de la cancha, todo el tiempo: seguro que fueron los pibes de Chaca.

A las 10:15 del 22 de junio de 1986, la selección camina por los pasillos del Azteca hacia el vestuario. Aunque Argentina todavía no ha jugado ningún partido en el Coloso de Santa Úrsula, el plantel y el cuerpo técnico lo habían visitado cuatro días antes, el miércoles 18 de junio, para ser testigos directos del cruce que definiría su próximo rival: Paraguay-Inglaterra. Aquel mediodía, los jugadores se ubicaron en las plateas del Azteca como si fuesen espectadores normales, rodeados de hinchas mexicanos y próximos a algunos ingleses. Bilardo hizo sentar a su lado a parte de la estructura defensiva. Brown a su derecha y Ruggeri y Giusti a su izquierda.

—Siempre que íbamos a la cancha —recuerda Giusti—, Bilardo agarraba a dos o tres jugadores. Ese día, Carlos le dijo a Ruggeri que mirara a Lineker, el goleador de ellos, porque tenía una característica: cuando atacaban por derecha, iba a buscar la pelota al primer palo. Y cuando atacaban por izquierda, corría al segundo. Después, en la concentración, Bilardo te agarraba con videos: «¿Te acordás cómo se mueve Lineker?».

Aquel miércoles, en una fila superior de plateas estaban sentados Pumpido, Pasculli y Maradona. Cuando Beardsley marcó el 2 a 0 para Inglaterra contra Paraguay, a los 11 minutos del segundo tiempo, y pareció sentenciar el partido —y el próximo rival de la selección—, Maradona se levantó del asiento y le gritó a Bilardo: «¿Qué le dije, Carlos? Inglaterra es mejor. Vamos a jugar con ellos». «¿A ustedes también les pican los ojos?», les preguntó Brown a sus compañeros, incómodo por el smog del Distrito Federal que sobrevolaba en las tribunas del Azteca. «Sí», le respondieron. Y entonces llegó el primer conflicto entre argentinos e ingleses.

Faltaban 96 horas para el partido pero una película del 22 de junio de 1986 podría comenzar ese miércoles 18, cuando Inglaterra le ganaba 2 a 0 a Paraguay y en las tribunas del Azteca los futbolistas argentinos eran espectadores-espías.

Unos diez hinchas británicos, instalados debajo de ellos, se dieron vuelta y comenzaron a insultar a quienes ya identificaban como sus próximos rivales, el domingo siguiente. No eran *hooligans*, pero sí pendencieros, y estaban alterados por el alcohol, que se vendía libremente en las tribunas. Los espectadores mexicanos llamaron a los policías y cantaron «Ar-gen-tina Ar-gen-tina» para solidarizarse, pero los futbolistas argentinos tampoco se quedaron atrás: algunos quisieron reaccionar y otros los frenaron. De todos modos, para pelearse, o para evitar pelearse, la selección contaba con un especialista, un ex barra devenido en hombre de seguridad privada.

—Nosotros vimos Paraguay-Inglaterra en un córner del estadio, y de repente se armó una batahola —recuerda Ruggeri—. Los ingleses comenzaron a insultarnos, pero no sabían que nosotros teníamos un hincha importante que nos cuidaba...

Como si tuviese que hacer un anuncio significativo, Ruggeri ensaya un compás de silencio para completar su frase. Cinco segundos después, con una mueca feliz, remata:

—No sabés cómo corrieron los ingleses.

Ese «hincha importante» —como lo define Ruggeri— era Raúl Pistola Gámez, que en 1986 estaba a mitad de camino entre su pasado como jefe de la hinchada de Vélez y su futuro como presidente del club. Su amistad con Bilardo —era su compadre—, su buen trato con los jugadores y cierta rosca política —ocupaba un cargo menor en la subcomisión de fútbol de Vélez y dormía en el hotel Holiday Inn Crown Plaza junto a su padrino político, el radical Carlos Bello, y dirigentes de otros clubes— le permitían acceder a la concentración del América. Gámez correspondió como un patovica cuando las cosas se pusieron espesas.

—Es un tiempo del que no me gusta hablar. No lo oculto porque yo estuve ahí, tampoco me arrepiento, pero ya está, para qué volver a eso —se incomoda Gámez, que en diciembre de 2014 comenzó su tercer ciclo como presidente de Vélez, en un bar de Liniers.

En las tribunas del Azteca, algunos jugadores argentinos respondieron a la provocación con gritos e insultos, pero del resto se encargó Gámez, que bajó hasta donde agitaban los hinchas ingleses y revoleó un par de trompadas.

«Ya hay clima de partido», dijo Bilardo, mientras Lineker convertía el 3-0 de Inglaterra. Entonces los jugadores pidieron irse. Los hinchas mexicanos despidieron a los argentinos con gestos de complicidad, aplausos y un grito: «¡Ganen el domingo!»

«Durante el partido con Paraguay, los fanáticos ingleses cantaron “traigan a los argentinos, queremos otra guerra”», recordó el escritor inglés David Downing en *Argentina-Inglaterra. Mundiales y otras pequeñas guerras* (publicado en inglés por Portrait, en 2003, y en español por Emecé, en 2006).

Mientras tanto, en Buenos Aires el proceso de fermentación del partido comenzaba a avanzar. Al frente de un alud de patriotismo —y patrioterismo— se codeaban los políticos. El primero fue un diputado nacional por el bloque justicialista y ex gobernador de Misiones, Miguel Ángel Alterach, que la misma tarde del miércoles 18 envió un telegrama al presidente de la AFA, Julio Grondona, para que la selección hiciera un minuto de silencio antes del partido del domingo. Se trataba, dijo el legislador, de un homenaje a los muertos en la guerra. Al día siguiente, otros congresistas presentaron un proyecto de ley para que Argentina jugara con el dibujo de las Islas Malvinas sobre el pecho de la camiseta. Y el viernes 20, ocho senadores del Partido Justicialista, el bloque opositor al gobierno de Raúl Alfonsín, hicieron un reclamo más osado: instaron al Jefe de Estado a que la selección no se presentara a jugar contra Inglaterra.

«Senadores nacionales piden que Argentina se retire del Mundial», tituló *Crónica* en un recuadro de su tapa, el sábado 21.

El Congreso hirvió en un caldo de nacionalismo oportunista. «Jugar contra Inglaterra atenta contra nuestra soberanía en las Malvinas. No podemos mantener relaciones comerciales ni deportivas mientras esa nación tenga una actitud beligerante con nosotros», dijo el presidente del bloque justicialista del Senado, José

Martiarena, ex gobernador de Jujuy. Un diputado también del PJ, Alberto Brito Lima, le pidió por escrito al canciller, Dante Caputo, que gestionara el regreso inmediato de los jugadores desde México. La justificación era un antecedente deportivo: si el Gobierno le había prohibido a la selección de *rugby* (Los Pumas) enfrentar a Sudáfrica, como rechazo a su política del *apartheid*, también debía impedir cualquier enfrentamiento contra Inglaterra.

Alfonsín no dio curso a los reclamos de diputados y senadores justicialistas, pero tampoco permaneció indiferente: en público le deseó suerte al equipo y le rogó que jugara «con calma», mientras en privado delegaba el tema en su Ministerio de Relaciones Exteriores. No puede decirse que el primer Argentina-Inglaterra después de la guerra se convirtiera en una cuestión de Estado pero tampoco puede omitirse que le generó incomodidad al presidente. Eran tiempos en que Gran Bretaña no tenía embajada en Buenos Aires ni Argentina en Londres, una doble ausencia que continuaría varios años más: el primer anzuelo al que recurriría la política para acercar relaciones sería el deporte, en junio de 1990, con la organización de dos partidos de *rugby* entre Los Pumas e Inglaterra en Buenos Aires.

«El canciller Dante Caputo llamó por teléfono, el viernes por la tarde, al embajador Facundo Suárez para asegurarse que solo sea un choque futbolístico —escribió el periodista Ezequiel Fernández Moores desde México para el semanario *El Periodista*—. Caputo estaba en Ginebra para hablar con el canciller suizo, Pierre Aubert, sobre las diferencias entre Argentina y Gran Bretaña.»

«Los embajadores británicos y argentinos en México han pedido a la policía local adoptar medidas especiales para prevenir la violencia en el partido del domingo, al que los diarios locales bautizaron como “La guerra de las Malvinas” —escribió John Carlin en *The Times*, el viernes 20—. Conscientes de que los incidentes dentro o fuera del campo podrían retrasar los esfuerzos para normalizar las relaciones entre ambos países, Facundo Suárez, el embajador argentino —fallecido en 1998—, y John Morgan, su homólogo británico, temen que el comportamiento de los hinchas conduzca a la violencia.»

«La fricción originada por medios sensacionalistas ingleses repercutió en Cancillería, cuyo secretario de relaciones internacionales, Jorge Sabato, solicitó a Rodolfo O’Reilly (secretario de Deportes de la Nación) que dialogue con Grondona para asegurar que la selección actúe dentro del reglamento», publicó *Clarín* el viernes 20 de junio de 1986.

«El presidente de la AFA me aseguró que el equipo jugará con el fervor necesario. Me parece de muy mal gusto comparar una confrontación deportiva con lo que pasó en Malvinas. El país no ganaría nada retirando el equipo del Mundial», debió salir al cruce O’Reilly ese mismo día, también en *Clarín*.

—¿Negociaciones diplomáticas por el partido de México? No. Yo no tuve ninguna injerencia en nada —se desentiende el ex canciller Dante Caputo por teléfono, treinta años después.

Mientras O'Reilly alentaba en 1986 a que se jugara el partido contra Inglaterra, lo paradójico es que se había opuesto en 1984 a que Independiente se presentara ante el Liverpool por la final Intercontinental, el primer enfrentamiento entre equipos de ambos países después de Malvinas. «No debemos tener relaciones de ningún tipo con Inglaterra», había dicho el secretario de Deportes de Alfonsín dos años atrás, el mismo argumento que en junio de 1986 esgrimieron los legisladores de la oposición.

—En 1984 no nos dejaban jugar contra el Liverpool y hasta último momento nos tenían ahí, así que con mis compañeros de Independiente fuimos a ver a Alfonsín, que era hincha del club —recuerda Burruchaga—. Le pedimos que nos dejara jugar, que solo se trataba de un partido, que no íbamos a vengarnos de una guerra. Y al final nos dejó.

Aunque los telegramas que pedían la suspensión del partido zumbaban como balas en el Congreso, Argentina-Inglaterra ya era tan irresistible que el sábado 21 llegó al Distrito Federal el primer funcionario de Alfonsín para ver jugar a la selección. No fue, es cierto, una misión diplomática, sino un golpe de suerte.

—Yo era el secretario de Hacienda del gobierno y el Ministerio de Economía de México me invitó para hablar de la renegociación de la deuda externa —recuerda Mario Brodersohn, con 80 años, en su oficina—. Yo era amigo del ministro, así que después me di cuenta de que, más que invitarme para hablar de economía, fue para ver el partido en su palco.

A las 10:20 del domingo 22 de junio de 1986, los jugadores argentinos entran al vestuario del Azteca y reanudan sus ritos: Cuciuffo ubica sobre un armario a la Virgen de Luján y Maradona enciende su equipo de música, un Sony rojo, pequeño y novedoso para la época. Comienza a sonar el segundo casete que la selección tiene reservado para los días de partido: el de las «canciones de vestuario».

En este punto de los hechos, sin embargo, no debe sugerirse una colección de rostros amables. Lo que sucede no es distendido: la atmósfera del vestuario se tensa, como si una nube de preocupación se filtrara por los respiraderos. La música se convierte en una alegría simulada.

—Uno de los grandes recuerdos que tengo de ese día es el silencio en el vestuario —dice Tapia—. Habíamos hecho todo lo mismo que en los partidos anteriores, pero al llegar al Azteca fue diferente. Es más, casi que no hubo música, yo no la recuerdo. Sí el silencio. Nos mirábamos todos. Era una concentración muy especial. Lo de Malvinas se sentía: teníamos que representar a todos los argentinos.

—Yo estaba cagado, la verdad que estaba cagado —dice Giusti—, y mirá que era un viejo en el fútbol. Ya tenía casi 29 años, había jugado diez años en Primera, Copas Libertadores que eran de terror, que te escupían, una final del mundo de clubes, pero estaba cagado.

—En el viaje en colectivo cantábamos todos, pero ya en el vestuario no había carcajadas —dice Brown—. Lo único que queríamos era que empezara el partido.

Algunos minutos después de las diez y media, los futbolistas salen por un momento a la cancha: quieren examinar el terreno, resolver qué tipo de tapones elegirán para sus botines, confirmar la percepción que habían tenido la mañana anterior, durante su primer contacto con el césped del Azteca, cuando habían visitado el estadio para reconocer el campo de juego.

—Los jugadores salían a la cancha y tenían que ver las palomas que picoteaban en el césped —dice Benros, el utilero—. Cuando veían las palomas, decían: «Listo, ganamos».

A esa hora, todavía temprana, los primeros hinchas ya están en las tribunas, las banderas comienzan a desplegarse y Pumpido se sienta detrás del arco en el que Maradona haría sus dos goles. Después, los argentinos vuelven al vestuario, donde los auxiliares intensifican su trabajo de masajear piernas, vendar tobillos y lustrar botines.

—Yo le lustraba los zapatos a Maradona y tenía mi propio secreto —cuenta Benros—. Diego me preguntaba «qué le ponés a los botines, hijo de puta», pero nunca se lo decía. Lo que usaba era una crema de silicona con kerosene blanco, una pomada que se usaba para las monturas de los caballos. Los botines quedaban espectaculares. Diego llevó al Mundial cinco pares Puma número 37, algunos con tapones bajos y otros altos. La noche previa a los partidos, venía a mi habitación y se

los probaba, pero al final elegía siempre los mismos, unos que le quedaban perfectos. Por las dudas le llevaba dos pares más a la cancha, unos con tapones bajos y otros altos. Cada tanto Diego me ayudaba a lustrarlos, pero lo que siempre hacía solo era vendarse los pies.

Mientras algunos jugadores eligen botines o se vendan los tobillos, otros comienzan a acondicionar sus piernas. Tres muchachos masajean los músculos de los futbolistas que enfilan hacia la proeza o el fracaso: el encargado principal, Roberto Molina; el ayudante, Galíndez, a veces utilero y a veces masajista, y el exclusivo de Maradona, Salvatore Carmando, un italiano al que Diego había conocido en el Napoli. El hombre se había ganado su confianza de tal manera que Maradona lo contrató para que lo acompañara a México.

—A Diego lo masajeaba durante una hora antes de cada partido —dice Salvatore Carmando por teléfono desde su casa de Salerno, a 70 kilómetros de Nápoles—. Sus piernas eran distintas a las de los demás jugadores. Maradona tenía músculos duros y flexibles a la vez, yo nunca vi algo así. Se tiraba en una camilla del Azteca y se relajaba, como si quedara en trance, él no decía nada mientras lo masajeaba. Yo usaba una crema especial, que hacía con barro. Era una receta propia que nunca le conté a nadie.

—De los 16 jugadores que eran titulares y suplentes, solo ocho o diez querían masajearse —dice Roberto Molina en el bar de la cancha de Vélez, el club en el que trabajó durante veinticinco años—. Un masaje normal, entre las dos piernas, tarda veinte minutos, pero muchos me pedían también las cervicales. Cada masajista tiene su fórmula: yo usaba jabón.

El comienzo del partido se aproxima a toda velocidad, como un tren bala, pero el protocolo de cábalas continúa. En realidad, no terminará hasta un minuto antes.

—Cuando terminaban los masajes tenía que sonar un teléfono público que había en el vestuario —dice Brown—. La primera vez que sonó fue antes del debut, contra Corea, atendí yo, y quedó como un ritual. A partir del segundo partido fue obvio que el tipo que llamaba era alguien de la selección, pero nunca supe quién. A veces ya estábamos listos para entrar a la cancha y el teléfono no sonaba. Lo mirábamos y nada... Entonces Bilardo decía «Bueno, dale, vamos a hacer esto», hasta que al fin sonaba y yo corría a atender. Decía «hola» y del otro lado nunca nadie me respondía, así que yo decía «ah bueno, andá a la puta que te parió» y cortaba.

El jefe de prensa de la AFA, Washington Rivera, entra al vestuario, saluda y se despide del plantel con un insulto.

Enrique le pide a Benros que le alcance las ojotas que tiene a centímetros de distancia.

Bilardo le da a Moschella, el administrativo de AFA, la planilla con la formación oficial y los documentos de identidad de los jugadores para que se los entregue a la FIFA.

Maradona dibuja la figura de un cuerpo en el suelo, disponiendo sus botines, su

camiseta, su pantalón y sus medias, y no deja que nadie pase por encima.

Es tiempo de la entrada en calor. La lidera el preparador físico, Echevarría, y dura veinte minutos en el túnel de entrada a la cancha. No ocurre, pero de fondo deberían sonar los teclados épicos de «Carrozas de fuego». Los jugadores vuelven al vestuario y se ponen las extrañas camisetas azules. Es la primera vez que las ven ya confeccionadas.

—Estábamos en el vestuario del Azteca y agarramos la camiseta que nos teníamos que poner... qué camiseta fea, mamita querida —se ríe Giusti—. ¿Vos la viste? Qué hijos de puta... La mirábamos con Burru y dijimos: «¿Y esto qué es, esta porquería?».

En un papel pegado a la pared cuelgan las últimas órdenes: la formación del equipo y el nombre del rival al que cada jugador deberá marcar en los corners y los tiros libres en contra. El vestuario parece el camarín de un teatro segundos antes de que los actores salgan a escena. Hay jarras con té para hidratarse. Termos con café para algún sorbo apurado. Toallas para secarse la transpiración. Vendas desperdigadas por el piso. Tela adhesiva. Son las 11:50. Faltan diez minutos para que comience el partido.

—Yo me ponía el botín —se emociona Brown— y Diego venía, me daba una palmada y me gritaba: «Dale, eh, dale que si vos jugás bien yo juego bien, dale que sos el mejor, dale que a estos hijos de puta los vamos a matar». Entrabas a la cancha con el corazón que no te entraba en el pecho.

«¡Piensen en Argentina! ¡Transpiren y orinen sangre!», arenga Bilardo, como si todo lo que sucediera a partir de entonces fuera un salto al vacío.

Los jugadores se convocan para una última reunión, improvisada, porque ya deben ir hacia el túnel. Los oficiales de la FIFA, en actitud de celadores, reclaman puntualidad, pero Maradona primero le habla a su pandilla.

—Lo primero que me acuerdo de ese día —dice Batista— es la arenga que Diego hizo, como capitán, en el vestuario, dándonos fuerzas. Fue una fuerza distinta a la de los demás partidos. Sabíamos lo que el partido significaba para todos los argentinos. Se habló de eso, de que era un rival que... había que ganarle sí o sí, que no nos permitíamos perder.

—Eso fue emocionante —habla Giusti—. Diego tomó la palabra en el vestuario. No sé si se hizo alusión a algo de la guerra, no me acuerdo bien, pero sí me acuerdo de la arenga, de que nos juntamos todos, algo que no hicimos en los otros partidos, y sí contra Inglaterra. La sensación era de querer ganarle como sea, de querer romperles bien el orto. Esa es la verdad.

Cuando la selección sale del vestuario ya es una tropilla salvaje. Todavía en las entrañas del estadio, en el túnel, los jugadores esperan la llegada de los ingleses y pocos minutos después tienen su primer contacto. Quedan a centímetros. Si fueran hienas, se mostrarían los colmillos. A las dos selecciones se suma la terna de árbitros. De acuerdo al protocolo de la FIFA, y por primera vez en los Mundiales, los equipos

y los jueces deben entrar de manera conjunta al campo de juego: un jugador detrás de otro formando dos filas paralelas, como si fuera el saludo a la bandera en un acto estudiantil. Una puesta en escena que llamaba a la confraternidad pero que los argentinos aprovechan para comenzar a cruzar miradas y gritos con sus rivales.

«Si hubieras estado en la cancha, cuando entramos —le dijo Brown al periodista de *Crónica*, según publicó el 24 de junio, dos días después del partido—, te habrías dado cuenta de que todo era distinto. En el túnel nos gritábamos: “A estos hijos de puta hay que ganarles, a estos hijos de puta hay que ganarles”, y los ingleses no entendían nada.»

—Entramos a la cancha los dos equipos juntos —recuerda Brown en el verano de 2015—, en filas paralelas, y mirando a los jugadores de ellos como diciéndoles: «Hijos de re mil puta, la cantidad de argentinos que mataron, la concha de su madre». Porque era como que habíamos asumido ese honor por toda la gente que estaba en su casa, que había perdido un hijo, que había perdido un hermano. Entonces íbamos «dale, dale que a estos hijos de puta los matamos». Mierda, otra vez la guerra. No sabés lo que fue esa salida a la cancha.

«Vimos a los argentinos en el túnel y estaban confiados, ansiosos por entrar a la cancha —dijo Terry Butcher, defensor inglés, en *Argentina-Inglaterra. Mundiales de fútbol y otras pequeñas guerras*—. Los otros equipos contra los que habíamos jugado, Polonia o Paraguay, no tenían tantas ganas de entrar. Los argentinos parecían más aprensivos.»

Bilardo también se ubica al lado de los ingleses pero no para intimidarlos sino para comprobar cuánto miden. Lo desvelan esos detalles y aprovecha cualquier oportunidad para calibrar la altura de sus rivales. En el casamiento de Maradona, en 1989, ensayaría un doble encargo: pedirle a la mujer de Ruggeri, Nancy, que llevara a su pareja a bailar cerca de Careca, delantero brasileño, y enviar a Brown a la pista delante de Ciro Ferrara, defensor italiano. Bilardo los miró desde lejos y retuvo la diferencia de altura de los cuatro.

—La última cábala antes de entrar a la cancha era mía —dice Olarticoechea—. Ya estábamos los dieciséis juntos, los titulares y suplentes, y yo tenía que volver al baño para hacer pis, aunque no tuviera ganas. La realidad es que también estaba nervioso.

—Teníamos un orden para salir a la cancha —dice Burruchaga—. El primero era Diego y el último era yo, con Carlos (Bilardo) atrás que me taladraba. Me repetía lo que había que hacer en el partido. Los mediocampistas teníamos que saber todo y, como yo era el último de la fila, me volvía loco.

La transmisión televisiva comienza unos segundos antes de la salida de los jugadores al campo de juego, de modo que todo lo que los dos planteles han hecho hasta entonces permaneció fuera del radar de las cámaras. ¿Cómo llegaron los ingleses a las 11:50 del 22 de junio de 1986?

«Fue un día tan raro que desayunamos a las 8 de la mañana, copos de maíz y banana —reconstruye Peter Reid, mediocampista, en *Invierno en Everton, verano en México, un Diario de Fútbol* (Queen Anne Press, 1987)—. Después viajamos al estadio, y eso fue fabuloso: en las calles, los fanáticos mostraban las banderas de sus países. En el colectivo escuchamos el casete habitual, con música de Los Beatles y los Rolling Stones.»

«El colectivo llegó al Azteca y condujo hasta debajo del estadio, donde estaba todo oscuro —recuerda otro volante, Steve Hodge, en *El hombre con la camiseta de Maradona* (Orion, 2010)—. Era un submundo de luz de sodio, escondido del duro sol de México.»

«Inglaterra llegó al estadio Azteca y se encontró con la negativa de acceder “al vestuario de la suerte” que habían ocupado en el partido contra Paraguay. Mal augurio, pensaron los jugadores», escribe David Downing en *Argentina-Inglaterra y otras pequeñas guerras*.

«En el vestuario —cuenta Reid—, Hoddle estaba con los auriculares encendidos. Le pregunté qué escuchaba y me hizo el gesto de un águila: era fan de The Eagles, y era su manera de relajarse. Sansom y Butcher gritaban y bromeaban. Lineker estaba acostado.»

Pero además de los rituales previos de cada partido, Inglaterra también debía lidiar con el efecto Malvinas. Durante la semana, el técnico Bobby Robson había propuesto que los planteles se juntaran para mostrar una imagen de paz y concordia. La AFA alabó el gesto, pero nadie hizo demasiado esfuerzo en organizar la puesta en escena. Aquello no era sencillo para los argentinos pero tampoco lo era para los británicos. Treinta años después, Terry Fenwick recuerda una intromisión en el vestuario del Azteca.

—La influencia de la guerra fue enorme, tuvo un gran impacto en nuestra preparación —dice el defensor, vía correo electrónico, desde Trinidad y Tobago—. Minutos antes del partido, el entonces ministro de Deportes de Gran Bretaña nos dio instructivos, muy notorios, de lo que podíamos hacer y no dentro de la cancha. Estando en México, veíamos los canales de televisión que tenían base en Estados Unidos y pasaban imágenes de la guerra de Malvinas. Fue todo muy intenso y nosotros, los ingleses, no supimos cómo manejar la situación de manera apropiada.

Reid agregaría otro elemento de presión: que el técnico inglés, Bobby Robson, les dijo a los jugadores que había recibido telegramas de la Reina Isabel II y de Margaret Thatcher, primera ministra británica.

«En el vestuario, antes de los partidos, Bobby siempre estaba hiperactivo, pero antes de jugar contra Argentina trató de calmarnos, de decirnos que nos olvidáramos de la cuestión política que había alrededor —dijo Reid, según reconstruye *Animals! The Story of England vs Argentina*, de Neil Clack (editorial Know The Score, 2010)—. Sin embargo, después empezó a entusiasmarse, y a decir que quería ganar, y nos contó que habíamos recibido mensajes de buena suerte de la Reina y de la primera ministra, y cómo Maggie Thatcher había dicho que ya habíamos ganado una guerra y que ahora que podíamos ganar otra, y todo eso... ¡Demasiado para (querer) olvidar la guerra! Pero para ser honesto, no le prestamos mucha atención. Teníamos suficiente con el partido. Argentina tenía muy buenos jugadores.»

«Los futbolistas de Puerto Argentino —en referencia a la principal ciudad de Malvinas, publicó *The Sunday Times* la mañana del 22 de junio— le enviaron un telegrama al entrenador de Inglaterra, Bobby Robson, deseándole la mejor de la suerte y recordándole que “esto significa algo especial para nosotros”.»

«En los días previos al partido junté a los jugadores y les dije de lo inevitable que serían las preguntas del periodismo —cuenta Robson, que murió en 2009, en *Tan cerca y tan lejos, el diario de las Copas del Mundo de Bobby Robson, 1982-1986* (HarperCollins Willow, 1986)—. Les pedí que no se involucraran en los aspectos políticos, que no hablaran de eso. Que estábamos para jugar al fútbol, y que yo era entrenador, no político. Yo además rezaba para que no hubiera ninguna pelea de las dos hinchadas frente a las cámaras de televisión de todo el mundo.»

Pero además de Malvinas, el técnico de Inglaterra y sus jugadores tenían otro asunto del cual ocuparse en la previa del partido: Maradona. Un asunto del que, en verdad, no parecen haberse ocupado tanto.

«Unos 45 minutos antes del comienzo —le dijo Fenwick al portal deportivo de Trinidad y Tobago, wired868.com, en marzo de 2014—, estábamos en el vestuario y Sir Bobby me llamó para darme instrucciones de cómo enfrentar a Maradona. Me dijo: “No te preocupes por Maradona, Terry. Es solo un pequeño muchacho y únicamente tiene un pie bueno”. Ahora ya me puedo reír pero pasaron varios años para que le encuentre el sentido gracioso después de haber sido responsable del gol de todos los tiempos. Bobby nunca citó a Maradona en las reuniones previas al partido y salimos con el sistema habitual, 4-4-2.»

—Yo esperaba que (el técnico) nos detallara cómo íbamos a marcar a Maradona hombre a hombre, pero Sir Bobby tenía otras ideas: la orden fue marcarlo colectivamente y que se ocupara el jugador que estuviera más cerca —agrega Fenwick vía *e-mail*, y enseguida dejará en claro que aprendió a tomarse el asunto con humor—. Sir Bobby me llevó a un costado para decirme que Maradona solo tenía un pie del que debía estar atento, pero claramente no me explicó cuán bueno era ese pie, el izquierdo.

«Tuvimos reuniones para hablar del partido pero Bobby nunca fue de hacer demasiados análisis tácticos —dice Hodge en su biografía—. Era más un motivador,

por ejemplo nos mostraba los telegramas que recibía de la gente. Podían ser de un amigo en Newcastle o de una anciana en Bristol que nos deseaban lo mejor. Quería retratar la emoción que había en el país y mantener el fervor patriótico que le inculcaba al equipo. En la charla técnica del día previo, abordamos brevemente la situación de Maradona y lo que haríamos para frenarlo. Bobby no quería que perdiéramos nuestra confianza, así que no hablamos demasiado de él. Reiteró que a veces tendríamos que duplicarle la marca, pero que siempre apostaríamos a lo nuestro.»

«Les dije que no le tuvieran fobia —dice el técnico en *Tan cerca y tan lejos*—. Habíamos ganado los dos últimos partidos por tres goles. Esta vez con un gol sería suficiente. Yo no era codicioso.»

«Cuando nos preparábamos para salir a la cancha y escuchar los himnos —escribe Hodge en su libro—, Bobby dijo unas últimas palabras: “¡Somos Inglaterra! ¡Juguemos a nuestra manera!”. Todos gritaron: “¡No la dejaremos pasar!”.»

—Ya se veía que Diego estaba para cosas mayores —dice Ruggeri—. Si hasta los jugadores ingleses, antes del partido, se sacaron fotos con él.

Salir desde el sótano del estadio, pisar el césped y ser celebrado por las tribunas festivas debe ser uno de los grandes momentos en la carrera de un deportista. Debe ser, también, una belleza exigente: una pulseada entre las endorfinas y el sistema nervioso. Maradona en la primera fila junto a Shilton, Pumpido al lado de Sansom, Cuciuffo en pareja con Stevens, Ruggeri con Hoddle, Brown junto a Steven, Batista y Fenwick, Enrique en dúo con Hodge, Giusti con Reid, Valdano al costado de Beardsley, Olarticoechea pie a pie con Lineker y Burruchaga con Butcher. Los jugadores de Argentina e Inglaterra avanzan por la oscuridad del túnel y, tras la luminosidad repentina, quedan a cielo abierto rodeados por 120 mil personas que rugen.

—Ver el Azteca desde adentro del campo de juego es impresionante —dice Batista—. Nosotros entrábamos y lo primero que veías era el cielo. Después te aparecían las tribunas, pero lo primero era el cielo, y entonces lo primero que pedías, lo pedías mirando para arriba. Parecía hecho a propósito, ¿no?

«La atmósfera era increíble. Nunca antes ni después tuve una experiencia como esa», escribe el delantero Peter Beardsley en *My Life Story* (HarperCollins Willow, 1996).

«Cuando salimos del túnel, nos encontramos con una ráfaga de ruido y el sol cegador —recuerda Hodge—. También me golpeó la inmensidad del estadio. Quería ver a Maradona desde que formamos en el túnel, pero él estaba adelante. Recién lo vi en el campo de juego. Vi su mata de pelo negro y la gente, si no sintió temor por su presencia, tomó conciencia de que ahí estaba.»

A las 11:55 del domingo 22 de junio de 1986, el sol comienza a girar alrededor del Azteca. Los equipos y los árbitros entran por detrás de uno de los arcos y caminan hacia la mitad de la cancha. Si una cámara siguiera a Bilardo, lo captaría en su último capítulo de cábalas previo al partido: dándole una palmada final a Burruchaga, el enésimo grito «con todo, eh», hablando diez segundos con dos fotógrafos de *El Gráfico*, Eduardo Forte y Ricardo Alfieri (h), y corriendo al banco de suplentes para sentarse antes que el resto. No debe hacerlo en cualquier lado sino en un extremo, y recién después pueden ubicarse los suplentes y los otros integrantes del cuerpo técnico, cada uno respetando su lugar acordado.

Los veintidós titulares llegan a mitad de cancha y se detienen frente a la tribuna de las autoridades de FIFA y las cámaras de televisión. Yo tenía 11 años. Si no, me hubiera tomado un *whisky*. Es el tiempo de los himnos y entonces sucede algo que, en el momento, pasa desapercibido pero que después vería decenas de veces en «Héroes»: Pumpido, que está junto a Maradona, mira de costado a los ingleses, por el rabillo del ojo, como quien planea el robo a un banco y estudia los movimientos de los policías.

—En los himnos, cuando estábamos un equipo al lado del otro —dice Pumpido

—, yo aprovechaba para mirar a los rivales. Quería saber cuánto medían, cómo eran sus caras, todo. Me servía también para saber cómo estaban ellos. A veces veía caras de temor en el rival. Estábamos pasados de revoluciones para jugar ese partido.

—En los himnos —dice Ruggeri—, yo miraba al que Bilardo me había dicho que tenía que marcar. En esa época no era normal conocerlos: yo jugaba en River y por televisión no pasaban los partidos de Europa. Por ejemplo Bilardo me decía «marcá al 15», y yo me daba vuelta y buscaba al 15. «Uh, es una torre, o bueno, es más bajo», me decía. Ese día tenía que marcar a Lineker.

«No hubo otro partido en que los hinchas cantaron los himnos con tanto gusto», recordó Valdano en el diario inglés *Financial Times*, en el año 2000.

«No soy el patriota más grande, pero los himnos te revuelven —escribe Reid en su libro—. Suena cursi, pero te sentís diez pies más alto. El orgullo es enorme.»

—Ese día, y por todo tipo de razones —escribe Hodge por correo electrónico—, el himno fue un hormigueo en la columna vertebral.

—El himno te hace fuerte —dice Enrique—, pero pasa algo: los jugadores de fútbol no podemos exteriorizarlo, y por eso yo lo cantaba para adentro. Mirá a los jugadores de *rugby*, a Los Pumas: yo los admiro, pero ellos se ponen a llorar durante el himno y los califican de patriotas. En cambio, si los futbolistas lloramos, nos dicen que estábamos cagados, que somos putos. Y si nos llega a ir mal, agarrate: todos van a decir «¿Y qué querés, si lloró?»

—Antes del primer partido del Mundial, contra Corea, me pasó algo raro —dice Garré—: en el himno se me infló el pecho y pensé en las Malvinas. Es como que yo me decía «soy un soldado; esos chicos fueron a las islas a pelear por nuestras tierras y nosotros estamos acá peleando a nivel deportivo por Argentina». No tenía nada que ver, pero me pasó eso.

«El himno también hay que practicarlo. Nosotros lo practicábamos cinco veces antes de cada partido. En ese momento, al jugador se le pasa todo por la cabeza», dijo Bilardo, ya como periodista, antes de un partido de la selección argentina, según reconstruye la web de la BBC en una nota llamada «Las 10 mejores frases de técnicos de fútbol».

Varios futbolistas de la década de 1980 —no solo los que jugaron el Mundial 86— sostienen que el único recuerdo que guardan de los himnos es el click de los fotógrafos gatillando sus cámaras analógicas. El recuerdo de Brown es más beligerante, como si ellos hubieran sido dioses de la justicia retributiva, Némesis en pantalones cortos. «Apenas terminaron los himnos, volvimos a gritar lo mismo que cuando vimos a los ingleses en el túnel. “A estos hijos de puta hay que ganarles”, y creo que en la medida en que ellos se achicaban psicológicamente, nosotros crecimos», dijo Brown, en *Crónica*, el 24 de junio de 1986.

—Sí, gritamos eso —asiente Brown, tres décadas después—. Mientras cantaba el himno contra Inglaterra pensé en todo lo que había sufrido muchísima gente de acá, que le habían matado un familiar. Porque es la verdad. Muchos de los que estábamos

ahí lo vivimos de esa manera.

—La imagen que tengo de aquel partido es Maradona después del himno —recuerda Cayetano Ruggieri, enviado de *Crónica*, hoy con 75 años, y para quien el fútbol es literalmente su casa: el periodista vive en el edificio de la AFA—. Terminó la música y Diego arengó a sus compañeros como diciendo «hoy no podemos perder con estos hijos de puta». Maradona estaba lúcido, excelso: el cuerpo ejecutaba lo que le decía la mente.

«Los suplentes fuimos al banco —dice John Barnes, delantero inglés, en *John Barnes. La autobiografía* (Headline Book Publishing, 1999)—. Lo normal es gritarle exhortaciones a los muchachos que van a jugar como titulares, pero cuando me senté ya no pude seguir a mis compañeros. Quedé hechizado por Maradona. No podía sacarle los ojos de encima.»

Ahora faltan segundos para el comienzo del partido. Los equipos se forman ante los fotógrafos y, apenas después, los jugadores se desperdigan para ocupar su lugar en la cancha. El árbitro, el tunecino Ali Bennaceur, convoca a los capitanes: Maradona por el lado argentino y el arquero Shilton por el inglés, verdugo y víctima frente a frente. Se dan las manos, sonríen de ocasión, y el británico gana el sorteo que determina quién pone en juego el partido. Le sigue una foto que tiene destino de póster y mucho de casualidad. Shilton no debió haber estado ahí: lleva la cinta de capitán del equipo del Imperio debido a una doble ausencia, las del habitual capitán, el mediocampista Bryan Robson, el mejor jugador inglés de la década de 1980, que está lesionado y ha quedado excluido de los dieciséis convocados, y la del subcapitán, otro volante, Ray Wilkins, que tampoco ha llegado en plenitud física al partido, aunque ocupa un lugar en el banco de suplentes.

Hay intercambio de banderines: Maradona recibe el inglés de manos de Shilton y se lo entrega a Marcelo Trobbiani, suplente, que lo besa y lo lleva corriendo al banco argentino. En otro lugar de la cancha, mientras nadie lo ve, Giusti raspa con sus botines la raya del círculo central para hacer un pozo y esconder un caramelo que nunca comerá. Lo que había sido una previsión del cuerpo técnico para los primeros partidos, una forma de combatir la sequedad de garganta que generaban el smog y la altura de la capital mexicana, el mediocampista la transformó en la milésima liturgia: Argentina no arranca a jugar hasta que Giusti no oculta un caramelo en el césped.

Finalmente, a las doce en punto del mediodía en el Distrito Federal, a las dos de la tarde en Malvinas, a las tres en Buenos Aires y las siete en Londres, el 22 de junio de 1986 comienza un partido que, a medida que se aleja en el tiempo, se transforma, cada vez más, en una venganza patriótica, en un triunfo del Ejército de los Andes, en un apéndice poético de Las Malvinas.

SEGUNDA PARTE

DURANTE

Todo comienza en una jugada que nadie recuerda.

Peter Beardsley, un delantero inglés con el flequillo a lo Moe, el personaje de Los Tres Chiflados, abre el juego para Gary Lineker. El goleador tiene la mano izquierda vendada: se ha fracturado la muñeca en los entrenamientos que su equipo hizo en Vancouver, antes de llegar a México, pero los argentinos no deben tenerle conmiseración. Es un pirata del área: cuando festeja sus goles —y ha convertido cinco en los últimos dos partidos del Mundial—, lo hace levantando sus manos, y la que tiene vendada parece un garfio. Lineker habilita a Peter Reid, el único futbolista canoso, y le siguen 16 pases consecutivos y 36 segundos en los que los jugadores argentinos, desorientados, tocan primero las piernas rivales antes que la pelota: Héctor Enrique golpea a Steve Hodge.

Qué hacía yo a esa hora no lo sé. Mi único recuerdo del 22 de junio de 1986 es una escena en la que mi viejo lleva el protagonismo: ya por la noche, cuando todo ha terminado, vuelve a casa después de comprar una *pizza* para la cena y abre la puerta como si acabara de ver al diablo.

—El pizzero me jura que el primer gol de Maradona fue con la mano —dice mi viejo.

Mi reacción fue cargar contra el pizzero anónimo. «¿Cómo un gol con la mano? ¡Si fue con la cabeza!», protesté.

Eso es todo.

Yo tenía 11 años, en la frontera de los 12 que cumpliría en agosto, y del partido no consigo rescatar ninguna imagen, tampoco de los goles. Cómo los grité, con quién me abracé. Sí, al menos, me aferro a una conjetura difusa de dónde lo vi: creo que fue sentado en la cama de mis viejos, frente al televisor en colores que desde hacía pocos meses se había convertido en la novedad de la casa. En la cocina, apagado, debió quedar el aparato más viejo, el blanco y negro que se encendía durante las comidas.

Como el partido contra los ingleses comenzó a las tres de la tarde de Argentina, al igual que casi todos los de México 86, el ritual de aquel junio de hace casi treinta años consistía en volver del colegio, terminar de comer y correr al cuarto de mis viejos para zambullirme en un estímulo inédito: el de México fue, como para muchos pibes de mi edad, el primer Mundial en colores. El de España 82 lo había visto en blanco y negro, y eso hoy, en tiempos de LED cinematográficos en el *living*, parece un avance insignificante, un paso de tortuga en la Historia, pero entonces era el futuro.

Mientras escribía este libro les pregunté a amigos y compañeros de trabajo qué era lo primero que recordaban de su infancia. En sus respuestas evocaron escenas familiares.

—Una tarde con mis papás —dijeron varios, con un tono plácido, iluminado.

El primer registro de mi vida también está vinculado a mi familia, a un paseo en

el auto con mis viejos y mi hermano, durante el Mundial de 1978. Tenía 3 años y un delgadísimo hilo de memoria me lleva al festejo por el título que ese año ganó la Argentina. No es un *flash* del partido sino de la celebración en las calles. Avanzábamos por Cabildo hacia la intersección con Juramento, y en el asiento trasero del coche puedo verme —como si fuera el actor de mi propia película— mirando con susto a toda la gente desfilando junto al Renault 12 de mis padres. Una marea humana desbordaba las veredas y se desparramaba por la avenida. Ya era de noche, estaban encendidas las luces del alumbrado público y de repente, click, se apaga el destello: no recuerdo más.

Durante un tiempo temí que aquello fuera una invención: en esa imagen había algo que no tenía lógica, y era que los autos avanzaban —siempre de a pocos metros, en medio de la muchedumbre— por los carriles izquierdos de la avenida. ¿Cómo podía conducirse en contramano? El dilema lo resolví cuando, ya de grande, mi viejo me contó que esa noche, después del triunfo en la final, Cabildo se transformó en una avenida de una sola mano hacia el centro, rumbo al Obelisco.

Mi conciencia arranca en los Mundiales. Ni en mi casa ni en el colegio ni en una plaza: Argentina 78, ese festejo desde el auto, es mi primer relampagueo. Cada una de las siguientes Copas del Mundo serán una fotografía: en España 82 estoy en el aula de tercer grado queriendo saber el resultado del partido que la selección jugaba contra Italia. Invento una excusa, le pido permiso a la maestra para salir de clase y apuro el paso hacia la secretaría de la escuela, el lugar en el que alguien debía estar escuchando la radio, solo para enterarme de que estábamos perdiendo.

En México 86, a mis 11, como empezaría a pasarme con las chicas, los partidos comenzaron a gustarme y a ponerme nervioso. Que la trayectoria de una pelota pudiera quitarme la respiración fue todo un descubrimiento. A Italia 90, siendo ya adolescente, le dediqué una intensidad descomunal, una liberación bíblica de endorfinas. Estados Unidos 94 fue una bienvenida a mi adultez joven: el ritual urbano de ver los partidos por televisión con los compañeros del trabajo. Francia 98 y Corea-Japón 2002, a mis 23 y 27, son fotogramas agitados de la juventud, un atado de cigarrillos por día y alcohol como un escocés recién salido de la cárcel. Si la vida es eso que te pasa entre cada Mundial, en los cuatro años siguientes, hasta Alemania 2006, mi mamá se enfermó y murió, me enamoré, me desenamoré, viajé, viví en el exterior y renuncié a un trabajo en el que podría haberme jubilado y, también, muerto de aburrimiento. Las postales de Brasil 2014, al borde de mis 40, exceden a Javier Mascherano y Lionel Messi: son, también, la ausencia de mi viejo y la inminencia de mi casamiento.

Pero a ninguno de mis Mundiales quiero más que al de México. Volver a 1986 no es solo revivir a Maradona y los suyos, sino a mi infancia, y a todos los recuerdos de esa época. Por ejemplo, a esa misteriosa sombra que se proyecta sobre el círculo central en todos los partidos del Azteca, también en el primer minuto de Argentina-Inglatera. Una sombra con forma de estrella que, en 1986, ningún periodista explica

qué es.

—Era el nuevo sistema de sonido del estadio —revela Ahumada, mexicano, uno de los hinchas que el 22 de junio de 1986 vieron el partido en vivo y en directo—. El Azteca era un estadio algo viejo, lo habían construido hacía veinte años, y para el Mundial le hicieron varias reformas. Los parlantes estaban encima de la mitad de cancha, atados con cables desde las tribunas, y desparramaban el audio en todas las direcciones. Como los partidos se jugaban al mediodía, la sombra que proyectaba el sol daba en el círculo central.

Los primeros *flashes* del partido son la consumación de la nada, una inercia aparente de la que sin embargo conviene desconfiar. Es lo que ocurre en la antesala de las luchas de sumo: los contrincantes, ya subidos al *dohyo*, disponen de cuatro minutos para mirarse antes de que comience la pelea. Visto desde afuera, suena a ritual folclórico, pero los expertos japoneses se ponen muy serios para explicar que es una contienda psicológica imprescindible: luchador que desvía la mirada, luchador que arrancará en desventaja emocional.

En el Azteca, Argentina comienza a tejer la telaraña en la que lentamente, casi con sadismo, sofocará a Inglaterra.

«El primer tiempo no lo jugamos bien, y fue el resultado de una táctica asfixiante de Argentina —escribe Glenn Hoddle, uno de los creadores ingleses, en su biografía, *Impulsado hacia el éxito* (Queen Anne Press, 1987)—. Ellos pusieron a un mediocampista defensivo con despliegue en lugar de un atacante —por el ingreso de Enrique en lugar de Pasculli— y quedamos en sus manos. Tuvimos más tiempo la pelota pero nuestros defensores pateaban para arriba. Hablé con Terry Butcher y Terry Fenwick —los defensores centrales— y les pedí que nos pasaran la pelota al pie a Peter Reid —otro volante— y a mí en el mediocampo, pero no lo hicieron. Esos pelotazos largos no funcionaban.»

Todo lo que ocurre en los primeros nueve minutos es hojarasca, jugadas de relleno, información que puede ser volcada a la papelera de reciclaje, hasta que Maradona construye su primera pequeña gran jugada. Por la megafonía del Azteca tendría que haber comenzado a sonar la novena sinfonía de Beethoven. El himno de la alegría mantenido en *loop* hasta el final del partido.

José Luis Cuciuffo pisa la pelota y hace trastabillar a Butcher, el juego continúa en Giusti y llega a Maradona, que acomoda la pelota con el pecho como un Nuréyev con botines, pone quinta velocidad y hace chocar a tres rivales. Parece un gag, pero el tema va en serio y tendrá consecuencias: Fenwick le comete infracción con saña, directo a los tobillos, y el árbitro amonesta al defensor inglés. Es tiro libre para Argentina y, aunque nadie lo sepa en ese momento, esa tarjeta amarilla tendrá incidencia en la jugada más famosa de la historia del fútbol, el segundo gol de Maradona para el que todavía falta —exactamente— una hora.

—Esa amonestación fue muy temprana —recuerda Fenwick, por correo electrónico, desde Trinidad y Tobago—. Para mí era todo un problema: iban 9 minutos y empecé a jugar condicionado, ya no podría marcar con aspereza. Pasé a convivir con el peligro de ser expulsado.

«Maradona con el país en el botín izquierdo», dibuja Víctor Hugo Morales su primera metáfora en la transmisión de radio Argentina. El relator uruguayo avanza hacia su consagración profesional, como si condujera un *sidecar* junto a Maradona, pero sin embargo, en su fuero íntimo, hubiera preferido que Argentina-Inglaterra no

se jugara.

—El partido previo de Argentina, contra Uruguay, era difícil para mí, pero yo hinchaba por Uruguay —dice Morales una tarde de octubre de 2014 en un hotel del microcentro de Buenos Aires, cercano a los estudios de Continental, la radio en la que trabaja desde finales de la década de 1980—. Yo quería que ganara Uruguay, y eso que era una batalla interna porque yo era bilardista. Yo sabía que en Argentina-Uruguay tendría que hacer gritos elegantemente austeros para cualquiera de los dos equipos.

Un minuto después de la infracción de Fenwick, Maradona ejecuta el tiro libre que favorece a Argentina. Apunta al arco, la pelota pega en la barrera que forman los ingleses, gana altura como si fuera un globo aerostático y, de repente, cae a toda velocidad, como si le hubieran acertado con un rifle de aire comprimido. El arquero inglés, Peter Shilton, corre primero y salta después para evitar lo que habría sido un gol a traición. Envía la pelota al córner, pero sus movimientos algo espásticos —como si fuera un Rastrojero al que le cuesta arrancar y escupe gasoil— lo delatan como un deportista que está a dos meses de cumplir 37 años. Su aspecto resulta anticuado, y encima en lo que se supone su especialidad, las pelotas áreas.

Aunque tampoco nadie lo sepa, aquí comienza a nacer el primer gol de Maradona. El guion del partido le tenía reservado a Shilton el papel de víctima, y una biografía del arquero debería comenzar cuando, de chico, estaba acomplejado con su cuerpo. Como siempre quiso ser arquero pero sospechaba que era bajo para el puesto —de adulto llegaría a medir 1,85, un par de centímetros por debajo de la altura promedio de sus colegas—, el niño Peter se colgaba de las escaleras de su casa para estirarse los brazos. Su esfuerzo debió haber sido sobrecogedor: en la primera de sus dos autobiografías (*The Magnificent Obsession*, Littlehampton Book Services Ltd, 1982) también confesó que para saltar más alto se ponía bolsas de arena en los hombros. Como además quería mejorar el alcance de sus piernas, marcaba sus avances con una tiza en el piso, centímetro a centímetro. Pero su obsesión era la altura, y por lo tanto los centros: quería eliminar cualquier posibilidad de que lo acusaran de petiso por no atenazar las pelotas áreas, justo lo que le pasaría en el primer gol de Maradona durante su desdichado mediodía en el Azteca. El detallismo de Shilton también incluía cuestiones de moda: cuando debutó en Primera eligió una camiseta blanca, un color que no se estilaba entonces. Shilton creía que los arqueros inmaculados podrían intimidar a los delanteros rivales pero el 22 de junio de 1986 está vestido de gris.

Sin embargo, el arquero que primero coquetea con la desgracia es Nery Pumpido. Es una jugada que —cuando volviera a verla en los resúmenes del partido que la televisión pasaría decenas de veces— me haría pensar que, si me tocara estar moribundo y tuviera que decir algo antes de morir, diría con un hilo de voz: «Cuidado que Pumpido se resbaló».

—Uf, el cagazo que me pegué —reconoce Pumpido, como si cada tanto siguiera recordando la jugada y despertándose sobresaltado en medio de la noche.

La mayor jugada de riesgo de los 45 minutos iniciales favorece a Inglaterra. Si todo lo que suele recordarse del 22 de junio de 1986 pertenece al segundo tiempo, además de los motivos obvios —los goles de Maradona— también debe ser gracias a un mecanismo de defensa que permite olvidar el susto de los 12 minutos, cuando Pumpido se resbaló. Reid conduce el juego debajo de la sombra omnipresente del círculo central y ensaya una conexión de treinta metros para un delantero, Beardsley, que corre apareado por Brown. El inglés no llega y el líbero argentino deja pasar la pelota para que Pumpido la tome con sus manos, pero la jugada se sacude al ritmo de un pozo aéreo: el arquero patina, pierde la pelota y Beardsley la captura. Es una situación de emergencia, los roles se invierten: el arquero —Pumpido— va a torear al inglés, y un defensor —Ruggeri— corre a proteger el arco. Beardsley elude al arquero con un quiebre de cintura y remata. Si el fútbol es en su mayor parte la espera del gol —como escribió Ariel Magnus en el epílogo de *Barrilete cósmico, el relato completo* (InterZona, 2013)—, ese segundo de incertidumbre es la sublimación de esa expectativa.

—La pelota le quedó sobre el córner al delantero de ellos, así que tuvo poco ángulo para patear —recuerda Pumpido—. Por eso el remate se le fue desviado. Igual creo que, si la pelota iba en dirección al arco, la sacaba Ruggeri, que ya estaba ahí para cubrir. Pero el susto que me pegué... La cancha estaba muy blanda en un sector y muy dura en otro.

«El césped del Azteca era una desilusión —coincide Hoddle en su libro—. En la televisión se debe haber visto immaculado, pero Shilton hizo una denuncia oficial sobre el área chica después del partido contra Paraguay para que lo mejoraran antes de Argentina.»

Pumpido se resbala a pesar de usar botines con tapones altos para evitar patinarse. En realidad, con tapones bajos o altos, en ese Mundial el calzado les permite a los jugadores ganar unos dólares extras en una época en la que el fútbol no sueña con la explosión económica en la que entraría en las décadas siguientes.

—Yo tenía dos contratos, Puma para los botines y Reusch para los guantes —dice Pumpido—. Antes del partido con Inglaterra les dije a los representantes de la marca que, si salíamos campeones, iba a agarrar la Copa con los guantes. Fue una idea mía: fijate que Dino Zoff (el arquero italiano, capitán de la selección campeona en España 82) se sacó los guantes cuando levantó la Copa. A los de Reusch les pedí 10 mil dólares y me dijeron que sí. Por eso mi foto con la Copa y la marca de los guantes salió en todas partes. Después la FIFA se dio cuenta y desde Italia 90 implementó que la publicidad debía tener una medida máxima.

—En River, a comienzos de 1986, tenía un par de botines: lo que pasó fue que en marzo salimos campeones, los hinchas entraron a la cancha para dar la vuelta olímpica y me los sacaron —dice Enrique—. Me quitaron todo menos el *slip*. Como sabía que podía ir al Mundial, me importó tres carajos: pensé que en la selección me iban a dar cuatro pares. Pero no me dieron nada y en la gira previa a México, por

Europa, tuve que pedirle a Giusti que me prestara unos viejos que él tenía y no usaba. Yo calzaba 41 y él 42, así que me quedaban grandes. ¿Sabés lo que es un número más? Le pegaba a la tierra. Igual los usaba: ¡si no tenía otros! Ya en México le conté a Diego lo que me pasaba, él habló con la gente de Puma y a los pocos días me resolvieron el problema. Jugué todos los partidos y entrenamientos con un único par de botines, pero qué me importaba, si además me pagaban por usarlos. Cuando volví me compré un cero kilómetro.

—Yo usaba botines Adidas pero antes del Mundial me dijeron que no me podrían pagar nada durante el torneo, así que me liberaban —recuerda Ruggeri—. Fue la única vez que usé Puma. Creo que nos daban 300 dólares por partido, o algo así. Eran dos mangos.

—Nos pagaban lo mismo por usar los botines que el premio que la AFA nos daba por partido ganado —dice Burruchaga—. En la selección no ganabas plata. Por ganarle a Inglaterra no recibimos premio. Los números son muy distintos a los de ahora.

El lamento de Burruchaga, treinta años después, es cierto: su esfuerzo y el de sus compañeros no sería recompensado económicamente por la AFA. El acuerdo entre la selección y Grondona tenía dos partes: 1) del monto que la FIFA le pagaría a la AFA al final del Mundial, el 50% sería para el plantel y el cuerpo técnico —la otra mitad quedaría para la AFA—; 2) cada jugador recibiría un viático diario de 25 dólares. Al menos, ganarle a Inglaterra les garantizaba a los argentinos jugar otras dos veces —la semifinal y la final o el partido por el tercer puesto—. Como la FIFA le pagaba a cada asociación 211.660 dólares por partido jugado, los veintidós jugadores, Bilardo y sus tres ayudantes principales sumarían otros 423.200 dólares para repartir entre 26: restada la mitad que le correspondía a la AFA, a cada uno le quedaron poco más de 8 mil dólares, o sea cerca de 4 mil por partido. Como Argentina jugó siete veces y cada futbolista cobraría cerca de 30 mil dólares, el de Inglaterra —como los otros seis partidos— reportó 4 mil dólares por jugador.

—¿Cuánto dinero cobramos por ganar el Mundial? Yo cobré 30 mil dólares, eso ahora lo ganás por partido —se lamenta Bilardo, y sin embargo se queda corto: de haber ganado el Mundial 2014, cada jugador argentino se habría llevado un monto veinte veces superior que en 1986, 600 mil dólares.

—Cobré 33 mil dólares por ser campeón del mundo —dice Enrique—. En el segundo semestre de 1986, después del Mundial, con River fui campeón de América e Intercontinental de clubes. Por la Libertadores gané más plata que en México con la selección, y en Japón, en un solo partido, cobré lo mismo que en todo el Mundial.

—Por River campeón de América, también en 1986, cada jugador cobró 40 mil dólares —precisa Pumpido—. Lo del Mundial de México dependía de lo que tardabas en ir a cobrar el premio, porque el austral perdía valor. Algunos lo cambiaron por 27 mil dólares.

Pumpido no es el único jugador que habla pestes del césped del Azteca.

—Uf, el campo de juego era deplorable: no tenía césped —dice Burruchaga—. Ahora mirás las canchas de los Mundiales y son billares, todas verdes, pero la del Azteca no se podía creer. Era malísima.

«La habían llenado con arena. Era harapienta», se quejó Robson, el técnico inglés.

El Azteca poceado no es el único obstáculo que deben sortear los jugadores. Un combo invisible los tortura: el horario de los partidos —al mediodía—, los 2.238 metros de altura del Distrito Federal, el smog de una de las ciudades más contaminadas del mundo, la temperatura semitropical y el efecto que toma la pelota —también llamada Azteca—, la primera de los Mundiales sin gajos de cuero y confeccionada con materiales sintéticos, que circula como si hubiera sufrido la picadura de un alacrán, con un efecto venenoso, bamboleante. Argentina-Inglaterra parece jugarse en la Luna.

—La pelota hacía un dibujo muy raro en el aire, viajaba muy rápido —recuerda Pumpido—. Yo sacaba desde el arco y llegaba al área rival: eso era efecto de la altura. ¿Te acordás del primer gol en la final contra Alemania, el centro de Burruchaga y el cabezazo de Brown? El arquero alemán sale de su arco porque cree que va a llegar pero, en la altura, la velocidad de la pelota era otra. Nosotros estábamos mejor adaptados que el resto.

Durante todo el Mundial, y también en el partido contra Inglaterra, Argentina se mueve por la altura del Distrito Federal con mayor facilidad que sus rivales. Los factores que ayudan a eso son múltiples: méritos propios, descuidos en la planificación de las otras selecciones y guiños del azar. Cinco de los futbolistas que son titulares el 22 de junio de 1986, Ruggeri, Batista, Cuciuffo, Brown y Giusti, habían estado a comienzos de año en Tilcara, Jujuy, un pueblo de la Quebrada de Humahuaca tan elevado como la capital mexicana, a 2.465 metros sobre el nivel del mar. La elección fue sugerida por un especialista de la actividad deportiva en la altura, Bernardo Lozada, cercano a Bilardo y a Madero, el médico de la selección, quienes aprobaron el plan. Allí fueron a entrenarse 14 futbolistas, 12 de los cuales serían convocados a México 86. El trabajo duró diez días, del 6 al 15 de enero de ese año.

—El partido con Inglaterra empezamos a ganarlo antes de jugarlo —dice Olarticoechea—. Ellos venían de jugar la primera fase en Monterrey, una ciudad con calor pero sin altura, y nosotros en el Distrito Federal. Eso fue suerte, porque nosotros habíamos ganado aire como locos, pero tampoco todo era suerte. Había un trabajo atrás: Bilardo quiso llegar un mes antes a México y también estuvo la experiencia en Tilcara.

—Tilcara fue terrible —recuerda Batista—. Algunos años después volvimos con

Brown y estaba distinto, pero en 1986 vivían el conserje del hotel, la mucama y cuatro familias en todo el pueblo. La cancha para entrenar no tenía ni un pastito, era toda de tierra. Nunca vi una pretemporada tan violenta. Cuciuffo dijo una vez: “Muchachos, ustedes sigan corriendo, pero yo me desmayo”, y se desmayó, ¡se cayó! A la pelota había que ponerle una brújula. Éramos kamikazes.

—Las piedras esas de Tilcara —se ríe Ruggeri—. Corríamos en una cancha llena de piedras. Había solo un teléfono en el pueblo, y a las seis de la tarde se cortaba. Estábamos incomunicados. Dormíamos como podíamos. Era todo medio de Rambo.

Tilcara tenía 2 mil habitantes. Hay fotos en las que los jugadores parecen náufragos de *Lost* en versión puneña: posando con el torso desnudo, en canchas de tierra y con el fondo de los cerros Negro y Peña Alta. La mini selección también se entrenó en los pueblos cercanos de Maimará y en Humahuaca, en donde jugó dos amistosos contra combinados locales a las doce, el mismo horario en el que se harían los partidos del Mundial. Apenas un periodista cubrió la aventura. Fue Raúl Delgado (luego vocero presidencial de Carlos Menem), enviado por *La Nación*. Sus crónicas son un Macondo del fútbol profesional. Así describe los traslados desde el aeropuerto de San Salvador de Jujuy hasta Tilcara de un equipo que desapareció del mapa durante diez días: «El viaje en colectivo fue complicado. En los últimos días hubo muchas lluvias y la ruta quedó cubierta por las aguas del Río Grande que llegó al pavimento. Los jugadores tuvieron que ir por un camino de tierra por temor a los derrumbes», publicó *La Nación* al inicio de su cobertura, que terminaría con una escena similar: «En una zona denominada El Cruce, se debe transitar por un camino muy precario. En medio de ese tramo, la cornisa comenzó a ceder con desprendimientos de tierra. Los jugadores y Bilardo decidieron cruzar la zona a pie. Jocosamente se salvó una situación de extrema tensión.»

—Después se dijo que le hicimos una promesa a la Virgen de Tilcara: volver al lugar con la Copa si salíamos campeones en México, pero no fue así —desmiente Pumpido un rumor que entre los lugareños de Tilcara es interpretado como una maldición: Argentina no volvió a ser campeona del mundo después de México 86 como un castigo divino al supuesto juramento incumplido. Por las dudas, Brown y Batista regresaron a Tilcara en 2011 para saldar eventuales deudas ante la virgen local.

Ya de vuelta en Buenos Aires, la selección siguió entrenándose en geografías atípicas, por ejemplo los terraplenes de la autopista Ricchieri, en Ezeiza.

—Ese lugar quedaba cerca de las canchas en las que hacíamos las prácticas de fútbol, en el sindicato de empleados de comercio —recuerda uno de los delanteros, Sergio Almirón— Todavía no existía el predio que hoy tiene la AFA, también en Ezeiza. Bajábamos y subíamos los terraplenes, enfrente pasaban los autos, y nadie nos daba bola. Porque antes del Mundial, los hinchas no nos querían.

Así, en medio de la indiferencia popular debido al fútbol lastimoso que el equipo había desplegado en la mayoría de sus partidos y a la clasificación agónica que había

conseguido a mediados de 1985, la última práctica antes de viajar a México fue debajo de la lluvia en los bosques de Palermo. El plantel dejó Buenos Aires el 24 de abril, cuando faltaban 37 días para su debut en el Mundial, primero rumbo a Noruega e Israel, para jugar dos amistosos, y luego al Distrito Federal. La selección tenía prisa por abandonar el país, como si se tratase de una banda de fugitivos, por dos razones. Por un lado, la supervivencia laboral: los resultados del equipo eran tan desfavorables que el técnico temía que, si se quedaba más tiempo, pudiera ser despedido. Por el otro lado, la conveniencia deportiva: Bilardo quería cumplir el plan médico que había comenzado en Tilcara y que advertía que el organismo de los deportistas necesitaría treinta días para aclimatarse a la altura. Maradona no había estado en la Quebrada de Humahuaca pero tampoco llegó a México sin ningún trabajo físico previo. Su «Tilcara» había sido en Italia.

—Cuando faltaban tres meses para México 86, Diego me dice en Nápoles que quería ponerse las pilas con el Mundial —recuerda Fernando Signorini, su preparador físico personal entre 1985 y 1994—. Yo justo había leído el trabajo de un ciclista italiano, Francesco Moser, que había batido en México el récord del mundo en altura. Moser decía que había hecho su preparación con un tal Enrico, un fisiólogo del norte de Italia. Lo contactamos y armamos una cita con Diego en un hotel de Milán antes de un Inter-Napoli. Allí Enrico nos dijo que para hacer las cosas bien teníamos que conectarnos con Antonio Dal Monte, capo de investigación deportiva, biomecánico de fama mundial. Me dio el teléfono de Dal Monte en Roma y desde entonces fuimos con Diego desde Nápoles todos los lunes, un día después de los partidos de la liga italiana. El entusiasmo de Diego era increíble. Entró en éxtasis. El centro parecía de la NASA. Él sabía que era su Mundial o el de Michel Platini, el mediocampista francés que era la figura de Juventus. Se jugaba en la altura de México, había smog y las marcas no podrían ser persecutorias (según la teoría de Signorini, esta vez los rivales no podrían perseguirlo por toda la cancha, como lo habían hecho el italiano Claudio Gentile en el Mundial 1982 y el peruano Luis Reyna en las Eliminatorias de 1985, porque en la capital mexicana se cansarían enseguida).

Argentina aterrizó en el Distrito Federal a las 21:40 del 5 de mayo, veintiséis días antes de su estreno ante Corea del Sur. Fue la primera selección en llegar a México. A Bilardo lo obsesionaba la adaptación a la altura porque Argentina debía jugar la primera fase en el Distrito Federal. Inglaterra, que había emprendido una gira por Canadá y Estados Unidos —y estaba despreocupada del asunto porque debía jugar en Monterrey, una sede llana, apenas a 500 metros sobre el nivel del mar—, llegó mucho más tarde, el 25. Los primeros entrenamientos de Argentina fueron tan intensos que los jugadores tenían la sensación de estar haciéndolos en el desierto del Sahara:

—Batista le decía a Bilardo «Carlos, no puedo más, se me cierra el pecho» —recuerda Olarticoechea—. Las dos primeras semanas en la altura fueron terribles, porque encima había smog.

«Será un Mundial muy lento. El que trate de picar se va a quedar sin aire. A los

europeos, el clima y la altura los va a perjudicar más», dijo Maradona al llegar a México.

Batista y Valdano debieron ser medicados. Las prácticas duraban menos de lo habitual, sesenta minutos, pero siempre comenzaban a las doce para acostumbrarse a lo que los esperaba en el Mundial. Y entre sus previsiones anti altura, Bilardo también entrenaba la manera de festejar los goles.

«En 1983, contra Ecuador en Quito, Burruchaga hizo un gol en la altura y todos fueron a festejarlo —escribe Bilardo en *Doctor y campeón* (Planeta, 2014)—. Después nos empataron y a partir de ahí les prohibí esos festejos. Había que dosificar las energías. En México llegamos a practicar cómo celebrar los goles. Se festejaban por línea, los delanteros por un lado, los mediocampistas por otro y los defensores entre sí.»

—En todo el Mundial los defensores no fuimos a gritar los goles, salvo que lo hubiésemos convertido uno de nosotros —dice Ruggeri—. En las fotos de los festejos siempre aparecen Maradona, Valdano y Burruchaga, y nadie más. Era la orden de Bilardo, y tenía razón. Si corrías setenta metros, no volvías. Y si volvías, sacaban y te vacunaban.

—Fuimos a ver Bulgaria-Italia, en la inauguración del Mundial —recuerda Batista—, y el número dos búlgaro (Nasko Sirakov) hizo el gol del empate, corrió por afuera de los carteles, saltó todo y estuvo cinco minutos agachado que no le entraba el aire. Nosotros no hacíamos eso.

El segundo desafío fue adaptarse al insólito horario en que se jugaría la mayoría de los partidos, a las doce, lo que a la FIFA le garantizaba husos apropiados para comercializar sus derechos de televisión en todo el mundo, en especial en Europa. Maradona se rebeló y levantó una célebre pelea, la primera contra la FIFA, acaso la madre de sus batallas. En realidad, el primero en levantar la voz fue Valdano, que dijo una semana antes del debut de Argentina:

—Jugar acá a las doce, en esta época del año, es una barbaridad, un atentado contra la integridad física, pero el fútbol está subordinado al poder de la televisión.

Cuando Maradona se sumó al reclamo, el presidente de la FIFA, el brasileño João Havelange, les respondió a los díscolos: «Los jugadores no tienen derecho a quejarse por los horarios. Deben respetar la ley de arriba». La polémica quedó servida y Maradona contraatacó, primero de manera diplomática, y después con una Kalashnikov. «Me gustaría hablar con el señor Havelange. Los jugadores no somos esclavos y sí personas pensantes, con inquietudes y ansias de ser escuchadas. Si alguien tiene mejores argumentos que los nuestros, reconoceremos la equivocación», dijo Diego antes del Mundial y luego, ya en pleno torneo, disparó: «Havelange no puede ser un dictador».

La discusión por los horarios —sumado al combo del smog y la altura— actuó como esos pequeños incidentes que disparan revoluciones: Maradona y Valdano anunciaron la creación de un sindicato mundial de futbolistas y, aunque nunca se

concretaría, Maradona llegó encendido al partido con Inglaterra.

El 22 de junio de 1986, Maradona llevaba tan adentro el Mundial que el Mundial era él.

Entre el calor, el sol, el mediodía y la altura, hay momentos en que el primer tiempo de Argentina-Inglaterra es tan lento que parece jugarse bajo el agua. Tiene raptos soporíferos. Se juega lejos de las áreas, como si el mediocampo fuese un pantano del que nadie pudiera salir.

—Para mí fue el peor partido que jugamos en el Mundial —escribe Valdano desde su correo electrónico—. Pero los dos impactos de Diego hacen imposible que esta teoría resulte creíble. Jugamos mal los dos: Inglaterra y Argentina. Posiblemente porque los nervios terminaron atándonos demasiado. A Maradona, obvio, no.

«El partido en los primeros 45 minutos fue muy malo. Los dos equipos reflejamos en el campo la tensión de la guerra pasada», dijo Fenwick en *El País*, en 2006.

La buena noticia del 22 de junio de 1986 es que esta vez la contaminación, por ser domingo, no es un problema.

—El Azteca es un estadio impresionante, muy cerrado —dice Batista—. Uno lo miraba desde abajo, desde el campo de juego, y era como si las tribunas se te cayeran encima. La contra es que no circulaba el aire. Por suerte con Inglaterra jugamos un domingo y los fines de semana había menos smog. De lunes a viernes vivías con los ojos irritados.

—En esa época no había cuidado ambiental —habla Pumpido—. Los caños de escape de los autos eran puro humo. En la semana no se veía el cielo: se armaba una película de niebla y de smog que era pura contaminación. Vivías con la garganta seca. Pero los domingos había menos autos circulando y las chimeneas de las empresas descansaban.

Un partido también se cocina con factores externos y, a diferencia de Argentina, Inglaterra no es un plantel acostumbrado a la altura. Aunque los británicos habían hecho parte de su preparación en las montañas Rocallosas, en Colorado, Estados Unidos, su principal preocupación era el calor: les había tocado jugar la primera fase del Mundial en el llano desértico de Monterrey. Su debut en los 2.238 metros del Distrito Federal llegó contra Paraguay, por los octavos de final, y fue después de ese partido que los británicos tomaron una decisión que sería muy festejada —aunque en silencio— dentro de la concentración argentina. En vez de volver a su campo base de Monterrey, los ingleses se quedaron cuatro días en la capital mexicana a la espera del cruce del domingo 22, otra vez en el Azteca. Era un desafío a los manuales de adaptación a la altura: los expertos sostienen que los organismos necesitan siete u ocho días para aclimatarse. El otro procedimiento habitual es el inverso, arribar justo antes del partido para que el cuerpo eluda los primeros síntomas, que suelen atacar después de las cinco horas (es lo que suelen hacer los equipos sudamericanos cuando juegan en La Paz, Bolivia). Inglaterra, acaso porque Europa es un continente de capitales bajas, no apostó a ninguno de los dos recursos.

«Jugar en el Distrito Federal será mejor que en el calor de Monterrey —se

despreocupó Lineker, antes del partido, en *The Sunday Times* del 22 de junio—. Es difícil para los pulmones, sí, pero si se descansa un poco es mejor que la deshidratación horrible en Monterrey.»

«Nuestros preparativos fueron correctos —se disculpa a sí mismo Bobby Robson en su biografía—. Recurrimos al asesoramiento más alto, a expertos de las Fuerzas Armadas que enviaban tropas a luchar en guerras y condiciones mucho peores que las nuestras.»

—Salvo que hayan descubierto algún sistema hasta ahora desconocido, sentirán la fatiga —celebró, *off the record*, el médico argentino, Raúl Madero, horas antes del partido.

Pero aún en medio del calor, la altura y el sopor del primer tiempo, Maradona se despabila.

«¡Qué suerte! Maradona aparece como enchufado en el partido», festeja Julio Ricardo, uno de los comentaristas en la transmisión de Víctor Hugo Morales. Su segunda observación, a los 16 minutos, será una profecía: «A Maradona no lo pueden agarrar esta tarde». Julio Ricardo es un augur: advierte, antes que el resto, que una proeza se está gestando en el Azteca.

—Empezó mal. Empieza a crecer el número 1 del fútbol mundial —se contagia Víctor Hugo.

Maradona emerge como un enviado del futuro: un jugador en colores rodeado por compañeros y rivales en blanco y negro. Aparece como *wing* izquierdo y envía un centro aterciopelado a la cabeza de Ruggeri, juega de taco para Enrique primero y para Valdano después, arrastra a dos ingleses y habilita a Olarticoechea, le tira un caño a Butcher, gana un córner y genera dos preguntas: ¿quién dijo que los trucos de magia no pueden hacerse con los pies? y, menos retórica, ¿cómo es posible que Inglaterra lo deje a su libre albedrío y no le haga una marcación personal? Aquella charla entre Robson y Fenwick en el vestuario, 45 minutos antes de que comenzara el partido, cuando el técnico le dijo a uno de sus defensores que Maradona solo tenía un pie bueno, comienza a tener efecto en el juego.

«Los reportes de mis ayudantes no sugerían que tuviéramos que marcarlo hombre a hombre, así que rechacé esa posibilidad —explica Robson en su libro—. Además, no tenía a nadie en el plantel adecuado para cumplir esa tarea. Fenwick era demasiado propenso a quedar amonestado y Stevens era más especialista en atacar que en defender.»

«Cuando Robson decidió no hacerle marca personal, actuó correctamente —dijo Reid al diario español *El País*, en 2006—. Estábamos convencidos de que, si hacíamos nuestro fútbol, podíamos ganarle a cualquiera. Nos propusimos estar muy atentos y repartirnos el trabajo por zonas para evitar que Maradona se moviera con libertad cuando recibiera la pelota.»

«Inglaterra no hace marcas personales y podremos jugar más libres, no creo que me marquen —había festejado Maradona antes del partido, en una de las columnas

que firmaba para *Tiempo Argentino* durante el Mundial—. Es un método de toda la vida y es imposible que lo cambien. Dicen que me podría marcar Fenwick, y ojalá lo haga: no están acostumbrados y me va a favorecer. Me gusta Inglaterra porque son leales.»

Pero el primer gran Maradona dura poco y pierde contacto con la pelota, como si de pronto hubiera ido a los Himalayas a meditar en búsqueda de iluminación. A partir de los 15 minutos, Argentina-Inglaterra pasa a ser traccionado por los peones del fútbol, los tipos que resuelven los entresijos invisibles.

—El primer tiempo fue muy trabado —dice Burruchaga—. El fútbol inglés se caracterizaba por la lucha física. Nosotros nos habíamos preparado: Bilardo nos dijo que el partido iba a ser así, pero Argentina siempre fue protagonista. Inglaterra nos esperaba. Estaban atentos a Maradona. Lo que le pegaron al principio.

—Yo tenía que marcar a Hoddle, que usaba el número 4 y era el que generaba el juego de ellos —recuerda Giusti—. Acostumbrarme a los equipos de Bilardo no fue fácil. Cuando debutó en la selección, contra Chile, me dijo: «Vos tenés que marcar al 10». Ese 10 era bueno, pero no se movía y yo estuve parado todo el primer tiempo, así que en el entretiempo me preocupé: «Carlos, no corrí nada, ni transpiré». Y me dijo: «Tranquilo, en el Mundial tenés que tener cuidado porque hacés algo mal y te volvés». Durante tres años repetía eso: «Hacés mal una cosa, gol de ellos y te subís a Aerolíneas Argentinas». Muchas noches, antes del Mundial, yo estaba en mi casa de Buenos Aires, sonaba el teléfono, y era Carlos que me preguntaba: «¿No estás viendo el partido que pasan por televisión? Miralo». ¿Sabés la cantidad de videos de partidos viejos que nos hizo ver? Con Batista, Burruchaga y Ruggeri íbamos a su casa. Era una locura total, pero funcionó: en México fuimos un equipo armonioso. Un jugador atacaba y el otro no.

—Con Giusti teníamos que saber lo que debía hacer el resto del equipo —dice Batista—. Si se lesionaba algún jugador, los cambios los decidíamos nosotros. Bilardo nos daba ese poder. Si el médico decía «este tiene que salir» y Giusti y yo decíamos que no, el cambio no se hacía.

«Lo que me impresionó de Argentina —dice Reid en su libro— es que hicieron un trabajo preliminar sobre nosotros. Pusieron dos hombres enfrente de nuestros mediocampistas externos y dejaron que los defensores tuvieran la pelota. Eran buenos tácticamente. Ya habría sido difícil enfrentarlos así en Wembley, pero era imposible en México, con ese calor.»

Cuando Maradona entra en hibernación y Argentina se queda sin su lazarillo de ataque, la clase trabajadora se carga el partido sobre los hombros. Futbolistas samaritanos y menospreciados, parias sobre los que pesará una eterna sospecha («Si Maradona hubiese jugado para Canadá, Canadá habría sido campeón del mundo»), casi como si fueran parásitos del prestidigitador. Ruggeri, Enrique y Pumpido: campeones de América y del mundo con River en los últimos meses de 1986. Batista: campeón Copa Libertadores 1985 con Argentinos. Burruchaga y Giusti: campeones

Copa Intercontinental 1984 con Independiente. Valdano: campeón Copa UEFA 1986 con el Real Madrid. Jóvenes menores de 29 años que no son hijos de un talento sobrenatural, pero sí del esfuerzo, y también —como Maradona— de biografías agitadas.

—Para jugar el Mundial hice barbaridades —recuerda Brown—. Antes del Mundial, de la rodilla me sacaban jeringas llenas de sangre. El médico me decía que a los 50 años no podría caminar, que estaba loco, pero yo lo obligaba a pincharme. Ahora tengo 59 y no puedo jugar al fútbol con mis amigos, pero no me arrepiento. ¡Soy campeón del mundo!

—Dos años antes del Mundial, en River no me asentaba. Venía de Lanús, de la B, y me costaba la adaptación. River me quiso dar a préstamo a Chacarita, y se negaron —recuerda Enrique—. Ni Chacarita me quería.

—En Saladillo vivíamos en una casa humilde, con piso de tierra. Cuando llovía, llovía más adentro que afuera —recuerda Olarticoechea.

Después del partido contra Inglaterra (y del domingo siguiente, cuando levantarían la Copa del Mundo), los cortesanos de Maradona volverían a cargar con las derrotas que nos atraviesan a todos, también a los deportistas de alto rendimiento. Pumpido perdería una parte del anular izquierdo cuando el anillo de casamiento se le trabara con un gancho del travesaño durante un entrenamiento —por pudor o estética, aún hoy se protege con una venda ese dedo—; Burruchaga tendría que operarse dos veces las rodillas y sería suspendido dieciocho meses en Francia por un caso de soborno —aunque más tarde comprobaría su inocencia ante la Justicia—; Valdano no podría superar una hepatitis B aguda y jugaría su último partido apenas quince meses después del Argentina-Inglaterra, y Enrique debería retirarse a los 32 años con las articulaciones arruinadas. El dolor también los cruzaría fuera de las canchas: las esposas de Giusti y Burruchaga morirían jóvenes; Batista caería en las drogas y elegiría continuar su carrera en Japón para alejarse de las malas compañías y dejar de tomar —y lo consiguió—, y un accidente trágico se llevaría a Cuciuffo demasiado pronto: durante una jornada de caza en el sur de la provincia de Buenos Aires, en 2004, el defensor manejaba una camioneta, no esquivó un pozo y el movimiento del vehículo hizo que la carabina, que estaba apoyada entre los asientos delanteros, con el caño hacia arriba, se disparara: la bala le dio en el abdomen y Cuciuffo murió desangrado antes de llegar al hospital.

La parte invicta de estos futbolistas, su pasaporte a la inmortalidad deportiva, está en juego el 22 de junio de 1986. Y no lo dejarán pasar.

Con Maradona abstraído, el partido se hace ordinario, pero es tiempo de resistencia, de luchar centímetro a centímetro. No hay situaciones de gol sino espejismos de gol, hasta que Maradona baja de las montañas a los 29 minutos para reencontrarse con sus discípulos. Un murmullo de admiración se derrama desde las tribunas. Valdano juega de taco para Diego, que le devuelve la pelota con la misma sutileza. Valdano lanza un centro al área inglesa al que Shilton se anticipa y atrapa justo antes de que Giusti, lanzado desde mitad de cancha, pueda frenar a tiempo. El mediocampista choca al arquero y dos ingleses van a prepotearlo: se genera un momento de tensión. Giusti levanta las manos en son de admitir su imprudencia, el árbitro corre hacia el lugar pero también se resbala —y los hinchas se ríen—, los ingleses advierten que Giusti no tuvo mala intención, y el nerviosismo desaparece. Eso es todo. El morbo por Malvinas y el recelo entre dos selecciones que se miran de reojo por una vieja rivalidad deportiva no tenían mucho eco en el Azteca. Se esperaba una batalla de noventa minutos y apenas habría dos amonestados, uno por cada equipo, cinco menos que en Argentina-Uruguay.

—De la rivalidad de las Malvinas se había hablado mucho, pero además había otra cosa —recuerda Olarticoechea—: los jugadores más chicos de ese equipo habíamos nacido con el recuerdo de la eliminación del Mundial 66, el día de la expulsión de (Antonio) Rattín. Después el partido fue muy limpio, porque no hubo *mala leche*, pero eso estaba.

«En mi época de jugador ya había rivalidad con los ingleses —dijo Bilardo a *El País* en 2006, a veinte años del partido—. Con Estudiantes jugamos la final del mundo contra el Manchester United, en 1968, muy poco después del Mundial 66, el día de la expulsión de Rattín. Y además en la escuela ya te enseñan que los ingleses nos invadieron. Te hablan de las invasiones inglesas y te cuentan que, cuando pasaban por las calles, les tirábamos aceite hirviendo. Eso dicen, pero ¿quién sabe cómo fue?»

El currículum deportivo de Argentina-Inglaterra es el lado B de una relación cosida y rasgada por las Malvinas, el amor de Borges por Shakespeare y su odio por el fútbol, «esa cosa estúpida de los ingleses» (curiosamente, Borges fue enterrado en Ginebra el miércoles 18 de junio de 1986, el mismo día en que en México se confirmó que las selecciones de ambos países debían enfrentarse en el Mundial), el pacto Roca-Runciman, la Patagonia gringa, los frigoríficos argentinos, los ferrocarriles ingleses, Rivadavia y el empréstito con Baring Brothers —el primer endeudamiento de un gobierno argentino— y allá atrás, en el comienzo de esta historia, la resistencia a las invasiones de Beresford y Whitelocke.

El gran adversario de Argentina es Brasil y el de Inglaterra es Alemania, y cada selección carga también con sus antagonismos regionales —Uruguay y Escocia respectivamente—, pero Argentina-Inglaterra consiguió algo impensable: ser un

clásico extra continental. En Londres fueron publicados dos libros sobre esta extraña rivalidad a distancia: *Argentina-Inglatera, Mundiales y otras pequeñas guerras*, de David Downing, y *Animals! The story of England vs Argentina*, de Neil Clack.

«Los momentos más importantes del fútbol argentino fueron en partidos contra Inglaterra», dice el escritor Juan Sasturain en *La patria transpirada, Argentina en los Mundiales* (Sudamericana, 2010).

Al comienzo la relación fue umbilical. El fútbol organizado nació en Inglaterra en 1863, en una taberna de Londres, y cuatro años más tarde, frente al sitio en el que hoy está el Planetario, se jugó el primer partido en Buenos Aires. Todos sus intrépidos protagonistas portaban apellidos británicos. Aunque los escoceses tendrían más ascendencia de lo que se cree para el desarrollo del novedoso deporte en Argentina, la influencia de los ingleses en el origen del fútbol en el Río de la Plata es total. Primero el vínculo transcurrió con una cordialidad a tono entre los inventores del juego y uno de sus tantos discípulos desperdigados por el mundo. Después comenzaron las fricciones.

A comienzos del siglo xx, las primeras visitas de los equipos ingleses a Buenos Aires eran acontecimientos sociales. A la llegada del Southampton, en 1904, acudió el presidente de la Nación, Julio Argentino Roca. Le siguieron Nottingham Forest, Everton, Tottenham, Chelsea y las postales se repitieron: los ingleses llegaban en barco, visitaban los frigoríficos, admiraban las fábricas de calzado, descansaban en las estancias bonaerenses y ganaban fácil en la cancha, como si fueran viajes de placer. Recién cuando el Plymouth, de la Tercera División inglesa, empató 0 a 0 con Boca en 1920, los inventores del fútbol comenzaron a advertir que los sudamericanos, ya hijos y nietos de los inmigrantes europeos, jugaban con un talante propio, criollo, argentino.

—Hay veinte futbolistas del Río de la Plata que podrían jugar en Inglaterra. Los argentinos son más hábiles y rápidos pero les cuesta pasar la pelota —escribieron los británicos.

Esa característica, la de jugadores talentosos y con apellidos españoles e italianos, le da la bienvenida a «La Nuestra», un estilo desbordante de gambetas y habilidad que los argentinos se atribuyen a comienzos de siglo para diferenciarse de los ingleses, y al que los medios de la época —en especial la revista *El Gráfico*, fundada en 1919— asocian con los potreros, patios y jardines de Buenos Aires. Es la emancipación del fútbol argentino, la obsesión con un juego de fantasía, lleno de bicicletas, tijeras y demás arabescos, a diferencia del estructurado estilo inglés, siempre más directo, vertical, de pelotazo largo. En palabras de Eduardo Archetti, un prestigioso antropólogo (1943-2005), el jugador de la década de 1920 tenía una misión: «Proteger la pelota, tratarla con amor, nunca entregarla y mantenerla en el piso, jamás en el aire». Desde entonces, el prototipo del jugador argentino pasó a ser considerado un atorrante hábil, un romántico desvergonzado.

«Cuando era chico se solía decir que Inglaterra era la madre del fútbol. Después

alguien dijo en el Río de la Plata que, en ese caso, el padre del fútbol sería Argentina», recordó Valdano durante el Mundial, en la semana previa al cruce con Inglaterra.

Los primeros Inglaterra-Argentina fueron partidos cordiales. Cuando en 1953 los ingleses llegaron a Buenos Aires para jugar dos amistosos —en uno de ellos, Ernesto Grillo convirtió el célebre «gol imposible», bautizado así por el ángulo cerrado con el que definió—, los jugadores visitaron al presidente Juan Domingo Perón y dijeron sentirse tan a gusto que su único problema era la «fibrosis que sufría el cuello por mirar a las hermosas mujeres».

—La relación Argentina-Inglaterra en fútbol fue una hasta 1966, cordial, digna de *gentlemen*, y otra después. El Mundial 66 cambió todo —dice Clack, escritor inglés y autor de «Animals!», en un bar de Agronomía, durante una de sus frecuentes visitas a Buenos Aires.

En 1966, los países ya no tenían relaciones significativas desde hacía más de una década. Después de la Segunda Guerra Mundial, el comercio y la agricultura abrieron sus fronteras y el Reino Unido dejó de depender de la provisión de carne argentina. El gobierno de Perón, además, había nacionalizado los ferrocarriles británicos y reivindicado la soberanía en las Malvinas, ocupadas por los ingleses desde 1833.

«El vínculo, hasta entonces crucial por lo económico, quedó reducido a las Malvinas y el fútbol», escribió Downing en *Argentina-Inglaterra, Mundiales y otras pequeñas guerras*.

«La relación con Gran Bretaña estaría llena de dificultades. Por una parte, era el padre del pasatiempo más grande del país. Por otra, era una potencia neocolonial», interpretó el periodista uruguayo, y residente en Londres, Andreas Campomar en *Golazo, de los aztecas a la Copa del Mundo, la historia completa del fútbol en América Latina* (Club House, 2014).

Argentina e Inglaterra se enfrentaron por los cuartos de final del Mundial 1966 —jugado en Inglaterra justamente—, la misma instancia por la que chocarían veinte años después en México. En Londres ganaron los ingleses pero de ese partido se recuerda menos el resultado que la expulsión del capitán argentino, Antonio Rattín.

«Ese Mundial estaba preparado para que ganaran los ingleses —le dijo Rattín a *El Gráfico* en 2013—. Lo que pasó contra nosotros fue muy alevoso. Nuestro técnico me había dicho que si el juez cobraba mal, pidiera un intérprete, porque yo era el capitán y el reglamento me amparaba. Lo pedí porque el hijo de puta del árbitro —un alemán, Rudolf Kreitlein— cobraba todo para ellos, y el tipo me echó. El partido estuvo parado treinta minutos. Salí, me senté en la alfombra, que ni sabía que era de la reina de Inglaterra, y cuando me iba me empezaron a tirar chocolates. Pasé por la bandera inglesa en un córner y la estrujé. Entonces, en vez de chocolates, empezaron a tirarme latas de cerveza.»

Cuando los medios argentinos de entonces recordaron que la FIFA estaba presidida por un inglés, Stanley Rous, el término «piratas», en obvia alusión a las

Malvinas, comenzó a vincularse a Inglaterra en episodios deportivos. «Primero nos robaron las islas y ahora la Copa del Mundo», titularon los diarios amarillistas. Con un tono de épica que alimentó la mitología, Rattín repetiría decenas de veces su resistencia a dejar la cancha. La frontera entre la realidad y la leyenda se evaporó y no importó que su estado de rebeldía haya durado ocho minutos: lo que quedó en el imaginario colectivo fue el testimonio del capitán, que juró una y otra vez haber gesticulado durante media hora contra Kreitlein, ese árbitro alemán de físico magro, calvo, parecido a Benny Hill. La sentada de Rattín en la —supuesta— alfombra de la reina Isabel II también fue un gesto realzado casi como una reivindicación patriótica, un freno a la trampa pirata.

—Es una historia interesante —dice Clack, autor de «Animals!»—. Rattín lo cuenta como si hubiese ofendido a los ingleses, o a la Reina, y la verdad es que no significó nada. De hecho, la Reina no estaba en el estadio, y ni siquiera era una alfombra real: solo era una alfombra. En Inglaterra nunca se habló del tema. En verdad, quien hizo nacer la rivalidad con Argentina a partir de ese partido no fue Rattín sino Ramsey.

Alf Ramsey era el técnico de Inglaterra. Su protagonismo comenzó después del partido, cuando su equipo, con mucho esfuerzo, le ganó 1 a 0 a una Argentina que había resistido con 10 futbolistas tras la expulsión de Rattín. Ramsey vio que uno de sus jugadores, George Cohen, se había sacado la camiseta para intercambiarla con el argentino Oscar Más y entró a la cancha para prohibírselo. «¡No vas a cambiar camisetas con esta gente!», le ordenó.

Ramsey estaba fuera de sí porque consideraba que los argentinos habían sido desleales durante el partido y a los pocos minutos, en conferencia de prensa, pronunció la frase de la discordia: «Inglaterra no va a demostrar su mejor nivel hasta que no se enfrente con un rival adecuado, un equipo que no actúe como animales». Para que exista una rivalidad tiene que haber dos equipos dispuestos a reconocerse como opuestos, lo que implica admitir implícitamente la grandeza ajena (nadie se compara con un inferior), pero también a exacerbar sus supuestas debilidades. El antagonismo entre «animales» y «piratas» marcaría el kilómetro cero del clásico y, para la prensa amarillista británica, los nuevos enemigos sudamericanos pasarían a ser sucios y tramposos. Aunque suene exagerado, aquel partido tendría incidencia en la historia del fútbol: la expulsión del capitán argentino derivó en la implementación de tarjetas amarillas y rojas. Hasta entonces, los réferis solo dirigían con palabras y gestos, lo que en algunos casos —como el de Rattín y Kreitlein— derivaban en malentendidos idiomáticos. Varios meses después del Mundial, y con la polémica todavía vigente, el encargado de los árbitros británicos conducía su auto por Londres cuando debió frenar ante un semáforo en rojo. Le faltó decir Eureka para celebrar su ocurrencia: «¡Un árbitro también debe usar tres colores!». La FIFA no autorizó la tarjeta verde pero sí la amarilla y la roja para amonestar y expulsar.

Desde entonces la rivalidad se trasladó a los partidos entre clubes: en los años

siguientes, Racing-Celtic de Escocia y Estudiantes-Manchester United definieron la Copa Intercontinental en un contexto casi bélico. Las selecciones volvieron a enfrentarse en 1974, en un amistoso en Londres, y el grito de «animales» repiqueteó en Wembley. En 1977, el clásico —otro amistoso— se jugó en la Bombonera frente a una bandera que pedía: «Malvinas argentinas». Con la llegada de Osvaldo Ardiles y de Ricardo Julio Villa al Tottenham Hotspur en 1978, la relación se reencauzó parcialmente y esa concordia se trasladó al amistoso de 1980 que Inglaterra le ganó 3 a 1 a Argentina en Wembley. De aquel partido sin incidentes quedó el recuerdo de una gran jugada de un Maradona con 19 años: entró al área haciendo un slalom, eludió a tres rivales y remató al arco cuando salía el arquero, Ray Clemence. La pelota pasó a un costado: es el no-gol más famoso de Maradona.

«Generalmente los argentinos han sido sucios —escribe Barnes, que jugaría los últimos minutos del 22 de junio de 1986, en su biografía—. ¿Quién olvida al malévolo Rattín? Argentina siempre ha sido antideportiva, ensuciando y escupiendo. La selección que jugó en México no fue la más sucia, pero eran tramposos. Olarticoechea fue un maestro agarrando la camiseta.»

A los 30 minutos del partido, y después de que Maradona y Valdano ensayaran un doble taco en la jugada que terminaría en el barullo entre Giusti y Shilton, las tribunas del Azteca se sacuden.

«Fue un partido tan serio que fue el único en el que los mexicanos no hicieron la ola», dijo Valdano en *Financial Times*, en el año 2000, y sin embargo es un desliz en la memoria del ex delantero.

Los hinchas mexicanos tienen una extraña forma de manifestarse: desatan la ola, un movimiento que practican en orden radial, levantándose de sus asientos y extendiendo sus manos hacia arriba, hasta dar la vuelta completa al estadio. El fenómeno resulta tan novedoso, uno de los rasgos de México 86, que en Inglaterra y otros países pasará a ser llamada y practicada bajo el nombre de «la ola mexicana». Desde entonces se convertirá en un clásico de las Copas del Mundo y de los Juegos Olímpicos, aunque no para la cultura futbolera argentina, que siempre destratará a la ola como si fuera un elemento intruso al fútbol. En efecto, el movimiento nació en un estadio de béisbol, en Estados Unidos, en 1981. Su creador fue un *cheerleader*, el jefe de los porristas de Oakland Athletics, cuyo trabajo consistía en animar a los espectadores. Como el partido contra los New York Yankees en el que se originó el invento —en 1981— fue televisado, la nueva forma de aliento se dispersó por el resto del país y de los deportes: a la semana llegó a un estadio de fútbol americano en Seattle y en 1984 al fútbol de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Entonces los mexicanos —proclives a adoptar las modas de su vecino del norte— la importaron, la bautizaron como la ola y en 1986 se la mostraron al mundo.

En los 15 minutos que le restan al primer tiempo, Inglaterra se desdibuja en el desierto del Azteca: es un equipo sin coeficiente intelectual que se desinfla en pelotazos de 50 metros, a la caza de Lineker o Beardsley. Su creador, Hoddle, no tiene socios con quien descargar. El hombre que más aparece en escena es Reid, el 14, un bombero que apaga incendios en el mediocampo. Argentina está mejor, defiende con uñas afiladas, avanza en bloque y espera al genio, que a los 31 minutos reaparece.

—Maradona estaba lleno de energía, inspirado: aquello se parecía a la cruzada de un solo hombre —responde Hodge con un correo electrónico desde Wolverhampton—. Una vez que tenía confianza, era imposible detenerlo. No podíamos hablar con mis compañeros de cómo pararlo porque también estábamos ocupados en contener a los otros delanteros de Argentina, que eran excelentes, como Valdano y Burruchaga.

«En el primer tiempo, yo estaba en el banco de suplentes —dice Barnes en su autobiografía—. Cuando Argentina tenía la pelota, derivaba en Maradona, y era como si yo me sintiera paralizado, intoxicado por su habilidad. Estaba un paso delante del resto, nunca había visto un jugador como él. Verlo jugar era ver grandeza en movimiento. Los defensores eran como esas filas de estatuas que se caen ante el

primer viento débil. Maradona era ese viento.»

La selección fluye tanto que Giusti hace un quiebre de cintura frente a Butcher, festejado con un furioso grito de ole desde las tribunas —el ole en el fútbol para celebrar las gambetas también se popularizó en México, como la ola, a partir de su tradición taurina—, y sufre una falta de Hodge. Aunque tiene poco ángulo para patear al arco, y la jugada pide más un centro en búsqueda de un cabezazo, Maradona intenta su gol de tiro libre: la pelota pega en la barrera y se va al córner. Allí lo esperan el juez de línea de Costa Rica, Berny Ulloa, y la foto más emblemática del primer tiempo.

—Yo no fui el juez de línea de la mano de Diego, sino el del chiste de la bandera —dice Ulloa, vía Skype, desde su casa en San José de Costa Rica—. Fue en el primer tiempo, cerca del final. Había un saque de esquina para Argentina y Diego vino a cobrarlo. Yo lo esperaba en la esquina. Había mucha gente en el lugar, los fotógrafos estaban metidos casi adentro de la cancha y Maradona me pidió que los hiciera correr para que pudiera patear. «OK, por favor córranse», les dije, y veo que algo cae detrás de mí. Qué habrá pasado, me pregunté, y veo que Diego había botado el palo con la bandera. «No podemos jugar sin esa banderola, es parte del campo de juego», le dije. «Pero me estorba», me contestó. Le respondí que no íbamos a jugar sin eso. Su actitud era acreedora de tarjeta amarilla, pero tampoco lo iba a exponer por una cosa tan sencilla que podía solucionarse de manera pacífica. Le hice una señal al árbitro principal para que se quedara tranquilo y le dije a Maradona que pusiera la banderola. «Usted la botó, usted la pone», le repetí, a lo que me respondió: «No me rompas las pelotas». «Yo no le estoy rompiendo las pelotas, ponga la banderola», le insistí. Entonces levantó los hombros, dijo algo así como «OK», cogió el palo, lo puso en el hoyo, y puso la bandera por arriba, como si fuera un trapito. «No, no, ponga la bandera dentro del palo», le pedí. Estaba haciendo el chollo, la broma como dicen ustedes, los argentinos. Entonces cumplió con mi pedido. «Señor Ulloa, ¿complacido?», me dijo. Y con la zurda puso el centro en el corazón del área.

«Al final le dije que el próximo Mundial lo voy a jugar de lineman», diría Maradona dos días después del partido.

Más allá de su tremendo poder al servicio de lo anecdótico, Maradona es en ese momento, después de reubicar el palo del córner, un joven de 25 años que levanta vuelo hacia la epifanía del fútbol. A los 35 minutos, gasta sus últimos instantes como futbolista terrenal, la cuenta regresiva a su Shangri-La.

A los 36 minutos, y después de que Ruggeri rechazara de cabeza un obús lanzado desde 60 metros por el único jugador con bigotes del partido, Stevens, Maradona recoge la pelota y corre 50 metros. Quiebra la cintura una, dos, tres veces, amaga para allá, viene para acá. Podría ser un bailarín del Bolshoi. Podría ser un velocista jamaiquino.

—El fútbol es un espejo y Maradona fue nuestro mejor espejo —dice Enrique—. Lo cagaban a patadas y seguía. Se tiraba a los pies, trababa, contagiaba. «Mierda, si

el mejor de todos lo hace, tengo que hacerlo yo», decíamos. La selección era Maradona, pero había un equipo. Tipos que jugábamos bien, con entrega y con huevos.

A los 40 minutos, Maradona corre sin la pelota, pero de todos modos recibe un codazo de Fenwick. El defensor, que ya cargaba con una tarjeta amarilla y debió haber sido expulsado, se salva porque el árbitro no ve la infracción. Hasta ese momento, y antes del entretiempo del partido con Inglaterra, Maradona no es una leyenda ni despierta unanimidad. Al comienzo de México 86, cabalgaba a la altura de Michel Platini, un talentoso francés multicampeón de Italia, Europa e Intercontinental con su equipo, la Juventus. Maradona comenzaba a revolucionar a un Napoli que ya dejaba de ocupar sus habituales últimos puestos de la tabla, pero que todavía estaba lejos de la Juve de Platini. En 1986, el Napoli había terminado tercero en el torneo italiano. Una frase de Valdano, posterior al partido contra Inglaterra, publicada en *Crónica* el martes 24 de junio, pone en contexto aquel duelo: «Diego es el mejor solista del mundo, a veces siendo su compañero uno se convierte en espectador. En cambio, Platini es el mejor director de orquesta».

Así como Maradona llegó a México para demostrar —acaso por última vez— que podía ser el número 1 y reivindicarse de su desangelado Mundial en España 1982 —cuando no justificó su candidatura a ser proclamado el mejor jugador del mundo ni fue el líder que la selección necesitaba, además de haber terminado la Copa expulsado por una grosera patada a un brasileño—, también Argentina cargaba con un lastre en su mochila: era, hasta el debut contra Corea del Sur, un equipo de resultados adversos, algunos ridículos. Bilardo no generaba empatía y lo único que se preveía era un desastre.

—Al Mundial llegamos para el orto —grafica Giusti—, pero el grupo se fue consolidando en México.

El partido contra Inglaterra —el Mundial entero— es también la historia de cómo un grupo de jugadores hizo enroque entre la ruina y la bienaventuranza, o cómo Maradona y sus copilotos enderezaron un avión que, hasta que el plantel llegó a México, parecía volar hacia el planeta del fracaso. Es, también, la historia de cómo una pelea interna corroía al fútbol argentino: Menotti versus Bilardo, y Maradona en el medio. Esa riña fue el convulsionado preámbulo de la hazaña.

No es un disparate plantear que Maradona comenzó a ganarle a Inglaterra tres años antes de pisar el Azteca. En febrero de 1983, y recién nombrado entrenador de la selección, Bilardo viajó a Europa para establecer un primer contacto con los jugadores. Durante la gira, fue a la casa de Maradona en Barcelona y le preguntó si quería ser el capitán de la selección. Diego tenía 23 años y, emocionado, se puso a llorar.

«Claudia salió corriendo a buscar las 200 cintas de capitán que tenía guardadas en el cajón. En cada viaje que hacía, en Austria o en Nueva York, siempre me compraba cintas, cintas, cintas», recuerda Diego en su biografía, *Yo soy el Diego de la gente*,

escrita por Daniel Arcucci y Ernesto Cherquis Bialo (Planeta, 2000).

—Se armó una polémica bárbara —recuerda Burruchaga— porque todavía estaba vigente Daniel Passarella, que había sido el capitán de los Mundiales 78 y 82 en el equipo que dirigía Menotti, pero Carlos siempre le dijo al plantel: «La selección es Maradona y diez más». Cuando un entrenador te da la cinta, sabés que sos el líder, y el Gordo se puso al frente del grupo. Era el primero que batallaba, el primero que alentaba, el primero en todo.

Aquel viaje de Bilardo a Europa sería, además, el germen del enfrentamiento ideológico —elevado a guerra santa— que marcaría una cicatriz en el fútbol argentino: la pelea Bilardo-Menotti, la pelea entre el nuevo técnico de la selección y su antecesor, el hombre que la había conducido desde 1974 a 1982 y con quien había salido campeona del mundo en 1978. Como hasta entonces, marzo de 1983, cultivaban una relación amable —habían hecho juntos el curso de técnico y Menotti llegó a decir en 1982 que Bilardo podría sumarse a su cuerpo técnico como «espía» de los rivales argentinos en el Mundial de España—, se reunieron en Barcelona. Fue a pedido de Bilardo, que quería escuchar de boca de Menotti el relato de su experiencia. Ya nunca volverían a hablarse.

—La reunión fue en Barcelona y duró cuatro horas —dice José Luis Barrio, entonces jefe de redacción de *El Gráfico*, el único periodista que montó guardia—. No me dejaron entrar, pero como en la gira yo comía y dormía todas las noches con Bilardo, en la cena le dije: «Negociemos, decime tres cosas». Ahora es imposible que ocurra, pero la AFA no le pagaba el viaje y Bilardo aceptó que fuéramos nosotros para reducir sus gastos. Carlos me filtró tres datos: que Menotti le había recomendado a Alberto Tarantini y a Hugo Gatti, pero no a Enzo Trossero. Un mes después, en su primera convocatoria, Bilardo hizo todo lo contrario: llamó a Trossero pero no a Gatti ni a Tarantini. O sea, el nivel de bola que le dio, por lo que me dijo, fue cero. Y el problema grave vino después.

Tras su debut ante Chile, en mayo de 1983, a Bilardo le preguntaron por el (supuesto) estilo del fútbol nacional, pomposamente llamado «La Nuestra», aquella proclama de gambetas y floritura técnica que los argentinos se habían atribuido a comienzos de siglo para distinguirse de los ingleses, unas raíces que Menotti —su antecesor en el cargo— reivindicaba al punto de arrogarse: «El fútbol que le gusta a la gente». Bilardo, sin embargo, lo puso en duda: «En el Mundial 78 no estuvieron Alonso, Bochini ni Maradona, jugadores que responden a esa idiosincrasia. El Mundial se ganó con (futbolistas más aguerridos, como) Luque, Passarella, Gallego y Kempes», dijo Bilardo, que primero como jugador y después como técnico se había forjado en un estilo diferente al de Menotti, casi antagónico. Bilardo representaba a la escuela industrial, aguerrida, de Estudiantes de La Plata, el equipo que a partir de la organización táctica y el espíritu revolucionario de Osvaldo Zubeldía, y con él como uno de los jugadores, rompió la hegemonía de los cinco clubes grandes —River, Boca, Independiente, Racing y San Lorenzo habían ganado todos los títulos del

profesionalismo hasta 1967.

«El lírico versus el pragmático, el izquierdista versus el conservadurismo, la nuestra versus el antifútbol —resumió el periodista Ezequiel Fernández Moores en *Breve historia del deporte argentino* (Ateneo, 2010)—. “¿Qué es hacer ‘la nuestra’? Es no hacer nada, dejar que los chicos jueguen y no enseñarles nada”, simplificaba Bilardo. “La nuestra es buscarle una identidad al fútbol argentino, buscar la eficacia a través de la belleza”, decía Menotti, más poético.»

Menotti se sintió aludido por los dichos de Bilardo en Chile y, después de una derrota de una Argentina sub 23 ante el Valladolid de España, le devolvió la crítica: «No se puede jugar un partido al otro día de bajar del avión tras un viaje a Europa. En este plantel había muchachos que gozaban de gran cotización y perdieron prestigio», dijo en *Clarín*, el 4 de julio de 1983. Bilardo entró en cólera: «Leí el diario y me enloquecí, me tuve que tomar dos lexotanil, pero nada me hacía efecto. Estaba envenenado», reaccionó el técnico, según recuerda en el libro *Esto (también) es fútbol de selección*, de Javier Tabares y Eduardo Bolaños (Planeta, 2013). Y al día siguiente le respondió en una conferencia de prensa: «Cuando asumí en la selección lo único que encontré fue una silla y un escritorio. No había carpeta de jugadores, no había calendario, no había contactos, no había nada. Este país necesita que se hable menos y se trabaje más. Estamos cansados del verso. Soy un tipo de barrio, tengo mis amigos de siempre. No soy amigo de (Joan Manuel) Serrat, no tengo la suerte de conocerlo. Soy amigo de Juan Carlos Calabró y de Miseria Espantosa (el apodo de Alfonso Pícaro, ambos actores populares de la época)».

Menotti, que efectivamente era amigo del cantante catalán y que se sentía complacido citando a poetas, políticos y músicos —siempre que fueran de izquierda—, lo contraatacó más retórico:

«No pueden ofender los que quieren, sino los que pueden, y Bilardo no puede. No pueden ofender historias del tipo de mujer embarazada, con perdón de las mujeres embarazadas», le dijo a *La Nación* el 8 de julio, en lo que se supone que fue un intento de señalar a Bilardo como una persona que pasaba por un momento de mayor sensibilidad que la habitual.

En cuestión de horas se había levantado el Muro de Berlín. De un lado, un ejército de menottistas. Del otro, el batallón de bilardistas. Jugadores, técnicos, periodistas e hinchas se alistaron para sumarse a una guerra sin balas que solo sería dialéctica. Bilardo-Menotti apenas se enfrentaron tres veces, dos en 1973 (uno como técnico de Estudiantes y el otro de Huracán), y otra en 1996 (cuando dirigían a Boca e Independiente), y se odiaron durante décadas a través de los micrófonos. Juntos alimentaron una polémica, no exenta de megalomanías y golpes bajos, que crecería como una bola de nieve a medida que llegaba el Mundial de México.

«¿Cómo me pueden comparar con Menotti? Yo salgo fotografiado con mi mujer y mi hija, no como él que no tiene problemas en salir con mujeres desnudas», le dijo Bilardo a *Tiempo Argentino* el 24 de abril de 1986, el día en que la selección salió del

país. El diario recordó que «fotos de agencias internacionales [...] mostraron a Menotti acompañado de una sensual modelo alemana» durante el Mundial de España 82.

«Miren si será generoso el fútbol que a Bilardo lo sacó de la medicina —le respondió Menotti—. Ya ha demostrado que es un mediocre, un hombre que nunca ha terminado una frase.»

Todo lo que dijeran o hicieran pasaba a ser ponderado o descalificado. El menottismo se alistó en *Clarín*. El bilardismo, en Víctor Hugo Morales.

—*Clarín* me mataba por todos lados —recuerda Bilardo—: la tapa, la contratapa, los chistes. Caloi, que dibujaba a Clemente, un día vino a disculparse. Ponía «Bilardo» en el primer cuadrito, en el segundo «compadre», y en el tercero todos palitos, signos de exclamaciones. Yo casi no dormía. Sabía que donde más se leía el diario era en avenida Corrientes, entonces iba a las cuatro de la mañana a pedirles a los kioskeros que no pusieran la tapa hacia la avenida, que la pusieran al revés, para que no se viera desde los autos.

En ese maniqueísmo, los menottistas cuestionaban que Bilardo le hubiera quitado la capitanía a Passarella, apodado El Gran Capitán, el jugador líder de los dos Mundiales anteriores. Ese sería el caldo de cultivo para la gran batalla interna de México: la pelea Maradona-Passarella.

«Le dije a Maradona “si venís a la selección, te tiro la cinta de capitán”. Se lo dije porque el pibe necesita ser líder», se justificaba Bilardo, en octubre de 1984, en *El Gráfico*.

Las Eliminatorias —a partidos ida y vuelta contra Venezuela, Colombia y Perú— se habían jugado entre mayo y junio de 1985 a golpe de tambor. Argentina debutó en Venezuela con un triunfo que se pareció a una victoria pírrica. Cuando la selección llegó al hotel, un hincha local le tiró una patada a Maradona y le estropeó la rodilla derecha. Averiado, joven —24 años—, e inexperto en su rol, el nuevo capitán jugó las seis fechas de la clasificación pero no resplandeció ni fue líder. Además, en los partidos como local, el estadio de River, en medio de la controversia Menotti-Bilardo, era un escenario hostil: parecía que se enfrentaban Argentina vs Argentina y los insultos siempre le ganaban a los goles. La clasificación a México fue taquicárdica: se consiguió en los cinco minutos finales de la última fecha, contra Perú, en Buenos Aires —empate 2 a 2—, y no fue gracias a Maradona, intrascendente y arrastrando su pierna derecha. «El susto que tuve esa tarde no lo había tenido nunca», reconocería. La atonía de un Maradona que no encontraba las llaves del partido contrastó con el cacicazgo asumido por dos jugadores de la médula ósea del menottismo, Passarella y Fillol, determinantes para conseguir el pasaje al Mundial, en especial el ex capitán por su gran jugada —pletórica de bravura y determinación— que antecedió al gol de Ricardo Gareca, el que evitó la derrota. El Monumental despidió con una ovación a Passarella y en el vestuario, después del partido, Fillol encaró a un Maradona que parecía hacer puchero mientras se sacaba las medias, como si le costara digerir que

70 mil personas hubiesen gritado «Pa-ssa-rella Pa-ssa-rella»: «Che, pendejo, ¿vos no vas al Mundial? ¿Qué te pasa?» —le reprochó. La fractura se había hecho presente dentro y fuera del plantel.

Maradona estaba en un limbo: era el mejor pero no podía demostrarlo. Encima, cuando comenzó el año del Mundial, su físico era un enigma.

«La máxima preocupación de Bilardo es Maradona —publicó *La Nación* el 13 de enero de 1986—. Decir a esta altura si Maradona jugará el Mundial en la plenitud de sus medios es un desafío muy grande.»

Con el Mundial contrarreloj y Maradona recuperándose de la rodilla, Argentina hizo en marzo de 1986 una gira por Italia, Francia y Suiza. La selección no organizaba amistosos para jugar en el país: Bilardo temía nuevos silbidos y aquel empate con Perú, tan cercano al Apocalipsis, fue la última presentación como local. Los partidos en Europa de la selección exiliada fueron puro excremento futbolístico. Argentina era una *troupe* gitana y el último amistoso de esa gira fue contra un club suizo, el Grasshoppers, que había jugado el día previo por el torneo de su país. La selección estaba tan desvalorizada que aceptó ese partido —inútil desde lo deportivo— para cobrar un dinero que, a pesar de que Maradona y Passarella fueron titulares, suena a cachet de prostitución de lujo: 4 mil dólares —dato publicado por *Clarín*—. Fue el 1.º de abril. Faltaban dos meses para el Mundial.

«Si no le ganan al Grasshoppers (y fácil), que se queden allá», tituló *Tiempo Argentino*.

Más allá del amistoso, que la selección ganó penosamente 1 a 0 con un gol en el minuto 86, una entrevista que Maradona le concedió a *Clarín* en Suiza sirve como diagnóstico de las dudas que orbitaban a su alrededor. «No me olvidé de jugar al fútbol», fue el título.

—Debemos trabajar mucho en el tiempo que falta —arrancó Maradona—. Si no, esta puede ser una de las selecciones más feas de la historia argentina. En los 20 minutos finales del amistoso contra Napoli no parecíamos una selección sino un modesto club sin pretensiones.

—Pareciera como que el futbol italiano te hubiera amainado —le dijo el entrevistador, Horacio Pagani—. Ahora, cuando recibís la pelota, armás tu cuerpo como para defenderte de las marcas que tenés encima y tu juego pierde agilidad.

—Yo no noté el cambio —respondió el jugador—. Sigo tirando caños, a cualquiera y en cualquier lado. No me olvidé de jugar al fútbol.

P: —Somos sinceros. No te vimos bien en tu nivel en estos dos partidos.

M: —Lo mío es un problema físico y no de juego. Y por eso estoy trabajando a muerte con el profesor Dalmonte en Roma. No hay peligro de que haya cambiado.

P: —Diego, tenés un aire de cierta melancolía que no podés ocultar.

M: —Siempre tuve melancolía. Desde que salí de la Argentina me faltan muchas cosas. Sé que muchos piensan que soy un llorón, porque tengo mucha plata y fama, y digo que extraño. Pero yo quiero volver a lo mío. Voy a jugar hasta los 30 o 31 años. Extraño mis cosas de antes. Y me consuela pensar que en pocos años las voy a hacer.

P: —Este Mundial va a ser decisivo para vos. Tal vez sea el último que juegues en la plenitud de tus condiciones.

M: —Tengo mucha ilusión pero sé que ni la vida de un jugador ni la vida de un hombre termina con un Mundial.

Al regreso de Europa, Bilardo sería víctima de lo que llamó un «golpe de Estado» en su contra: el presidente de la Nación, Raúl Alfonsín, le pidió a su secretario de

Deportes, Rodolfo O'Reilly —una gloria del *rugby* argentino, entrenador de Los Pumas entre 1988 y 1990, pero sin raíces en el fútbol—, «que hiciera algo» para echarlo. El paroxismo de la polémica Menotti-Bilardo había alcanzado al jefe de Estado, hinchas de Independiente, un club cuyos hinchas se posicionaban en la vereda opuesta a la de Bilardo.

Casi treinta años después, O'Reilly se ríe de aquel mal momento.

—Alfonsín tenía un rollo anti Bilardo —recuerda el ex secretario de Deportes en su oficina del microcentro, en febrero de 2015—. Me decía que Bilardo, cuando era jugador de Estudiantes en los años sesenta, pinchaba con alfileres a Bernao (Raúl, delantero de Independiente) y le tiraba tierra en la jeta al arquero. Pero además la selección era un desastre y Alfonsín me pidió que lo echara. Estábamos cerrando un tema súper importante, algo referido a los jueces y a los militares de la última dictadura, y Alfonsín, sentado al lado mío, me dice: «Che, ¿cuándo vas a echar a Bilardo?». Le dije que estaba loco, que no podía despedirlo, que no tenía potestad, pero me dejé llevar y fabriqué un reportaje con *Tiempo Argentino*, que era un diario afín al gobierno. La excusa era la visita de un funcionario español para los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, esas cosas que no sirven para nada, y al final el periodista me tenía que preguntar como quien no quiere la cosa qué opinaba del seleccionado. Ahí dije: «No anda ni para atrás ni para adelante». ¡Se armó un quilombo!

Aquellas palabras de O'Reilly en *Tiempo Argentino* generaron tal combustión que, cuando comencé a trabajar para este libro, llegué a imaginar el artículo con un gran despliegue: título en tapa, un par de páginas interiores y fotos de los protagonistas a varias columnas. Sin embargo, cuando en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional me entregaron el diario en el que el jueves 10 de abril de 1986, a cincuenta días del debut de Argentina en el Mundial, se había publicado, la entrevista ocupaba un espacio menor. No estaba junto a las informaciones de fútbol, que suelen abrir los temas deportivos, sino al final de la sección, en un pequeño texto a dos columnas, sin firma del autor ni fotos del entrevistado. La nota comienza con temas coyunturales («¿Cuáles fueron los resultados de la reunión con el director de deporte de Iberoamérica?») y en las últimas dos preguntas apunta al blanco:

—Cambiando de tema, ¿qué opina sobre la selección?

—Para mí no anda ni para atrás ni para adelante —respondió el secretario de Deportes, con el libreto aprendido—. Cada vez que la veo, no me gusta nada como juega. Hasta ahora no ha demostrado ser un equipo. A mí no me gusta nada.

—¿Pero usted tiene atribuciones para realizar un cambio de técnico, por ejemplo?

—Yo no tengo jurisdicción ni competencia. Solo es mi opinión de cómo juega.

Fue un tsunami, y hasta comenzaron a circular nombres de los posibles reemplazantes, algunos de ellos amigos de Menotti.

—Apareció una opinión de Rodolfo O'Reilly sobre la selección y a los dos días tu apellido era parte de un complot —le preguntaron a Menotti en *El Gráfico*, a la semana siguiente.

—¿Pero qué locura es esa? ¿En este país solamente pueden opinar los periodistas? ¿Desde cuándo el secretario de Deporte tiene prohibido hablar? —respondió Menotti—. Esto cabe en la cabeza de los cobardes que nunca tuvieron una actitud digna. Vale también para el técnico de la selección. Él debería saber que los técnicos están atados a dos cosas: los malos resultados y las malas actuaciones.

—¿O'Reilly quiso voltear a Bilardo?

—Es el secretario de Deportes y opinó porque se le canta. [...] El técnico de la selección (tiene) que representar el sentimiento y el gusto del pueblo argentino por el fútbol. Pero si alguien lo dice en voz alta, como O'Reilly, los enanos mentales corren a buscar fantasmas: el golpe, el complot. La verdad es muy clara: a nadie le gusta la selección.

«Cuando me enteré de lo que pasaba —reconstruye Bilardo en *Doctor y campeón* — me reuní con dos periodistas, Adrián Paenza y Enrique Macaya Márquez, y me hicieron dos reportajes con Víctor Hugo Morales y José María Muñoz. Dije que un gobierno democrático no puede conseguir sus objetivos mediante la fuerza.»

Bilardo, en noviembre de 2014, dice además que ya estaba advertido:

—Yo me entero de que me querían echar porque tenía todo hablado con los taxistas y los mozos. Conocía a los taxistas de las paradas más importantes, las de Retiro, Constitución, Aeroparque y los hoteles cinco estrellas. La gente habla en los taxis y se piensa que los choferes son sordos. También tenía hablado a los mozos de seis o siete restaurantes, del Centro, de Recoleta y enfrente del Congreso.

La conjura, sin embargo, se convertiría en un boomerang que decapitaría a los confabuladores y despertaría a Maradona del letargo en el que hasta entonces parecía estar sumido. Fue entonces cuando por primera vez ejerció como guía del plantel: desde Italia salió en defensa del técnico que le había concedido la capitanía y sentó las bases de un caudillaje que, ya en México, trasladaría a la cancha.

«Si tocan a Bilardo, nos vamos todos», amenazó en radio Mitre, 48 horas después de la entrevista de O'Reilly en *Tiempo Argentino*.

Grondona absorbió las presiones, respaldó a Bilardo y a cambio tuvo injerencia en la lista de futbolistas que jugarían el Mundial. El técnico lo aceptó. El presidente de la AFA impuso a dos jugadores que le garantizarían estabilidad en el humor popular, el ídolo de Independiente, Ricardo Bochini, y el 10 de Boca, Carlos Tapia, pero Bilardo también jugó sus cartas: despejó del camino a futbolistas con resabios menottistas y no convocó a Fillol —clave en la clasificación—, ni a Ramón Díaz —goleador en Italia— ni a Juan Barbas. Así le cortó los vínculos afectivos a Passarella: lo dejó huérfano dentro del plantel.

Como Bilardo igual temía otro complot, apuró la salida del país como si fuese un fugitivo: la selección viajaría otra vez a Europa para jugar un par de amistosos y desde allí, sin regresar a la Argentina, iría directo a México. «Muchachos, en la valija pongan un traje y una sábana. El traje lo usamos cuando bajemos del avión con la Copa. La sábana por si perdemos y tenemos que irnos a vivir a Arabia», les dijo a sus jugadores. Salieron desde Ezeiza 37 días antes del debut.

—Me querían echar. ¿Quién? ¡Puf, el país! Por eso me tomé el avión —recuerda Bilardo—. A mi hija le tuvieron que cambiar el apellido en el colegio. Ya no era Daniela Bilardo, era Daniela no sé cuánto. En nuestra casa pusimos el cartel de venta

para confundir y que dejaran de tirarnos piedras. Mi mujer y mi hija se mudaron a lo de mi suegra, y yo me fui a una quinta que tenía en Moreno.

«Después de los entrenamientos, pim pam, cortaba leña. Para quedar agotado», recuerda el técnico en *Doctor y campeón*.

—Bilardo se quería ir rápido porque el periodismo lo mataba —dice Olarticoechea—. Fue todo muy improvisado. Al Negro Enrique y a mí nos llamó de último momento y, como no teníamos trajes para el avión, los fuimos a buscar dos días antes de tomar el vuelo.

—En el aeropuerto de Ezeiza éramos la risa de todo el mundo —dice Enrique—. Todos decían que íbamos a jugar los tres partidos de la primera fase y volvíamos.

—Yo jugaba en México, en el América, así que mi viejo fue al Mundial también para verme a mí —recuerda Zelada—. Era tan poca la confianza que le tenían a la selección que lo primero que me dijo fue: «Bueno, vengo de paseo, total nos eliminan en la primera fase y después me voy a Acapulco».

La primera parada fue Oslo para jugar contra Noruega. Maradona se sumó el lunes 28. A su nuevo rol de líder en el equipo de Bilardo le sumaba la eterna fascinación que generaba en los jugadores, en especial en los compañeros que apenas lo conocían.

—¡Los nervios que tenía para cruzarme con Diego! —dice Enrique—. No me animaba, tenía miedo que no me respondiera. Estaba hecho un pelotudo enamorado.

—Llegamos a Noruega —dice Molina, el masajista— y me toca Diego, que venía de jugar en Italia con el Napoli. Yo temblaba, pero apenas lo traté me sorprendió su pureza. En la media hora en que lo masajeeé me contó su vida. Me dijo que su padre, cuando él era chico en Villa Fiorito, caminaba seis cuadras entre el barro para ir y volver del trabajo y dejaba los zapatos sucios afuera. O que el baño de su casa era una casilla externa, separada de la casa, y que el techo eran las estrellas de la noche.

Pero Argentina seguía en el barro. Perdió con Noruega y en Buenos Aires se reanudaron las operaciones para echar a Bilardo.

—Llamamos a Grondona, que estaba en Suiza, en la FIFA —recuerda O'Reilly, entonces secretario de Deportes—. Le dije: «Julio, la gente por la calle me dice échelo a Bilardo, esto no se banca más». Grondona me respondió: «Dedicate al rugby que de fútbol no sabés un carajo», y la verdad tenía razón. Pasa que cada vez que me encontraba con Alfonsín, en asados o donde sea, me apuraba: «¿Y, lo rajaste?». Yo estaba en el medio.

En medio de esa inestabilidad, y cuando en el plantel se acentuaba la grieta entre Maradona y Passarella como líderes de dos grupos —todavía no peleados pero ya sí distanciados—, hubo un pequeño aliciente: la selección goleó 7 a 2 a Israel en el anteúltimo amistoso previo al Mundial. Es cierto que los israelitas habían jugado el día anterior por el torneo de su país, y que mientras tuvieron reservas físicas el partido fue parejo —en el segundo tiempo estaba 2 a 2—, pero una luz de esperanza se abrió cuando Argentina llegó a México el 5 de junio.

—Antes del Mundial, Bilardo estaba muy tensionado, muy obsesivo, y eso lo transmitía: éramos un equipo nervioso, inseguro —dice Olarticoechea—. Pero al llegar a México, la cosa se empezó a descomprimir.

—En México conocimos a un tal Jimmy Goldsmith, el hijo de un multimillonario —dice Pumpido—. Como trabajaba en Relaciones Públicas del Mundial y nos acompañaba a todos lados, nos hicimos amigos. Justo era su cumpleaños y nos invitó a la fiesta.

—El cumpleaños fue una locura. Había como 250 invitados —dice Galíndez, el auxiliar de utilería—. El padre de Jimmy tenía tanta plata que le regaló un Cartier a Diego. Pumpido y Brown nos encerraron en el baño a mí y a Tito Benros, el utilero, y nos disfrazaron. Subimos al escenario, agarré la guitarra de un mariachi que recién había actuado, empecé a rasguitarla porque no sabía tocar, y se levantó todo el mundo. Los jugadores se desmayaban. Hasta Blatter. Fue una fiesta terrorífica.

—A Galíndez lo vistieron de mujer y a mí de mexicano —detalla Benros—. Bilardo y Grondona se mataban de risa. Hasta Havelange se reía.

«Bilardo bailaba con mucha destreza, arrodillado en el suelo, como el *twist* de los sesenta —recordó Valdano, en una entrevista para el ciclo *Fútbol Pasión con Eduardo Galeano*—. Con el Negro Enrique bailaban mirándose a los ojos, y todo el equipo se reunió alrededor de la pista y a gritar. Algunos un poquito achispados, porque habíamos tomado champán. Era la última fiesta antes del Mundial. El equipo volvió a la concentración cantando y de alguna manera sirvió para distender la convivencia.»

—Inventamos un cantito, un poco en joda: «Borombombom es el equipo del Narigón» —dice Olarticoechea.

Al grito se sumaron algunos integrantes de la tribu menottista: Passarella, Valdano, Bochini, Tapia, Marcelo Trobbiani, Luis Islas. Mitad en serio, mitad en broma, en las horas siguientes habría «acusaciones» entre ellos por haber cantado a favor del técnico.

«Y bueno, había tomado un poco de alcohol», intentó defenderse Passarella, el líder menottista, según recuerdan jocosamente —y *off the record*— un par de compañeros de aquel equipo.

Con Bilardo al fin aceptado por una parte del plantel, faltaba poco para que su grupo de jugadores más adeptos, encabezado por Maradona, terminara de asumir el liderazgo interno. La selección vivía en un estado de deliberación permanente: a un entrenamiento para aclimatarse a la altura y al smog del Distrito Federal le seguía una reunión. Sería en dos de esas charlas —muy agrias, con gritos cruzados— que Maradona terminaría de convertirse en el maestro espiritual de la delegación. Si el mundo vería emerger muy pronto al nuevo gurú del fútbol, en parte sería porque primero había alcanzado esa estatura en la consideración doméstica de sus compañeros. Uno de los mítines fue en Colombia, adonde Argentina viajó para jugar un amistoso, el último antes del Mundial, y el capitán ya hipnotizaba a sus

compañeros en la convivencia diaria.

—En el free shop del aeropuerto de Bogotá —dice Brown—, me quedé loco con un reloj de oro. Miraba la vidriera como un nene, pero había quedado libre, no tenía club que me pagara el sueldo y no podía comprarlo. Viene Diechi y me pregunta en qué andaba. «Mirá ese reloj, la puta, qué lindo». «Comprátelo», me dice. «Estás loco, si no tengo club», lo saqué a patadas. «Dale, que vamos a ser campeones», me insistió, pero no lo compré. Ya de vuelta en México, Diechi me llama: «Tata, tomá». Lo abro, y era un Rolex. Casi me puse a llorar.

Passarella la pasaba mal. Si ya estaba resentido con Bilardo desde que le había quitado la capitanía, terminó de enfurecerse cuando el Mundial se acercaba y el técnico no lo confirmaba como titular. Después del amistoso contra el Junior, en Barranquilla, el defensor entró a la habitación del técnico para gritarle que debía respetarlo y dejar de ser manejado por Maradona. Fue tan fuerte el tono de voz que el resto del plantel salió al pasillo y Maradona quiso meterse en la habitación, pero los otros jugadores lo detuvieron.

Esa noche le siguió un cabildo abierto en el que participó todo el plantel. La tensión entre Maradona y Passarella era irrespirable. En un tiempo habían tenido química, cierta amistad incluso, pero aquella reunión en Colombia —de la que nunca quisieron hablar, amparados en los «códigos del fútbol»— fue el prólogo para el encuentro en el que, definitivamente, Maradona terminaría de ganarle la pulseada a Passarella. La batalla final sería a los pocos días, ya de regreso en México.

—El encuentro importante fue en la concentración del América —dice Pumpido—. Duró dos horas y nos dijimos todo lo que hacía falta. Las reuniones en las que no se habla de frente, no sirven. Hubo discusiones, sí, pero después de eso se empezó a ganar el Mundial. Ahí se creó un sentido de pertenencia.

Passarella, que fiel a su apodo de El Gran Capitán, continuaba sintiéndose cabecilla, chocaba contra lo que creía una falta de liderazgo positivo de Maradona. Si este volvía a la concentración más tarde del horario convenido durante las noches en la que tenían permiso para salir, Bilardo se hacía el distraído y la dejaba pasar. Passarella no. Así como en Colombia había entrado a la habitación de Bilardo, el defensor repitió su *modus operandi* en México, esta vez dentro del cuarto de Maradona. «¿Vos sos el capitán? Qué vas a ser el capitán, pendejo. A vos te gusta la joda», le gritó. Entonces llegaron más jugadores.

«Es tu última oportunidad y es la última nuestra», le dijo Valdano, que había creído en el diagnóstico de Passarella, a Maradona, según contaron confidencialmente un par de testigos.

«Passarella lo había agarrado a Valdano y le metió en la cabeza que yo estaba llevando a todos a la droga —recuerda Maradona en *Soy el Diego*—. Cuando Valdano vino a pedirme explicaciones por lo de la droga, lo paré en seco. Le dije: “Jorge, la puta que te parió, ¿del lado de quién estás? ¿Acá lo que te cuenta Passarella es verdad y lo que te cuento yo, no? Vamos a la reunión”. Allá fuimos, y con

Passarella presente, conté todo.»

Ya frente a todo el plantel, Passarella le dijo a Maradona que un capitán debía ser ejemplo de sus compañeros. Que debía cuidarse con lo que tomaba. Que un error suyo podía costarle el Mundial a todos. Maradona le preguntó a qué se refería. «A tu adicción a las drogas que conocemos todos», le respondió el defensor, según cuenta *Él es Passarella*, de Nicolás Distasio (Planeta, 2013), que agrega: «En ese momento Maradona pierde el control y toma una actitud violenta en la que deben actuar algunos de sus compañeros para frenarlo y evitar la pelea».

Aunque las crónicas de los diarios y revistas recién comenzarían a vincularlo con la cocaína en 1989, la primera vez que Maradona consumió drogas fue en Barcelona, en 1983. En México, sin embargo, le dijo a Passarella que estaba limpio.

—Está bien, yo asumo que tomo —dijo Maradona—. Pero no estuve tomando en este caso.

Passarella insistió en que Maradona debía cambiar su actitud: «No para mí, porque para mí no sos nada, pero sí para ellos». Maradona contragolpeó con un episodio interno: le echó en cara una cuenta de dos mil dólares por gastos telefónicos que el América le adjudicaba al plantel, pero de la que ningún jugador se hacía cargo. Maradona les reveló a sus compañeros que el teléfono que recibía las llamadas era el de la casa de Passarella en Italia.

«La concentración era para un equipo normal, de 16 jugadores, pero como éramos 22, agarraron un quincho que estaba a 200 metros, hicieron habitaciones, y allá vivimos seis jugadores. A ese lugar lo llamamos “La Isla” —contó Ruggeri en *El Show del Fútbol*, en América—. Passarella enganchó una línea telefónica, compramos un teléfono en un *shopping* y él llamaba a Italia todos los días para hablar con sus hijos.»

El liderazgo de Passarella quedó desautorizado. «Vos sos una mierda», le gritó Valdano al Káiser, según el relato de Maradona en *Soy el Diego*. Dos días después, *El Gráfico* unió a Maradona y Passarella para una producción periodística: aceptaron juntarse para la sesión de fotos —se vistieron con sombreros mexicanos— pero no se hablaron en público. Ya tampoco lo hacían en privado. Passarella empezaba a consumirse en un espiral de desgracias: antes del debut contra Corea sería víctima de unos parásitos estomacales que lo hicieron deambular por los hospitales del Distrito Federal y que, sumados a un desgarró en la pierna, le impedirían jugar el Mundial.

Con su enemigo a veces en cama y otras tratando de volver a entrenar —siempre en vano—, Maradona se convirtió en líder del plantel y contagió energía positiva. «¿Que no nos dan como favoritos? Mejor, los favoritos nunca ganan los Mundiales», redoblaba la apuesta. Su rodilla derecha, por primera vez en un año, ejecutaba las órdenes del cerebro. La alegría comenzaba a fluir en el ciclo Bilardo.

«Arrancamos el Mundial sin saber si ganábamos el primer partido y lo terminamos sabiendo que sería muy difícil que perdiéramos el último», dijo Valdano en *Sueños de fútbol* (Ediciones El País Aguilar, 1994).

Los planetas se alinearon. Si los equipos de fútbol tienen vida biológica —nacen, crecen, llegan a su plenitud y se apagan—, el de la selección 86 duraría siete partidos (de las 34 presentaciones que Argentina tendría entre los Mundiales 86 y 90, apenas ganaría siete). En México, Argentina superó 3-1 a Corea del Sur, empató 1-1 con Italia, venció 2-0 a Bulgaria y terminó primera en su grupo. Tenía la belleza del hormigón: es difícil recordar alguna jugada colectiva deslumbrante pero es imposible encontrar a Pumpido indefenso contra un delantero rival. Maradona jugaba deshojando margaritas y hacía jugar: además de su golazo a Italia, una caricia de zurda a la pelota mientras se suspendía en el aire y sacaba la lengua —un tic que los filólogos maradonianos resaltan como una señal de disfrute—, también manufacturaba los goles de sus compañeros. No lo detenían ni las patadas de los karatecas coreanos, algunas sanguinarias.

Se sucedieron los triunfos, se asentaron las cábalas y el América fue una comarca donde se permitía la felicidad. En algunas prácticas se ponían en juego champanes o perfumes. Batista compró una máscara de gorila y Enrique la usaba para asustar a sus compañeros en la oscuridad. Galíndez nunca dejaba de ser víctima: una noche, los jugadores le cortaron las cuatro patas de la cama y esperaron, detrás de la ventana, a que se acostara. Cuando lo hizo y su cama reventó contra el piso, estallaron de risa. Además había espacio para hábitos religiosos: Borghi, que era mormón, recibía la visita de los obispos mexicanos de su iglesia. Tampoco, sin embargo, desaparecieron las tensiones propias del ciclo Bilardo. Incluso durante el Mundial, varios jugadores amenazaron con volverse al país. Enrique se enojó con el técnico porque no lo incluyó entre los titulares ni los suplentes contra Corea y le confió a Tapia que, si no era convocado para el próximo encuentro, se volvía a Buenos Aires. Maradona y Valdano discutieron en el partido contra Corea y estuvieron 10 días sin hablarse: Valdano debió ir a la habitación del capitán para restablecer la relación. Borghi y Trobbiani se pelearon en un entrenamiento. A Islas, el arquero suplente que proclamaba que debía ser titular, lo cortaron en seco: «Callate o te volvés». Batista se rebeló contra Bilardo después de que fuera reemplazado en el segundo tiempo contra Italia: «Tengo mucha bronca. ¿Si quiero hablar con el técnico? No, no tengo nada que hablar con él. Si sigo luchando aquí es por los muchachos, no por él», se despachó.

—Sí, me fui mal, caliente —recuerda Batista—. Con Carlos me peleaba bastante, eh. Me había sacado contra Corea, me volvió a sacar con Italia, y me enojé. «Este lo está haciendo de cábala», llegué a pensar. Discutimos y Diego tuvo que entrar a una reunión. Bilardo siempre quería que el capitán fuera testigo de los problemas.

—Después del partido con Bulgaria, yo entré a la concentración para hacer una nota que había arreglado con Valdano, pero cuando lo veo me dice: «Esperá que tenemos una reunión» —recuerda José Luis Barrio, de *El Gráfico*, enviado a México—. Pasan todos los jugadores y se meten en una sala. Me quedé solo, en la confitería, pero las paredes eran tan finitas que me enteré de toda la reunión. Las cosas de Bilardo que escuché ese día. Diego llegó a decir: «¡Simplemente no le tenemos que

dar más pelota!». Era como un golpe de Estado. «Así no podemos seguir, ¿a ustedes les parece que un equipo argentino juegue así un Mundial?», gritaba Passarella. El único que lo defendía era Brown: «Ténganle confianza a Bilardo, yo lo conozco, ténganle confianza». «No, pero qué confianza, no hay que darle pelota», gritaba Maradona. Así durante cuarenta minutos. Entonces se abre la puerta, empiezan a salir los jugadores y todos me miran. La cara de boludo más grande que pude haber puesto en mi vida, la puse en ese momento. Maradona me hace el gesto con el dedo levantado, diciendo: «Vos no escuchaste nada».

Ya en octavos de final, y en lo que Maradona definiría como la mejor actuación de su carrera —incluso por encima de la del 22 de junio de 1986, según le dijo a Borinsky, de *El Gráfico*, en 2008—, Argentina venció 1 a 0 a Uruguay y avanzó a los cuartos de final.

—Después de ese partido, ya a la noche, me crucé con Bochini —recuerda Valdano—. Apoyado en una columna, me dijo: «Vamos a ser campeones, el equipo se encontró».

El capitán argentino resplandecía y partía hacia la estratosfera: «Maradona es la figura del Mundial. Toca un balón y le devuelven un saco de cemento y ladrillos para que él mismo construya su pared», escribió *El Herald* de México, mientras Platini erraba un penal contra Brasil y quedaba fuera de carrera en su duelo personal contra el argentino.

También fue entre los partidos contra Uruguay e Inglaterra cuando Ernesto Frith, el locutor que dobló *Héroes*, la película que vi decenas de veces, soltó una de sus frases más icónicas. La dice con solemnidad, como si estuviera hablando de algo muy importante:

—Para batir a Argentina, primero habrá que batir a Maradona.

Frith, que grabó su voz en los estudios Phonalex, de Belgrano, y murió en 1995, es otro de mis héroes anónimos del 22 de junio de 1986. Cada vez que lo escucho, se me eriza la piel.

En otra jugada olvidada, un *off side* de Steve Hodge que determina un tiro libre para Argentina dentro de su área, el árbitro tunecino pita el final del primer tiempo con puntualidad inglesa, a los 45 minutos y 33 segundos, y aunque la selección merece el triunfo, el 0 a 0 no es para lamentarse. Argentina está evitando la derrota y, no menos importante, que Bilardo se encohere durante el reencuentro con sus jugadores en el vestuario.

—Si yo fuera técnico de un equipo que juega contra uno de Bilardo, trataría de meterle un gol de pelota parada en el primer tiempo, porque sé que en el descanso Bilardo los va a enfermar y los jugadores van a salir con la cabeza dada vuelta —dice Ruggeri.

«En el primer tiempo venía todo bien —recordó Bilardo el martes 24 en la columna que escribió para *La Nación* durante el Mundial—. Teníamos la pelota y manejábamos el partido. Lo único que me preocupaba era que el gol no llegaba. Por eso cuando terminó la primera parte y me iba para los vestuarios me puse a pensar, en esos pocos instantes que tenía, qué decisión debía tomar. Me preocupaba porque el equipo que busca el gol con este calor y esta temperatura termina por agotarse. Preferí no forzar las cosas y en la charla les pedí a los jugadores que siguieran igual, que estábamos bien y ellos no sabían cómo romper nuestro esquema.»

—En el vestuario nos apantallábamos entre los compañeros —dice Garré—. Con la altura, el calor y el smog, hacía un calor tremendo. Cuando jugué en los primeros partidos, venía el Vasquito Olarticoechea, que era suplente, a apantallarme. Y contra Inglaterra, que él jugó en mi lugar, me tocó hacerlo a mí. Sentíamos que éramos un grupo.

«Habíamos jugado mal pero Argentina tampoco nos causó problemas —escribió Reid—. Por eso en el entretiempo entré al vestuario y les dije a mis compañeros: “Si esto es lo mejor que ellos pueden jugar, sigamos así que les ganamos”.»

Así, después de un cuarto de hora, los equipos regresan a tranco lento hacia la cancha, como si volvieran de dormir una siesta plácida. Ninguno presenta cambios. Cuando el partido se reinicia con un toque protocolar de Valdano para Maradona, nada hace prever que el segundo capítulo va a entrar en erupción muy pronto. Argentina convertirá su primer gol casi enseguida, a los 6 minutos, pero antes hay tiempo para que se desate otro de los episodios secundarios del 22 de junio de 1986, una de esas historias que en el momento pasan desapercibidas y que con los años se mitifican: hinchas argentinos e ingleses enfrentándose a golpe de puños.

La pelea, la primera del mediodía pero no la más grave, ocurre al minuto del segundo tiempo en los escalones inferiores de la cabecera próxima al arco que ocupa Shilton. La televisión no muestra el incidente y Víctor Hugo Morales lo relativiza («¿Qué es lo que está pasando? Gente de torso desnudo que está peleando. Debe ser entre hinchas argentinos e ingleses. Ahí están, en pleno mano a mano. Y los

fotógrafos ocupándose de algo que por ahora es muy menor. Son cuatro contra cuatro y el resto del público mirándolos sin intervenir»). Sin embargo, el hecho tomaría una mayor dimensión en los años siguientes, cuando se develaría quién había sido uno de sus protagonistas: Raúl Gámez, futuro presidente de Vélez.

En 1986, su nombre era desconocido para el público pero no para el plantel: cuatro días atrás, Gámez también se había enfrentado a los ingleses en el Azteca, pero entonces para defender a los jugadores argentinos de los insultos de hinchas británicas que, cuando su selección le ganaba a Paraguay y avanzaba a los cuartos de final, comenzaron a molestar a quienes serían sus próximos rivales. Gámez atravesaba su lenta metamorfosis desde las tribunas a los despachos: en el siguiente Argentina-Inglaterra por los Mundiales, en Francia 98, sería el delegado de la selección. En aquella pelea de 1986, Gámez quedó delatado por una foto que *Crónica* publicó al día siguiente del partido, el 23 de junio: está en cueros, en pose de boxeador, acertando un uppercut a un inglés:

«Otra nota desagradable la brindó un grupo de la hinchada argentina al quemar una bandera inglesa y sustraer otra al comenzar el segundo tiempo, que provocó un incidente entre cincuenta hinchas —publicó ese diario—. Se vio cómo detrás de uno de los arcos, argentinos e ingleses comenzaron a apedrearse, llevando la peor parte los europeos.»

Treinta años después, y otra vez en la presidencia de Vélez desde finales de 2014, Gámez elude hablar de aquella foto —como también había eludido el recuerdo de la pelea en la que había obrado como patovica de los jugadores—. El tema lo incomoda.

—En ese Mundial yo no estaba con los barras —dice Gámez—. No es que me quiera hacer el bueno, pero a México fui por mi cuenta. Esa pelea con los ingleses fue algo típico de un partido, pero me da vergüenza recordarlo. No está bueno que mis nietos se enteren de que me peleé a trompadas.

Sin embargo Gámez, en 2006, había dejado filtrar algunos detalles:

«Un famoso peluquero argentino le quiso sacar una bandera a un inglés y la barra de ellos se nos vino al humo —le dijo a Elías Perugini, de *El Gráfico*—. Yo los enfrenté, creí que estaba defendiendo a la patria. Al principio se caían fácil: estaban borrachos y drogados. Aunque después eran tantos que cobré un montón. Cuando hablé por teléfono a mi casa, al día siguiente, me dijeron: “Viejo, saliste en una foto, lástima que está deformada”. Pero la foto estaba bien, la deformada era mi cara.»

Gámez, con códigos de tribuna, nunca reveló quién fue el «famoso peluquero argentino» que, según él, dio origen a la pelea. Pero «famosos peluqueros argentinos» no hay tantos y, relacionados con el fútbol, aún menos. Salvo uno:

«Roberto Giordano estuvo en la tribuna —informó *Clarín* el lunes 23 de junio, el día siguiente del partido—. Vino con la modelo Lucía Miranda para el programa *Veinte Mujeres*. El jueves presentarán el peinado y la moda argentina en esta ciudad» —Giordano y Miranda también aparecen en *Héroes* alentando a la selección, ambos de pie sobre un parapeto del Azteca, vestidos como si estuvieran en una pasarela, con

zapatos, pantalones, camisas y chalinas blancas, y un sombrero negro.

—Ese día hubo varias peleas en las tribunas, pero la primera la empieza Roberto Giordano en la parte de abajo —recuerda Varela, uno de los hinchas de Boca—. Él había ido con un grupo de turistas que se vestía con remeras azules y blancas, estaba el Bambino Veira y otros famosos más. Giordano ve a un periodista de *Gente* y le dice: «Sacame una foto que le voy a robar una bandera a un inglés». El quilombo lo hace él: no estaban bien las cosas, había terminado una guerra hacía cuatro años, con los ingleses estábamos mezclados en la cancha, y era cuestión de que alguien le pegue a uno para que se arme. Ahí se armó la pelea, Raúl (Gámez) tuvo que saltar, empieza a puntear y después saca un par de botellas porque lo mataban. Y encima Giordano dice que es peluquero: decime cuándo lo viste cortar el pelo. Pensalo, buscalo en Internet, algo que lo acredite. Lo único que decía es «moviendo las cabecitas».

Asociar a Giordano con la trifulca es al menos bizarro. El peluquero, conocido por sus desfiles en Punta del Este en la década de 1990, la apoteosis de la frivolidad menemista —y acusado en 2015 de evasión de impuestos por la AFIP—, fue el argentino que desató una pelea que, con el correr de los años, se convertiría en leyenda urbana.

Los cinco minutos iniciales del segundo tiempo son una continuidad del primero: Maradona va cortando el viento y los ingleses están metidos en un río bravo, como un kayak a punto de volcar. Si aplicamos al 22 de junio de 1986 una frase del escritor estadounidense John Irving, «Nos forma todo aquello que deseamos», el carburante de Argentina es su determinación, casi su obsesión, con el gol. La selección aplica un método de tortura china, derrama gota a gota sobre la frente de un rival que no puede escaparse de ese martirio.

—El gol está madurando, señores —dice Julio Ricardo en radio Argentina, en otra de sus profecías olvidadas del 22 de junio de 1986.

—Cinco minutos de la parte final. Argentina y la pelota, Argentina y el partido. ¿Para cuándo Argentina y el gol? —redobla la apuesta Víctor Hugo y, como si el partido siguiera un guion en base a sus presagios, el 1 a 0 llegaría en la jugada siguiente.

Giusti avanza 15 metros en posición de lateral derecho y habilita para Burruchaga, que descarga el asunto en Batista, que imita a los alpinistas en un campo base: otea el frente, analiza la montaña y las variantes atmosféricas para definir por dónde será el ataque a la cumbre, y decide volcar el juego a su izquierda, a Enrique, que completa el cambio de frente para Olarticoechea. El Vasco cruza mitad de cancha sin saber que incubaba el gol más controvertido de la historia.

Lo que ocurre a partir de entonces se repetirá cientos, miles, millones de veces: será una tesis universitaria patria. Olarticoechea espera la llegada de Trevor Steven y habilita a Maradona, que muta en un látigo cargado de electricidad e inicia un slalom de izquierda al centro: gambetea a Hoddle, se escurre ante el cierre de Reid y, cuando Fenwick sale a chocarlo, libera el juego hacia la derecha, a Valdano. Hodge quiere anticiparse al delantero pero, nervioso como si acabara de ver al diablo con la camiseta argentina, lanza la pelota hacia el área inglesa, al punto del penal. Maradona venía en velocidad después de su raid y acelera. Fenwick, que había esperado al 10 de frente, en la puerta del área, queda a contramano, a tres metros de la jugada. El arquero Shilton hubiera salido a tiempo si Maradona, 18 centímetros más bajo, utilizara su cabeza. Pero Maradona no lo hace: usa su mano.

La pelota le pasa por encima a Shilton, pica una vez en el área chica y se dirige, inexorable, hacia el arco inglés ya desprotegido: cruza la línea casi en cámara lenta, como cumpliendo un designio sádico.

Es gol.

Gol inmortal, gol ilegal. Aunque casi nadie lo advierte en el Azteca.

—Esa jugada la inicié yo por izquierda —recuerda Olarticoechea—. Toqué para adentro, piqué en diagonal y fui siguiendo de cerca la pelota. Cuando Maradona hace el gol, yo estaba en el borde del área grande, a diez metros suyo, y no me di cuenta de que le pegó con la mano.

—Yo quedé del lado contrario de la jugada, por la derecha, y no vi que fuera con la mano —dice Burruchaga—. Los que se podrían haber dado cuenta eran los que estaban atrás de Maradona o por la izquierda, pero muy pocos se dieron cuenta.

«Yo no vi la mano —dijo Valdano en *Fútbol Pasión con Eduardo Galeano*— pero sí me di cuenta de que Diego no podía llegar hasta allá arriba con la cabeza. En los entrenamientos de México, tirábamos córners y cuando Diego pegaba un cabezazo extraordinario alguien se reía. Entonces preguntaba: “Pero ¿de qué te reís?”, y me respondían: “Diego le pegó con la mano”. Yo no lo podía creer: “¿Cómo con la mano?”. “Sí, con la mano”, confirmaban. Pasa que saltaba y hacía el mismo movimiento con la mano que con la cabeza.»

—Yo no vi la mano —dice Giusti—, pero los ingleses levantaron el brazo enseguida, pidiendo mano. Miré al juez de línea, y veo que arranca hacia el medio. ¡Era gol!

—Para mí, en ese momento, el gol fue de cabeza —coincide Enrique—. Lo que me impresionó fue el salto de Diego para ganarle a Shilton. Por eso entiendo que el árbitro y el juez de línea se hayan equivocado: casi ningún jugador vio la mano, y eso que estábamos al lado. Recién cuando los ingleses putean al árbitro me doy cuenta de que había algo raro.

—Yo estaba en mitad de cancha y no vi mano —sostiene Batista.

—Desde la defensa, yo no veo mano —concuerta Ruggeri—. Lo que sí me extrañó fue que le haya ganado al arquero en el salto. Pero Diego lo hizo con una velocidad increíble: mirá que estábamos ahí y no nos dimos cuenta.

—Desde el otro arco lo único que veo es que Diego saltó y ganó, pero nunca pensé que había sido con la mano —dice Pumpido—. Fue todo en menos de un segundo.

—No, en el banco de suplentes no vi mano —dice Bilardo—. Nadie se dio cuenta de nada, y eso que estábamos derechos a la jugada.

—En el banco no vi la mano, ninguno de nosotros la vio —dice Clausen—. Si la tenés que mirar muchas veces por televisión y tampoco terminás de darte cuenta.

—Yo vivo en México —dice Zelada, el tercer arquero del plantel— y los mexicanos no me creen cuando les digo que no vi la mano. «Ustedes, los argentinos»... Pero honestamente no la vi. Diego fue tan grandioso que consiguió eso: que no nos diéramos cuenta.

—Los utileros no podíamos estar en el banco de suplentes pero sí dentro de la cancha, y yo me puse detrás del arco —dice Benros—. Estaba con Carmando, el masajista napolitano de Diego, y ninguno de nosotros vio la mano.

Completar el testimonio con el resto de los testigos sería ocioso: ninguno de los jugadores, técnico y auxiliares de la selección que contemplan la jugada a la altura de Maradona —y del árbitro— dice haber visto la mano. La divergencia surge en la acción siguiente, el grito del gol, lo que en principio parece una cuestión menor, ornamental, pero que pudo no haberlo sido: también las transgresiones del fútbol

están expuestas a que un detalle lo arruine todo.

En el comienzo de su festejo, Maradona mira tres veces al árbitro, como si no terminara de creer que la ilegitimidad de la mano no impidiera la validez del gol: lo hace apenas se levanta del piso y lo repite dos veces más, ya corriendo hacia el palco donde estaba su padre. Para algunos de sus compañeros, Maradona se delata con ese gesto, se reconoce en falta. Para otros, en cambio, que Maradona nunca se detenga, que salga corriendo tan rápido como si eso borrara las pistas del crimen, es su segunda virtud.

—La avivada de Diego no fue solo por haber metido la mano, sino porque además empezó a gritar el gol apenas se cayó al piso —dice Batista—. Salió corriendo como si no hubiese pasado nada. Si se quedaba dudando, por ahí el réferi también dudaba.

—Despejé mis dudas cuando vi a Maradona gritando el gol, porque ese era un grito que llevaba una duda adentro —dice Valdano.

—Fijate que Diego se delata en el festejo: mira al árbitro, como sintiéndose culpable o pidiendo permiso para gritar el gol —interpreta Enrique.

«La jugada fue así —le dijo Maradona a *El Gráfico* en 1987, en el primer aniversario del Mundial—: yo tiro la pared con Valdano, a Valdano lo anticipa Fenwick —en verdad fue Hodge— y, cuando va a rechazar, le queda alta y prefiere pasarla atrás. Intuyo que se la va a dar a Shilton y yo no llegaba, la verdad es que no llegaba, así que me tiré con todo.»

—Leí en alguna parte que Maradona pensó que Kenny Sansom había hecho el pase hacia atrás en el incidente de la Mano de Dios —escribe Hodge por correo electrónico—. Me sorprendió que no supiera que había sido yo. Es un momento muy famoso de los Mundiales.

«Cuando yo vi que el juez de línea corría hacia el centro de la cancha, encaré para el lugar de la tribuna donde estaba mi papá para gritarlo con él —agregó Maradona en *Soy el Diego*, en 2000—. Estuve medio gil, porque salí festejando con el puño cerrado y mirando de reojo a ver qué hacían los jueces. ¡Mirá si el árbitro se agarraba de eso y sospechaba! Todos los ingleses protestaban y Valdano me hacía así, ¡ssshhh!, con el dedo en la boca, como si fuera la foto de una enfermera en un hospital.»

«A mí me dio la primicia ahí —dijo Valdano en *Fútbol Pasión con Eduardo Galeano*—. “Vamos, vamos rápido, que hay que sacar del centro cuanto antes.” Sacar del centro en el fútbol es borrón y cuenta nueva, ya no se vuelve atrás.»

«Maradona contó que tuvo que decirles a los otros jugadores de su equipo que festejaran el gol —recuerda un defensor inglés, Kenny Sansom, en su biografía, *Superar a todo, mi historia, Kenny Sansom* (John Blake Publishing, 2008)—: “Vamos, grítenlo o lo anulan”.»

Cerca de las 13:08 del 22 de junio de 1986, miles de argentinos comienzan el festejo en las tribunas del Azteca. El operativo revancha pone primera, y no importa si la función del mago incluye un truco.

—Yo no vi la mano, creo que nadie la vio —dijo Don Diego, el padre de Maradona, al periodista Martín Arévalo, de *TyC Sports*, en 2010—. Yo estaba en la cancha pero fue una mano tan cortita que ni se notó. Después, de tanto verla y tanto verla, parece que estuviera sacando más la mano.

—Grondona me invitó al palco de la FIFA —recuerda Brodersohn, secretario de Economía del gobierno de Alfonsín, único funcionario en el estadio—. Éramos dos argentinos en ese lugar, el resto eran los presidentes de las asociaciones de fútbol de los otros países. Para mí Grondona se dio cuenta de que el gol había sido con la mano. No lo gritó casi nada.

—Yo estaba en un palco del Azteca, con unos amigos mexicanos, justo en el otro arco, y desde allá la mano no se vio —dice Menotti a Tomas Rudich, periodista de la agencia alemana de noticias DPA, que en junio de 2015 lo entrevistó para este libro en su departamento de Retiro, un museo del fútbol decorado con un banderín de la selección de Holanda de 1978 y fotos de grandes futbolistas—. Si el juez de línea era vivo, se habría dado cuenta en el festejo, cuando Maradona mira al árbitro para ver si lo cobraba o no. Hoy se lo anularían: los árbitros se mandan mensajes entre sí.

—El estadio es muy grande pero yo estaba todo lo cerca que se podía estar, justo detrás de ese arco, diez filas por encima, así que tuve una visión privilegiada y vi la mano con total claridad —dice John Carlin, el periodista y escritor inglés que, en 1986, era corresponsal de *The Times* en México—. Ese día no estaba trabajando, sino como hincha, y quería que ganara Argentina. Entre Inglaterra y Argentina, siempre quiero que gane Argentina. Mi primera infancia, entre 1959 y 1966, la viví en Buenos Aires, así que crecí como argentino, y además hinchaba por Maradona. Pero por otro lado, me di cuenta de que tan fanático de Argentina no era porque no me gustó que el gol fuera con la mano. Eso me empañó la alegría, lo cual demuestra que no soy argentino. Menotti, lejos de sentir vergüenza, cuenta que la reacción típica entre los argentinos por el primer gol es «¿Fue con la mano? Mejor, así les duele más». A mí eso no me gusta. Quiero que Argentina gane, pero no llego a ese grado de conexión.

—Fijate que Maradona, cuando hace el gol, lo viene a gritar donde estábamos nosotros —dice Varela, de la hinchada de Boca—. Él nos muestra el puño, y no es casualidad. José —el Abuelo— se lo había pedido durante una cena en Buenos Aires. «Si hacés un gol, fijate si lo podés gritar para donde estamos nosotros». Era un pedido, nomás.

—Yo tenía 5 años, pero lo que me acuerdo —dice Virginia Polito, una de las hinchas argentinas en el estadio— es que entre la confusión también hubo abucheos, en especial de los mexicanos y por supuesto de los ingleses. Los argentinos se reían:

«¿En serio lo hizo con la mano?, ¿el hijo de puta lo hizo con la mano?».

Algunos de los testigos directos ya murieron, pero su experiencia se transmite en la voz de sus familiares.

—Mi tío, Eduardo Molina y Vedia, estuvo en el Azteca en un sector con muchos japoneses que cumplían el prototipo del turista de ese país: con gorritos y cámaras de fotos, dale sacar una foto detrás de otra —dice su sobrino, Miguel Molina y Vedia—. En el primer gol, mi tío no ve la mano, está convencido de que fue de cabeza, pero de inmediato los japoneses empiezan a protestar, como sincronizados, señalándose el brazo. Cuando lo reconocen como argentino, lo empiezan a pelear, como a echarle en cara la mano, y mi tío les gritaba: «Ustedes no saben nada de fútbol, son japoneses, fue con la cabeza». Mi tío murió hace dos años. Era muy futbolero. Le llevó mucho tiempo reconocer que el gol había sido con la mano.

—Otra de las cábalas de Bilardo era que yo tenía que sentarme detrás del banco de suplentes —dice Carlos Espósito, árbitro argentino en el Mundial 86—. Yo estaba en la tribuna con otros jueces latinoamericanos, entre ellos Edgardo Codesal —el mexicano que dirigiría la final de Italia 90 entre Argentina y a Alemania—, y desde ahí la mano de Maradona se vio muy clara. Fue tan clara que no grité el gol porque me puse en la piel de mi colega. La mano es la jugada más desleal para un árbitro, más que una patada.

—Estaba en el palco de prensa y supe que el árbitro cobró gol porque Aldo Proietto, el director de la revista, me pega un codazo que casi me rompe una costilla y me dice: «Lo dio» —recuerda Barrio, jefe de redacción de *El Gráfico*—. Un segundo antes, había bajado la cabeza y comenzado a anotar en mi libreta: «Gol anulado por mano a Maradona, minuto 50». Dejé de mirar la cancha: era obvio que había sido con la mano.

«Gool arrrgentino, Diegol, Diego Armando Maradona —relata Víctor Hugo, el 22 de junio de 1986—. Saltó con la mano para mí, para convertir el gol, mandando la pelota por arriba de Shilton, el línea no lo advirtió, el árbitro lo pispeó, mientras los ingleses entregaban todo tipo de justificadas protestas para mí, el gol fue con la mano, lo grito con el alma pero tengo que decirles lo que pienso, Argentina está ganando 1 a 0, y que Dios me perdone lo que voy a decir: Contra Inglaterra, hoy, aun así, con un gol con la mano. ¿Qué quiere que le diga?»

—Yo la mano la veo, clarita, y en el relato digo que el gol fue con la mano —recuerda Víctor Hugo Morales—. Me doy cuenta por el gesto técnico de cómo salta Maradona, pero además veo la mano. Estaba en un lugar muy alto del estadio, pero juraba que era mano. Si hasta lo dije antes de que la pelota entrara. Los colegas son poco originales a veces: no hay nota que me hagan que no comience con el relato del segundo gol. Poneme el gol con la mano, que tiene un valor periodístico enorme.

A los 5 minutos del segundo tiempo, el gol con la mano avanza como una naturaleza enfurecida: rompe el partido y también el equilibrio en la transmisión de Víctor Hugo. Desde los estudios de la radio, en Buenos Aires, un compañero corrige

al relator uruguayo: «Fue con la cabeza, Víctor Hugo, con la cabeza. No hay ninguna duda», grita Ricardo Scioscia.

—Cuando me dicen que había sido con la cabeza, yo me quedé helado —recuerda Víctor Hugo—. No te puedo decir. Fueron largos minutos. Después pesqué una repetición en el monitor que tenía al lado y otra vez me pareció mano, pero como me habían dicho que no había sido mano, el asunto era un poco enloquecedor. Fue un rato desolador para mí. Inventar una mano, de Diego, contra Inglaterra, algo que había sido un brillante cabezazo, era devastador para un relator. No salí nunca más de eso.

—Del equipo de Víctor Hugo quedamos muy pocos cronistas en Buenos Aires —dice Oscar Barnade, ahora periodista de *Clarín*—. Mirábamos los partidos en el estudio de la radio, y el encargado de salir al aire era Scioscia, que se sentaba enfrente del televisor. En el primer gol a Inglaterra, Víctor Hugo advierte que había sido mano pero pregunta cómo se había visto en Buenos Aires. Hubo discusiones, no nos poníamos de acuerdo, y Ricardo, que era un periodista de convicciones, no dudó: «Fue con la cabeza, Víctor Hugo». Intuyo que no tomó conciencia de la dimensión que ese partido tendría para la historia del fútbol y del relato deportivo.

—Quedó como una anécdota divertida —evoca Víctor Hugo a Scioscia, que murió en 2006—. Si yo miraba la jugada por televisión, seguro que habría dicho lo mismo. Cuantas más veces la veo, de la única manera que me doy cuenta de la mano es con las fotos. En la televisión no se la puede apreciar, así que siempre entendí a Ricardo.

—Yo estaba detrás del arco del gol, pero en una posición muy mala para hacer mi trabajo —dice Eduardo Longoni, entonces en la agencia Diarios y Noticias (DyN), uno de los pocos fotógrafos que consiguió la imagen perfecta: el puño de Maradona a punto de impactar la pelota—. Ese domingo salí a las ocho del hotel pero había tanto tráfico que, cuando llegué al Azteca, ya no había buenas ubicaciones. Lo único que encontré fue un espacio cerca del palo izquierdo, una posición que era mala para las cámaras de la época, y que sin embargo me jugaría a favor. Tenía una cámara Nikon MF2, con motor de arrastre, y usé un teleobjetivo corto, de 85 mm. En el momento no me di cuenta con qué le pegó Maradona a la pelota: cuando sacabas la foto, una fracción de segundo, no veías. Trabajábamos a ciegas, era fotografía analógica, no había computadoras ni Internet. Hubo un reguero entre los fotógrafos que estábamos detrás del arco: «Parece que fue con la mano», comenzó a decirse. Tuvimos que esperar hasta el revelado.

El desconcierto desborda el palco de prensa. José María Muñoz es el relator de Radio Rivadavia, la única otra emisora de Buenos Aires, además de radio Argentina, que ha comprado los derechos para transmitir el Mundial 86. El periodista también advierte la mano de Maradona. Su confusión es otra: el nombre del autor del gol.

«Gol gol gol, Maradona, Maradona... ay qué lindo que has hecho esto, Enrique, esteee ehh Diego. Qué felicidad le has dado a toda América», se equivoca y se

corrige Muñoz.

Enrique no es Héctor Enrique, el futbolista, sino Enrique Macaya Márquez, el comentarista de Rivadavia, a quien Muñoz —el 22 de junio de 1986— tiene a su costado en las cabinas de transmisión al aire libre. En medio del relato, y atravesados por la adrenalina, ambos hacen un intercambio visual para confirmar que el gol había sido con la mano. Entonces Muñoz, en vez de nombrar a Diego, menciona a su compañero.

—This goal should not be allowed, this goal should not be allowed —se desespera, a pocos metros de distancia, Byron Butler, el relator de BBC Radio, pidiendo que el gol no sea dado por válido.

Lo curioso es que en el palco de prensa no hay periodistas que relaten para la televisión argentina el partido más emblemático del fútbol nacional. Los cinco canales de la Capital Federal transmiten el partido en vivo, como si fuera cadena nacional, pero —a diferencia de Víctor Hugo y de Muñoz— sus periodistas están en los estudios de Argentina, no en el Azteca. La razón es doble, económica y futbolística: cuando la selección invitaba al pesimismo en la gira previa, las emisoras —que eran estatales, salvo el 9, y no competían ferozmente entre sí— decidieron no enviar a ningún productor, relator ni comentarista. El consenso fue que el Mundial se transmitiera desde Argentina. Cuando Maradona y sus escuderos revirtieron los pronósticos y comenzaron a pasar etapas en México, las autoridades de los canales se desesperaron y gestionaron un permiso para relatar desde los estadios, pero ya era tarde.

El problema del 22 de junio de 1986 es el primer gol de Maradona: los periodistas de los canales 2, 7, 9, 11 y 13 que relatan desde Buenos Aires lo hacen desde un aparato similar al de los televidentes. Si la mano es difícil de detectar en el Azteca, por televisión es imposible. Cuando tres jugadores ingleses empiezan a reclamarle al árbitro, Shilton, Hoddle y Fenwick, la confusión atrapa a los relatores y comentaristas: ¿de qué se están quejando? La televisión repite tres veces la jugada, e incluso así es difícil detectar la infracción. Es lo que le pasó a Scioscia cuando quiso ayudar a Víctor Hugo Morales. En Canal 13, Carlos Parnisari primero dice «cabezazo de Maradona» hasta que a la tercera reiteración se retracta: «Lo grito con el alma, lo grito como argentino, pero para mí fue con la mano». Sus comentaristas, Rolando Hanglin y Leopoldo Luque —ex campeón del mundo en 1978—, son más cautos: «Saltó con las dos manos para arriba». En Canal 7, Mauro Viale primero dice «golpe de cabeza», y su compañero, Oscar Gañete Blasco, lo corrige tras dos repeticiones: «Reclaman mano, y a lo mejor sí, la tocó». Un enredo similar desgasta a los relatores televisivos de la BBC apostados en Londres: «Están pidiendo *off side* pero el pase salió desde el botín de Steve Hodge», se desconcierta el comentarista, Barry Davies. «¿O es que los jugadores de Inglaterra están pidiendo una mano?» se pregunta después de la triple repetición. El híbrido perfecto es un futbolista argentino comentando para la televisión inglesa, Osvaldo Ardiles, campeón del mundo en 1978,

y figura histórica del Tottenham, uno de los clubes más populares de Londres.

«Me tocó comentar Argentina-Inglaterra para la BBC desde Londres, y no fue fácil —contó a *El Gráfico* en 2010—. No vi la mano en primera instancia. Al repetirse, me llamó la atención que Hoddle protestara tanto. Era mi compañero en el Tottenham y no era de protestar. “Epa, acá pasó algo”, pensé. En la tercera, noté el gesto de Diego de mirar de reojo al lineman. Y en una cuarta toma se ve clarita, así que afirmé que había sido mano y punto.»

Mientras tanto, en Buenos Aires, cerca de las 16:08, solo unos pocos —como el pizzero que por la noche se lo diría a mi viejo— descubren que el gol de Maradona esconde un secreto.

—Ese partido lo vimos con mi familia, en la casa de mis viejos en Villa Devoto —dice Hugo Hernán Maradona, uno de los dos hermanos varones de Diego, vía Skype desde Nápoles, donde vive desde 2012—. Yo jugaba en Argentinos Juniors, esa mañana había entrenado porque estábamos jugando la Copa Libertadores y, apenas terminé, volví volando para lo de mis viejos. El primer partido del Mundial, contra Corea, lo habíamos visto en un salón de la casa, en el segundo piso, y quedó como cábala. Salvo mi papá, que había viajado a México, toda la familia estaba frente al televisor. Media hora antes, si sonaba el teléfono, ya no lo atendíamos. Cuando llegó el primer gol, en la repetición me quedó claro que fue con la mano, y lo grité más todavía. En mi familia decían que no, que había sido con la cabeza, pero yo sabía que fue con la mano. Me di cuenta por el movimiento de Diego. Era imposible que le ganara a Shilton de cabeza. Y además, antes de gritar el gol, apenas cae mira al juez de línea.

Ya convalidado el gol, pero antes de que el partido se reanude, los equipos tienen asuntos de los cuales ocuparse: los argentinos quieren celebrar el 1 a 0, y los ingleses increpar al árbitro. Contra lo que puede suponerse, en la selección argentina también hay gente alterada. Dos defensores, Cuciuffo y Olarticoechea, son los primeros en llegar al festejo de Maradona, incluso antes que los delanteros. Bilardo se perturba.

«No podés gritar un gol donde hay altura, los defensores no podían ir. Tenían que ir dos jugadores a festejar el gol y quedarse en el rinconcito (del córner). Y después, esos tres que gritaban no tenían que volver todos juntos, sino por diferentes lugares, así ocupábamos la cancha y el rival no nos sorprendía. Teníamos acordado cómo eran los festejos, pero (los defensores) no lo hicieron y casi los mato. Se fueron a gritar todos desesperados detrás del arco. Los goles no se pueden gritar así nomás», dijo Bilardo en el programa *Animales Suelos*, de América TV, en 2013.

—Bilardo nos había dicho que no gritáramos los goles como locos, pero yo había empezado la jugada, estaba cerca de Diego y fui a gritarlo como loco —dice Olarticoechea.

—Cada vez que hacíamos un gol, yo era el encargado de ponerme enfrente de la pelota, en medio de la cancha, para impedir que el rival sacara rápido —dice Giusti—. Venía el réferi y quería sacarme, pero no me movía hasta que el equipo se armara. Fijate en las fotos que en el Mundial no grité ningún gol, tampoco los de Maradona a Inglaterra. Para este gol no hubo problemas porque los ingleses estaban discutiendo con el árbitro.

—Los ingleses le seguían hablando al árbitro, pero no pasó de eso, y eso que el partido tenía una coyuntura especial por las Malvinas —dice Burruchaga—. Si nos lo hubiesen hecho a nosotros, nos expulsaban a tres, le rompemos los huevos todo el tiempo al árbitro y el partido no termina. Pero los tipos se la comieron. Se dieron varias situaciones: la genialidad del Gordo en meter la mano pegada a la cabeza, el arquero que era petiso y que salió mal, y que el único que protestó fue el 14.

El 14 es Terry Fenwick, el testigo mejor ubicado de la jugada, uno de los únicos dos ingleses, junto a Glenn Hoddle, que advirtieron la infracción de Maradona. Fenwick es el primero que corre desesperado para quejarse ante el árbitro.

—Yo era el jugador más cercano a la jugada y vi la mano con claridad: fue muy evidente —escribe Fenwick por correo electrónico—. Quedé en *shock* cuando el árbitro y su ayudante se miraron, pero no se hablaron para resolver el tema, y cobraron el gol. Entonces empecé a perseguirlo hasta el círculo central. Fui el único jugador que lo hizo: el resto de mis compañeros estaban shockeados. Le mostraba mi puño para decirle que Maradona había hecho el gol con la mano, hasta que el árbitro hizo el gesto de llevar su mano hacia su bolsillo superior, como si quisiera sacarme otra tarjeta. Ya me había amonestado en el primer tiempo y me pareció que me podía sacar la roja, así que me agaché y desactivé el reclamo. El partido fue una

responsabilidad demasiado grande para esos árbitros, y esa jugada fue demasiado fuerte para ellos. No la supieron manejar.

—¿Por qué los otros jugadores ingleses no fueron a recriminarle al árbitro? ¿No habían visto la mano? —le pregunté.

—¡Porque estaban en *shock*, aturcidos! —respondió—. ¿Cómo podría permitirse un gol de semejante naturaleza en un partido por los cuartos de final de un Mundial?

«Yo vi a Maradona golpear la pelota con la mano —escribe Hoddle en su libro—. Algunos de mis compañeros me dijeron más tarde que no se habían dado cuenta, y que tuvieron que ver la jugada por televisión, pero yo sí la vi. Maradona disimuló muy bien, pero a mí no me engañó. Cuando vi que el árbitro miraba al juez de línea y cobraba el gol, sentí asco. Lo perseguí, le señalé mi puño y le grité: “¡La pelota en la mano!”. Fue enfermizo.»

Cuando Fenwick primero y Hoddle detrás salen disparados hasta mitad de cancha, sus compañeros decodifican: el gol ha sido con la mano. Por efecto contagio, Shilton y Butcher levantan sus brazos y otros compañeros se unen a la protesta. Ya en mitad de cancha, los delanteros ingleses —que debían reanudar el juego— se suman a Fenwick y Hoddle para convencer al árbitro: Lineker le dice «hand ball» al árbitro y Beardsley abre los brazos. Pero no es un reclamo desahogado. Es un reproche cortés.

—No vi la mano pero me di cuenta de que algo raro había pasado —dice Hodge—. Shilton le reclamaba al árbitro que anulara el gol y los demás lo respaldaban. El juez de línea tendría que haber visto la infracción, pero en su defensa tengo que decir que yo estaba al lado y tampoco la vi.

«Desde el banco vimos que tocó la pelota con la mano —escribe Barnes, uno de los suplentes, en su libro—. Todos saltamos y gritamos “hand-ball”. No podíamos creer que el árbitro permitiera semejante trampa. Con los suplentes estuvimos incrédulos cuatro minutos hablando del tema.»

Como buscar culpables propios es un deporte nacional en cualquier país, los ingleses tendrían un doble foco de polémica interna. El involuntario pase que Hodge le hizo a Maradona, cuando quiso anticiparse a Valdano, más la lenta reacción de Shilton, quedaron bajo la lupa.

«Los reportes solo hablan de Maradona, pero Hodge hizo mucho más aporte del que se cree —lo acusó uno de sus compañeros, Sansom, en su biografía, en la que durante varios tramos lo apunta como “Señor Olvidadizo” y remarca que “hay varias cosas que la gente no sabe de ese partido y quiero señalar con el dedo acusador a Steve Hodge”—. El día anterior habíamos practicado cómo defendernos de una jugada similar, y nos dijeron que teníamos que correr hacia adelante, así dejábamos en *off side* a los argentinos. Lo hicimos todos al pie de la letra, así Maradona quedaba en posición adelantada. Todos menos Hodge, que hizo un pase hacia atrás (y Maradona quedó habilitado).»

«Yo fui el último inglés en tocar la pelota antes del gol, se la quise pasar a Shilton —dijo Hodge a *The Independent*, en 2011—. La pregunta más habitual que todavía

me hacen los hinchas ingleses es si ese pase fue intencional, y sí, lo fue.»

«Quise golpearla hacia atrás, hacia Shilton —agrega Hodge en su biografía—. La agarré perfectamente. Yo solo sabía que la había agarrado bien y me di vuelta pensando: “Será de Shilton”. No había visto a Maradona correr dentro del área y cuando me doy vuelta lo veo a él buscando la pelota: “¿Por qué está ahí?”, pensé. No debía haber nadie cerca de Shilton. Mientras veía que la pelota giraba por encima del arquero, comencé a pensar: “Jesús, ¿cometí un error? ¡Mierda, fue mi error!”. Uno sabe que los pases hacia atrás implican un riesgo, pero nunca pensé que por un segundo podría pasar lo que pasó.»

«Tuve la sensación que Shilton debía haber ido por todo —escribe Reid en su libro, *Invierno en Everton, verano en México, un Diario de Fútbol*—. La pelota estaba ahí, así que también tenía la oportunidad de alcanzar a Maradona. Creo que él se verá a sí mismo y también pensará: “Debería haber ido por todo”. Pero no hay quejas. El culpable fue el árbitro.»

«Es una pregunta que me hicieron muchas veces —se defiende Shilton en su segundo libro, *Mi autobiografía. Peter Shilton* (Orion, 2004)—. “¿Por qué no fuiste directamente hacia Maradona?” La respuesta es simple. Yo sabía que iba a llegar a la pelota sin tener que ir a chocar a Maradona, pero él usó la mano.»

Una de las interpretaciones más recurrentes que se le dará a la mano de Maradona será que esa infracción define a la Argentina como una sociedad de ventajeros, de tramposos. Es, sin embargo, una mirada parcial, o una mirada que omite que los futbolistas del resto del mundo —incluidos los ingleses— también recurren a acciones ilegítimas para ganar partidos. La única vez que Inglaterra ganó una Copa del Mundo, la de 1966, fue gracias a un gol en la final contra Alemania en el que la pelota nunca entró al arco. Las dos veces que Argentina e Inglaterra volvieron a enfrentarse en Mundiales después de México, en 1998 y 2002, Michael Owen reconoció que fabricó un penal en cada uno de esos partidos: el delantero admitió que podría haberse quedado de pie ante el contacto con los defensores argentinos y que sin embargo eligió desplomarse para impresionar al árbitro. Paul Scholes y Denis Wise, como Maradona, también convirtieron con la mano, y son ingleses. Incluso Gary Lineker, considerado el jugador más limpio de la historia del fútbol, jamás amonestado ni expulsado en sus más de 450 partidos, admitió que lo hizo una vez. Es una condición universal: aprovechar cualquier situación para convertir un gol. No son trampas deliberadas sino reacciones instantáneas. Jorge Valdano, el jugador más ilustrado del plantel, intentaría hacer lo mismo en el partido siguiente de Argentina en el Mundial, ante Bélgica, pero el árbitro advirtió la infracción. El primer encuentro personal entre Pelé y Maradona fue una semana después de que Maradona hiciera un gol con la mano en Argentinos-Vélez, en 1979. «No te preocupes, Diego, ese es un problema de los árbitros», lo alentó el brasileño, que recibió a Maradona —y a un periodista de *El Gráfico*, que contó la intimidad— en su casa de Río de Janeiro.

El ejercicio inverso resulta más constructivo. Un gol con la mano no define tanto

a quien lo hace como a quien lo recibe, por cómo lo metaboliza, y en ese sentido la respuesta de los ingleses fue —lo percibo ahora— grandiosa: supieron convivir con la injusticia. Se quejaron ante el árbitro porque era natural que lo hicieran, pero no desvirtuaron el partido ni abrieron teorías paranoicas de complots en su contra. Aunque, en una entrevista que le concedió en 2006 a *El País*, Fenwick dijo: «No lo volví a ver (a Maradona) desde ese partido. Si lo encontrara, no le daría la mano. Ningún inglés honesto debería hacerlo con lo que nos hizo», en el intercambio que tuvimos por correo electrónico solo se percibe admiración.

—Por supuesto que le daría la mano. Para mí fue un honor compartir el campo con Maradona —escribe el defensor por correo electrónico, en 2015—. Fue jugar con una leyenda. Maradona destruyó a muchos más jugadores que a Fenwick. Fue indestructible y salió campeón en todos los lugares donde jugó, lo que da la pauta de lo que fue como hombre y como leyenda. Ahora vivo en Trinidad y Tobago y estoy trabajando en muchos proyectos. Lo invité a Diego para que participe en el desarrollo del fútbol en este país. Tal vez nos encontremos algún día para analizar qué hice mal —dice con ironía, riéndose de sí mismo.

La fascinación de Fenwick por su verdugo no es un caso aislado. Es como si Maradona hubiese producido un síndrome de Estocolmo en la mayor parte de sus rivales.

—Lo que hizo Maradona estuvo mal pero yo no lo culpé —dice Hodge, siempre por correo—. Los jugadores tratamos de hacer cosas durante los partidos que a veces están mal. Para mí fue un privilegio haber enfrentado al mejor jugador que ha jugado a este deporte.

«Si ese gol lo hubiera hecho yo, no habría ido corriendo al referí para contarle que toqué la pelota con la mano. Y menos en un Mundial», reconoce Reid en *Argentina-Inglaterra, Mundiales y otras pequeñas guerras*.

«Esa mano no disminuyó mi admiración por él —dice Barnes en su libro—. Maradona engañó a favor de su equipo. Si Gary Lineker le hubiera hecho lo mismo a Nery Pumpido, yo no le habría dicho nada al árbitro. Los ingleses harían lo mismo.»

«La imagen de Maradona manoteando la pelota es horrible y siempre va a permanecer conmigo —admite Hoddle en su biografía—. Se instaló en mi mente al punto que me sentaba en casa, tratando de relajarme viendo televisión, y no me podía concentrar. Pero no culpo a Maradona. Muchos jugadores han cometido una mano, más por descaro que por querer engañar. Maradona supo que no llegaba con la cabeza y levantó la mano.»

«Se ha sugerido que Maradona es un tramposo —coincide Robson en su libro—, pero es una palabra muy fuerte que no respaldo. Actuó por instinto, no le guardo rencor.»

Hasta que comencé este libro había pensado en los futbolistas ingleses como supongo que lo hacen millones de argentinos: como los villanos que merecían el castigo de una justicia divina. Como dijo Jorge Valdano: «La mano de Diego, de

todos modos, fue una sola. Y en la guerra, Inglaterra nos había metido miles de goles con la mano». O como escribió el escritor uruguayo Mario Benedetti: «Por ahora es la única prueba fiable de la existencia de Dios». Pero mientras avanzaba en la crónica, comencé a preguntarme si el 22 de junio de 1986 hubo realmente un solo tipo de héroes, o si también entraban en esa categoría los ingleses, grandes en la derrota, sin ocupar el rol de víctimas de conspiraciones, una práctica a la que cada tanto recurren los futbolistas y también nosotros, los hinchas y los periodistas. Rumié las palabras de Fenwick, Hodge y sus compañeros, esa dulce resignación de que el genio y el diablo vestían la camiseta rival, y mi frontera entre ganadores y perdedores se fue tornando más difusa.

Quien no ingresa en esa lógica es Peter Shilton, el arquero. Mientras sus compañeros aceptan la mano como una jugada a traición pero posible —un cero en la ruleta del fútbol—, el arquero inglés mantiene una relación de acritud con su verdugo: «Si me lo cruzara, no le daría la mano», insiste, treinta años después. Si Hollywood filmara una película del partido y para el afiche publicitario necesitara a un jugador de cada equipo posando cual pistoleros del oeste que se retan a duelo, esos serían Maradona y Shilton. El papel del derrotado que debe partir al destierro quedó para el arquero inglés.

Los argentinos que sabemos quién es Shilton lo conocemos por dos motivos, aunque no esté en claro en qué orden: por haber sido el arquero que recibió los dos goles más famosos de Maradona o por ser el destinatario de las burlas que Diego le empezaría a dedicar muchos años después, un arsenal de escarnios que nunca le dedicaría al resto de los ingleses. Tres ejemplos: «Te voy a contar un secreto, Shilton, fue con la mano», dijo en 1998; «Shilton quedó como una bolsa de papas», en 2004, y «Shilton la tiene bien adentro», en 2005. Antes y después de su fatídico mediodía en el Azteca, el arquero inglés construyó una carrera prolífica. Todavía hoy es el futbolista que más partidos jugó en la selección de su país. Sin embargo, como el deporte a veces aplica una lógica devastadora, la del gramo de mierda que arruina un kilo de oro, es como si toda la biografía de Shilton hubiese quedado contaminada por la nube tóxica del 22 de junio de 1986 y su interminable pelea posterior con Maradona. A la derrota le sumó su intransigencia: a diferencia de la mayoría de sus compañeros, Shilton le guarda rencor, como si nunca hubiera asimilado el desgraciado papel que le tocó cumplir en el Azteca. En 2005, cuando Maradona conducía *La Noche del Diez*, la producción invitó a Shilton a Buenos Aires. El reencuentro no se produjo porque el inglés exigía que Maradona se disculpara por el gol durante el programa, una condición que el argentino no aceptó.

«Atajó en tres Mundiales. Ganó dos veces la Copa de Campeones de Europa. Fue, durante treinta años, uno de los mejores del mundo. Pero a Peter Shilton solo le preguntan por un día: el 22 de junio de 1986. Shilton aún vive de esa mano, y es literal: al inglés lo contratan empresas para que cuente la jugada. Hoy, Shilton tiene como principal entrada de ingresos las disertaciones para empresarios o clientes corporativos que lo contratan para que los entretenga durante sus sobremesas. Allí, Shilton habla de su carrera y, sobre todo, de Maradona —escribió el periodista inglés Ben Lyttleton en la revista *Don Julio*, en 2014.»

Así como Maradona lleva treinta años relatando su épica, Shilton lleva el mismo tiempo buscando un desagravio.

«Cuando nace la jugada del primer gol, yo tenía muchos años de carrera y había desarrollado un sexto sentido para detectar en qué momento había peligro —cuenta el arquero en *Mi autobiografía*—. Maradona pasó la pelota a un costado y me relajé. No

había riesgo. Sin embargo, Hodge se anticipó, tocó la pelota, y mi cerebro entró en alerta roja. La pelota hizo una parábola y descendió muy cerca del punto penal. Yo nunca salía del arco salvo que estuviera seguro, y en este caso salí porque sabía que iba a ganar. Salté sabiendo que Maradona también estaría en el aire, pero era mi pelota y arrojé mi brazo, listo para darle un puñetazo y rechazar el peligro. De repente mi mente entró en confusión y la adrenalina aceleró mi cerebro. Le había dado un golpe al aire. Maradona le había pegado a la pelota, y no yo, pero era imposible que él la hubiese cabeceado. Él comenzó a correr, dando puñetazos al aire con su mano. Entonces pensé: “Es eso, utilizó su mano”. No había otra explicación. “Ey Ref, ¡Ref! ¡Réferi!”, empecé a decir. Me horroricé cuando vi al árbitro y al juez de línea correr hacia el centro de la cancha.»

En los últimos años, salvo excepciones puntuales, Shilton evitó el contacto con los medios. Los ex futbolistas ingleses suelen manejarse a través de agentes de prensa y aprovechan las oportunidades que económicamente les dejan algún rédito. Cuando consulté a su intermediario, recibí ese tipo de respuesta: que ofreciera una tarifa para que el acuerdo fuera más feliz. En 2009, Shilton fue contratado para disertar en una mutual financiera, la Nationwide Building Society, y en 2010 dio charlas empresariales organizadas por una cadena hotelera, Holiday Inn. En ambos casos —y también lo haría ante *Fox Sports*, en 2015—, se refirió al primer gol con palabras similares:

«Hay dos maneras de mirar aquel gol. Por un lado, después de veinte años en la selección de Inglaterra, no me gusta que me asocien con un incidente en el que el mejor jugador del mundo hizo trampa. Sin embargo, desde que terminé de jugar, comencé a dedicarme al trabajo corporativo y a dar charlas de sobremesa, así que puedo comentar varias veces aquella historia. Fue una jugada que se decidió en una fracción de segundo. Él saltó, yo salté. Yo estaba por atrapar la pelota. No vi a Maradona golpeándola con la mano ni escuché el contacto, pero supe de inmediato que había sido con la mano. Incluso Gary Lineker, un señor deportista, admitió que lo hizo alguna vez. La cuestión es que Maradona nunca se disculpó. En 2007 hubo una suerte de pedido de disculpas, mínimo, tibio, pero ya era tarde: habían pasado veinte años. No volví a verlo. [...] No lo perdono y no le daría la mano [...]. Yo hago lo que hace Terry Butcher, o sea hablar poco y nada sobre él.»

Butcher, el defensor rubio, un mastodonte, es el otro jugador que junto a Shilton sigue sin disculpar a Maradona. «No, no tengo una muñeca vudú de Maradona en mi casa, pegada con alfileres, (pero) es una buena idea», dijo al diario inglés *Daily Mail*, en noviembre de 2008. En 2009, durante una entrevista con los lectores de la revista británica *Four Four Two*, le preguntaron por qué no había incluido a Maradona en su equipo ideal de todos los tiempos, los once mejores jugadores de la historia según su criterio:

—¿No lo pusiste por su gol con la mano en 1986? Vamos Butch, ¿no es tiempo de dejarlo atrás? —le preguntaron desde Exeter, al oeste de Inglaterra.

—Es un tramposo. Nunca lo dejaré pasar. Todavía lo odio con pasión.

Ahora bien, ¿quién es el árbitro que el 22 de junio de 1986, a los cinco minutos del segundo tiempo de Argentina-Inglaterra, corre hacia el centro del campo, como si fuera a refugiarse debajo de la sombra omnipresente del Azteca, dispuesto a cobrar el gol más polémico de la historia del fútbol? ¿Quién es ese árbitro algo retacón, macizo, a quien Maradona y sus compañeros miran de reojo para escrutar su decisión, y a quien los ingleses persiguen para que la rectifique? ¿Cómo es que un juez desconocido hasta el 22 de junio de 1986 y nunca vuelto a convocar para un torneo de primer nivel, cuyo nombre algunos escriben como Ali Bin Nasser y otros como Ali Bennaceur, fue puesto a conducir un embrollo equivalente a desactivar una bomba de tiempo? ¿Por qué la responsabilidad recayó sobre un hombre de Túnez, un país tan poco identificado con el fútbol internacional como Maradona con el desierto del Sahara?

«Un tema preocupante para Argentina es el tunecino Ali Bennaceur —escribió el periodista Juan de Biase en *Clarín*, el sábado 21 de junio de 1986—. Nos parece que Argentina-Inglaterra es mucho partido para un africano. Se nos hace sospechoso su nombramiento y no queremos prejuizar pero lo hacemos porque motivos no nos faltan sobre la idoneidad de varios de ellos.»

Los enviados de *Clarín* también publicaron ese día un extraño recuadro —un poco místico, un poco delirante, un poco profético— bajo el título «Arbitraje dudoso»: «Por los preceptos del Corán, por Alá y por Mahoma, quiera el cielo musulmán inspirar a Don Alí para que cumpla con su deber, acierte en los fallos, vigile para que no masacren a Maradona y pite los dos goles, legítimos, limpios, que Argentina clavaré en la red el domingo».

La FIFA intentó desactivar el rumor que podía afectar a Bennaceur con un método inusual: distribuyendo el currículum del tunecino en las novedosas computadoras ubicadas en la sala de prensa del Azteca. La medida no evitó que, un minuto antes de que comenzara el partido, Víctor Hugo Morales apuntara en radio Argentina:

«Va quedando todo dispuesto para el comienzo. El árbitro tunecino... ¿ustedes se dan cuenta de lo que es la FIFA? Alí Bennaceur, juez de uno de los partidos más importantes de la historia del fútbol. Je, un tunecino. No puede tener este hombre toda la experiencia, toda la capacidad.»

La designación del árbitro es otra muestra de que el reparto de ganadores y perdedores es un juego de dados. Así como Passarella había sido en las Eliminatorias de 1985 el héroe del pasaje al Mundial que consagraría a su flamante enemigo, Maradona, Bennaceur dirigió Argentina-Inglaterra a pedido de los británicos. O siendo más precisos: que el tunecino haya sido el juez del 22 de junio de 1986 se debió a una larga cadena de quejas, decisiones y azares que nació en un reclamo inglés, el de no aceptar al primer juez propuesto por la FIFA, el brasileño Romualdo Arppi Filho, por su condición de sudamericano, a lo que Argentina respondió con

otra premisa: «No hay problema, pero que el árbitro tampoco sea europeo». El pedido de los ingleses sería la piedra fundacional de su derrota.

El margen de elección del hombre se achicó considerablemente. De los 36 árbitros que dirigieron el Mundial, 19 eran europeos y seis sudamericanos. Neutrales, o sea de América Central y del Norte, Asia, Oceanía y África, quedaban 11. No todos, sin embargo, estaban disponibles. Unos de ellos, el australiano Chris Bambridge, había sido devuelto a su país tras no cobrarle un gol a España contra Brasil. Otro, como el sirio Jamal Al Sharif, había dirigido a Inglaterra en su reciente cruce contra Paraguay, por lo que quedaba fuera de la lista. Lo mismo con el costarricense Berny Ulloa, que había dirigido a Argentina diez días atrás. De las pocas opciones libres, ninguno asomaba como un dechado de experiencia: dos asiáticos, de Arabia Saudita y Japón; tres americanos, de Guatemala, Estados Unidos y México, y tres africanos, de Malí, Mauricio y Túnez. Fue como si una fiebre fulminante afectara a los pilotos en pleno vuelo y el aterrizaje hubiera quedado a cargo de uno de los pasajeros, aunque eso no pareció preocupar a Grondona.

«Cuando se enteró de la designación de Bennaceur para el partido contra Inglaterra, el presidente de la AFA se mostró muy conforme», publicó *Crónica* el sábado 21.

—Las designaciones estaban a cargo de un brasileño, Abilio D’Almeida, el director de árbitros de la FIFA, y Grondona quedaba al tanto antes de que nos la comunicaran a nosotros —dice Espósito, réferi argentino en México 86—. Por ejemplo, antes de la final contra Alemania, vino Julio y me dijo: «No te separes de Arppi Filho porque va a dirigir la final». No lo sabía nadie, ni el propio árbitro. Empecé un operativo y lo seguía hasta el baño.

Bennaceur ya había dirigido un partido en el Mundial (Polonia 1-Portugal 0 en el grupo F) y sería acompañado por Bogdan Dotchev, de Bulgaria, y Berny Ulloa, de Costa Rica, que actuarían como jueces de línea, aunque por entonces no existía la especialización de lineman: eran árbitros que alternaban las dos funciones.

—Nos enterábamos de las designaciones por una lista que pegaban en una pared del hotel donde los árbitros vivíamos en el Distrito Federal —dice Ulloa desde San José de Costa Rica—. ¿De dónde carajo era el árbitro de Argentina-Inglaterra? Ah, cierto, de Túnez. Era un tipazo, muy simpático, muy dado, afable. En cambio el juez de línea de Rumania era muy serio, muy amargado. Ah, ¿era de Bulgaria? Ciertamente, pero bueno, era así, muy callado, supongo que por su sistema político. En Bulgaria todavía regía el comunismo y el tipo no hablaba con nadie. Él fue el juez de línea que no vio la mano de Maradona. El partido no fue complicado de dirigir. Lo más difícil fue la mano.

Salvo por las dos horas del 22 de junio de 1986 en las que estuvo expuesto a los ojos del mundo (y en el encuentro que en 2015 tendría con Maradona en su país), Bennaceur fue siempre un misterio. Lo había sido en los días siguientes a su nombramiento, cuando periodistas, técnicos y jugadores se preguntaban por qué la

FIFA había designado al recóndito tunecino, y lo volvería a ser después del partido. Su participación en la elite fue una burbuja que nació y explotó ese día. Fue un *one match man*. Desde entonces, a imagen del halo enigmático que rodea a su continente, Bennaceur volvió a Túnez y casi no tuvo contacto con los medios. Todavía hoy, treinta años después, fuera de África solo se lo conoce por su omisión en la mano de Maradona. El resto de su historia es una hoja en blanco. Solo concedió dos entrevistas. La primera fue al periodista argentino Mariano Dayan, del diario *Olé*, un diálogo por teléfono en 2001, a quince años del partido. La segunda fue al francés Pierre Boisson, de la revista *So Foot*, una charla personal en un bar de la periferia de la capital de Túnez, a finales de 2013. Si a la premisa «cronistas que entrevistaron al árbitro tunecino» le sumamos «cronistas que hablaron con el árbitro tunecino», habría al menos un tercer protagonista: yo.

Después de varios meses de rastrear su teléfono por diferentes redacciones (Boisson y Dayan lo habían perdido), al fin lo conseguí a través de una insospechada pero efectivísima gestión de la embajada argentina en Túnez (que se contactó con la Federación de Fútbol de Túnez, donde trabajaba Kacem, uno de los hijos del ex árbitro). Del otro lado de la línea apareció la voz de Bennaceur. En realidad, quien habló fue Hernán Campaniello, el colega que con su francés fluido actuaría de intérprete en lo que pretendía ser una charla entre Buenos Aires y Túnez, vía Skype, para este libro. Las palabras del ex árbitro, primero en árabe para saludar y después en francés para continuar el diálogo, se escuchaban firmes, vitales. Pero fue todo en vano: como Shilton, Bennaceur impuso condiciones económicas.

—Señor Alí, buenos días, le llamo desde Argentina, soy periodista y me gustaría entrevistarle —se presentó Hernán, una mañana de marzo de 2015.

—Ah sí, sí. ¿Una entrevista para radio, televisión o prensa escrita?

—Para un libro. Queríamos hacerle unas preguntas sobre Argentina-Inglatera. ¿Podemos hacerla ahora?

—Bueno, ¿cuánto paga?

—¿Perdón? No tenemos presupuesto, no pagamos entrevistas.

—A mí siempre me pagan para las entrevistas. Hágame una proposición y mañana me llama.

Para reconstruir su historia, entonces, recurro a la larga charla que Bennaceur le concedió a Boisson en 2013 —por la que *So Foot* no pagó, como tampoco había hecho *Olé* en 2001—. Muchos de esos pasajes son inéditos: quedaron fuera del reportaje de tres páginas que la revista francesa publicó en noviembre de 2014, casi un año después de que la charla tuviera lugar. Boisson, desde París, me envió la desgrabación íntegra de su entrevista.

—Me junté con Bennaceur en un bar de Túnez —dice Boisson, vía Skype, desde Francia—. Tomamos un café. La gente lo conoce bastante en su país. Está muy orgulloso de su arbitraje en Argentina-Inglatera y no se arrepiente de nada: solo se molesta un poco cuando lo toman por un árbitro malo que no vio la mano. Es alguien

con una ética muy fuerte del arbitraje.

«Soy árbitro desde 1965 —le dijo Bennaceur a Boisson—. Tenía 21 años y llegué por accidente. Soy hincha del Espérance Sportive de Tunis y al regresar de un partido, en un tren, me crucé con el árbitro. Comencé a criticarlo, me dijo: “Ah, usted conoce las reglas”, y me preguntó por qué no me anotaba en un curso de arbitraje. Lo hice y fui juez entre 1976 y 1991. Ya antes de Argentina-Inglaterra, tuve partidos con mucha connotación política. Me tocó un Argelia-Egipto clasificatorio para los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 84, en épocas en que Egipto había firmado su protocolo con Israel (Egipto fue acusado de traidor y boicoteado por los demás países árabes). Los argelinos detestaban a los egipcios. Argelia hizo un gol cuando faltaban tres minutos y lo anulé por posición adelantada. En 1985 dirigí el Mundial sub 20 en Unión Soviética y en un partido entre el local y China expulsé a un defensor de los soviéticos. También dirigí dos finales seguidas de la Copa África, en 1984 y 1986. Me jacto de ser el único árbitro del mundo elegido para dos finales continentales consecutivas. La de 1986 fue en Egipto, entre el local y Camerún. Había 120 mil hinchas. El partido comenzaba a las 15 y el estadio estaba lleno a las 10. La plegaria del viernes la hicieron adentro del estadio. A los 10 minutos, Egipto convierte un gol pero, como veo que un jugador le pegaba un codazo al arquero, lo anulé. Desde ahí hasta el final se hizo muy difícil. Hubo alargue y penales. Nunca tenía miedo, pero en ese momento lo tuve. No sabía si saldría vivo. Gracias a Dios, ganó Egipto. Ese día tuve el sentimiento de haber nacido por segunda vez.»

Ese día fue el 21 de marzo de 1986, tres meses y un día antes de Argentina-Inglaterra. En el medio, Bennaceur sería convocado para el Mundial. Sin imaginarse el rol que le esperaba en México, comenzaba su preparación en soledad, al costado de un camino africano.

«De lunes a viernes trabajaba como informático, los sábados eran para la familia y el domingo para el fútbol. En la semana entrenaba de 12 a 14: saltaba sillas, retrocedía, tiraba diagonales. Un mes antes del Mundial de México fue el ayuno (el Ramadán, lapso en el que los musulmanes, durante un mes, no se alimentan en las horas de sol) y hacía tres entrenamientos por semana. Salía de casa y tomaba la ruta al aeropuerto de Túnez. El camino lo hice tantas veces que lo conozco agujerito por agujerito. La gente debía preguntarse: “¿Qué hace este loco acá?”. Era sacrificado, pero amaba hacerlo. Ser árbitro forja tu carácter. El arbitraje es la facultad de muchas facultades. Nos enseña a dirigir hombres, a aceptar las críticas e incluso los insultos sin responder. Ahí se ve cómo los hombres son débiles ante uno. En 1989 dirigí un Egipto-Argelia para la clasificación a Italia 90. El que ganaba entraba al Mundial y Egipto no lo hacía desde 1934. No se imagina el ambiente. Cuando llegué a El Cairo, me recibieron con una sorpresa: una limusina con una linda y joven mujer adentro, con un ramo de flores para mí. Jamás la miré. Eso era fuerza de carácter. En el Mundial 86 me tocó Polonia-Portugal en la primera fase, un partido más difícil que Argentina-Inglaterra. Pero me sentía seguro. La FIFA me tenía confianza.»

Bennaceur sería el principal responsable de la mayor controversia de los Mundiales, pero no el único. El juez de línea búlgaro, Bogdan Dotchev, tenía una posición ideal para advertirle la infracción de Maradona, y sin embargo no lo hizo. Los lineman suelen ser los asesinos perfectos del fútbol: nadie conoce sus nombres ni sus caras. Son fantasmas que no dejan huellas. «Yo no lo conozco y por lo que busqué parece que ha desaparecido. Según un artículo en la prensa, el año pasado, periodistas de Brasil quisieron hablar con él pero sin éxito. Ahí dice que Dotchev vive en un pueblo muy pequeño, y que sigue sin hablar con los medios», responde vía correo electrónico desde Sofía, en abril de 2015, Bozhidar Kartunov, periodista búlgaro.

Lo poco que puede rastrearse de Dotchev es a través de dos entrevistas que le concedió a un mismo reportero búlgaro, Milen Dimitrov, una en 2007 para el diario *Monitor* y otra en 2013 para *Show*.

«Mientras cumplía el servicio militar, fui futbolista —dijo Dotchev—. Comencé en el CSKA, el club del Ejército. Las leyes eran duras, no había piedad: en la visita de unos jugadores a Alemania Oriental hubo un escándalo y fueron expulsados de por vida. Jugué en Primera División en el Levski Sofía, en 1964.»

Dotchev se dedicó al arbitraje desde 1968 y en el primer lustro de la década de 1980 llegó a la elite mundial. Estuvo en la Copa del Mundo de España 82 (Italia-Camerún) y entre 1983 y 1984 fue premiado con semifinales y finales europeas: dirigió al Real Madrid en el Santiago Bernabéu y al Manchester United en Old Trafford. México 86 fue su segundo Mundial: debutó en Paraguay 2-Bélgica 2, un partido en el que compartió terna por primera vez con Bennaceur, aunque con los roles invertidos a como se desempeñarían en Argentina-Inglatera: el tunecino fue su juez de línea.

Aquel partido fue el inicio de una relación entre Bennaceur y Dotchev que terminaría muy mal. Cuando Boisson, de *So Foot*, le preguntó a Bennaceur por su omisión en el gol de Maradona, el tunecino arrancó su explicación con un pase de factura al búlgaro.

«A Dotchev lo salvé de una situación crítica en Paraguay-Bélgica —dijo el tunecino—. En el final del partido hubo un tiro libre indirecto para Bélgica, se ejecuta, la pelota va en dirección al arco y el arquero de Paraguay hace una volada extraordinaria, pero no toca la pelota. Muchos jugadores de Bélgica gritan gol y el árbitro amaga a cobrarlo, pero yo, que estaba como juez de línea, le hago señas de que el arquero no la había rozado. Como el tiro libre era indirecto, el gol no debía valer. Dotchev me hizo caso. Cuando terminó el partido, me agradeció: “Míster Bennaceur, usted me salvó el pellejo”.»

Argentina-Inglatera dirigido por un tunecino y secundado por un búlgaro suena a conflicto entre católicos y protestantes dirimido por musulmanes y ortodoxos. El fútbol también es grande por esas pequeñeces. A pesar de lo que se temía, Bennaceur había controlado el primer tiempo como si fuera un jinete experto, uno de esos

gauchos que le calzan las riendas al caballo y lo amansan con un chasquido de dedos. Es cierto que Fenwick podría haber sido expulsado por un codazo a Maradona pero la acción sucedió fuera de su radar. El problema llegó después, a los 5 minutos del segundo tiempo. El tunecino miró el salto ingravido de Maradona a pasos de Olarticoechea, Valdano y Hodge, lo que implica un dato devastador para su suerte: son futbolistas que, como él, no advierten la infracción. Maradona produce lo que debería declararse eclipse de gol: con su cabeza, tapa el puño prohibido. Cuando la pelota entra al arco, Bennaceur —que vio la cabeza de Maradona y no la mano escondida por detrás— gira hacia el juez de línea en búsqueda de una ayuda, pero Dotchev se queda inmóvil, como una estatua, esperando que el árbitro decida. Justo detrás de Dotchev —según puede reconstruirse en *Héroes*—, en la primera fila de plateas, un hincha con la camiseta de Inglaterra levanta la mano señalando la infracción. Maradona sale a festejar y otea al árbitro para enterarse de su decisión, pero el tunecino y el búlgaro dudan: es como si se dijeran «sí» con la cabeza mientras en realidad quisieran ganar tiempo —o salir corriendo del Azteca—. Maradona sigue celebrando, por lo que Bennaceur debe resolver el tema contrarreloj. Si a veces la historia se resuelve en una fracción de segundo, la del 22 de junio de 1986 comienza a definirse cuando Bennaceur, después de esperar en vano una ayuda de Dotchev, cobra el gol y vuelve a la mitad de la cancha.

Tres décadas después, esa decisión no parece estorbar la conciencia del tunecino. Bennaceur, que ya cumplió 70 años, podría dar un curso de autoestima, o de cómo no hacerse cargo de los errores —o de cómo dejarlos atrás y vivir en paz—. Dotchev está en la misma: podría ser su ayudante de cátedra.

«Antes del partido, nos reunimos con un encargado de arbitraje de la FIFA, el inglés Tom Wharton —le dijo Bennaceur a Boisson—. Nos dijo que los tres, por los lineman Dotchev y Ulloa y yo, éramos árbitros, así que si alguno estaba mejor ubicado que el otro, habría que tenerlo en cuenta. Eso hice: miré a mi asistente. Él había estado de frente a la jugada y yo detrás: solo le había visto la espalda a Maradona. Yo dudaba, tenía la sensación de que la pelota no había sido cabeceada, pero no vi la mano. Dudaba por sentimiento y por experiencia, no por haber visto la infracción. Si hubiera estado en África, seguro habría anulado el gol.»

«Lo que pasó no me avergüenza ni lo vivo como un escándalo, pero el fantasma de ese partido me va a perseguir siempre —dijo Dotchev a *Monitor*—. Esa mano es como una película, puedo recordar los segundos fatales. Solo diré una cosa que no he dicho hasta ahora. Si yo no hubiera estado en una posición silenciosa (sin levantar la bandera), y hubiese corrido al centro del campo después del gol, Maradona no habría llegado a mí (en el festejo). Si Maradona llegó hasta mí, significa que yo me quedé parado, con la bandera expectante, esperando la decisión del árbitro. Una vez que Bennaceur dijo que era gol, ¿qué podría hacer yo? Solo cuando el árbitro dio gol, yo corrí a mitad de cancha.»

«Yo dirigí perfectamente —le dijo Bennaceur a Dayan, en *Olé*—. Uno de los

jueces de línea —por Dotchev— estaba mejor ubicado. Yo dudé un momento, pero cuando vi que el línea corría hacia el centro, marqué el gol. Estaba obligado a seguir el consejo de la FIFA. Mi responsabilidad en ese gol fue limitada.»

«Yo vi que fue mano, pero no me siento culpable —insistió Dotchev—. Lo tuve claro en ese segundo. No es una casualidad que me haya quedado parado en la línea. Yo no podía levantar la bandera y decirle al árbitro que el gol era irregular. Las reglas eran diferentes. El juez de línea no tenía el poder que tiene ahora para anular un gol o señalar faltas y tarjetas. Si él hubiese sido un buen árbitro, tendría que haber estado en mejor posición. ¿Cómo se supone que yo debería tomar la decisión si estaba a 30 o 40 metros de la jugada?»

«El representante de la FIFA me contó lo que se decía —alardeó Bennaceur—: “El africano aplicó las consignas al pie de la letra pero el juez de línea merece ser degollado”.»

«¿Bennaceur dice que yo tuve la culpa? Es una locura, no habla muy bien de él —se enojó Dotchev—. Un árbitro europeo jamás habría permitido ese gol. En Europa tenemos, todos los meses, uno o dos partidos muy difíciles. ¿Y qué dirigió Bennaceur en el desierto con los camellos? Nada.»

«Ese partido fue impecable, un éxito al mil por ciento, incluso ese gol queda en la historia —dijo Bennaceur en *So Foot*—. Todo el mundo, adonde voy, me habla de eso. Después del partido la comisión me dio 9,4 sobre 10. Fue la tercera nota de todo el Mundial» —lo extraño es que Bennaceur le dijo a *Olé* que ese comisario, que era escocés, lo calificó con un 9,3.

«Me llegaron muchas cartas de la FIFA en las que me felicitan por mi excelente trabajo —se jactó Dotchev—. Esos certificados me exoneran al 100%, no hay indicios de crítica. En una carta, Havelange me expresó su más sincero agradecimiento a mi rendimiento.»

«Dotchev me escribió cartas de saludos durante tres años, cada fin de año, y me decía: “Mi hermano y mi colega, no hubo mano de Maradona, solo hubo mano de Shilton” —dijo Bennaceur en *Olé*—. Me juraba que estuvo mejor ubicado, que lo de la televisión no era serio, que no hubo mano de Maradona. No sé si me lo decía con humor. Me lo decía.»

—Yo hablaba francés porque jugaba en el Nantes y viste cómo era Carlos (Bilardo), que te mandaba con el árbitro: «Andá vos que a nosotros no nos va a entender» —recuerda Burruchaga—. Pero en la cancha te dabas cuenta de que el tipo quedó perturbado por el gol, que estaba en la duda, y yo le decía: «No vi lo que pasó, no vi nada». El lineman estaba bien ubicado, pero no lo ayudó.

«Cuando llegué al centro del campo, Lineker me viene a ver —dijo Bennaceur—. “Referi, hand ball”, me dijo. Eso fue todo. Los ingleses eran muy *fair play*, extraordinarios. El gol no influyó en la continuidad del partido. Yo no tenía que hablar. Tenía las tarjetas. Solo dije: “*Please, play*”.»

Con el partido 1 a 0, el Azteca se entrega a la celebración. En la desmesura, también a la violencia.

—Ese día alentamos por Argentina —asegura Ahumada, uno de los hinchas mexicanos—. En los partidos anteriores no había sido así, pero era porque nosotros solemos hinchar por el más débil. Es una cuestión de proyección psicológica: el mexicano siempre se sintió inferior en fútbol. Contra Inglaterra íbamos con Argentina porque habían perdido una guerra injusta y todos queríamos ver cómo Argentina se sacaba esa espina. Yo voy seguido a Buenos Aires y una vez, cuando subí a un taxi, el chofer me cuestionó: «¿Sos mexicano? Nunca te voy a perdonar que en la final hincharon por Alemania». ¡Muchos argentinos me recriminan lo mismo! Les tengo que explicar que gritamos el segundo gol de Alemania, el del 2 a 2 parcial, porque los mexicanos queríamos disfrutar la final, y cuando llegó ese gol fue como decir «Qué bueno, vamos al tiempo extra». Me di cuenta de que para los argentinos no existe la posibilidad de ser hincha neutral.

El alegato de Ahumada, que en el partido contra Inglaterra los mexicanos alentaron para Argentina por única vez en el Mundial, coincide con las crónicas del día siguiente.

«Un hecho notable fue el apoyo hacia la Argentina de parte de los mexicanos. Hasta ahora los albicelestes no gozaban la simpatías de los locales», publicó *La Nación*.

«Esta vez el público mexicano nos hizo sentir tan locales como en River», saludó *El Gráfico*.

—Los mexicanos no nos querían, pero contra Inglaterra alentaron por nosotros porque a los ingleses los querían todavía menos, si esos tipos querían pegarle a todo el mundo todo el tiempo —recuerda el barra de Chacarita—. Donde había un argentino, los ingleses buscaban pelea, nadie venía a saludarte bien. En el primer gol no vi la mano, pero sí el gol, y después ya no vi casi nada: fue todo el tiempo quilombo. Siempre se venía un grupito de ingleses. No tenían organización, pero eran muchos, y tampoco te pegaban, pero eran borrachos molestos, te tiraban cosas, te revoleaban sillas. La cerveza costaba cincuenta centavos, era muy barata. Así hasta que terminó el partido. En la otra tribuna, los de Boca también empezaron a pelearse con los ingleses.

—Si no fuera por ese peluquero tarado, no pasaba nada —dice Varela, de la hinchada de Boca, en referencia a Giordano—. Pero era una chispa, uno le tenía que dar una piña a otro, y se armaba. Vimos cómo arrancaron los de Chacarita, en la tribuna de enfrente, y al rato también empezamos nosotros. Saltó uno de los nuestros contra uno de los ingleses que andaban cerca y se armaron unas escaramuzas. Después nos volvimos a pelear afuera de la cancha.

En 2001, durante un viaje al Distrito Federal, entré al Azteca con otros argentinos

y coincidimos en un ritual: pisar el campo de juego y enfilarse —peregrinar— hacia el área en la que Maradona le convirtió los goles a Inglaterra. Queríamos hacer un simulacro de sus obras. Uno por vez, les dimos nuestras cámaras de fotos a quienes teníamos al lado para pedirles que nos retrataran en dos escenas: primero saltando con el puño en alto, junto al punto penal, y después definiendo en el vértice del área chica, incluso cayéndonos a un costado —como si nos barrieran Butcher— para teatralizar el segundo gol.

Ese tipo de actuación ya no se puede hacer, o al menos ya no es gratis. El permiso para pisar el césped cuesta 130 dólares. La entrada al *tour* consiste en recorrer las entrañas del estadio y comprobar una rareza: que el gol omnipresente de Maradona es el primero. El Azteca guarda tres referencias del gol prohibido: un cuadro con «La mano de Dios» en la zona de palcos, una gigantografía del puño de Maradona impactando la pelota en el pasillo que recorren los futbolistas para ingresar al campo de juego, y una escultura del capitán argentino ganándole en el salto a Shilton en el comedor del estadio. En referencia al segundo gol solo hay una plaqueta de bronce en las afueras del estadio, cuya sintaxis debería recibir tarjeta amarilla: «El estadio Azteca rinde homenaje a Diego Maradona por su extraordinario gol anotado en el partido Argentina-Inglaterra con el cual pasaron a las semifinales, 22 de junio de 1986».

Ese gol que está por llegar.

—Los guías que acompañan a los turistas —dice Marcelo Rodríguez, periodista argentino que estuvo de visita en el Azteca, en 2014— cuentan un dato extraño. Que el 70% de los goles que se convirtieron en el estadio fueron en un solo arco, el mismo en el que Maradona hizo los suyos. Por eso los arqueros mexicanos, para espantar el maleficio, se entregan a un mini ritual antes de tener que defender ese arco durante 45 minutos.

Shilton no lo hizo.

El 22 de junio de 1986, Buenos Aires amaneció con el estereotipo climático que suele adjudicársele a Londres: nubes, lloviznas, poca visibilidad, frío. De ese domingo, entre las 15 y las 17 de Argentina, hay fotos de calles desiertas y asfalto húmedo en la capital: postales de una ciudad en estado de cuarentena. Los diarios de la mañana anunciaban el partido con Inglaterra y el levantamiento de la huelga que había puesto en jaque a los vuelos de Aerolíneas Argentinas durante la semana. El presidente de la compañía, Horacio Domingorena, portaba un mensaje optimista: «La empresa está dando superávit». La ley de divorcio, cerca de aprobarse, era otro tema en el ojo del huracán: Carlos Saúl Menem, futuro presidente de la Nación, se oponía al proyecto y confirmaba su asistencia a la marcha en contra de esa ley que se realizaría el 5 de julio. Los obispos presionaban para que el Congreso no promulgara la ley antes de la llegada del Papa Juan Pablo II, en abril de 1987. Las páginas deportivas informaban que Francia había eliminado a Brasil del Mundial en un partido que debería ser exhibido en los museos de arte moderno, que Huracán le había ganado a Deportivo Italiano en su anteúltimo estertor antes de descender por primera vez en su historia, que el SIC había sido más que el CASI en el clásico de *rugby* adelantado un día para que no coincidiera con el Argentina-Inglaterra, y que la tenista Martina Navratilova había despachado a Helena Sukova en la final de Eastbourne. De los clubes grandes había poca cosa: Independiente transpiraba su pretemporada en La Rioja.

El mundo siguió girando en las primeras horas del 22 de junio de 1986. Durante la mañana, el mediodía y el comienzo de la tarde, en las radios se habló del triunfo de Los Pumas ante New South Wales Country en su gira por Australia, de la victoria de Ayrton Senna y su Lotus negro en el Gran Premio de Detroit de Fórmula 1, del festejo de Oscar Castellano a bordo de un Dodge en el Turismo Carretera de Santa Teresita, de la goleada de Central Norte a Juventud Antoniana en el duelo de guapos salteños que valía por un pasaje a la primera edición del Nacional B —que arrancaría después del Mundial— y de la muerte de cinco brasileños en Río de Janeiro durante los incidentes que le siguieron a la eliminación de su seleccionado en México.

Pero todo eso —todo— será tinta usada, chiquitaje, a partir de las 13:12 de México, las 16:12 de Argentina, minuto más, minuto menos, cuando algo grandioso va a ocurrir.

Entre el primer gol de Argentina, a los cinco minutos del segundo tiempo, y el segundo, a los nueve, el partido parece jugarse en otra dimensión, como si un zumbido lo hubiera invadido todo, con futbolistas de andar errabundo. Tal vez por eso Bennaceur comete un desliz en el prólogo del segundo gol. Dicho así, parece una herejía: solo un sacrílego podría sugerir una ayuda arbitral en la mayor creación de un hombre con la pelota en sus pies. Sin embargo, el fallo de Bennaceur no se produce durante el zigzagueo de Maradona, sino en el acto previo: Argentina recupera la pelota gracias a una falta no cobrada de Batista sobre Hoddle.

Solemos ver el gol desde que Maradona recibe de Enrique, todavía en el campo argentino, y elude a Beardsley y a Reid. Es el momento en que Víctor Hugo Morales relata: «Ahí la tiene Maradona, lo marcan dos, pisa la pelota Maradona, arranca por la derecha el genio del fútbol mundial». Pero nada de eso debería haber sucedido: Bennaceur debió haber cobrado tiro libre para Inglaterra y entonces Batista no hubiera recuperado la pelota para cedérsela a Enrique y este, a su vez, a Maradona.

Tan solo con eso, la historia habría sido distinta.

—Fue una jugada en la que yo hago falta, bah, no es falta, le quito la pelota y medio que lo tiro al inglés, y la agarra el Negro Enrique —dice y se desdice Batista—. Después Enrique empieza a jugar y se la da a Diego atrás de mitad de cancha.

«Fue un gran gol pero nunca lo debieron haber permitido —se queja Shilton en su libro—. Antes de que Maradona iniciara la jugada, Hoddle fue fouleado a la altura del muslo. Por qué el árbitro no cobró lo que era una clara falta, nunca lo sabré. La pelota cayó en Maradona y el resto es historia.»

«No lo quise decir en su momento porque habría parecido que lloraba después del mejor gol del Mundial —dice Robson en *Tan cerca y tan lejos*—, pero si se rebobina la jugada puede verse que todo comenzó en una falta a Hoddle. Le barrieron las piernas.»

Entonces el Azteca se alumbra, como si el resto del mundo quedara a oscuras. Maradona surca el césped y nadie lo detiene: 52 metros, 44 pasos, 10,6 segundos, 14,4 kilómetros por hora, 12 toques con la pierna izquierda, cinco ingleses eliminados en una persecución autodestructiva (Beardsley, Reid, Butcher, Fenwick y Shilton, los capitanes Ahad del Azteca), y otros dos rivales que quieren acosarlo pero no lo alcanzan (Hodge, al comienzo de la jugada, y Stevens, al final). En la lista de engañados también deberían incluirse dos argentinos, Valdano y Burruchaga, que por decisión de Maradona cumplen el rol de señuelos para despistar a los rivales, siempre a la espera de un pase que no llega. ¿Cómo es ser partícipe secundario de la jugada de todos los tiempos? ¿Cómo se disfruta —y cómo se tolera— la bomba atómica de los goles?

—Yo recibí la pelota de Batista. Si la hubiera tirado a un costado, era lateral para Inglaterra pero no, no lo hice, y se la pasé al mejor —dice Enrique—. No soy boludo eligiendo, elegí al mejor.

—Lo que me dejó asombrado de Maradona es cómo quería la pelota todo el tiempo —recuerda Fenwick—. No le importaba la tensión o dónde era la jugada: siempre quería la pelota, era valiente. Nunca me había encontrado con alguien así, estaba en un planeta diferente. Era muy pequeño pero ancho. Era un bastardo fuerte.

«Cuando Maradona comenzó la jugada —cuenta Reid en su libro—, yo estaba ahí, pero él giró entre mi posición y la de Beardsley. La gente dijo que si yo no hubiera estado lesionado, podría haberlo agarrado, pero no había forma. Ese partido jugué con dolor en el tobillo. Después me hice un estudio y surgió que tenía una fractura por estrés. El efecto de la emoción, la adrenalina y la atmósfera del Azteca es

increíble: jugué con una pierna rota.»

«Cuando tomó la pelota, Maradona estaba de espaldas a mí —escribió Hodge—. Hizo una vuelta para sacarse de encima a Reid y a Beardsley y se escapó. Fue raro, pero yo no tuve otra marcha para retroceder y alcanzarlo. No pude. Igual pensé que, por el mal estado del campo de juego, todavía le quedaba un largo camino hasta nuestro arco.»

Maradona comienza su unipersonal con tres toques, una pisada sobre la pelota, un giro de bailarín y abracadabra: atrás quedan Beardsley y Reid. El primero, como buen delantero, no defiende con tanta determinación: pronto se desentiende de la jugada. En cambio Reid, mediocampista y con obligaciones de marca, no se resigna y comienza a perseguirlo. Maradona juega en una ley de gravedad diferente. Tampoco toca la pelota, la galvaniza. Su próxima barrera es Butcher, el primer defensor que lo recibe en territorio enemigo, como si fuera un guardia real que custodia el palacio de Buckingham.

«La mano de Dios fue una cosa anormal. Yo me quedé más enojado por el segundo gol porque me eludió a mí —reconoció Butcher a *Daily Mail*, en noviembre de 2008, y a *Four Four Two*, en febrero de 2009—. Eludió a todos los jugadores ingleses una vez, pero a mí me eludió dos. Pequeño bastardo. A mí me eludió al comienzo y al final, pero culpo a otros jugadores. Reid corrió todo lo que pudo, casi que terminó saliendo del estadio de tanto correr.»

—Veo que Diego deja en el camino a dos o a tres ingleses, y se le aproxima un defensor medio pesado, Butcher —dice Giusti—. Entonces lo veo a Valdano, solo por la izquierda, y yo quiero que Diego se la pase a Valdano, pero no se la pasa. Yo pensaba: «Este hijo de puta no se la da», y seguía sin dársela.

—Hablan de una velocidad centelleante en el segundo gol, y no es así —dice Signorini, el preparador físico de Maradona—. Diego tardó 11 segundos en 52 metros, una marca atlética malísima. Si ponés en una misma línea a los cinco ingleses a los que eludió, y los hacés correr 50 metros, Diego llega último. Pero en el fútbol la velocidad es freno, engaño, giro, te doy la pared pero no te la doy, no es velocidad atlética. Diego no pensaba, era instinto, rapidez mental a la velocidad de la luz, un pensamiento de rayo.

Ya con Beardsley, Reid y Butcher en el espejo retrovisor de la jugada, a Maradona le queda la trinchera final antes de filtrarse en el área: Fenwick es el último guardián del Imperio. Aunque solo veamos una ciclópea obra individual, Maradona también se apoya en el juego colectivo para construir su jugada: ofrece indicios de pasarle la pelota a Burruchaga y busca un hueco para habilitar a Valdano. Los usa de carnada. Los ingleses se abren como las aguas del Mar Rojo porque Maradona, cuando no los elude con la pelota, los engaña con el movimiento de su cuerpo. Sus gambetas son reales y virtuales. También Víctor Hugo, en su relato para radio Argentina, se zambulle en esos amagues: «Y deja el tendal y va a tocar para Burruchaga... ¡Siempre Maradona!».

—Acompañé a Maradona casi toda la jugada, desde que Diego da la media vuelta entre dos ingleses —dice Burruchaga—. Éramos tres al ataque: yo en la derecha, él en el centro y Valdano por la izquierda. Yo pensaba que me iba a pasar la pelota. Cuando le sale el último defensor, Fenwick, Diego amaga y el inglés quiere anticiparse al pase. Yo creía que ahí me la daba.

«Me ayudaron mucho Burruchaga y Valdano, que me acompañaron en toda la jugada, entonces yo amagaba y seguía —dijo Maradona a *El Gráfico* en 1987—. El que me marcaba a mí (Reid) se quedó, lo encaré al grandote (Butcher), lo pasé, y agarré velocidad. Vi que venían Burruchaga y Valdano a mis costados, pero Fenwick no me salía.»

—Cuando enfrento a Maradona, yo estaba en el borde del área grande —dice Fenwick por correo electrónico—. Varios compañeros míos ya habían intentado detenerlo. Yo tendría que haberle hecho falta, pero no la hice porque todo el tiempo pensaba en que podrían volver a amonestarme. Me habían sacado tarjeta amarilla en el primer tiempo y eso me condicionó el resto del partido.

«Yo era como el *traveling* de la televisión, acompañando la jugada —dijo Valdano a la web de la FIFA, en 2007—. Maradona contaría después que estuvo buscando un hueco para pasarme la pelota en mi mejor posición. O sea que hizo lo que hizo y aparte tuvo tiempo de mirar a su alrededor, lo que a mí me pareció un insulto a la profesión. Si me la hubiera pasado, yo habría convertido el gol con mucha facilidad, pero no habría sido el mejor de la historia de los Mundiales.»

«Cuando enfrento a Fenwick, me empezó a ayudar Valdano —dice Maradona en su biografía—. Si Fenwick me salía, yo se la daba a Valdano y él quedaba solo contra Shilton. Pero Fenwick no me salía. Yo lo encaré entonces, amagué para adentro y me le fui por afuera, hacia la derecha. Me tiró un guadañazo terrible, Fenwick.»

«El partido con Argentina fue una pesadilla —dice Fenwick en su biografía—. Todavía puedo ver a Maradona corriendo hacia mí, en ese infierno de gol. Maradona debió haber sido detenido mucho antes de que llegara al área. Antes de mí hubo cuatro intentos de detenerlo y eso te hace preguntar: ¿fueron lo suficientemente buenos? Después fui yo contra él, en la última línea de la defensa, luchando para tomar una decisión. Maradona me pasó y marcó el gol que recordaremos el resto de nuestras vidas. Debí haberlo derribado. Fue un error y lo lamento. Después del Mundial recibí muchas críticas de la prensa. Mi carrera internacional fue para atrás.»

—Cuando Diego comenzó a gambetear —dice Batista—, dejé de ver parte de la jugada. La función de los mediocampistas era que, mientras los delanteros atacaban, nosotros teníamos que ordenar el equipo, y entonces uno a veces se perdía lo que pasaba arriba. Tuve platea preferencial del golazo pero me perdí la mitad de la jugada por ordenar.

«Yo insulté a Diego en la jugada porque iba superando etapas y veía que, si perdía la pelota, los ingleses se nos venían de contra —le dijo Batista a *Olé* en 2011—. Recién pude disfrutarlo cuando lo vi por tele.»

La pelota, después de haber atravesado el océano, llega a la orilla. Beardsley, Reid, Butcher y Fenwick quedaron eludidos. Hodge y el propio Reid, que lo perseguían, abandonan. Las alarmas inglesas suenan: Butcher se rehace como el ciborg de *Terminator* y alcanza a Maradona por la derecha. El arquero Shilton sale para atorarlo y Stevens corre desde la izquierda para cubrir el arco. En el palco de prensa, Víctor Hugo grita «¡Genio! ¡Genio! ¡Genio! ¡Ta ta ta ta!», mientras a Maradona le resta lo más fácil pero lo más determinante, una decisión que lo acompañará toda la vida: patear al arco o eludir al arquero. ¿Piensa en el reproche que en 1980 le hizo su hermano menor, Hugo, alias El Turco, cuando ante una jugada similar contra Inglaterra, pero en Londres, Diego pateó al arco frente a la salida del arquero Clemence y su hermano lo regañó porque —le dijo— debió haberlo eludido?

—Cuando Diego engancha y se abre al costado del arquero, me dije: «Dios mío» —recuerda Brown.

«Cuando Shilton salió, pensé que podría hacer algo —dice Hodge en su libro—, pero Diego fue por el lado más corto, algo que no era fácil, especialmente porque Butcher se tiró sobre él. Yo estaba en el borde del área y ya no podría alcanzarlo. Solo podía rezar para que hubiera un error, pero Maradona no lo cometió, y eso que corrió 50 metros con la pelota.»

«Cuando salí para achicarle el arco —dice Shilton en su biografía—, Maradona llevaba la pelota y Butcher le respiraba debajo del cuello. El 99 por ciento de los jugadores que están en esa situación optarían por rematar al arco. Yo esperaba eso y estaba listo, pero Maradona recién pateó cuando Butcher le cometía infracción. Me tiré pero fue una fracción de segundo tarde. Estuve cerca de tocar la pelota, pero no pude y fue gol. El estadio estalló.»

«Le amagué a Shilton y vi que Butcher venía cerrando —dijo Maradona en 1987, en el primer aniversario del partido—. Pensé en tirarla al medio para mis compañeros, pero le pegué con la cara externa del pie izquierdo para asegurar. Ahí sentí que el grandote (Butcher) me metía una patada brutal, pero no me dolió.»

—Diego al final no le pasó la pelota a nadie —dice Giusti—, y cuando gambetea al arquero se le va un poco larga, o yo creí que se le iba larga, pero no. ¡La metió, loco, la metió, hizo el gol! Yo no lo podía creer.

La pelota sale zumbando del pie de Maradona y cruza la línea. No es un gol, es una alquimia del fútbol, y es —también— como si un relámpago de eternidad cayera sobre el Azteca. El tiempo se acelera y, a la vez, se detiene: se vuelve mármol, se sella en bronce, se graba en la memoria de millones de personas alrededor del mundo y ese instante empieza a ser, ya para siempre, un instante eterno.

—En lugar de ir a abrazar a Maradona fui a buscar la pelota adentro del arco para sentir que hacía algo útil —dice Valdano.

«Me pasa como esos programas de televisión que detienen una imagen —escribe Reid en su libro—. Veo en cámara lenta que Maradona se escapa de los defensores. Pensé que Fen (Fenwick) tuvo mala suerte; se puede decir que Butch (Butcher)

podría haber hecho algo; que Shilts (Shilton) tal vez se tiró un tiempo antes. Pero después de decir todo eso, a veces solo tenés que levantar la mano y decir que fue brillante, y eso fue lo que pasó.»

—El gol fue increíble, pero lo doblemente increíble fue dónde lo hizo —dice Burruchaga—. No solo porque eludió a los defensores, sino por cómo llevaba la pelota controlada. ¡En esa cancha era imposible! El campo de juego era deplorable, la pelota picaba y el Gordo la llevaba al pie como solo él podía hacerlo. En ese mismo arco, a la semana siguiente, yo le hice el gol a Alemania en la final, y solo toqué tres veces la pelota en 40 metros porque era imposible de controlar. Este la tocó diez mil veces, y no se le escapaba.

—Ese gol se veía venir, por eso no me sorprendió tanto —dice Enrique—. En los entrenamientos en México yo jugaba para los suplentes y era muy difícil sacarle la pelota. Parecía que se caía pero se arrastraba y seguía.

—Me habría sorprendido si el Tata Brown lo hubiera hecho, pero no Diego —dice Olarticoechea—. ¿Sabés la cantidad de goles que le vi hacer así? Lo que pasa es que lo hizo en un momento histórico y en el lugar justo, en el Mundial y contra Inglaterra.

En su puesto de transmisión al aire libre, Víctor Hugo se pierde, queda fuera de sí:

—¡Gooool! ¡Gooool! ¡Quiero llorar! ¡Dios Santo! ¡Viva el fútbol! ¡Golazo! ¡Diegol! ¡Maradona! Es para llorar, perdónenme.

En la cancha, al festejo de Maradona, junto a un córner, se suman dos jugadores, Burruchaga y Batista. No debe resultar sencillo estar a la altura del acontecimiento: un gol extraordinario merece una felicitación acorde. ¿Qué se le puede decir a Maradona en un momento como ese?

—Diego va a festejar el gol a un rincón y yo lo seguí —dice Burruchaga—. Le dije de todo, lo insulté de arriba abajo: «Qué pedazo de gol hiciste, hijo de puta».

—Yo tenía prohibido festejar los goles con los delanteros —dice Batista—, pero en el segundo me olvidé de las precauciones y fui a abrazar a Diego. No podía creer lo que había hecho, no entendía nada. Fui pensando qué le decía. No le iba a decir «qué lindo gol, Diego, felicitaciones», así que lo insulté, le dije de todo, que era un marciano. Después nos quedamos un ratito allá arriba para que los de abajo se acomodaran. Hice lo mismo en la final, en el gol de Burruchaga, cuando él dice que vio a Jesús.

Como Maradona festeja junto al banderín del córner, dos auxiliares de la selección corren a buscarlo por detrás de los carteles de publicidad. Son Salvatore Carmando, el masajista napolitano de Maradona, y Rubén Benros, el utilero.

—Nosotros mirábamos el partido desde detrás del arco, porque ahí estaba la entrada al vestuario —cuenta Benros—. Con el gol casi me desmayo. Hice una vuelta carnero, me tiré de cabeza. Aparezco en un par de videos haciendo todo eso.

En una imagen difícil de detectar, mostrada apenas un segundo por la televisión,

Carmando llega a Maradona. Lo separa un cartel de publicidad, pero el italiano inclina su torso y lo besa en la frente. Debería ser un póster intemporal, el beso al prestidigitador, pero ningún fotógrafo captura el momento. Maradona inicia el regreso al círculo central, hace cuatro pasos y llega otro compañero.

«Una vez que agarré la pelota dentro del arco —dice Valdano en *Esto (también) es fútbol de selección*—, fui adonde estaba Diego en el festejo y se la di, como si él tuviera un sentido patrimonial sobre la pelota.»

«Antes del partido —recuerda Robson, el entrenador inglés, en su biografía—, les había dicho a mis jugadores que Maradona tenía la capacidad de cambiar el partido en cinco minutos. Qué profético resultó ser.»

«“Qué gran gol”, les dije a los otros suplentes ingleses, a mi lado —escribe Barnes en su libro—. Sabía que ese gol probablemente nos eliminaría del Mundial, pero fue tan fantástico que me sentí como si aplaudiera. Desde el banco veíamos a Terry (Butcher) tratar de alcanzarlo y le gritábamos: “Sigue, Terry, sigue”, pero no llegó. Verlo fue emocionante y angustioso al mismo tiempo. Si el gol lo hubiera hecho uno de mis pares, jugadores a los que consideraba en mi nivel, habría sentido envidia, pero Maradona era de otro planeta. Para mí lo importante fue compartir una cancha con él, no con Argentina.»

«No fue falta de disciplina de nuestra defensa, no hubo errores —dice Robson en *Tan cerca y tan lejos...*—, solo fue el genio de un jugador que eludió a la mitad de nuestro equipo. Maradona tendría que haber sido amonestado por la mano del primer gol pero en vez de eso tomó valor.»

—Cuando arrancó la jugada, nos comenzamos a parar en el banco —recuerda Almirón, uno de los suplentes argentinos—. Ya decíamos «es un golazo» antes de que Diego terminara la jugada. Y cuando hizo el gol, entramos corriendo a la cancha como locos.

—Es el gran recuerdo que guardo de ese día —dice Zelada, el tercer arquero argentino—. Cuando Diego arranca la jugada, en el banco nos empezamos a mirar y a decir: «No puede ser, no puede ser». Yo me tomé la cabeza antes de que sea gol, imaginate lo que pasó después: estábamos como si hubiéramos visto un OVNI.

—Yo me desmayé durante unos segundos —recuerda Carlos Pachamé, el ayudante de campo de Bilardo, por teléfono desde su casa de La Plata—. Estaba sentado en una silla individual, al costado del banco de suplentes, con unos papeles, donde anotaba cuestiones tácticas que iban ocurriendo en el partido. El gol fue una cosa increíble, salí corriendo como un loco y, cuando me fui a sentar de nuevo, me desvanecí, se me nubló la vista y me caí para adelante. Fueron unos segundos: enseguida me levanté.

«Me volví loco, me abracé con el médico, Madero, y con todos los que estaban en el banco, pero me calmé enseguida —dijo Bilardo, en *El Gráfico* de esa semana—. El técnico tiene que darles tranquilidad a sus jugadores. Si no, sería una anarquía. Pero fue el segundo gol que grité en mi vida. El otro fue uno de Juan Ramón Verón en

Estudiantes, cuando era jugador, en 1968 a Palmeiras.»

La celebración de Bilardo en el segundo gol es otro ejemplo de la pulseada entre lo que pasó y lo que creemos que pasó: cómo generamos recuerdos inexistentes que al final son tan reales como los auténticos. A diferencia de lo que dijo el día del partido —que se volvió loco—, el entrenador comenzaría a sostener, con el paso del tiempo, que no festejó la obra de Maradona.

—No soy de gritar los goles —me respondió Bilardo sin mucha precisión, cuando le pregunté por su reacción frente a la obra de Maradona—. No los festejo, trato de ordenar al equipo.

«No lo disfruté. Dije gol y miré atrás a ver cómo estábamos parados. Si no, te agarran mal parados siempre», le dijo el técnico a Alejandro Fantino en *Animales Suelts*, América TV, en 2013, en la exaceración de su personaje como técnico híper detallista.

En las tribunas se desata el festejo, pero la gran jugada de la historia no produce avalanchas porque en el Azteca todos los hinchas están sentados, no hay sectores para ver el partido de pie. De todos modos, ¿cómo se grita un gol que se seguirá gritando treinta años después?

«Yo estaba en los palcos —le contó Don Diego, el padre de Diego, a *Olé* en 2004—. Durante la jugada decía “¿Qué le pasa a este, qué espera para patear?” Yo veía que se caía, y me desesperaba.»

—En el primer gol, en el palco de la FIFA, Grondona se había quedado quieto como una momia —dice Brodersohn—, pero en el segundo nos abrazamos como bestias. Era un espectáculo único: venían los presidentes de las otras federaciones, uno por uno, hasta Grondona para felicitarlo. Julio era frío, pero ahí saltamos como locos.

—Cuando Diego inició la jugada, mi hermano y yo nos tocamos la pierna como diciendo «órale» —dice César Ahumada, el hincha mexicano—. El Azteca ya era una fiesta. Vendían cerveza, había muchas chicas guapas, muchas cosas pasando, y sin embargo mirábamos el partido como embobados. Cuando eludió al segundo dijimos: «Ole», y cuando Maradona se cae y anota el gol, ya nos estábamos abrazando con todos los hinchas argentinos. Le dije a mi hermano: «Acabamos de ver el gol de la historia de los Mundiales». Los argentinos lloraban a nuestro alrededor. El monstruo del fútbol había hecho historia delante de nuestros ojos. Si ya era todo hermoso, eso fue una locura, un delirio.

—Tengo la imagen de Maradona que sale a festejar hacia la derecha, y ahí me abrazo con un montón de gente que no volvería a ver en mi vida —reconstruye Cabado, uno de los argentinos.

—Yo no lo vi. Todo el tiempo había peleas con los ingleses —dice el hincha de Chacarita.

—Todo el estadio, el comentario en los pasillos, era el de la consagración más grande de un futbolista en un partido —dice Menotti—. No debe haber recital de un

músico, discurso de un político, que se haya pasado tantas veces en la televisión del mundo. Parecía que Diego había caminado por Florida. Es muy difícil que una gambeta no incluya el roce. Puede ocurrir en la primera gambeta, pero en la segunda te vienen de a dos o tres y te rozan. Acá Diego les pasó a todos a medio metro, con mucha limpieza.

En el sector de prensa, el relato de Byron Butler, histórico narrador de BBC Radio, no menciona la palabra trillada, «gol», cuando la pelota atraviesa la línea del arco. Su nobleza es de las menos habituales en el deporte, la de reconocer la belleza ajena en medio del desastre propio:

—Maradona gira como un trompo y escapa del problema —comienza Butler, cuando el argentino elude a Beardsley y Reid en mitad de cancha—. La pequeña máquina pasa a Butcher y lo elude, sigue adelante y se mete en el área, y por esto Maradona es el mejor jugador del mundo, esto es Inglaterra 0 Argentina 2. Inglaterra 0 Maradona 2.

En México y en Londres, los relatores y comentaristas de la BBC en radio y televisión la tienen difícil, pero ninguno más que Ardiles, el único argentino en el mundo que no puede celebrar: «En el estudio no lo grité, aunque por dentro lo festejaba como loco».

Sin embargo, si hay un Homero para la Ilíada y la Odisea de Maradona, ese es Víctor Hugo Morales. Su relato debería ser el prólogo de la Constitución futbolera argentina:

—Ahí la tiene Maradona, lo marcan dos, pisa la pelota Maradona, arranca por la derecha el genio del fútbol mundial. Y deja el tendal y va a tocar para Burruchaga. ¡Siempre Maradona! ¡Genio! ¡Genio! ¡Genio! Ta ta ta ta. Goolll, goolll, ¡quiero llorar! Dios santo, viva el fútbol. Golaaazo, Diegool, Maradona. Es para llorar, perdónenme. Maradona, en una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos. Barrilete Cósmico, ¿de qué planeta viniste?, para dejar en el camino a tanto inglés, para que el país sea un puño apretado gritando por Argentina. Argentina 2, Inglaterra 0. Diegol, Diegol. Diego Armando Maradona. Gracias Dios por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas. Por este Argentina 2-Inglaterra 0.

—Las transmisiones eran al aire libre, en pupitres —recuerda Morales—. Nos conocíamos todos los periodistas extranjeros y la narración del gol tiene un componente algo desafiante contra un periodista mexicano al que había visto hablar por televisión. Un tipo muy prestigioso, pero que tenía mala onda (con Argentina). Y cuando grito el gol, también estaba destinándoselo.

Sin ese relato, el gol no sería menos bello, pero sí una película muda de Chaplin. Las gambetas de Maradona y la narración de Morales se harían indisolubles.

—Yo escuché el relato del gol varios años después del Mundial —dice Enrique—. Estaba en mi auto, conseguí un casete, lo puse y entré a llorar, solo. No podía creer lo que consiguió Víctor Hugo. Consiguió hacer más lindo el gol más lindo.

«Barrilete cósmico» no fue un éxito inmediato: proviene de una época en la que

el fútbol solo era cuestión de los domingos, no un *reality show* de siete días a la semana. En 1986, no había diarios especializados, escuelas de periodismo deportivo ni canales de cable. Las grandes corporaciones, los jeques árabes y los petrodólares rusos no vislumbraban el negocio. Maradona volvía de Italia y salía por la puerta principal del aeropuerto de Ezeiza. La selección viajaba en clase turista. Los técnicos eran marginales: la transmisión de Argentina-Inglaterra solo mostró dos veces a Bilardo y ninguna a Robson. El espectador no reclamaba protagonismo: las banderas que colgaban en las tribunas hacían referencia a las ciudades o pueblos de quienes las llevaban y las exhibían, no a los nombres de los hinchas ni a mensajes con sobredosis de pasión. El fútbol siempre exageró la vida y el Mundial siempre exageró el fútbol, pero entonces mucho menos que ahora. La inocencia y la pelota se despedían. La narración de Víctor Hugo pasó de largo, o mejor dicho quedó a la espera de ser rescatada por el futuro. «Barrilete cósmico» se masificaría a partir de los años noventa, con las nuevas tecnologías, y mientras Maradona cumplía otro de sus requisitos para convertirse en héroe: su pulseada contra la tragedia. Sus proezas del 22 de junio de 1986 lo acompañaron cuando eludía a la muerte. «Dios, dale otra mano» titularon los diarios en el verano de 2000, mientras estaba en coma en Punta del Este por sobredosis de cocaína. «No dejes de volar, barrilete cósmico», escribieron sus fanáticos en la puerta de una clínica de Buenos Aires en 2004, con Maradona otra vez internado en terapia intensiva. En el Mundial 2006, en Alemania, el relato de Víctor Hugo ya era un salmo incorporado a la misa maradoniana. Recuerdo a hinchas estacionar su auto frente al estadio de Gelsenkirchen, para el partido contra Serbia y Montenegro. En el estéreo no sonaban canciones, sino la voz del uruguayo gritando barrilete cósmico. «Música sacra», la definió el periodista Diego Torres, de *El País*.

—Yo tenía reservas —dice Víctor Hugo—. Desde el gol hasta que terminó el partido, en el resto del relato pedí perdón dos veces, y era porque creía que había hecho un macanazo. El grado de locura, la emoción violenta, era muy fuerte. Yo estaba muy salido, en blanco total, tipo violencia criminal. Después me hice más clásico, pero en aquella época, en mis relatos había más barroquismo, sobre todo antes de que dejara los auriculares. Vivía en una burbuja, en la locura del ruido, como si fuera droga. Los auriculares eran una fuente de inspiración formidable. Y entonces, durante el partido, repasaba mentalmente el gol, y le veía un costado amarillo, que había cruzado los límites naturales de la emoción, que no era yo. Hace algunos años, un chico que vive en Holanda, Marcelo Costa, me mandó el audio completo. Sus padres habían grabado todo el partido con el sonido de la radio, y lo subimos a mi web. Es increíble: la única vez que volví a ver el partido, y cuando mi hijo me escucha por segunda vez pedir disculpas, su comentario fue: «Tarado, ¿por qué pedías disculpas?». Pasaron algunos años, y no pocos, y me fui amigando. Me dije que ese gol me estaba dando tanto que yo no tenía derecho a ser crítico. Pero había llegado al punto que, cuando me llamaban de otras radios para entrevistarme y me

ponían ese audio de bienvenida, yo me tapaba el auricular: no podía escucharlo.

El relato de Víctor Hugo —no solo los goles, todo el partido— puede escucharse en su web, www.victorhugomorales.com.ar. También un libro lo transcribe, *Barrilete cósmico, el relato completo* (InterZona, 2013). Escucharlo, o leerlo, permite comprobar cómo el uruguayo queda mortificado: pide perdón dos veces y sigue relatando con la duda de quien cree haber cometido un error insalvable. Además, y no es un detalle, Víctor Hugo venía de surfear otra situación enloquecedora. El relato del barrilete cósmico es el de un hombre sin red de protección: cuatro minutos atrás, después de haber sostenido que el primer gol había sido con la mano, desde estudios centrales lo habían corregido: «Fue con la cabeza».

—Lloré tres veces en una cancha —dice Víctor Hugo—. En ese mismo Mundial había relatado con lágrimas rodando por las mejillas cuando Uruguay perdió 6 a 1 con Dinamarca. Me pasó también con la derrota de Brasil con Italia en España 82. Y en el gol de Diego.

El gol es historia, el partido se reanuda y Víctor Hugo, después de agradecerle a Dios por esas lágrimas y por ese Argentina 2-Inglterra 0, desaparece del relato durante 40 segundos. El aire es cubierto por sus compañeros.

—Quiero pedirles disculpas por haber abandonado cualquier tipo de tono profesional —reaparece Víctor Hugo, con la voz herida—. No sé si ustedes pueden comprenderlo.

—¡Cómo no! —lo anima el locutor comercial, Ricardo Jurado.

—Lo que pasa, Ricardo —le responde Víctor Hugo—, es que me quedé sinceramente amargado por este desborde emocional en el segundo gol.

—Nooo —lo reconforta Jurado.

—Ojalá la gente lo pueda comprender. Me cuesta meterme otra vez en el relato porque estoy repasando palabras, llantos, actitudes y me cuesta aceptarme. Trece minutos, Argentina gana 2-0. A ver Julio, ayudame un poquito —y le da el pase a Julio Ricardo.

—La repercusión internacional es muy rara, no sé qué le encuentran —dice Víctor Hugo—. Me han llamado alemanes, ingleses, italianos, españoles, de Serbia también. El escritor italiano Alessandro Baricco escuchó ese relato, vino a Buenos Aires, y lo llevé a la cancha de Boca un día que tenía que transmitir. La gente se acuerda del barrilete cósmico, pero a mí me parece más hallazgo haber dicho «en la jugada de todos los tiempos». Efectivamente fue la jugada de todos los tiempos. «En una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos» es redondito.

Aunque Víctor Hugo prefiera otro segmento —uno más periodístico—, lo que hizo universal a su relato es la mención al «barrilete cósmico», esa unión entre lo terrenal y lo galáctico, entre lo infantil y lo planetario, que permite imaginar a Maradona como a un barrilete de papel surcando el espacio.

—Barrilete es una palabra que ya había usado algunas veces en México, pero cósmico no —explica Víctor Hugo—. En los Mundiales todo es universal, estrellas, cometas. Cualquier cosa que pongas con galáctico, vía láctea, tiene un componente de poesía. En esa jugada, veo que Maradona viaja en una aureola dorada. Veo una esfera, como el sol, y Diego corre adentro.

Millones de personas saben qué significa «barrilete cósmico». Muy pocos, sin embargo, conocen la prehistoria de la metáfora. El relato más bello tiene un origen agrio: es un resabio de la vieja pelea bilardistas-menottistas. Comparar a Maradona con un barrilete no fue una ocurrencia de Víctor Hugo sino de Menotti, y no justamente como elogio: el ex técnico de la selección estaba peleado contra todo lo que fuera cercano a Bilardo y en ese resquemor también entró Maradona, el capitán del equipo dirigido por su enemigo. Una semana antes de México 86, Menotti dijo que Maradona era un barrilete, una expresión con la que pretendía referirse a su (presunta) volatilidad emocional. Apenas empezó el torneo, algunos periodistas afines a Bilardo, entre ellos Víctor Hugo, contragolpearon a Menotti y empezaron a utilizar «barrilete» como un sinónimo feliz del 10. Con Maradona en plena reverberación y Argentina pasando etapas, esa palabra adquirió una carga de sarcasmo que se volvió contra Menotti. «Maradona, un barrilete que vuela alto», tituló *Crónica* el 3 de junio, el día siguiente al debut ante Corea. «Ya estamos entre los ocho mejores y el barrilete de nuestra ilusión vuela cada vez más alto», repitió ese diario el martes 17, después del triunfo ante Uruguay. También Víctor Hugo, en los primeros partidos del Mundial, llamó un par de veces «barrilete» a Maradona, mitad para elogiar a Diego y mitad para devolverle a Menotti —de manera elíptica, sin mencionarlo— su propio veneno. El adjetivo «cósmico», y la pregunta «de qué planeta viniste», son invenciones instantáneas en el segundo gol.

Sin embargo, cuando le preguntan por el origen de su inspiración, el uruguayo mira para otro lado. En 2005, el diario deportivo *Marca* de España lo entrevistó por el «barrilete cósmico» y Víctor Hugo se hizo el distraído.

«Yo estaba copado con ideas de los planetas, con los aspectos espaciales —respondió—. Barrilete era una expresión que había usado tres veces para describir que Diego es un barrilete incontrolable que va por donde uno menos se lo espera.»

Cuando le pregunté por qué había bajado el perfil de aquella vieja pelea, Morales esperó unos segundos para responder. Y cuando lo hizo, tampoco mencionó a Menotti:

—Me pareció que desmerecía la inclinación poética de esa frase. Vos decís «la luz oblicua del sol», y no es lo mismo que decir «el sol viene de costado», y es nada, porque sabés que es nada la diferencia, pero tiene un valor poético. Es misterioso lo que sucede con las palabras juntas. Si analizás «Barrilete cósmico, ¿de qué planeta viniste?», esa impronta un poco mágica de las palabras, se habría desmerecido en la búsqueda de darle la explicación terrenal de lo que vos y yo estamos hablando. Y después, con los años, creí que quedé prisionero de una polémica, por supuesto con todas mis responsabilidades a cuestas. Pero esa lucha —habla de la pelea con Menotti— en un momento se fue diluyendo, no hubo más agresiones y no quiero ser el que vuelva a eso, y por eso doy vueltas y no nombro a nadie respecto de lo había sucedido. Pero la prehistoria es que yo había dicho un par de veces una patadita contra una declaración de ese momento.

Menotti había declarado que Maradona era un barrilete durante un reportaje concedido mientras viajaba en avión hacia México para ver el Mundial. El enviado que lo entrevistó, para la agencia de noticias *Télam*, fue Eduardo Castiglione. Casi treinta años después, en marzo de 2015, el periodista reconstruye aquella charla en la redacción de *Clarín*, su actual trabajo.

—Le hice la nota en el vuelo a Lima, donde teníamos que hacer escala —dice Castiglione, y muestra el cable original, ya un papel amarillento que guarda como un tesoro—. Menotti estaba en la zona del avión donde se puede tomar algo, en los carritos de bebida. Pidió un *whisky* y me acerqué a pedirle una entrevista. Al principio me la negó, pero seguimos hablando y me dijo: «Bueno, qué querés». Ahí comenzamos. Charlamos 40 minutos, los dos de pie: yo anoté todo, no usé grabador. La primera pregunta fue si podría ser el Mundial de Diego y respondió que habría que esperar, que le parecía difícil. Al llegar a México escribí el cable.

Los dos primeros párrafos de ese cable decían:

—México DF, 25 may (*Télam*, por Eduardo Castiglione, enviado especial). Que Maradona-jugador no evolucionó en los dos últimos años, y como persona es un «barrilete», que Inglaterra «ganará la 13.^a Copa Mundial» y que Emilio Butragueño «tiene cosas de Pelé» fueron algunas de las sentencias emitidas por César Luis Menotti en el diálogo con *Télam* durante la escala que el vuelo 384 de Aerolíneas Argentinas hizo en el aeropuerto limeño Jorge Chávez.

Consultado sobre si este sería el Mundial consagratorio para Maradona, el ex DT de la selección aseguró que «no sé, hay que esperar, pero me parece difícil». «Si vamos al punto de vista técnico, Diego está estancado desde 1984, desde que se lesionó en Barcelona. Y como tipo, bueno, ahora se hace los rulitos, se puso un arito. En fin, es un barrilete, ¿no?»

Menotti y Maradona estaban en una guerra de guerrillas: se tiraban con todo.

Pocos meses antes, el jugador había opinado que, para hablar sobre fútbol, el entrenador primero tenía que trabajar —Menotti llevaba dos años sin dirigir a ningún equipo—, y el técnico lo trató de «irrespetuoso». Cuando el Mundial era inminente —y como suele pasar en el fútbol—, Menotti trasladó esa disputa personal a sus análisis deportivos y no le dio especial crédito a Maradona: «El trono de Johan Cruyff (el holandés que dominó el fútbol en los años setenta) está vacante. Hay muchos candidatos a ocuparlo: Diego es uno de ellos» (incluso en la previa de Argentina-Inglaterra, Menotti afirmaría —según publicó *Tiempo Argentino* el jueves 19— que el favorito era Inglaterra). Ya en México, el despacho que Castiglione escribió con la palabra «barrilete» para *Télam* tuvo repercusión. Y Maradona contraatacó.

«A Menotti no lo conozco, no sé de quién me hablan —dijo Maradona a *Crónica*, una semana antes de su debut en el Mundial—. Yo conozco a la gente que habla de frente. No es valiente decir cosas mediante los diarios. Yo a esas situaciones las resuelvo como hombre. Menotti fue un mediocre jugador y parece que quiere lograr el mismo concepto como persona.»

—Menotti trabajaba como periodista en el Mundial, así que cada tanto estaba en la sala de prensa —recuerda Castiglione—. Después de la respuesta de Maradona, viene y me dice: «Pibe, qué quilombo que hiciste». Le ofrecí la desmentida, pero no desmintió nada.

Las crónicas de la época señalan a Menotti «con cara compungida». «Sí, yo dije que, desde el punto de vista técnico, Diego está estancado desde 1984 y que como tipo, bueno, ahora se hace los rulos, se puso un arito, en fin —explicó—. Pero cuando aseguré que es un barrilete me referí única y exclusivamente a la indefinición de Maradona respecto del fútbol que debe practicar el equipo argentino. El comentario que hice es que Maradona está confundido tras su paso por el fútbol español e italiano.»

Como ocurre con muchos de los protagonistas directos e indirectos del 22 de junio de 1986, Menotti también entrega una versión diferente —casi contraria— a la de hace treinta años. En su departamento de Retiro, consultado por Tomás Rudich —de DPA— para este libro, recuerda: «Yo dije que Diego iba a ser el mejor del Mundial. Que en los otros Mundiales había andado como un barrilete, sin saber adónde iba a jugar. En cambio, en 1986 estaba en el Napoli y fue recibido como Dios. Ya había dejado de ser el barrilete que daba vueltas sin encontrar un club que le diga “te quedás acá”. Y dije eso, que vivió toda su vida como un barrilete, en el sentido de una vida agitada. Lo dije por su vida, era un barrilete que no sabía dónde vive, dónde va a jugar. No tenía nada que ver con el jugador».

—¿Te arrepentís de esa frase?

—No, no me arrepiento. Al contrario, si le sirvió para hacerse famoso a ese —responde Menotti, sin mencionar a Víctor Hugo.

Barrilete cósmico se desparramó por el mundo como nombre de libro, restaurante,

programa de radio y obra de teatro. Víctor Hugo nunca patentó la frase. En 2015, sin embargo, recibió un correo electrónico de la BBC de Londres en el que se le pedía una cotización para utilizar el relato. Sorprendido, repreguntó cuánto estaban dispuestos a pagar. Ocho mil dólares, le respondieron. Cerraron en diez mil.

Como nada es absoluto, tampoco en el fútbol —o en especial en el fútbol—, el segundo gol que Maradona convierte a los 9 minutos del segundo tiempo contaría con un pequeño grupo de iconoclastas que le agregarían un asterisco y una nota al pie a la jugada. No niegan la epopeya pero sostienen que Maradona sacó máximo provecho de un rival demasiado noble.

—En el palco de prensa, apenas Maradona hace el gol —recuerda Barrio, de *El Gráfico*—, un colega me dice: «Este gol, solamente a los ingleses, eh. A los uruguayos no se los hacía. ¿Sabés cuántas veces lo habrían volteado?», me comentó Ernesto Muñiz, de *La Nación* —ya fallecido—. Otros periodistas decían lo mismo, que los ingleses eran unos boludos, que solo les faltaba decirse «olé» a sí mismos cuando Diego los iba pasando.

Esa teoría, la de un Maradona derribado con un hacha a la altura del pecho antes de que ingresara al área por defensores de otros países, sería refrendada por algunos de los campeones del mundo en México.

«Para mí, el gol a Inglaterra no fue el mejor de Maradona —le dijo Claudio Borghi a *El Gráfico*, en 2008—. Los dos a Bélgica, en la semifinal, son mejores. El de Inglaterra tiene muchos errores. ¿Vos creés que Diego le hubiese metido ese gol a Italia o a Uruguay? Lo bajaban antes.»

—Cuando Diego empezó a apilar gente —recuerda Garré—, no podías entender cómo Diego tenía potencia y frialdad para pasar rivales, ni cómo no venía un inglés y no le pegaba un murrazo. Me sorprendía la honestidad de los tipos. Si vos jugás contra otro rival, cuando pasás a los dos primeros en la mitad de cancha, el tercero ya te tira. Uruguay e Italia son otras filosofías. A un equipo argentino tampoco se lo hacen. Te cortan, te cierran.

En cambio Enrique, que no era defensor sino mediocampista, solo ve la genialidad del creador: «Algunos dicen que si los rivales hubiesen sido uruguayos o paraguayos, lo bajaban antes, pero los ingleses quisieron tumbarlo y no pudieron, que es distinto. Cuando atinaban a tirarle una patada, Diego ya había pasado».

«Lo vi mil veces —dijo Ardiles a *El Gráfico*—. Los primeros ni siquiera tienen la posibilidad de voltearlo. El único que podría haberlo bajado era Fenwick, cuando Diego entraba al área, pero tenía amarilla y sabía que lo podían echar.»

También hay un segundo grupo de apóstatas. Son aquellos que sostienen que el gol fue en contra, de un inglés. Podríamos denominarla la «Congregación de refutadores del gol del Maradona», una orden que en Argentina cuenta con un único devoto, José Sanfilippo, ex delantero de San Lorenzo, provocador mediático desde la década de 1990, que en 1999 dijo: «Fíjense bien, el gol fue en contra. De la forma en que parece que le pega Maradona, nunca puede salir tan fuerte la pelota. El último toque no es de él, es de un inglés».

«Innumerables personas me han preguntado si Butcher hizo el toque final en el

gol —escribe Shilton en su libro—. No lo creo. Fue el propio Maradona quien hizo toda la jugada.»

«No, no la toqué —respondió Butcher, en 2008, en el *Daily Mail*—. Me encantaría decir que toqué esa pelota y que no fue gol de Maradona, solo para privarlo a él, pero no llegué. Ojalá hubiera hecho el mejor gol en contra de todos, pero no lo hice.»

Ningún relato personal sobre el gol es más peculiar, sin embargo, que el de Bennaceur.

«Yo participé en el Gol del Siglo, Maradona no hizo solito ese gol —le contó a *So Foot*—. En la jugada hubo tres foules, yo di tres veces la (ley de la) ventaja, y no estaba obligado a hacerlo. Fui su asistente. Le gritaba: “Advantage, advantage”. La primera falta que Maradona recibe, trastabilla. La segunda fue justo afuera del área y la tercera fue la de Butcher. Cuando Maradona ya estaba en el área, veo que Butcher va con todo. Me llevé el silbato en la boca, dispuesto a intervenir. Esperaba que le hicieran falta, pero ahí estaba la fuerza de Maradona. Se apoyó bien sobre sus piernas. Y convirtió el gol.»

El 22 de junio de 1986, y después de haber llegado al Nirvana, Maradona desaparece del Azteca. El partido continúa con veintiún futbolistas que siguen transpirando en faz terrestre y un líder —hasta entonces deportivo, desde entonces religioso— que, una vez alcanzado su apogeo, se detiene. En los 15 minutos siguientes apenas toca la pelota dos veces, y ambas de manera fútil. No importa: cualquier nimiedad que hiciera sería digna de ser citada en las biografías de sus rivales.

«Durante una interrupción, cuando Argentina ganaba 2 a 0, desde el banco de suplentes de ellos lanzaron bolsitas de agua para sus jugadores —cuenta Hodge en *El hombre con la camiseta de Maradona*—. Diego tenía tres para él, me silbó y me dio agua. Tal vez pensó que necesitaba hidratarme. ¿O trataba de mantenernos felices y que no nos enojáramos? No creo que hubiera sido tan amable si nosotros ganábamos 2-0. A esa altura ya pensaba que Argentina podía marcar el tercer gol.»

Como Grondona también tiene que hacer su aporte a la industria de las cábalas, el presidente de la AFA deja el palco de la FIFA y se recluye en el vestuario argentino. Allí, junto a Pascual, el jefe de la delegación, y Echevarría, el preparador físico, esperarán los últimos minutos. Arriba, en el campo de juego, todos los aciertos de Argentina se descomponen en un proceso fulminante. Es como si el equipo hubiese dejado la libido en los goles: el primero como perversión, el segundo como clímax. O sucede lo que Niki Lauda le dice a su flamante esposa en *Rush*, la película que retrata su pulseada contra James Hunt en la Fórmula 1 de los años setenta: «La felicidad es el enemigo, te debilita, te hace dudar. De pronto tienes algo que perder». La selección se desconecta del asunto. Inglaterra genera un córner, y otro, y otro. Hoddle toma el mando de la reacción y sus compañeros enaltecen el método inglés: juego aéreo. Beardsley instala una fábrica de centros. Robson ensaya un cambio ofensivo: Chris Waddle por Reid. La canonización de Maradona pasa a depender de sus guardianes. Pumpido entra en acción. A Beardsley le ataja dos difícilísimas, y sin dar rebote. Brown y Ruggeri deberían ponerse cascos: cabecean todo. Batista recibe la única tarjeta amarilla de Argentina —y la segunda del partido— por estirar la pierna cuando Reid lo pasa. Son épocas en las que el arquero puede atenazar la pelota con las manos después de un pase de un compañero, y a eso apelan Brown, Cuciuffo y Burruchaga: tomá Pumpido, congelá el partido, lleválo a Siberia, perdé segundos. Maradona recibe un codazo de Fenwick —que vuelve a salvarse de la tarjeta roja, en otro error de Bennaceur— y sale dos minutos de la cancha para recuperarse. Hoddle pateo un tiro libre que tiene destino de esos goles que veremos durante décadas, hasta que Pumpido aparece de la nada y hace la atajada de su vida. Los arqueros castran recuerdos.

—Éramos un equipo muy sólido, no nos llegaban mucho, y eso te obligaba a estar atento a las pocas situaciones de los rivales —dice Pumpido—. Contra Inglaterra tuve ese tiro libre de Hoddle. Me exigí tanto que me lesioné el brazo. La mano se me fue

para atrás. Pasaron unos minutos y tuve que pedir que el médico viniera a verme. Ya tenía el codo lastimado de un entrenamiento. Debieron ponerme una codera para lo que quedaba del Mundial.

«Rematé y levanté los brazos para celebrar el gol —escribe Hoddle en su libro—, pero entonces me quedé asombrado por la salvada de Pumpido. Fue todavía más sorprendente que cuando Olarticoechea, sobre el final, le sacó el empate a Lineker.»

Bilardo se desespera. Inglaterra le quiebra el mediocampo a su equipo. El técnico les grita a sus jugadores, pero su aspaviento es en vano.

«Brown me hablaba a dos metros y del ruido que había en la cancha, no lo escuchaba. Imaginate si iba a escuchar al técnico», dijo Ruggeri en *El Gráfico* de la semana siguiente.

La selección juega a no jugar por cuarta vez en diez minutos: Olarticoechea le pasa la pelota a Pumpido para que este la tome con las manos y pierda medio minuto más. Pumpido saca, la pelota le llega a Shilton y comienza otro ataque inglés: Argentina sufre el mito de Sísifo en clave futbolera. Inglaterra, con el agua al cuello, suma corners: el quinto después del segundo gol de Maradona. Robson ensaya su última apuesta, un pleno al ataque: afuera Steven, mediocampista, y adentro John Barnes, delantero, moreno, jamaquino de origen e inglés de adopción, velocísimo como sus compatriotas del Caribe. Bilardo reacciona y Carlos Tapia ingresa por Burruchaga para sostener la pelota en el mediocampo. Van 30 minutos del segundo tiempo.

—Carlos me llamó dos veces mientras yo hacía la entrada en calor —recuerda Tapia—. Me dijo: «Chino, mirá que Burru está caminando, movete, movete que vas a entrar por él». Fue el mismo cambio que había hecho en el primer partido, contra Corea. «Tenés que tener la pelota», me pidió. Era un momento difícil del partido, cuando más atacaba Inglaterra.

—Yo estaba bien en lo físico, podía seguir —dice Burruchaga—. Carlos tenía sus cosas: fijate que me sacó en los últimos tres partidos, con Inglaterra, Bélgica y Alemania. Por ahí el loco lo hacía de cábala.

«Robson me dijo que fuera por la izquierda —escribe Barnes en su libro—. “Solo corrí por las bandas”, me pidió. Me tenía que dedicar a pasar en velocidad a Giusti y a enviar centros.»

—Apenas entra Barnes, Bilardo me hace señas que se entendían desde China y me dice: «Marcalo vos» —recuerda Giusti—. Yo no era lateral derecho, era volante. Nosotros habíamos arrancado en el Mundial con cuatro defensores, y después pasamos a jugar con una línea de tres marcadores o de cinco, como quieras llamarla. Y al cambiar de sistema, me quedó esa responsabilidad adicional: la de marcar por la derecha si ellos ponían un delantero por ese costado. Ya había jugado setenta y cinco minutos, estaba cansado, a esa altura las piernas no te responden a lo que pide el cerebro y Barnes, que era una bestia, entró fresco. ¿La verdad? Me complicó, la pasé muy mal, me borró un par de veces.

—Estábamos bien. Estábamos seguros. No había problemas —dice Bilardo—. El único problema fue que empezaron a tirar bombazos. Boom boom, bombazos. Los tiros libres, los corners. Y empezaron a complicarnos.

La furia inglesa se multiplica. A los 32, Sansom corre para hacer un lateral, queda al lado del lineman búlgaro y gesticula como si le dijera: «No viste el gol con la mano, imbécil». Cuatro minutos más tarde, la resistencia argentina se resquebraja: Barnes, el único de piel negra en la cancha, acelera con las fibras de los velocistas jamaquinos. Acaba de ingresar, está fresco, y es la primera pelota que toca en el Mundial: misteriosamente, el técnico no lo había incluido en los cuatro partidos previos. Barnes elude a Enrique y a Giusti, llega al fondo y envía un centro con veneno al segundo palo. Pumpido, atrincherado en el primero, intenta darse vuelta mientras la pelota lo supera por arriba. El barro oculto debajo del césped vuelve a traicionar al arquero, que se resbala. Ruggeri pierde la marca por primera vez. Lineker, el jugador más intrascendente hasta entonces, cabecea con un doble impacto: convierte el gol de Inglaterra y se instituye en el goleador del Mundial 86, con seis tantos.

Es el 2 a 1, y es —peor que eso— como si una nube tóxica hubiera descendido sobre el equipo argentino y lo hubiera paralizado.

«Cuando mandé el centro —dijo Barnes—, nunca le apunté a Lineker, sino al segundo palo. Sabía que tendría que estar ahí. Hicimos el gol y pensé que llegábamos al empate.»

—A Lineker lo perdí yo —asume Ruggeri—. Me fui con la pelota, no con el delantero, y se me escapó por atrás. Dejé de marcarlo un segundo y me hizo el gol. Justo era el único partido en que había hecho una apuesta. Yo tenía que marcarlo a él y Bilardo me había dicho que, si Lineker no hacía goles, me daba 2.000 dólares.

—Me resbalé porque el piso estaba hecho un desastre —se queja Pumpido.

«Lineker hizo el gol y fui el único inglés en ir a buscar la pelota adentro del arco —dice Hodge—. Pumpido no me la quiso dar. Intercambiamos palabras, peleamos un poco.»

En el vestuario, Grondona, Pascual y Echevarría —sin radio ni televisor en los que apoyarse— escuchan un grito de la multitud y tardan unos segundos en enterarse del pequeño desastre, aunque tienen una a favor: no verán el sufrimiento que está en camino.

En el calor semitropical del verano mexicano, el gol de Lineker, a los 36 minutos del segundo tiempo, avvicina el ojo de un huracán: es como si todo pudiera salir volando por los aires, también la revancha argentina, también la santificación de Maradona.

Si el partido pudiera dividirse en capítulos (el morbo en la introducción —con el fantasma de Malvinas—; el gol prohibido —con la Mano de Dios—; la jugada jamás hecha por un hombre —con el segundo gol—; el detalle imperceptible que quiebra la historia —la entrada de Barnes—, y la agonía —el gol de Lineker a nueve minutos del final), lo que sigue es el regreso del protagonista cuando las llamas amenazan con incendiar su reino: ausente en los últimos 25 minutos, Maradona vuelve desde el descanso de los héroes para sumarse a la resistencia que lideran sus compañeros. Es la batalla final, cuando los efectos de la altura se hacen intolerables. El ácido láctico desperdigándose por la sangre traiciona los músculos: el cerebro de los jugadores ordena lo que las piernas no ejecutan.

Argentina saca del medio después del gol de Lineker e Inglaterra sale disparada, dispuesta a recuperar la pelota. Sus jugadores son como leones que se liberan de un zoológico y avanzan por las calles sembrando el terror —pero también ellos están asustados—. Maradona es inmune: ha regresado en plenas capacidades, hace una calesita, pisa la pelota y gira 180 grados. Con un solo movimiento, Hodge, Hoddle y Butcher quedan atrás. En 1986 no hay pantallas gigantes en el Azteca, si no, la jugada debería repetirse una y otra vez. A diferencia del segundo gol, Maradona no hace un slalom individual sino que descarga hacia la izquierda para Tapia. Le sigue una doble pared con Maradona: Fenwick queda en el medio, yendo para acá y viniendo para allá, como borracho a la salida de un *pub* inglés. Tapia llega hasta el área, frena, gira, traba con Sansom y desde la media luna pateo con la derecha, su pierna menos hábil. Shilton no llega a la pelota. Tiene que ser gol, el 3 a 1, el fin de la angustia, pero el palo salva al arquero.

—Fue una jugada hermosa, trabé y le pegué con todo: la pelota dio en el palo, recorrió toda la línea y salió del otro lado —dice Tapia—. El problema es que ahí mismo me desgarré la pierna derecha. Me di cuenta enseguida. Fue una jugada muy rápida y yo estaba frío, acababa de entrar. Argentina tenía un cambio disponible más, pero yo no quise decir nada, quería seguir jugando. Así que los 10 minutos que faltaban los jugué desgarrado. «Que se me rompa todo», me dije. Después estuve un mes y medio sin jugar.

La jugada es demasiado bella para que caiga en el olvido pero lo que está en juego es la supervivencia: en un Mundial no hay espacio para nostalgias. Maradona ya no elude rivales: los absorbe, los acarrea. A los 38 minutos, imanta a Butcher, Sansom y Barnes hasta el córner adonde había festejado su segundo gol. Los hinchas ingleses con el torso desnudo y su piel láctea lo hostigan desde la primera fila de plateas: levantan sus dedos mayores, le gritan fuck you a un puñado de metros. Las

banderas de la Union Jack con leyendas de «Oxford United» y «Duncan-Fulham» completan la escena: es el 10 contra la Corona.

—Faltando cinco minutos me peleé con Maradona —dice Bilardo—. Él quería correr al grandote de ellos, al 6 (Butcher), y seguirlo hasta nuestra área. Le tuve que gritar. Yo necesitaba que se quedara allá arriba para el contraataque. Tenía miedo. Si perdíamos, en Argentina me mataban.

—Los minutos finales fueron terribles. Ellos nos apretaron, nosotros no encontrábamos la pelota y nos metimos contra el arco de Pumpido. La pasamos muy mal —dice Batista.

Maradona, el superhéroe, también decae, encuentra su kryptonita. Primero ejecuta un tiro libre vulgar, desviado a un metro del arco de Shilton, pero lo turbador es que a los 42 minutos pierde una pelota que le puede costar el mito: en un nuevo contraataque argentino, con tres que atacan y dos que defienden, Maradona se demora, la lasitud lo vence y Hodge le quita la pelota.

—Se dejó sorprender, qué lástima —suspira Víctor Hugo—. ¿Por qué no le gritaron que lo marcaban? Tiene que estar cansado el genio del fútbol mundial, lógico, comprensible.

Inglaterra se juega la última carta con el hombre que acaba de gestar el gol: Barnes recibe de Hodge y Barry Davies, comentarista de la BBC, le grita al micrófono: «Toda Inglaterra está pensando “¡Vamos, encaralos!”». Barnes le hace caso y encara por la derecha argentina, zona de nadie, el agujero negro de Bilardo. Pasa a Enrique. Giusti no está. Llega al fondo. Y envía un centro a la cabeza de Lineker, que le vuelve a ganar a Ruggeri. Es todo tan parecido al primer gol que parece que Inglaterra empatará. Faltan tres minutos. El Azteca se congela.

—Estábamos mal —dice Ruggeri—. Barnes entró y nos arruinó, nos desbordó siempre. Había que hacer un cambio, ponerle un tipo encima, pero en la cancha no nos dimos cuenta. Todos teníamos nuestras marcas, estábamos metidos en eso, y no lo vimos.

—El centro de Barnes se me complica porque le pegó en la punta del pie al Negro Enrique y tomó efecto —dice Pumpido—. Por eso la pelota se levantó y cayó de prisa en el segundo palo. Me di vuelta y no tuve tiempo de pensar en nada.

«Yo estaba en el banco de suplentes —escribe Reid en su libro—. Cuando veo el centro de Barnes y a Gary llegando, me puse de pie y grité: “Está adentro, es gol”.»

—Me quería morir, cerré los ojos —dice Brown.

—Cuando la pelota pasó a Ruggeri y Brown, yo terminé de cerrar desde el otro lado y me tiré con Lineker encima —explica Olarticoechea—. Llegué primero y con la nuca hice un movimiento mínimo, con mucho cuidado. Si no llegaba, la pelota se metía sola o la metía Lineker. Y si le pegaba con otra parte del cuerpo, era gol en contra. Tiré el nucazo por instinto de supervivencia y perdí la referencia de la pelota. Sentí que le había pegado, pero no sabía para dónde había ido. Terminé adentro del arco con Lineker. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que no había sido gol.

—¿Con qué la sacó Olarticoechea? —pregunta Ulloa, el juez de línea ubicado en ese sector—. ¿Puede ser con la nuca? Fue milagroso eso.

—Ufff, la del Vasco —suspira Ruggeri—. Todavía hoy, cuando nos vemos, le tocamos la peladita que tiene ahí atrás, en la cabeza, y le decimos que esa caída de pelo fue por la pelota que sacó. Todavía no sabemos cómo hizo. Si era gol, no sé cómo terminaba el partido.

La jugada desafía a la física. Olarticoechea cabecea debajo del travesaño y utiliza su nuca como si fuera una palanca, o un resorte, para que la pelota —convertida en un monstruo con vida propia después del centro a la carrera de Barnes y del roce en Enrique— continúe viaje y termine en el córner.

—¡Lineker estuvo a punto de empatar! —grita Víctor Hugo— ¡No hay derecho! ¿Cómo puede ser?

—Si la hubiese metido, todavía me lo estaría reprochando, habría vivido amargado —dice Olarticoechea—. A Lineker no lo volví a ver pero lo escuché contando el casi empate, hablando de un argentino que se la sacó en la línea. Ni se acordaba de mi nombre.

Olarticoechea es el sargento Cabral. A veces, el destino de un deportista —y el de un equipo, y de una patria futbolística— se construye durante años de talento y esfuerzo pero se termina de decidir en un segundo, en un centímetro o en una decisión fortuita de terceros. De eso también se construyen las hazañas o las catástrofes: no solo de creatividad y de resiliencia, sino también de los guiños arbitrarios de los dioses. Argentina no habría ganado el Mundial 78 si la pelota del holandés Rob Resenbrink hubiese pasado a diez centímetros de donde pegó, en el palo del arco argentino en el minuto 89 de la final contra Holanda, y un rayo de fatalidad hubiese acompañado a Menotti, Passarella, Fillol y demás. Maradona entró a la inmortalidad en 1986 gracias a su genio pero también al segundo de confusión en el que Bennaceur y Dotchev no anularon la mano de Dios y, también, gracias al movimiento de contorsionista de Olarticoechea, el defensor que había renunciado dos veces al equipo de Bilardo. Alguien debería colgar una plaqueta en la esquina del Bajo Flores en la que el técnico lo convenció de volver a jugar en la selección, dos semanas antes de viajar al Mundial, con la siguiente leyenda: «Aquí también se construyó el triunfo argentino ante Inglaterra del 22 de junio de 1986».

—El nucazo lo volví a ver muchas veces y a veces no entiendo cómo no la metí en contra —dice Olarticoechea—. Después, para estar a la altura de Diego, dije en joda que era «La nuca de Dios».

La Nuca de Dios pasa, al partido le faltan tres minutos y Bilardo tiembla. Barnes es el demonio.

—Cuando entró el Negrito, había que sacar a Giusti, que era volante, y poner a Clausen, que era defensor —dice Bilardo—. El gol había venido por el Negrito. Y después Barnes hizo otra jugada y Olarticoechea sacó la pelota en la línea. Me lo repitieron dos o tres muchachos, «Carlos, hay que parar a Barnes, cambie que perdemos». Pero me paralicé, no hice el cambio de boludo. Lo veía un ciego. Casi perdemos el Mundial por un capricho mío.

—Después del partido hablé con Bilardo sobre las razones por las que no había cambiado la marca —escribe Valdano por correo electrónico— y me respondió, sobre Giusti: «Así aprende». Se trataba de un día en el que convenía entrar a la cancha «aprendido», pero Bilardo tenía esas cosas.

Argentina la pasa tan mal que entre los suplentes se genera una alucinación. Algunos años después, Bilardo comenzaría a decir que, entre los jugadores que le rogaban que pusiera a Clausen, estaba Daniel Passarella. El técnico repetiría esa versión varias veces.

—Passarella me decía «Sáquelo, sáquelo, Carlos, perdemos» —dijo Bilardo—, y yo le respondía: «No, no, Daniel, practicamos así y tenemos que aprender a jugar así».

Cuando me encontré con Giusti, uno de los jugadores que mejor y con más claridad recuerda el 22 de junio de 1986, remitió a la versión del técnico: «Bilardo siempre cuenta que Passarella, en medio del partido, le pedía: “Sáquelo a Giusti y ponga a Clausen”». También Batista me recordó lo mismo. Y Enrique aportó otro dato: «Passarella estaba vestido de civil. Después del partido me felicitó en el túnel».

Algunos periodistas amigos me aportaron durante dos años, mientras hacía la investigación para este libro, detalles mínimos del partido que podrían servirme para reconstruir ese día de hace treinta años. La supuesta presencia de Passarella entre sus compañeros, escapándose de la nube de desgracia que lo perseguía desde que había llegado a México, era un dato que desconocía. Recién comencé a seguir esa pista cuando un par de colegas me comentaron: «¿Sabías que Passarella le dijo a Bilardo que pusiera a Clausen cuando entró Barnes?». Era una buena historia: se trataba del cacique que había permitido la clasificación a México cuando Maradona resbalaba en las Eliminatorias, pero también del hombre que había perdido el liderazgo del plantel en las tensas reuniones previas al Mundial. Después de esa pelea, a Passarella le pasaron todas. Un cóctel de enfermedades y lesiones le impidieron jugar. Se convirtió en un paria. Su reaparición junto al plantel en el partido contra Inglaterra era un pequeño hallazgo. Los testimonios de Bilardo, Giusti, Batista y Enrique parecían verificar su presencia. De hecho la verificaban. Pero cuando intenté constatar esos recuerdos con el hecho real volví a toparme con la misma distorsión que en muchos

otros trayectos: alguien dice que pasó tal cosa y el resto pasa a darla por válida, aunque no haya ocurrido.

Passarella nunca pudo haberle dicho a Bilardo que sacara a Giusti y pusiera a Clausen porque el 22 de junio de 1986 no está en el banco de suplentes sino internado en la habitación 6.126 del hospital Español del Distrito Federal, conectado a sondas que le aportan suero.

—Ese partido lo vi por televisión, en el hospital —confirmó para este libro Passarella, a través de un conocido en común, en mayo de 2015.

A los 44 minutos del segundo tiempo, al partido le quedan segundos. Es un alivio para Argentina y una desgracia no solo para Inglaterra, sino también para los neutrales.

«Cuando estaban 2 a 1 —le dijo Bennaceur, el árbitro, a Boisson—, le pedí a Dios que empataran. Yo era un ex atleta, no tenía problemas en condición física, sabía cómo terminar bien un partido. Quería que el partido siguiera, fuera a tiempo extra. Sentía el antagonismo entre los argentinos y los ingleses, pero no era algo de unos contra otros, sino la rabia para querer ganar. Y Maradona era algo extraordinario. Para seguirlo, yo no tenía tres ojos: tenía cuatro. Era como su sombra. *Alhamdulillah* —en árabe, “alabado sea Dios”— dirigí ese partido.»

Hasta que a los 45 minutos y 57 segundos, casi sin que Bennaceur compensara el tiempo que la selección le había hecho perder al partido, todo termina en una jugada que nadie recuerda. Shilton saca con urgencia, la pelota vuela 60 metros y cae en el campo argentino. La última bala de Inglaterra es interceptada por Ruggeri, que cabecea para un costado. Es lateral para Inglaterra y Waddle, desesperado, corre para hacer el saque de manos, pero ya no podrá. El árbitro hace sonar su silbato.

Es el final.

TERCERA PARTE

DESPUÉS

«Nació dos veces: sus padres la engendraron y ella, después, se inventó a sí misma», dijo un mexicano célebre, Octavio Paz, Nobel de Literatura, sobre otra compatriota famosa, la actriz María Félix. También en México, Maradona comienza el primer minuto de su segunda vida y el festejo se desparrama por el Azteca: Ruggeri sale disparado hacia el banco de suplentes.

—Me fui a abrazar con Trobbiani, que no jugó ese partido, pero que era compañero en «La Isla», un apartado de la concentración al fondo, donde convivíamos —dice Ruggeri—. Era una forma de expresarles a los suplentes que ellos también eran dueños del triunfo.

Bilardo entra a la cancha con los brazos en alto y ensaya un paso de baile típico de los jugadores brasileños, como si cerrara la parábola danzarina que había iniciado en el cumpleaños del multimillonario estadounidense, antes del Mundial, cuando el técnico improvisó un *twist* de la década de 1960 y la energía se liberó dentro del plantel como si el Mundial fuera una clase de yoga.

«Cuando terminó el partido —contó Pumpido, en *Clarín* del día siguiente—, corrí al sector en el que estaba mi señora, en un córner, justo donde había una bandera que decía “San Telmo corazón”, y empecé a los gritos.»

«Aún me conmueve el final —dijo Enrique en *Clarín* del martes 24—. Escuchaba el grito de “Ar-gen-tina” “Ar-gen-tina” y creí que el corazón se me escapaba del pecho. Me arrodillé, junté las manos, pensé en mi familia. Fue el momento más feliz de mi vida.»

En el palco de prensa, en medio de los desbordes, Víctor Hugo Morales suelta en su relato la primera —y única— alusión a la Guerra de Malvinas:

—Y lo voy a decir una sola vez, y que Dios me perdone, pero no es un golpe bajo: por todos los pibes que no pueden gritar esta victoria.

Maradona corre hacia el banco de suplentes y tres auxiliares del cuerpo técnico corren hacia él: se chocan diez metros adentro del campo de juego. Los utileros y masajistas, Benros, Molina y Galíndez, son los primeros que lo apretujan. Llega Clausen, uno de los defensores que no jugó, y también lo abraza. Es el turno de Ruggeri, que lo sujeta tan fuerte que lo separa diez centímetros del suelo. Maradona levita, es un novio que saluda en el atrio, al que todos quieren palmear. El próximo que lo alcanza es Fernando Signorini, su preparador físico personal, vestido con *jeans* y musculosa azul.

—Tengo la foto de ese abrazo en mi casa —habla Signorini—. Los últimos minutos habían sido bravísimos, por eso la euforia. Nos cruzamos y Diego, que me llamaba «Ciego», me dijo así: «Gracias, Ciego». Y enseguida la remató: «Le rompimos el...» no sé cuánto.

Los fotógrafos lo rodean. Eduardo Forte, de *El Gráfico*, le pide un gesto y Maradona lo ejecuta: se besa la camiseta azul mirando a la cámara. Otros cuatro

reporteros se arremolinan y de costado retratan la imagen que se convertirá en póster: como dice el escritor colombiano Alberto Salcedo Ramos, «todo héroe deportivo, tarde o temprano, se convierte en un santo en América Latina». Nadie repara en Shilton, la novia abandonada, que corre hacia Bennaceur a protestarle la mano, aunque como publicará el periodista Juan De Biase en *Clarín* del día siguiente, «el reclamo era exiguo, porque los dos goles fueron con la mano. El primero, por una avivada, y el segundo, porque lo dibujó y lo firmó, y además se lo dedicó con esta rúbrica: “Yo, el rey”. Fue una mano enguantada en un botín». Los ingleses además le rezongan al tunecino, y con razón, que apenas concedió un minuto de tiempo adicional, una miseria en comparación a las múltiples interrupciones que habían dinamitado el segundo tiempo.

Glenn Hoddle, el más talentoso de los británicos, está en otra: se cruza a Maradona.

«Diego se acercó y nos abrazamos —escribió en su biografía—. Fue un gesto de amistad y de perdón inmediato. Le deseé buena suerte para el resto del Mundial. Me respondió en español: “Bueno”.»

—Ahí está Maradona. En el 82 dijeron que iba a ser Pelé. No le dieron equipo, no fue Pelé. En 1986 dijeron que era un barrilete. Tuvo equipo, fue Maradona, fue Pelé. Ahí está, en brazos de todo el mundo —relata Víctor Hugo, en la segunda y última vez que menciona la palabra que ayudará a marcar un antes y después en la narración del fútbol.

Es, también, otra crítica indirecta a Menotti, pero sobre todo es la primera vez en la que Maradona queda a la altura del mito de *O’Rei*, el brasileño hasta entonces incomparable.

Los argentinos se juntan en mitad de cancha y saludan a las tribunas. La mayoría apunta hacia una tribuna lateral donde festejan sus familiares. Arriba está la barra brava de Boca. De a poco, los jugadores inician su salida del campo de juego, pero antes de entrar al túnel Maradona ve a Madero, el médico que esa madrugada había soñado que convertiría dos goles.

Madero tiene un recuerdo de ese momento en el *living* de su casa, en Palermo. Es una foto desprolija, de esas que los reporteros denominan «sucias»: la cabeza del médico oculta la mitad de la cara de Maradona y otros fotógrafos, pegados como estampillas al 10, terminan de contaminar la pureza de la imagen. Como foto, en sí, no dice gran cosa. Pero la historia por detrás la convierte en una referencia cartográfica de un día del que es difícil discernir qué fue real y qué fue fantasía.

«Terminó el partido y me quedé a un costado de la cancha —dijo Madero a *El Gráfico*, en 2015—, pero cuando ya me estaba metiendo en el túnel viene esta bestia al grito de “Tordo, tordo, el sueño, ¿se acuerda?” y se me trepó.»

La TV interrumpe su señal, pero el 22 de junio de 1986 continúa. Al llegar al túnel, que tiene rampa en vez de escaleras, los argentinos reciben escupitajos e insultos desde las tribunas. Son algunos de los *hooligans* esparcidos en el anillo

inferior del Azteca. Pumpido y Ruggeri se acercan al alambrado y les responden. Algunos futbolistas ingleses, en cambio, ya perdido el duelo deportivo, buscan una revancha sentimental.

«Al final quise la camiseta de Maradona pero había un poco de cola, muchos pretendientes —escribe Barnes en su biografía, y es como si todavía lo lamentara—. La tradición es intercambiarla con el rival más cercano que tuviste en el partido y Steve Hodge lo marcó a Diego en los últimos cinco minutos, así que se quedó con la camiseta.»

Barnes tiene razón a medias: Hodge se quedará con la camiseta de Maradona pero no por una cuestión geográfica sino por un guiño del azar, acaso la única vez en que el 22 de junio de 1986 favoreció a un futbolista inglés.

«Cuando terminó el partido, un par de compañeros quisieron la camiseta de Maradona —escribe Hodge en su libro—. Al principio ni pensé en eso. Nunca lo había hecho en el Mundial, y solo quería irme rápido. Los argentinos festejaban como locos. Pero como ya estábamos eliminados, me dije: “Bueno, puedo probar” y me acerqué a darle la mano a Maradona. Chris Waddle —delantero— estaba en lo mismo. Había mucha gente, era un caos, así que le deseé lo mejor y me fui. En eso me pidieron que hablara con Gary Newbon —el encargado de las entrevistas para un canal inglés, ITV—, y eso me retrasó, así que tardé un par de minutos en irme de la cancha. Los equipos tenían dos túneles separados, pero bajo tierra se unían y nos llevaban a los vestuarios. Yendo para el mío, veo cómo Maradona también iba para el suyo. Nos miramos y estiré mi camiseta, como pidiéndole un cambio. Él dijo que sí con la cabeza y listo. Fue pura casualidad. Juntó sus manos, como un gesto de agradecimiento, y se fue.»

Para Hodge fue el momento más notable de su carrera, o eso se desprende del título de la biografía que publicó en 2010: después de un largo recorrido propio, que incluyó dos Mundiales, más de 300 partidos en la Primera División de Inglaterra y un título de liga con el Leeds en 1992, el libro en el que cuenta su carrera se llama *El hombre con la camiseta de Maradona*. La tapa es una imagen del 10 argentino y el 18 inglés a la caza de una pelota en México. Ese segundo de gracia en el subsuelo del Azteca, ese cruce de miradas con Maradona, sería también para Hodge su mejor negocio económico. Su jubilación anticipada.

«Al volver a Inglaterra, puse la camiseta en el ático de mi casa y se quedó ahí hasta 2002, cuando vi una noticia que me llamó la atención —cuenta Hodge en su libro—: una de las remeras que Pelé había usado en el Mundial 70 fue a subasta y se vendió por 150.000 libras —225 mil dólares, hasta entonces en manos de un futbolista eslovaco que la intercambió con O’Rei después de un Brasil-Checoslovaquia—. Supe que la de Maradona en 1986 podía ser comparable y la camiseta que guardaba se convirtió en tema de conversación. Me invitaron a un programa de televisión, en Londres, y viajé el día previo. A las once de la noche me llamaron para preguntarme si la había traído. No la tenía, así que llamé a mi suegra

para que la buscara y me la enviara en moto a través de un mensajero. Me puse muy nervioso, hasta que me la entregaron a las dos de la mañana. En otro programa, uno de los conductores quiso ponérsela. Como toda la indumentaria de entonces, la de Maradona era muy pequeña, así que empecé a transpirar más por eso que por las luces del estudio. Tuve miedo de que se rompiera, y eso me sirvió para que me decidiera a asegurarla, pero fue difícil porque ninguna compañía quería ponerle un valor. Entonces la dejé en el Museo Nacional del Fútbol, en Preston. La gente me hace más preguntas por la camiseta de Maradona que por otra cosa. Nunca la lavé, todavía tiene su transpiración y su ADN en la tela.»

—Ahora está en el Museo Nacional del Fútbol, en Manchester, la presté para que la exhiban —dice Hodge, por correo electrónico, como si la camiseta de Maradona fuera una confirmación de que los grandes tesoros de la humanidad terminan en los museos ingleses—. Tuve ofertas para venderla pero no quise hacerlo: es el gran momento de mi carrera, y un recuerdo del mejor futbolista que jugó a este deporte.

El 22 de junio de 1986, Hodge entra al vestuario inglés con la camiseta de Maradona apretada en un puño. Lo que encuentra es un paisaje yermo. Hoddle pateo las cosas que tiene a su alrededor. Muchos jugadores, incluso el técnico, se enteran de la ilegalidad del primer gol. Es como un test de la verdad. O un parte de guerra.

«Estábamos devastados —cuenta Shilton en su libro—. Bobby Robson entró y preguntó: “¿Él no tocó la pelota —en referencia a Maradona y la mano del primer gol—?”. Todos le respondimos: “Sí, él lo hizo”. Bobby miró el piso con tristeza y dijo: “Entonces fuimos engañados”. Yo estaba tan mal por la eliminación que no me detuve en la controversia de la mano. Sin embargo, eso no iba a desaparecer. Me acompañaría toda la vida, hasta hoy.»

«Cuando abrí la puerta del vestuario, había lágrimas —dice Robson en su biografía—. Los jugadores estaban enfermos, y nada de lo que les dijera podría ayudarlos. Yo mismo estaba en trance. El ómnibus, en el viaje de regreso, se parecería a un coche fúnebre.»

«Miré a mi alrededor y estaban todos agotados —recuerda Barnes en su libro—. Por dentro, en cambio, yo estaba emocionado por el solo hecho de haber compartido la cancha con Maradona en un Mundial.»

«Llegué al vestuario —recuerda Hodge— y los jugadores se quejaban de la mano. Fue entonces cuando me enteré de lo que había pasado. Butcher estaba enojado, había un estado de ánimo agresivo, todos hablaban de eso. La sensación de haber sido engañados era abrumadora. Se habló de que Ted Croker —el secretario de la Asociación del Fútbol inglesa— iba a hacer una queja oficial a la FIFA. Seguí tranquilo y puse la camiseta de Maradona en mi bolso.»

«No había manera de que yo quisiera intercambiar camisetas con cualquiera de los argentinos —escribe Sansom en su biografía, siempre enojado, en especial con Hodge—. De hecho, todo se puso un poco caliente en los vestuarios cuando algunos de nuestros rivales —minutos más tarde— buscaron intercambiar su indumentaria por la nuestra. A algunos de nosotros nos hubiera gustado más una pelea que una muestra de alegría. Irónicamente, la única persona con ganas de poner sus manos en la camiseta de Maradona fue el propio “Señor Olvidadizo”, Steve Hodge. Él todavía la tiene, y vale una fortuna: se estima que algo así de 250.000 libras —380 mil dólares—. Ojalá la tuviera yo.»

—Nunca oculté que me había quedado con la camiseta de Maradona —me aclara Hodge—. Tengo una foto de un diario, del día siguiente al partido, en la que la tengo puesta, y ninguno de mis compañeros estaba molesto. Habíamos quedado eliminados del Mundial, y eso era lo único que pensábamos.

Algunos diálogos, dentro del vestuario inglés, suenan irracionales: alguien pregunta si el segundo gol fue convertido por Maradona o por un compañero propio y en contra, en la desesperación por evitarlo.

«Me acerqué a Butcher y le pregunté: “¿Lo hiciste vos?” —le contó Beardsley a Diego Torres, de *El País*, en 2006—. “Creo que no”, me contestó. En ese momento, él creyó que no había sido el que dio el último toque a la pelota. Quizás ahora haya cambiado de idea. Después de tanto tiempo, probablemente hoy reconozca que hizo el gol en contra.»

Todavía falta un último pico de tensión entre los jugadores de los dos equipos y ocurre en una dependencia interna del estadio, cuando tres ingleses, Butcher, Stevens y Sansom, se presentan en la sala del control *antidoping*. Allí se encuentran a Maradona, sobre quien comienza a recaer una inquietante mala fortuna: el sorteo, realizado en los últimos minutos del segundo tiempo, ha designado al capitán argentino, una situación que se repetirá en la semifinal ante Bélgica y la final frente a Alemania, en un desfile de muestras de orina que no terminará hasta que Maradona se estrelle contra el positivo por efedrina, ya en el Mundial de 1994.

«Estábamos con lágrimas en los ojos —recordó Butcher en la revista *Four Four Two*—, y en eso llegan saltando Maradona y dos de su cohorte. Cuando nos vieron se calmaron un poco, por respeto. Yo no había visto la mano claramente. Como no hablo español y él no hablaba inglés, le hice señas a Maradona: “¿Mano o cabeza?”. Me respondió: “Cabeza”. No había mucho que hacer después de eso.»

—Nos tocó el control *antidoping* —cuenta Enrique, que junto a Brown y Maradona completan el trío de argentinos sorteados— y en eso entra a la sala una chica inglesa, lastimada, para que le hicieran primeros auxilios. Cuando me ve a mí, me hace el gesto de pedirme la camiseta. Me la pidió a mí, eh, no a Maradona. Le dije «no problem», pero a cambio le pedí las cadenas de oro que tenía. Eran como tres lucas verdes, «es una fortuna», le dije a Diego. Ella se quedó con la camiseta y yo me empecé a poner sus cadenas, hasta que alguien golpea la puerta y entra: era el novio de la chica, una bestia como Mike Tyson, que nos ordenó que nos devolviéramos todo.

«Supongo que Maradona nos dijo lo de la cabeza porque éramos tres ingleses enfrente de él, no muy felices —dijo Butcher en los diarios ingleses *The Telegraph* y *The Guardian*, en noviembre de 2008—, y tomó la opción más segura, pero eso me irritó más todavía. Si hubiese dicho “fue con la mano, perdón”, tal vez habría querido pegarle cinco veces en vez de veinte. Ese lugar podría haber sido una zona de guerra, pero no lo fue. No estuve al lado de Maradona; si no, podría haber hecho algo. Creo que estaba 4-1 —en apuestas— para recibir una tarjeta roja. Habría sido el puño de Terry Butcher, en vez de la mano.»

—Lo venían a saludar a Diego, uno por uno, todos felicitándolo por el gol —dice Enrique—, hasta que yo dije: «¿Y a mí, que le di el pase, nadie me dice nada?»

«Todo era horrendo: yo no podía orinar —finalizó Butcher—. Pedí algunas cervezas, pero nadie pudo conseguirlas. Tardamos tanto que nuestro colectivo se fue, y tuvimos que volver al hotel en un auto. No fue una gran manera de terminar el Mundial. A las pocas semanas cambié de club, y pasé del Ipswich al Rangers de

Glasgow. En Escocia —país de mucha rivalidad futbolística con los ingleses— vi más banderas de Argentina que en México. La gente se me acercaba y me decía “Argentina”.»

En otro de los vestuarios del Azteca, el de los árbitros, hay gente que desarrolla la más traicionera de las felicidades, la de esos hombres que se congratulan por haber eludido el peligro sin saber que una desgracia —enterarse de que el primer gol había sido con la mano— los espera a la vuelta de la esquina.

—Estábamos muy felices: habíamos dirigido Argentina-Inglatera, después de las Malvinas, habíamos llevado el partido con corrección, y de la mano todavía nadie nos había dicho nada —cuenta Ulloa, el juez de línea de Costa Rica—. En eso viene Pachamé, el ayudante de Bilardo, y nos trae cuatro camisetas de Maradona, con la número 10, igualitas a la azul que había usado en el partido, y con el autógrafo del propio Diego: «Con afecto», y el número 10 entre asteriscos. Era una camiseta para cada uno del cuarteto arbitral: el réferi principal, los jueces de línea y el árbitro suplente, que era un sueco. Por aquí todavía la tengo, en mi casa. Ya se encogió, me queda pequeña, la vida nos cambia a todos, pero nunca la puse a la venta: es un tesoro. Que los jugadores hicieran ese tipo de regalos no era habitual, y la FIFA prohíbe aceptarlos, pero lo aceptamos de muy buen gusto. ¿Si fue una manera de agradecernos por haber cobrado el gol con la mano? Yo creo que no, en ese caso solo habría sido para el tunecino. De la mano nos enteramos cuando llegamos al hotel.

«En una vitrina de mi casa guardo la camiseta que Maradona usó en ese partido inolvidable, la azul, es el recuerdo más importante de mi carrera —le dijo Bennaceur a Olé, en 2001—. En casa tengo el video del partido y dos o tres veces por año se lo muestro a mis hijos. Me llamo Ali Bennaceur pero todo el mundo me dice Bennaceur-Maradona. Yo digo que mi nombre es Ali pero no hay caso.»

Como ocurre en todos los partidos de un Mundial, los técnicos deben presentarse en la sala de conferencia de prensa. Robson llega primero. La decisión de no haber salido a la caza de Maradona, y de esperarlo en barricadas, comienza a ser un estigma para el entrenador inglés que, apenas termina el partido, escucha por primera vez la pregunta que le harán el resto de su vida.

—¿Por qué no mandó a marcar hombre a hombre a Maradona?

—¿Pero usted no vio cómo en el segundo gol Maradona dejó parada a toda la defensa? ¿Quién puede marcar a ese genio? —se defiende el técnico, ya muy lejos de la versión más despreocupada que había ensayado antes del partido, cuando le dijo a Fenwick que Diego solo tenía «un buen pie»—. Para marcarlo no es suficiente un hombre, y no podía designar a varios jugadores para asediado a él. Eso hubiera roto nuestro sistema. El gol que hizo fue milagroso. Es increíble que el fútbol produzca figuras como él.

«No mandé a que marcaran a Maradona hombre a hombre porque teníamos un gran equipo —volvió a explicar Robson, en *El País*, en 2006, tres años antes de su muerte—. Si ponía a uno de mis jugadores para hacerle marca personal iba a afectar a

nuestro funcionamiento, y yo creía que si jugábamos todo lo bien que podíamos, podríamos derrotar a Argentina. Daba igual ponerle un hombre porque era capaz de irse de todos los defensores, y eso fue lo que hizo.»

Robson se va tranquilo, incluso sin criticar demasiado al árbitro cuando habla del primer gol. El moderador anuncia que Maradona no puede asistir porque ha debido presentarse al control *antidoping* y pide un aplauso para los futbolistas y el pueblo argentino. Bilardo llega con la voz recuperada: se había quedado afónico al final del partido y en el vestuario debió inyectarse corticoides.

—Apenas ganamos, me sacaron y fui a la rueda de prensa —recuerda Bilardo, treinta años después—. Hablamos y hablamos y hablamos, y uno me dice: «Bilardo, ¿el gol fue con la mano?». «No, ¿cómo va a ser con la mano?, fue con la cabeza», le dije yo.

En otro lugar de las catacumbas del Azteca, mientras Bilardo termina su conferencia, los ingleses digieren que el primer gol fue con la mano, los árbitros guardan felices el recuerdo que les ha enviado Maradona y en el control *antidoping* hay miradas desconfiadas entre los jugadores de los dos países, el vestuario argentino es un desenfreno.

—El festejo fue como una final, porque a ese partido lo vivimos así: yo quedé ronco de tanto gritar —dice Olarticoechea—. Saltábamos sobre los bancos. Mis compañeros me felicitaban por el gol que le había sacado a Lineker con la nuca, me preguntaban cómo lo había hecho, y yo les decía la verdad: «No sé cómo hice, la saqué como pude». Ahí nos dimos cuenta de que podíamos ser campeones.

—Para nosotros, o al menos para mí, fue la final —dice Tapia—. Yo recuerdo más el festejo del triunfo contra Inglaterra, por todo lo que significaba, que contra Alemania.

Alguien toca la puerta del vestuario argentino y es la visita menos esperada: unos pocos jugadores ingleses, liderados por sus figuras, Lineker y Hoddle, vienen en son de paz, quieren intercambiar sus camisetas. Los recibe Benros, el utilero, y de una bolsa saca camisetas celestes y blancas, las titulares de la selección, pero no utilizadas en el partido. Los ingleses las rechazan amablemente: quieren las azules.

—Vinieron los ingleses, tocaron la puerta y nos dijeron «exchange» —recuerda Garré—. Yo se la cambié a Lineker, que jugaba de 9 pero usaba la 10. Nos daban la mano y nos felicitaban porque les habíamos ganado. Lo que es la cultura.

—Los tipos, unos fenómenos —coincide Burruchaga—. Estás hablando de países que nos llevan años de educación en todo. Vinieron a saludar y a intercambiar sus camisetas, algo que ya habían hecho en la final de Independiente contra el Liverpool, en Japón.

—Giusti y otros muchachos me pidieron que fuera al vestuario inglés a cambiar sus camisetas —recuerda Signorini—. Yo había hecho lo mismo en el partido anterior, y los uruguayos te miraban como si fueran a pegarte. Pensé que con los ingleses sería igual, pero entré y al primero que vi fue a Ray Wilkins, al que conocía de Italia, porque jugaba en el Milan. Estaba con una pierna extendida en un banco de madera y con la otra revisándose los dedos, en una actitud de relax, como si hubiera terminado un partido de solteros contra casados. Otros tomaban cerveza. Era pasmoso: como si no hubiera pasado nada. Ahí empecé a entender de qué va el hecho deportivo. Argentina había jugado mejor y listo, todo tranquilo. En Sudáfrica 2010, cuando Alemania nos hizo cuatro goles, yo estaba en el vestuario —como preparador físico del plantel que dirigía Maradona—, y no eran llantos de los jugadores: eran gritos de desterrados. Entonces recordé el vestuario inglés del 86: si el fútbol sirve para esto, no sirve para nada. Antes de irme le cambié la camiseta a Wilkins. Lo que más recuerdo de ese día es la actitud inglesa posterior a la derrota.

Maradona vuelve del control *antidoping* al vestuario argentino y sus compañeros, al verlo llegar, corean su apellido, se convierten en hinchas: «Maradooo».

«¿Qué Maradona? Gritemos todos “Argentina”», replica Maradona, y el plantel, rendido a sus pies, le obedece: «Argentina va a salir campeón, Argentina va a salir campeón, se lo dedicamo’ a todo’ la reputa madre que lo re parió».

Maradona se encuentra con Grondona. Tantas veces enemigos, tantas veces aliados, se unen en un abrazo sostenido. El futbolista ya está listo para bañarse: tiene el torso desnudo y una toalla sobre los hombros. Entonces le muestra al dirigente uno de los golpes que había recibido en el partido.

«El chichón que tengo acá», dice Maradona, y señala su cabeza. El presidente de la AFA mira, disecciona el bulto, y dictamina como si fuera el médico de la selección: «No es nada».

Maradona se va farfullando por lo bajo contra Grondona, «Minga no es nada», cuando alguien le grita «Vamos, Diego», y Diego le muestra uno de sus puños, como diciendo —solapadamente, pero sin confirmarlo— el gol fue con este, ¿todavía no se dieron cuenta, giles?

«Vamos Maradona no, vamos todos, somos todos», dice el capitán, ahora a los abrazos con Carmando, el masajista napolitano, y el resto de los jugadores retoman el «Argentina va a salir campeón, se lo dedicamo’ a todo’ la reputa madre que lo re parió».

En el vestuario se improvisa una pista de baile, Maradona ensaya los primeros pasos y arrastra a Galíndez. Otros jugadores, más pudorosos —algunos todavía desnudos, o cambiándose, después de la ducha—, acompañan con palmas. Pasculli le tira una toalla a Galíndez. Todo puede verse en *Héroes*, el documental oficial de la FIFA.

—En *Héroes* hay imágenes de un festejo en el vestuario, y como están editadas después de la final contra Alemania, con Maradona cantando —dice Pumpido—, muchos creen que pertenecen a ese partido. Pero es un error: son del vestuario contra Inglaterra. Yo estoy en bolas, Diego con la toalla. Zelada también. De la final nunca vi filmaciones. Fue un mundo de gente.

Lo que *Héroes* no muestra es lo que ocurre en la zona de duchas, donde Maradona suelta el primer anecdotario sobre sus goles. Comienza una saga que se retroalimentará decenas de veces: el artista contando su obra, dando versiones diferentes, algunas reveladoras, agradecidas y picarescas; otras, agresivas y contradictorias. En simultáneo comienza el lado B: los personajes secundarios, los extras de la obra maestra, cuentan su participación.

—Diego se estaba bañando y yo entré con las toallas —recuerda Benros—. Ahí me dice «¿Viste el gol que hice con la mano?». Yo me lo quedé mirando, y le dije: «No, ¿qué mano?». Pensé que me estaba cargando. «Pero te lo digo en serio», me insistió. De ese tema nadie hablaba, nadie sabía que había sido con la mano.

«Cuando estábamos en las duchas —cuenta Valdano, en referencia al segundo

gol, en *Esto (también) es fútbol de selección*—, le dije a Diego: “Bueno, ya está, se terminó la discusión. Ya estás en el mismo lugar que Pelé”, y Diego me respondió: “Mirá como son las cosas: yo estuve durante toda la jugada buscándote para darte la pelota, pero siempre se aparecía un inglés que me obligaba a cambiar de idea”. También me contó que en ese momento, cuando lo tuvo a Shilton en el piso, se acordó de lo que le había dicho el Turco, su hermano, después de que fallara un gol contra Inglaterra, en Wembley, en 1980, por no haber eludido al arquero. Eso te señala cómo funciona la cabeza de un genio en acción, a la velocidad que le pasan las ideas por la mente, que a veces son aprovechadas y otras no.»

«Cuando le dije a Valdano que lo venía mirando en la jugada del segundo gol —cuenta Maradona en su libro—, me quiso matar: “No te puedo creer, ¿hiciste ese gol y me venías mirando? Me ofendés, viejo, me humillás, no es posible”. Y se me acercó Enrique, en las duchas, y la remató: “Mucho elogio, mucho elogio para él, pero con el pase que le di, si no hacía el gol era para matarlo”. ¡Hijo de puta el Negro! ¡En el área nuestra me había dado el pase!»

—En el vestuario seguí con la joda —dice Enrique—. «Todos lo abrazan a él pero al que le dio el pase nadie, ¿no?». Se reían todos.

—Yo le dije: «Te diste cuenta de cómo te lustré los botines, ¿no?» —cuenta Benros, el utilero—, y Diego se rio y me respondió: «Soy yo, ma’ qué vos».

Maradona sale del vestuario, se abraza con el padre —llora con él— y habla por el único teléfono público disponible. Del otro lado, en la casa familiar de Villa Devoto, lo saluda su madre, doña Tota.

«Yo juego por vos, mamá», le dice, y hay más lágrimas. Hasta que al rato lo ve a Garré con la camiseta de Lineker.

—Diego me dijo —recuerda Garré—: «Perro, me quiero morir, vos sabés que yo colecciono las números 10, ¿no me la das?». ¿Y cómo le iba a decir que no a Maradona, y menos ese día? Así que le di la de Lineker y me quedé con la que él me entregó, que era la 17, la del morocho que había entrado, Barnes.

El paso de los años hace trastabillar a Garré: la camiseta que recibió es la 18 de Hodge, el inglés que en aquel golpe de suerte, en el túnel camino a los vestuarios, se había cruzado de frente con Maradona. Treinta años después, el defensor argentino ya no guarda aquella prenda —algunos jugadores se las regalaron a sus hijos o amigos, a otros se las robaron, y otros las vendieron a coleccionistas nacionales o extranjeros—, lo que implicaría una doble decepción para Hodge.

—¿Sabés si Diego sigue teniendo mi camiseta? Lo volví a ver en 1987, en el partido despedida a Ardiles, en Wembley, y no lo vi más —me preguntó el ex mediocampista inglés, durante nuestro intercambio de correos electrónicos.

No era la primera vez que Hodge le preguntaba a un periodista si estaba al tanto del asunto. En 2011, durante una entrevista en la televisión inglesa en la que exhibió su tesoro, Hodge había dicho: «No tengo idea si Diego tiene todavía mi camiseta. Este año fui entrevistado por un canal brasileño y me prometieron que lo buscarían y

lo averiguarían».

Le tuve que decir a Hodge que, según me había contado Garré, Maradona conservó su camiseta unos pocos minutos, y que, en virtud de su fetichismo por el número 10, pidió cambiarla por la de Lineker. Cumplí el rol de mensajero con el mayor cuidado posible. Hodge no se resignó. Me contó que guardaba todas las camisetas que había usado en el Mundial, que solo le faltaba la del partido contra Argentina, y me preguntó —muy cortésmente— si podía plantearle a Garré la posibilidad de recuperarla —«sería incómodo si tuviera que llamarlo yo»—. Pero no tendría suerte: el ex defensor de Ferro me respondió que mucho tiempo atrás le había regalado esa prenda a uno de sus hijos.

—Yo tengo la que usé, la azul que no le pude cambiar a la chica del control *antidoping*. La encuadré y la colgué en mi casa —dice Enrique.

—Yo tengo una de Inglaterra —dice Giusti.

—Mi viejo nos trajo tres camisetas de México —dice Emiliano, hijo de José Luis Cuciuffo—, y una es la azul del partido contra Inglaterra, con el 9 plateado en la espalda, el número que usaba.

—No tengo camisetas, no soy nostálgico —responde Valdano.

—¿Si me quedé con alguna camiseta de los ingleses? No, jamás —dice Tapia—, solo camisetas argentinas. Para mí era jugar por nuestro país y por todos los ex combatientes que vivieron la guerra. Muchas familias sufrieron demasiado.

—Lo de las camisetas era jodido —recordó Olarticoechea—. En la final se me pegó un muchacho que me decía: «Vasco, te cambio la camiseta por este reloj, es un Rolex». Me siguió hasta la concentración pero no se la cambié. Diez años después, estuve en Costa Rica y se me acerca alguien: «Vasco, ¿te acordás que en la final te quise cambiar la camiseta por el reloj? Bueno, el Rolex era trucho».

—Además de la de Brown, también tengo la 8 de Clausen, que cuando terminó el partido la cambió con Terry Butcher. Después el inglés la comercializó con un coleccionista europeo —dice, en noviembre de 2015, Hernán Giralt, el hincha que guarda más indumentaria de la selección.

Como en todos los partidos, los jugadores disponían de dos camisetas, una para usar en cada tiempo. En el vestuario enfebrecido que festeja la victoria ante Inglaterra, Maradona no solo guarda la de Lineker: también la azul, de Argentina, que había vestido en la primera parte del partido. Los expertos en subastas sostienen que tiene mucho menor valor que la de la segunda parte, aunque ese no sería el problema: a mediados de 2015, y en medio de los conflictos judiciales del ídolo con su ex esposa, Claudia Villafañe, esa camiseta —y todas las de su época de jugador— quedaría en medio de una controversia. La remera azul del 22 de junio de 1986 ya arrastraba desde hacía rato un halo de misterio y confusión entre los tesoros de la familia.

«En su museo personal, Maradona tiene la camiseta de Lineker —escribió el periodista Daniel Arcucci, cercano a Maradona y a Claudia, en *Conocer al Diego*

(Planeta, 2001)—. Pero según Claudia, la que usó Maradona contra Inglaterra no está o nunca estuvo en el museo. La usada en el primer tiempo fue regalada a un chico desconocido en las entrañas del estadio Azteca. La del segundo fue ofrendada al regreso a la virgen más venerada por los futbolistas, la de Luján. La camiseta no está. El árbitro tunecino del partido histórico jura que tiene una, en la casa. Y uno de los ingleses humillados por la jugada, Steve Hodge, asegura que tiene la otra en un banco. Mientras, Claudia no la encuentra, aunque mueva las perchas como si hurgara en una liquidación de gran tienda. ¿Dónde está, quién se la llevó, quién la tiene? Misterio.»

Algunos años después —cuando ya estaba en claro que Hodge se había quedado la del segundo tiempo y que Bennaceur tenía una de las réplicas que Maradona les había enviado de regalo a él y al cuarteto arbitral después del partido—, Claudia encontraría la camiseta que Diego había usado en el primer tiempo. De inmediato, la sumaría a la colección familiar, al lado de gorras de Fidel Castro, la toga que Diego utilizó en Oxford el día en que fue declarado «maestro inspirador de sueños» y otros recuerdos, aunque los capítulos siguientes —al son de la vida agitada de Maradona— serán turbulentos. En 2015, y en medio de acusaciones mediáticas y disputas en Tribunales entre Diego y Claudia —él dijo que le «desaparecieron 20 millones de dólares», trató de «ladrona» a su ex mujer y consiguió que la Justicia embargara sus bienes—, la hija menor del matrimonio publicó en redes sociales una foto de su hijo Benjamín vistiendo la reliquia azul: «Esta es mía», marcó terreno Gianinna. «Si yo tengo las camisetas, es porque las junté. Son cosas que me pertenecen, y que también le pertenecen a Benjamín, porque Diego le dijo que todo le pertenece también a él», agregó Claudia, aunque Maradona no dejó de reclamar por sus derechos —«los goles a Inglaterra los hice yo, no Claudia; no la vi jugando de 7 o de 9 contra Inglaterra, todas las camisetas son mías»—, en un convulsionado final para una prenda confeccionada de apuro en los días de México, de espaldas a la parafernalia que rodea a la ropa deportiva del siglo XXI.

Más de cien mil personas comienzan a dejar el Azteca en el estado en el que deben hacerlo los hindúes después de haberse arrojado a las aguas del río Ganges: saciados, conmovidos. Como también hay gente alterada, se desata el último capítulo de la guerra entre los hinchas argentinos e ingleses, primero en las tribunas, después en las calles.

—Veníamos bajando, en un bolso teníamos las tres banderas que les habíamos robado a los ingleses —recuerda el barra de Chacarita—. Pero antes de salir de la cancha, los ingleses nos sorprenden y nos empiezan a correr. Ganamos un puesto de cerveza y tuvimos que defendernos a los botellazos. Ahí los corrimos para arriba. La policía mexicana no hacía nada.

—Donde yo estaba, ningún argentino se quería ir del estadio —dice Rosana Carrica, una de las hinchas argentinas—. Los encargados de seguridad nos pedían que nos fuéramos, pero nadie les hacía caso. Abajo, en la calle, era una locura. Nos sacábamos fotos con cualquiera que pasaba.

—Subí a un auto y salí disparado hacia el aeropuerto porque perdía el avión de regreso a Buenos Aires —cuenta Brodersohn, secretario de Economía de Alfonsín—. Iba con el embajador, Facundo Suárez. El problema fue que al salir del Azteca nos cruzamos con los *hooligans*. ¡El cagazo que me pegué! Los ingleses venían con sus tatuajes y sus cervezas, en peregrinaje tras la derrota.

—Yo estaba en ese auto —recuerda la hija del embajador, Claudia Suárez Lastra, por teléfono desde Mendoza—. Como era un coche al servicio de la embajada, tenía la bandera argentina. Los ingleses la vieron y empezaron a tironearla. Uno de los *hooligans* se tiró por encima del capó. El chofer, que era más que un simple chofer, tuvo que tranquilizarnos. Después, esos *hooligans* se pelearon con la hinchada de Boca en el puente.

La multitud que había ocupado las cuatro tribunas termina de desconcentrarse del estadio por su única salida, la que confluye a la calzada Tlalpan. Una vez en la calle, los hinchas se dispersan, aunque la mayoría continúa caminando hacia el este por Acoxta: a los cien metros llegan a un puente que sobrepasa a una autopista que conecta el centro del Distrito Federal con la zona sur de la ciudad. Ese es el lugar en el que, con unos pocos minutos de diferencia, se pelearán los *hooligans* y la barra brava de Boca, una continuidad de lo que había pasado en las tribunas, pero más violenta: será la batalla central del domingo.

—Para salir del Azteca, había que cruzar una avenida y un puente, muy ancho, que estaba lleno de gente —recuerda Alicia Finn, una hinchas argentina—. Había vendedores de camisetas y de banderines. En eso aparecieron los *hooligans* con sus cervezas en la mano. Era verano, hacía calor y tenían un aspecto medio ridículo porque estaban con *jeans* y el torso desnudo, con piel lechosa, pero colorada de tanto sol. Parecía que los *hooligans* esperaban a los argentinos, pero al rato aparecieron los

barras y los empezaron a correr. Usaban las banderas como lanzas. Era un poco trágico y un poco cómico, no como la violencia de ahora. Tengo el recuerdo que se corrían más de lo que se pegaban.

Lo que comienza es un combate con aura romántica. La leyenda del 22 de junio de 1986 también se alimentará, durante los años siguientes en las tribunas argentinas, al compás de la frase «los barras corrieron a los ingleses en el 86». Es una jactancia alimentada en el boca a boca y de la que nunca habrá mayores precisiones, salvo la exhibición que las hinchadas de Chacarita, Boca y Unión harían de un puñado de banderas inglesas: los trofeos de guerra. La pelea central, sobre el viaducto de Tlalpan, ocurre cuando los periodistas y los fotógrafos trabajan en otro lado, dentro del Azteca, cubriendo la conferencia de prensa de los técnicos y esperando las declaraciones de Maradona y del resto de los jugadores. Los testigos son sus protagonistas y cientos de hinchas, pero no existen imágenes. No hay videos que muestren las corridas o los golpes sobre el puente —uno en YouTube anuncia falsamente que es de ese día, pero corresponde al Mundial Juvenil Australia 1981—. El diario mexicano *El Universal* titularía al día siguiente «Los *hooligans* fueron los ches», pero se refiere a la pelea que Gámez había tenido en la tribuna, al comienzo del segundo tiempo, luego de que Giordano quisiera robar la bandera. La batalla del exterior se nutre de lo que suele alimentarse la mitología: relatos ficticios, datos falsos.

«Las barras bravas argentinas, las de Boca, Chacarita, Estudiantes, Vélez, Chicago y Racing —puede leerse en Internet en varias páginas que siguieron el método de “copiar y pegar”—, habían engrosado sus filas con robustos exiliados, templados en mil enfrentamientos políticos durante la década de 1970. Era una formidable fuerza de choque. Todos eran expertos en formaciones de masas, combates callejeros y luchas cuerpo a cuerpo. Durante el partido siguiente, en aires de triunfo, los vencedores pasearon y humillaron los estandartes de la monarquía británica por todo el estadio. Como coronación, hicieron sus necesidades encima de ellos y les prendieron fuego. La Guerra de las Malvinas no había terminado con la infame rendición de Galtieri.»

Como leyenda es extraordinaria. Y muchos —falsamente— la creyeron.

—Nosotros estábamos con algunos exiliados montoneros, pero ellos venían a la cancha con sus familias y no se pelearon contra los ingleses —dice Varela, uno de los 14 integrantes de la hinchada de Boca que entonces estaba en México—. La última pelea de ese día fue la de afuera, la nuestra. Esa fue terrible. No estábamos con el resto de las hinchadas argentinas: solo con un par de muchachos de Unión. Los ingleses vinieron a pelear con las manos, pero nosotros los llevamos a botellazos y entonces los tipos se asustaron. Enfrente de la cancha había puestos de venta de botellas, y eran de 766 mililitros, te calzaban justo en la mano, fácilmente agarrables. Después, más abajo, volvieron a esperarnos, y ahí nos agarraron a piedras. A José —el Abuelo— le pegaron un pedrazo en una pierna. Perdimos un redoblante, pero les

robamos dos banderas, las del Chelsea y del West Ham. Las robé yo. Eran banderas de hombro, chicas, los ingleses no usaban trapos —en el argot de las tribunas, las banderas grandes que usan las hinchadas—. ¿Quién ganó la pelea? Nosotros, ¿quién va a ganar? Pero si no hubiéramos tenido las botellas, tal vez perdíamos. Eran más, y todos grandotes. Lo que pasa es que los ingleses no eran barras, eran tipos con plata. Se solventaban ellos. Nosotros —los barras— éramos una organización, y por eso los corríamos.

—La pelea fue en una explanada, a la salida del estadio —agrega «Luchi» Flores, el jefe de la hinchada de Unión que había visto el partido junto a la barra de Boca—. Unos mexicanos vinieron a avisarnos que los *hooligans* nos estaban esperando. Eran los ingleses que habían tenido el problema con Pistola —Gámez, el barra de Vélez— en la parte de abajo del estadio. Como nosotros estábamos en la tercera bandeja del estadio, teníamos vista panorámica, y eso era una ventaja. Le dije a José —Barritta, el Abuelo, líder de la barra de Boca— que los esperaríamos porque era una emboscada. En la esquina había un bar y los *hooligans* nos atacaron a botellazos, pero los esperamos y sacamos algo de ventaja. Los corríamos cien metros y quince ingleses quedaron contra un paredón, apretados en el puente, tirados. Después ellos se reagruparon: había unos escombros por el terremoto del año anterior y empezaron a tirarnos piedras. Nosotros retrocedimos, ellos eran más, íbamos y veníamos, y una piedra alcanzó al Abuelo, que estaba a mi izquierda. Le pegó en la rodilla y el Abuelo cayó. El inglés agarró esa misma piedra y estaba a punto de tirársela por la cabeza al Abuelo, que se había quedado de rodillas, pero justo me metí y lo dormí al inglés: le di con todo. Me lo cargué al Abuelo, les pedí a los de Boca que me cuidaran las espaldas, y corrí cien metros con el Abuelo sobre mis hombros hasta que llegamos a una camioneta y nos fuimos. Los ingleses nos tiraron más piedras pero ya todo había pasado. Durante toda la pelea había dos helicópteros sobrevolando la zona y nos pedían, en español y en inglés, «paz, no violencia».

—Nosotros no estuvimos con los de Boca a la salida, íbamos por otro lado —cuenta el hincha de Chacarita—, pero por donde íbamos vimos cómo los ingleses empezaban a zamarrear un auto con una embarazada adentro. Nos metimos, de puro metidos, y vino la policía y nos llevó a la comisaría. Me querían deportar, pero la chica habló a favor de nosotros. Estuvimos detenidos y salimos después de tres horas. Volví con las banderas argentinas e inglesas que habíamos robado a guardarlas al albergue transitorio donde dormíamos y salimos con un pibe de Estudiantes a caminar por el centro. Había ingleses por todos lados, y justo aparecieron los mismos con los que nos habíamos peleado en la cancha. Tuvimos que correr y nos escondimos en un hotel.

—Después de la cancha fui al departamento donde vivían los de Boca y El Abuelo me invitó para que fuera más tarde a cenar —dice «Luchi» Flores, de Unión—. Volví a la noche y uno de los pibes de Boca me frenó mal, me dijo que qué hacía ahí. Pero el resto se enteró y vino a saludarme, a dejarme pasar. «Es el que salvó al

Abuelo», le dijeron. Yo lo defendí a él, pero como también habría defendido a cualquier argentino. Entré y el Abuelo tenía un yeso desde el muslo hasta el tobillo. Ahí nació una amistad muy linda con él. Les dijo a todos, delante de mí, «nosotros no hacemos amistades, y tampoco vamos a hacer amistades con Unión, pero sí con ellos». Después, en Buenos Aires y en Santa Fe, nos juntamos infinidad de veces. Yo llegaba a Buenos Aires para cualquier partido de Unión y me mandaban a buscar en auto para comer.

«En la llamada Zona Rosa —barrio turístico de la Ciudad de México— y en el centro de la ciudad hubo enfrentamientos entre ingleses y argentinos —publicaría *Clarín* el martes 24 de junio—. Corridas, pedradas, escenas de pugilatos y un herido con arma blanca son elementos que manejan las crónicas mexicanas. Hubo 68 arrestos. Tres ingleses y cuatro argentinos fueron atendidos. Reynaldo Sánchez, mexicano, explicó sangrando que unos ingleses le pegaron porque lo vieron festejar con la bandera de Argentina.»

A las 14:30 del 22 de junio de 1986, Maradona habla con el periodismo, por primera vez después del partido, dentro del vestuario argentino. Un puñado de cronistas, todos de confianza del bilardismo, comparte el festejo.

«Entramos dos periodistas de radio Argentina, uno de Mitre y este de *Crónica* —publicó el enviado de ese diario al día siguiente, el 23 de junio—. El principal responsable estaba en un rincón. Tranquilo, como si tal cosa. “Fue un lindo gol pero no una maravilla. Raquel Welch es una maravilla, no un gol”, nos dijo (sobre el segundo).»

«Me acordé de mis viejos, mis hermanos y todo el pueblo argentino —continuó Maradona—. Pero si a alguien en especial tuve presente fue a mi hermano, el Turquito. Con él y con mi viejo analizamos muchas veces una jugada que también hice contra los ingleses, en 1980 en Wembley, y que no fue gol por poco. Y llegamos a la conclusión de que lo erré porque, en el momento de rematar, corté hacia adentro en vez de escaparme por afuera. Esta vez tuve la frialdad suficiente para recordar eso mientras iba dejando ingleses por el camino. Puedo decir que lo hice gracias al Turco, que sabe más que yo.»

—Yo pensé que Maradona nos estaba tomando el pelo —recuerda Cayetano Ruggieri, de *Crónica*, uno de los periodistas con licencia para entrar al vestuario—. Mirá si en medio de la jugada iba a pensar en su hermano. Pero era verdad.

No solo era verdad: también era el germen de una versión que sería confirmada y desmentida por el propio Maradona en los años siguientes. Por ejemplo en 1987, en una producción de *El Gráfico* para el primer aniversario del Mundial, Diego diría:

«Cuando arranqué en el segundo gol contra los ingleses, no me puse a pensar que una vez casi le hice uno igual en Wembley. Uno no es una computadora. Si en la cancha te ponés a buscar antecedentes, viene uno de atrás y terminás en el foso.»

—Diego se había ido de gira con la selección, en 1980, y yo vi aquellos partidos de mi hermano por televisión —explica Hugo, el Turco, desde Nápoles—. Cuando volvió al país le hablé de esa jugada. «¿Por qué no amagaste y dejaste pasar al arquero, en vez de definir de cacheteada?», le pregunté, y se ve que seis años después se acordó. Después del partido en México, llamó por teléfono a casa, en Buenos Aires. Hablamos, lloramos los dos, y me dijo que se acordó de mí en la jugada. Pero el gol es solo de él, no me corresponde nada. Ojalá un poco, pero fue todo de él.

Cualquier periodista que entrevistara a Maradona después del partido contra Inglaterra debía preguntarle acerca de tres temas: su segundo gol, las Malvinas, y si el primer gol había sido con la mano o la cabeza.

«Lo siento si hemos decepcionado a personas que creyeron ver en este partido una revancha por Malvinas —responde Maradona en el vestuario al enviado de *Crónica*—. Lo que sí hicimos fue pensar en nuestros compatriotas, en la manera en que vivían este partido. Porque no era un partido más. Era uno especial por las

circunstancias que se vivían. ¿El primer gol? Te lo juro por lo que más quieras: salté junto a Shilton pero le di con la cabeza. Lo que pasa es que se vio el puño del arquero y por eso la confusión. Pero fue con la cabeza, no tengan ninguna duda. Si hasta me quedó un chichón en la frente. Lo hice con la cabeza de Maradona pero con la Mano de Dios.»

«La Mano de Dios». Stop. Minutos después de Argentina 2-Inglaterra 1, Maradona establece la piedra fundacional de otro de sus talentos: el fabricante de declaraciones. Todos sus dichos célebres e integrados al vocabulario callejero, como «Me cortaron las piernas», «La tenés adentro», «Pelé debutó con un pibe», «Castrilli estás muerto», «La pelota no se mancha» o «Te lo pido por Dalma y Gianinna», serían posteriores a México. Maradona nunca había sido apocado —«me expulsó porque le dije que era más gordo que el Sargento García», le dijo a un árbitro cuando era un pibe que jugaba en divisiones inferiores—, pero su incontinencia de frases nace en el subsuelo del Azteca. Sin embargo, signo de los tiempos —un Mundial sin enviados de la televisión argentina—, «la mano de Dios» no tiene registro fílmico ni auditivo: nunca nadie la pudo volver a escuchar.

En sus ediciones del 23 de junio de 1986, casi ningún diario argentino reflejó la picaresca del nuevo rey de las frases. En *Clarín*, *La Nación*, *Popular* y *Tiempo Argentino* no hay referencias a «La Mano de Dios». *El Gráfico*, que esa semana imprimió 300 mil ejemplares, tampoco reproduce el textual (no había diarios deportivos, no existía *Olé*). Solo *Crónica* lo publica, y lo hace en un pequeñísimo recuadro, en la contratapa del suplemento deportivo. Sin embargo, si esa frase se hizo célebre, fue por los diarios mexicanos.

«En los diarios mexicanos, y no sé si en alguno argentino, se me hace autor de la frase que el primer gol lo hice “con la mano de Dios”, y es totalmente falso. Lo que yo dije fue que salté y la pelota me pegó pero no lo hice a propósito, hasta pensé que lo había metido Shilton en contra», se descargaría Maradona el martes 24 de junio de 1986 en la columna que publicaba en *Tiempo Argentino*, en un intento de contradecir lo que había leído en los diarios locales.

En el mediodía del 22 de junio de 1986, los periodistas mexicanos —que escribirán «la mano de Dios» para las ediciones del día siguiente y originarán la posterior desmentida de Maradona— no tienen acceso al vestuario, por lo que no pudieron haber escuchado la frase que —según *Crónica*— Diego acaba de soltar en la ducha: «Lo hice con la cabeza de Maradona pero con la mano de Dios». Para hablar con el capitán argentino, los mexicanos esperan, como decenas de cronistas del resto del mundo, que salga del camerino. Su conferencia de prensa, improvisada, es en el túnel de entrada al campo de juego, a cielo abierto, a unos pocos pasos del césped: Maradona habla de pie —ante «una multitud de periodistas», define *Clarín*—. Algunos hinchas quedan en la tribuna y lo ovacionan. ¿Qué ocurre entonces? ¿Por qué si dice «la mano de Dios» —o eso le adjudican los diarios mexicanos—, la ocurrencia no aparece al día siguiente en la mayoría de los diarios argentinos?

—Porque Diego nunca dijo «la mano de Dios» —dice al otro lado del teléfono, en octubre de 2014, Juan Presta, el periodista de *Tiempo Argentino* que le escribía las columnas a Maradona en México—. Yo estaba en esa conferencia posterior al partido. Él no quería mandar en cana al árbitro, no quería ponerse a los árbitros en contra, y entonces decía «fue con la cabeza», «no sé dónde me pegó», «fue de Shilton en contra». Pero no era creíble, la mano había sido muy visible desde el palco de periodistas y un editor argentino de ANSA, la agencia de noticias italiana, Néstor Ferrero, le dice a Diego, como resignado, «entonces habrá sido la Mano de Dios», y Maradona le responde «habrá sido». Lo que Maradona dijo fue eso, «habrá sido». La agarró todo el mundo y quedó «la mano de Dios».

Ya jubilado, con 78 años y ocho Mundiales como periodista de prensa gráfica, Ferrero atiende el teléfono en su casa del sur del conurbano, una mañana de noviembre de 2014.

—Exactamente no me acuerdo, y no quiero que parezca que estoy reclamando algo que no me pertenece, pero si Presta lo dice, debe ser así —responde Ferrero—. Durante el partido nos dimos cuenta de que el gol había sido con la mano. Después, lo que pasó en la zona de vestuario, puede ser que se me haya ocurrido a mí, pero yo trabajaba tanto cada día, tenía que escribir decenas de cables, que me olvidé de muchas cosas... Diego era un tipo macanudo, sociable, y habíamos apostado un reloj en un partido previo, Italia-Francia.

—No tengo dudas: fue así —insiste Presta—. A Ferrero se le ocurrió decir «entonces habrá sido la mano de Dios» y Diego le respondió «habrá sido». Como era difícil resumir ese diálogo, algunos periodistas mexicanos sintetizaron «la mano de Dios» y quedó así.

«A mí nadie me sopla las frases; si no, no las digo —explicaría Maradona en 2008, a *El Gráfico*—. Teníamos conferencia de prensa cada cinco minutos y dije “fue la mano de Dios”, no podía decir “fue con la mano”, porque era volver atrás, por qué lo hiciste, por qué no lo hiciste, al referí lo iban a sancionar de por vida, era Inglaterra, los capos del fútbol, era todo para quilombo.»

En una entrevista para la revista *Gente*, dos días después del partido —o sea 24 horas después de haber negado la frase «la mano de Dios»—, Maradona afirmaría que el gol había sido legítimo, a lo que el periodista le contrapuso: «Pero los tapes y las fotos dicen otra cosa».

«No sé qué dirán los tapes ni las fotos, yo sé que lo hice con la cabeza —respondió—. Muchos dicen que lo hice con la mano. Yo digo que lo hice con la cabeza y la mano de Dios.»

Haya surgido en la inventiva de Maradona o en la búsqueda periodística del cronista de ANSA, o tal vez entre ambos, la frase ganaría la calle. Como el «barrilete cósmico» de Víctor Hugo, «la mano de Dios» se convertiría en canción, marca de vino, obra de teatro y otras cosas como, por ejemplo, el nombre del bar de la embajada británica en Buenos Aires, «The Hand of God». Maradona tardaría algunos

años en reconocer que el gol no había sido de cabeza («Cuando terminó el Mundial, Diego vino muchas veces a Inglaterra y yo estuve casi todo el tiempo con él, le hacía de traductor, y seguía insistiendo en que no había sido mano», dijo Ardiles), hasta que, finalmente, lo haría sin remordimientos:

«Les robé la billetera a los ingleses sin que se dieran cuenta, sin que pestañearan», señaló Maradona en 1998, recién retirado, más agresivo, resignificando la leyenda del partido, según *Diego dijo, las 1.000 frases de toda la carrera del 10*, de Marcelo Gantman y Andrés Burgo (Distal, 2005). «¡Shilton! ¡Todos los arqueros son boludos, no sos la excepción! A ver Shilton, vos que sos el héroe, el fenómeno. ¡Shilton, el honesto!», dijo, mirando a cámara como si el arquero inglés lo estuviera viendo, en el documental *Historia del fútbol*.

«Te robé la cartera, Shilton gil», la remató, en *De Zurda*, su programa, durante el Mundial 2014, el día en que se cumplieron veintiocho años del partido.

Pero el 22 de junio de 1986, Maradona sale del Azteca haciéndose el distraído. Entre el túnel y el campo de juego, de camino al colectivo que trasladará al plantel a la concentración, Valdano también es entrevistado. El delantero es de los pocos que conocen el secreto de Maradona.

«Diego es un genio. Tenía un cargo de conciencia tan grande por el primer gol que después hizo uno que vale doble», dice Valdano —según publicaría *Crónica* el lunes 23.

—¿Cómo? Si el primero fue con la cabeza —le responde Maradona, guiñándole un ojo, atento a todo, también a lo que declara su compañero, antes de desprenderse del enjambre de periodistas que lo rodea y correr en búsqueda del túnel, protegido por Echevarría y un empleado de FIFA, mientras levanta una mano para saludar a los pocos hinchas que todavía están en las tribunas y lo despiden gritando Maradoooo Maradooo.

«Lo que me sorprendió fue que, a la salida de la cancha, ningún periodista me preguntó por el gol de la “Mano de Dios” —se queja Shilton en su libro—. Me pareció increíble que nadie de los medios de comunicación buscara mi punto de vista.»

El arquero inglés podría desahogarse dos días después de dejar el Azteca, al llegar al aeropuerto de Heathrow, en Londres: «El segundo gol fue tremendo, pero el primero fue, como mínimo, dudoso. Eso encendió a Maradona. Hasta entonces no había mucho».

Lineker ya había metabolizado mejor los hechos: «Ahora quiero que Argentina gane el Mundial. Por Maradona».

Casi nadie le presta atención, pero en otro lugar del Azteca comienza a resolverse uno de los enigmas del partido, esa duda que la televisión no había podido zanjar: si el primer gol había sido con la mano o con la cabeza. Los fotógrafos, recién llegados al centro de prensa, revelan sus rollos. Los laboratorios escupen negativos. Es un momento cumbre para los reporteros gráficos, que están a punto de enterarse si son los autores, o no, de una imagen que, sin dudas, se publicará una y otra vez —por los años de los años— en miles de diarios de cientos de países del mundo. Una foto a la que le espera un lugar de póster en paredes descascaradas de Buenos Aires, Katmandú o Addis Abeba.

En ese submundo oscuro de laboratorios, solo cinco fotógrafos descubrirán que en sus negativos tienen la imagen perfecta, y uno es argentino.

—Lo más normal, cuando terminaba el partido, era volver al centro de prensa y darle los rollos a la gente de Kodak, que eran patrocinadores del Mundial y tenían un laboratorio que te hacía ganar tiempo, algo importante para quienes trabajábamos en agencias de noticias —dice Eduardo Longoni, que cubrió México 86 para *Noticias Argentinas*—. Durante el partido había sacado seis rollos, pero a ellos les dejé cinco y me guardé el que tenía la jugada del primer gol: ese revelado lo hice por mi cuenta, en un laboratorio que había armado en el centro de prensa. Cuando me llaman desde la agencia, en Buenos Aires, para preguntarme si tenía la foto de la mano, justo sale el negativo, todavía mojado por los químicos, y me doy cuenta de que sí, de que la tenía. Me puse contento, pero tampoco me produjo una tremenda emoción: pensé que muchos fotógrafos más la iban a tener. La transmití y a los veinte minutos la imagen rebotaba por todo el planeta: fue la primera foto que demostraba la mano. Al día siguiente, la agencia comenzó a venderla a decenas de países.

Pero Longoni no es el único que podría haber gritado Eureka el 22 de junio de 1986.

—Quince minutos antes de que termine Argentina-Inglaterra, me fui para Puebla, a 90 kilómetros del Distrito Federal, porque esa tarde jugaban España-Bélgica —dice el fotógrafo italiano Giuliano Bevilacqua, vía Skype, desde su casa en Alicante, España—. Yo trabajaba para una agencia de noticias mía, como *free lance*, y volví al Distrito Federal esa misma noche: de inmediato fui a revelar los rollos de los dos partidos en un laboratorio que Kodak tenía en el hotel de la FIFA, el Chapultepec. Hasta entonces no tenía idea de que el gol había sido con la mano, para mí había sido un claro gol de cabeza, pero en el revelado veo que la pelota está pegada al puño. Esa foto se la vendí a todo el mundo, a veces de manera directa, y otras a través de agencias.

La foto de Longoni es en blanco y negro y en ella se ve que la pelota está a quince centímetros de impactar en la mano de Maradona. La de Bevilacqua es en color, y muestra el momento exacto en el que el puño le pega a la pelota: es un documento

perfecto de la infracción. Pero además hay una tercera foto muy parecida a la del italiano, también captada desde la izquierda del arco según la posición de los fotógrafos, que quedará envuelta en una discordia.

El 22 de junio de 2011, cuando se cumplieron 25 años del partido, el diario español *El Mundo* publicó un largo artículo sobre el misterio de una imagen a la que se le asignan dos fotógrafos diferentes: a veces el crédito pertenece al mexicano Alejandro Ojeda Carbajal —ya fallecido— y otras al inglés Robert Bob Thomas —ya retirado del periodismo, que vive en una granja alejada de Londres, y no acepta entrevistas—. Para agregar más confusión, ese artículo fue ilustrado —erróneamente— por la imagen que Longoni tomó para *Noticias Argentinas*. La fotografía de la polémica es muy similar a la de Bevilacqua, en color y en el instante preciso del golpe con la mano: la única diferencia es que, en la del reportero italiano, Burruchaga aparece a la derecha de Maradona, y no a la izquierda, como en la del mexicano... o la del inglés.

En 1986, Ojeda Carbajal trabajaba en el diario *El Heraldo* y esa foto le haría ganar, al año siguiente del Mundial, el Premio Nacional de Periodismo en México. La confusión nació porque algunos años después la agencia *Getty Images* comenzaría a consignar como autor de esa misma imagen a Bob Thomas, un reportero de larga trayectoria en Mundiales y Juegos Olímpicos. Desde hace años, cualquier medio que utiliza esa foto —y es la que más suele publicarse, como hizo el *New York Times* en 2014—, otorga el crédito a «Bob Thomas, Getty».

«Fuimos a revelar después del partido y nadie tenía la foto de la mano, hasta que un compañero sudamericano gritó en castellano: “¡Yo la tengo, yo la tengo!” Quizás era aquel mexicano», dijo Pepe Caballero, fotógrafo de *Marca*, en el artículo de *El Mundo* titulado «Los dos dedos de la mano de Dios».

—Después aparecerían algunas fotos más, pero al día siguiente del partido solo había dos: una era la mía y la otra, de un mexicano —recuerda Eduardo Longoni—. La de él salió en un diario de México, ese lunes: era una imagen a color, y con el puño impactando la pelota. La mía tal vez se volvió un poco más icónica porque yo trabajaba en una agencia de noticias, y entonces se distribuyó más. Y además mi foto era en blanco y negro, y en aquella época había pocos medios a color.

—Lo que sé es que hubo un fotógrafo mexicano —dice Bevilacqua, hoy de 76 años, que cubrió todos los Mundiales y Juegos Olímpicos desde la década de 1960—, que estaba al lado mío en la cancha y que consiguió una foto bastante parecida a la mía. En la semana posterior al partido, la agencia Getty, que entonces no se llamaba Getty sino Allsport, empezó a buscar esa foto. Yo no le vendí la mía pero me parece que se la compraron al fotógrafo mexicano. O sea que Getty no la sacó, pero la tiene. Compró sus derechos.

Esa teoría, que la foto fue sacada por Ojeda Carbajal y comprada por Thomas (y luego cedida a Getty), parece confirmarse en la web de Getty: en la galería de imágenes del 22 de junio de 1986, hay dos imágenes del primer gol de Maradona, una

a cada lado del arco, ambas con créditos de Thomas, como si el fotógrafo inglés hubiese podido estar en simultáneo en dos lugares diferentes. La foto a la derecha del arco de Shilton, con Maradona de espaldas a la cámara —también atribuida a Thomas— es la cuarta que muestra el gol con la mano. La quinta es una imagen aérea, tomada desde la tribuna, que también pertenece al archivo de Getty, aunque no menciona a ningún autor.

—Noticias Argentina me pagó un sueldo extra y también me dejó los derechos —dice Eduardo Longoni—. La he vendido a cuatro o cinco coleccionistas, que compran una copia bien hecha, en papel de calidad museológica. Una foto así se puede vender a 4.000 dólares. A los dos días del partido, le regalé una copia firmada a Maradona. Era de 20 por 25.

—¿La verdad? —dice Bevilacqua—. Esa foto no fue técnica, fue suerte.

En otro lugar del centro de prensa, los periodistas de los medios gráficos argentinos comienzan a teclear en sus máquinas de escribir: la mayoría tiene una Olivetti Lettera 32, portátil, de viaje, en la que redactan sus artículos antes de enviarlos por télex. Los espera una tarde confusa, con sentimientos de orgullo nacional invadiendo el territorio de su profesión, por ejemplo cuando les llega el momento de analizar la actuación de Bennaceur. *Clarín* califica al tunecino con un «bien» y trata de anecdótico su error en el primer gol de Maradona: «Dirigió perfecto hasta que llegó ese detalle». *El Gráfico* coincide: también lo examina con un «bien». *La Nación* es menos complaciente, aunque hasta cierto punto: «Bennaceur tuvo un desempeño regular. Este calificativo fue colocado por su grave error en el primer gol de Maradona, anotado por la mano. Al margen de esa seria equivocación, dirigió correctamente».

—Por ahí está exagerado ese «bien» —dice Aldo Proietto, entonces subdirector de *El Gráfico* y encargado de calificar al árbitro.

La puntuación con la que los periodistas de diarios y revistas califican a los jugadores no es un tema baladí. Son años en que los diarios ejercen una injerencia notable sobre la opinión de los hinchas, y un 7 o un 4 sobre un determinado jugador puede ser motivo de debate callejero en la semana: «¿Viste cómo calificó *El Gráfico* a Gómez?». Minutos después de que Maradona eludiera a los ingleses, los enviados de *La Nación*, *Clarín* y *El Gráfico* coinciden en calificarlo, para sus ediciones del día siguiente, con 10 puntos. ¿Qué otro tipo de homenaje podrían rendirle? La revista *Sólo Fútbol*, en la hipérbole del maradonismo, pero de manera muy gráfica, le pone 11 —a una actuación fuera de lo normal, una calificación fuera de lo normal—. *Crónica* no puntúa a los futbolistas, pero el título de uno de sus recuadros lo deja claro: «Diego 11 puntos: adivine quién fue el mejor».

La sorpresa es que el enviado de *Tiempo Argentino* —Raúl Armando Pérez— le pone 8.

Una decisión que no pasaría inadvertida.

Algunos de los compañeros de Pérez en *Tiempo Argentino* que se quedaron en la redacción de Buenos Aires recuerdan que el 22 de junio de 1986, ya en la medianoche, el director del diario vio ese «8» en la copia de la página que estaba a punto de salir a la calle y tomó dos determinaciones: 1) mandó a parar la impresión para que *Tiempo* publicara una segunda tirada con la calificación cambiada, Maradona 10 puntos, y 2) decidió traer de regreso a Pérez a Argentina.

Como en tantas otras pequeñas historias de un domingo que calza perfecto en la horma de la leyenda, ese supuesto regreso de Pérez y la —también supuesta— segunda edición de *Tiempo Argentino* con el 10 de Maradona forman parte del mito, no de la realidad. El periodista —que sí padeció el enojo de los dueños del diario— se quedó en México hasta que terminó el Mundial y la única edición de *Tiempo* que

salió a la calle el 23 de junio de 1986 lo hizo con el 8 a Maradona, como figura en el ejemplar guardado en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. En verdad, muchos de los puntajes que Pérez les asignó a los jugadores de ese partido son más bajos de lo que podría suponerse, a contrapié de un triunfo conmovedor, aunque en sintonía con un partido —desde lo técnico— mal jugado: Pumpido 6; Cuciuffo 6, Brown 6, Ruggeri 7; Enrique 5, Giusti 5, Batista 6, Burruchaga 5, Olarticoechea 6; Valdano 6 y Maradona 8. Shilton, el arquero inglés, rescató un 6 y Lineker, el goleador, un 4.

—Yo le puse 8 puntos y tengo mis razones —ratifica Pérez, treinta años después, en la actualidad redactor de la agencia *Diarios y Noticias*, al otro lado de la línea telefónica—. Maradona no marcó diferencia en el primer tiempo, sino en el segundo, y además le bajé un punto por el gol con la mano. Fue trampa y como periodista no podés dejar de señalarlo, seas argentino o no. Es cierto que por ese puntaje hubo bronca en la conducción del diario —no de la sección—, porque además Maradona era columnista de *Tiempo Argentino*. Después del partido, el diario envió a otro periodista, Jorge Taboada, muy cercano a Bilardo, para cubrir la semifinal contra Bélgica y la final ante Alemania. Yo me quedé en México y seguí trabajando, pero él pasó a ser el encargado de poner los puntajes. Me dio bronca la situación y justo en eso se abrieron los retiros voluntarios para irse del diario. Yo volví del Mundial, me anoté en la lista, arreglé la indemnización, me tomé los compensatorios que me debían y no volví a la redacción.

Eso fue en julio. El diario cerraría en septiembre.

Tiempo Argentino del 23 de junio de 1986 ofrece otro detalle: Víctor Hugo Morales no es el único periodista que le pasa una sutil factura a Menotti por haber llamado «barrilete» a Maradona antes del Mundial. También se suma Osvaldo Ardizzzone, mítico cronista deportivo que por problemas de salud no viajó a México —moriría al año siguiente— y que simbólicamente cubre la Copa del Mundo desde un cafetín porteño: su columna se llama «Mexicaneando desde Corrientes y Esmeralda». En la contratapa del lunes 23, Ardizzzone escribe un texto titulado «Los pibes felices usan barriletes Maradona» e ilustrado por un dibujo: el 10 argentino levanta una cometa y Menotti aparece al fondo, como si gruñera, «Y pensar que yo dije que era un barrilete».

—Eso no lo sabía, es asombroso para mí —reacciona Víctor Hugo cuando le comento aquel texto de Ardizzzone, y es como si se sintiera acompañado, feliz de no haber sido el único periodista que utilizó esa palabra—. Actualiza el valor periodístico que tenía, desde la parte editorial, decirle barrilete a Diego.

Como Ardizzzone y Víctor Hugo, tampoco *Crónica*, brazo mediático del bilardismo explícito, le deja pasar el infortunio a Menotti: «Al compás del barrilete que ya no es más de este planeta, Maradona se sacó 11 puntos». Pero *Crónica* no solo le enrostra el triunfo al ex técnico de la selección: lo que sobresale es un derroche, casi pornográfico, de títulos nacionalistas:

—Maradona se escribe con «M» de Malvinas.

—En la guerra de los goles, ganó Maradona.

—¡Maradonazo! RIP (Reventamos Ingleses Piratas).

—¿Con la mano? Andá a quejarte a la Thatcher. Diego jura que fue con la cabeza y nosotros decimos que «el que le roba a un ladrón...».

—De la mano de Maradona, triunfo y semifinalistas.

—Dios salve a Argentina.

—Malvinas 2-Ingleses 1.

—Y ya lo ve, es para la Reina que lo mira por TV.

—Esta vez la Reina no tuvo a Reagan —en referencia al ex presidente de Estados Unidos, aliado británico en la Guerra de Malvinas.

El comentario del partido, titulado «El que le roba a un ladrón tiene 100 años de perdón», resalta con mayúsculas y en negritas: «El gol fue con la mano. Pero de última, no nos manejamos con eufemismos. Los ladrones son ladrones, los piratas son piratas».

A diferencia de *Crónica*, los enviados de *Clarín* festejan el triunfo pero no olvidan su antibilardismo. De Biase, uno de los jefes de la sección —y otro apellido legendario en el periodismo deportivo gráfico—, no menciona al entrenador por su apellido. Siempre «el técnico», nunca «Bilardo» —y volverá a repetir esa fórmula al día siguiente.

«La presencia de Enrique como titular fue un acierto del técnico —escribe De Biase en *Clarín* del 23 de junio—. No hablamos lo mismo de Olarticoechea porque allí fue un acierto del juez italiano Agnolín —el árbitro que había amonestado a Garré contra Uruguay y que obligó a Bilardo a realizar un cambio ante Inglaterra—. Entonces, a cada uno lo que le corresponde.»

En la sala de prensa del Azteca, o en las redacciones de los diarios y las revistas de todo el mundo, los periodistas hacen un *brainstorming* de títulos. El desafío de resumir el día en una frase.

—«No llores por mí, Inglaterra», titula *El Gráfico* en una tapa icónica que enseguida quedó prendida a mi memoria, aunque con 11 años no sospechaba que era una ironía originada en «Don't cry for me Argentina», una canción escrita y musicalizada en 1976 por los ingleses Andrew Lloyd Weber y Tim Rice para el musical «Evita», una obra de gran éxito en Londres, Nueva York y el resto del mundo. Saber a quién se le ocurrió es más difícil.

—Ese título lo mandé yo desde México. Se ve que gustó porque quedó —dice Proietto, entonces subdirector de la revista, en septiembre de 2015.

—Ese título fue mío. Yo me quedé en Buenos Aires para coordinar todo el trabajo y titular la tapa —dice Ernesto Cherquis Bialo, entonces director de *El Gráfico*, en octubre de 2015.

«Maradona 2-Inglaterra 1», coinciden un par de matutinos mexicanos.

«Maradona demostró que es posible bordar con los pies», titula *El Excelsior*, de México.

«Maradona, *crack* con la mano, *crack* con los pies», publica *O'Globo*, de Brasil.

«Maradona fue el general que Argentina no tuvo en Malvinas», escribe *El Diario*, de Uruguay.

En Inglaterra también hay textos provocativos, en especial en la prensa amarilla —«Revancha de los sudamericanos por la paliza que recibieron hace cuatro años en la guerra», escribe *The Sun*—, pero otros son una pieza maestra.

«Ganó el equipo que debía ganar —escribe David Miller para *The Times*, desde México—. Inglaterra deberá preguntarse tanto por el gol fortuito de Maradona como por la táctica que empleó. No es realista quejarse si una de las muchas ocasiones que generó tu rival fue convertida gracias al beneficio de una decisión injusta. Maradona no es el primer jugador que se beneficia de algo ilegal en el fútbol. Algunos críticos lo llamaron tramposo, pero no es más perturbador que Maradona haya golpeado la pelota con la mano que Fenwick lo haya golpeado con el codo en la cara apenas unos minutos después de que fuera amonestado. Las trampas tienen varias formas.»

El segundo gol también inspira a los periodistas ingleses.

«Los cuatro defensores —escribe Miller— esperaban los malabares de Maradona como en las aldeas rurales en la India aguardan el inminente ataque del tigre, sin saber cuándo dará el zarpazo.»

«Se trató de un gol tan poco usual, casi romántico —señala Brian Glanville, también en *The Times*—, que podría haber sido ejecutado por algún héroe, o por algún corintio antiguo, en los días en que la gambeta estaba de moda. Difícilmente puede pertenecer a una era tan racional como la nuestra, un tiempo en el que la gambeta ha desaparecido.»

Apenas antes de que termine ese domingo en Londres, mientras las rotativas empiezan a imprimir los diarios, una de las principales agencias de apuestas, William Hill, anuncia que devolverá el dinero a sus clientes que apostaron a favor de Inglaterra.

—En la cancha pensé que el gol había sido con la cabeza pero en la televisión vi que había sido mano —dice Signorini, el preparador físico de Maradona—. Cuando veo eso, y me entero de que las casas de apuestas inglesas anuncian que no van a dar por válido el gol, y que iban a pagar el 1 a 1 como resultado correcto, le comento a Diego: «Lógico, si es un gol tramposo, un gol de mierda». Y Diego me mandó a la mierda, como hacía él, diciéndome «tomatelá». Yo tengo confianza con él, y algunos años después, ya en Italia, le dije que el gol había sido una debilidad de carácter, un gol tramposo, y que a la trampa había que erradicarla. «Tomatelá, Ciego —me dijo—. Les rompimos el culo.»

A las cinco de la tarde del 22 de junio de 1986, hora de Argentina, la gente comienza a salir a las calles de Buenos Aires y del resto del país. Lo que hasta entonces parecían ciudades desérticas retoman el pulso. La multitud se dirige al Obelisco con el filo de la luz del sol: el invierno acaba de comenzar, es uno de los días más cortos del año. En la Capital Federal garúa, el asfalto está mojado y algunos llevan paraguas. Es, además, un festejo en democracia.

«La gente está en la calle. ¿Qué pasa? ¿Qué son esas bocinas y esas banderas? ¿Quién las llamó? ¿Estarán manipuladas desde arriba? —se preguntará al día siguiente *Tiempo Argentino*, diario cercano al alfonsinismo, sensible y veloz para mostrar el contrapunto con las movilizaciones, no tan lejanas, en años de dictadura militar—. ¿Otra vez sacaron a la gente a la calle desde los medios de comunicación para echársela encima a la comisión de los Derechos Humanos de la OEA (Organización de los Estados Americanos), como pasó en 1979? No, esta vez fue genuina.»

La gente salta para no ser un inglés. Los cantos se suceden, uno detrás de otro. La Thatcher, la Thatcher, la Thatcher ¿dónde está?, la está buscando Diego para cogerselá. Maradoooo, Maradoooo. ¡Thatcher, la Copa se mira y no se toca! Pan y vino, pan y vino, el que no grita Argentina para qué carajo vino. ¡Ingleseees, hijos de putaaa, la puta que los parióoo, ingleses, hijos de puta, la puta que los parióoo! Un par de banderas del Reino Unido son primero exhibidas como trofeos de guerra y después quemadas. Hay aplausos, efervescencia. En La Plata, pese a la lluvia, flamean los colores argentinos. En Córdoba, en la intersección de Colón y General Paz, se canta por las Malvinas. En Rosario, el punto de encuentro es el Monumento a la Bandera. Una de las columnas más gruesas llega justo cuando un guardia de infantería, como todos los atardeceres, arría la bandera. Los fanáticos quieren apropiársela para sumarla a los festejos, los gendarmes la defienden y hay algún momento de tensión, pero todo termina de manera celebratoria: los hinchas abrazan y besan a los uniformados. En San Miguel de Tucumán, 5 mil personas copan las escalinatas de la Casa de Gobierno: tampoco los detiene la llovizna. Setenta kilómetros al sur de la capital provincial, en Río Seco, un jubilado tucumano se suma a los festejos, se siente mal, sufre un síncope cardíaco y muere en la calle.

Se llama Roque Argañaraz, y una mirada despreocupada y lejana del asunto le puede adjudicar el rol de mártir del 22 de junio de 1986.

—Yo soy la hija de Roque —cuenta María Ignacia por teléfono, desde Río Seco—. Ese día, mi papá había almorzado en mi casa, con mi familia, y después volvió a la suya para ver el partido. Cuando Argentina gana, en el pueblo se arma una caravana para festejar. Mi marido se sube a la camioneta con mi hijo, José Luis, que tenía dos años, y otros muchachos para dar vueltas. Mi papá salió a la vereda y esperó que pasaran por su casa para darle una bandera de Argentina a su nieto. Era su

debilidad. Dos cuerdas después, corren a avisarle a mi marido que mi papá se había descompensado. Mi mamá me contó que, apenas entró a su casa, se cayó. Fue un infarto fulminante. Nunca había tenido problemas del corazón. Pensamos que fue la emoción por todo. Tenía 65 años.

El 22 de junio de 1986, una hora después del partido, cuando los árbitros dejan el estadio y vuelven al hotel Chapultepec, sede de la FIFA, hay dos cosas que ignoran. Una es dónde quedaron las pelotas que se usaron en el partido, objetos que hoy podrían ser subastados por decenas de miles de dólares.

—Vinieron empleados de la FIFA y se las llevaron —recuerda Ulloa, el juez de línea costarricense—. Es el procedimiento que solía hacerse. Nadie en ese momento se puso a pensar que, con el tiempo, serían balones muy valiosos.

La otra cosa que desconocen es algo intrínseco a su trabajo: que el primer gol había sido con la mano.

—Cuando entramos al hotel donde vivíamos —reconstruye Ulloa—, viene un ex réferi argentino, Jorge Leanza, nacionalizado mexicano, que trabajaba con la FIFA, y nos dice: «El pelotudo ese de Diego». «¿Qué pasó?», le pregunté. «Que metió un gol con la mano», dijo, como enojado, y el trío arbitral del partido nos quedamos de piedra: «¿Cómo con la mano?».

—Cuando volví al hotel de los árbitros —recuerda Espósito, el árbitro argentino del Mundial 86—, el tunecino pidió hablar conmigo. Fuimos a su habitación y llamamos a un traductor. Entonces me preguntó si había visto una mano. «Sí, fue mano», le dije. Él todavía no había visto el video. Sabía que había una polémica pero no estaba seguro. Se quedó apesadumbrado.

—Al rato nos llevaron a una sala en la que, después de los partidos, nos pasaban las repeticiones para que viéramos aciertos y errores —dice Ulloa—. Nos pusieron el video y ahí sí nos dimos cuenta de que había sido con la mano. Para el tunecino fue una tristeza. Había llorado de alegría en el vestuario del Azteca, y me contaron que en su habitación se puso a llorar de amargura. Era comprensible.

«No bien volvimos al hotel, llamé al intérprete de FIFA —le dijo el tunecino a *So Foot*— y le pregunté a mi ayudante Dotchev, que no hablaba francés ni inglés, si estaba seguro de que no había habido mano de Maradona. Me dijo que no, que estaba convencido, lo dijo en forma categórica, que el gol era totalmente lícito. Después, cuando vi la jugada por televisión, me dije: “Qué problema”. Pero mi asistente no lo pudo ver.»

—Dos o tres días después del partido —sigue Ulloa—, el juez de línea búlgaro dijo que había visto la mano, pero que no la cobró porque el responsable era el árbitro. Se lo dijo a un miembro de la comisión de arbitraje. Ninguno de ellos, Bennaceur y Dotchev, volvieron a dirigir en el Mundial. Parece que el tunecino se fue antes. Le arreglaron los papeles y regresó a su país. Yo volví a dirigir la final, fui juez de línea en Argentina-Alemania, y me encontré con Maradona en el túnel. Nos sacamos una foto.

Una hora después de que Bennaceur soplara por última vez su silbato, el presidente de la delegación argentina en el Mundial, Julián Pascual —tesorero de la AFA y dirigente de Ferro—, llega a un lugar del Distrito Federal que nada tiene que ver con el fútbol. Ha esperado el final del partido dentro del vestuario argentino, junto a Grondona, enterándose de los vaivenes del resultado por los gritos de la gente. Pascual deja el Azteca sin esperar que los jugadores lleguen al vestuario: quiere eludir la descongestión del público para visitar al único jugador del plantel que el 22 de junio de 1986 no está en el estadio, sino en un hospital.

Daniel Passarella, el hombre que en las Eliminatorias se había comportado como el cacique que no había logrado ser Maradona —el hombre que apenas llegó a México perdió el liderazgo del plantel a manos del 10—, permanece internado desde el día anterior. Pascual sube al sexto piso del hospital Español, camina hasta la habitación 6.126 y visita a Passarella. Lo que sigue es la imagen nunca vista del domingo más triunfal del fútbol argentino. Un caudillo enflaquecido, pálido, con varios kilos menos, y conectado a sondas que le suministran suero. Mientras Maradona acaba de alcanzar a Pelé en el Olimpo del fútbol, Passarella —que sufre una úlcera en el colon, la última maldición de una larga cadena de enfermedades y lesiones desde que llegó a México— ha mirado el partido por televisión, desde un hospital, lejos —geográficamente— del Azteca y lejos —sentimentalmente— de sus compañeros. Pascual —que moriría en 1997— le da un regalo, que en realidad le pertenece pero que Passarella nunca podrá usar: la camiseta azul con el número 6. Passarella es un hombre duro pero se conmueve con el gesto.

«¿Si sufrí mucho? Qué te parece —le diría Passarella al periodista de *Crónica* que lo visitó en el hospital el martes 24—. Me quiero morir. El domingo, Pascual me trajo la camiseta y, cuando me la puse, casi me pongo a llorar.»

«Estaba todo canalizado —agregó Passarella dos meses después, en septiembre de 1986, en *El Gráfico*—. Todos los días tomaba siete pastillas de antibióticos y cuatro de Flagyl —otro antibiótico—, más tres litros de suero.»

El 22 de junio de 1986, cuando recibe de Pascual su camiseta azul, Passarella pregunta si puede dejar el hospital para sumarse a los festejos, pero los médicos rechazan el pedido. La historia del ex capitán es también la historia de una presunta conspiración. O eso es lo que a partir de entonces, y durante décadas, Passarella sugeriría y algunos de sus amigos denunciarían —siempre sin pruebas—: que alguien de la selección le inoculó un virus para alejarlo del plantel y darle el liderazgo a Maradona.

Todo comenzó antes del Mundial, cuando Maradona, Passarella y el resto de los jugadores llegaron a México y escucharon una recomendación sanitaria: el médico de la selección, Raúl Madero, les pidió que evitaran el agua de la canilla bajo cualquier circunstancia, incluso para lavarse los dientes o hacerse un buche durante las

prácticas —Benros, el utilero, en cambio recuerda que hervía el agua de los grifos para tomar mate.

—Cuando llegamos a México —dice Olarticoechea—, una de las pautas fue no tomar agua porque las napas estaban contaminadas. Habían quedado gérmenes de la época en que el terremoto arrasó la ciudad. Los mozos nos tenían que destapar las botellas en la mesa.

Una semana antes de que comenzara el Mundial, Passarella tuvo diarrea. Hasta seis veces por día. Era enterocolitis, también llamada en México «el mal de Moctezuma», parásitos estomacales que suelen afectar a los visitantes del Distrito Federal y que en el Mundial 70 dejaron en cama al arquero inglés, Gordon Banks. Passarella no fue el único argentino afectado —también lo sufrió Almirón— pero sí al que más le costó recuperarse. Madero lo llevó a una clínica, le hicieron análisis, le dieron pastillas de carbón y antiespasmódicos, y por fin pareció rehabilitarse: un par de días antes del debut se entrenó con normalidad y Bilardo lo anunció como titular para el primer partido en el Mundial. Sería un espejismo, sin embargo, porque Passarella recayó en la tarde previa al debut ante Corea del Sur, debió volver varios días a la clínica, perdió seis kilos y tampoco pudo jugar en la segunda fecha, ante Italia. Mientras Brown ocupaba su lugar con buen nivel, a Passarella le inyectaban suero intravenoso y le daban cucharadas de sopa a la fuerza. En la desesperación, le mostraba su materia fecal a Madero y se abrazaron el día en que ya no hubo parásitos a la vista. Al sentirse mejor, Passarella quiso jugar contra Bulgaria, el tercer partido de Argentina, volvió a las prácticas —hizo un gol de cabeza— pero con el cuerpo debilitado sufrió, a los pocos días, un desgarró en su pierna izquierda, el segundo de su carrera, el primero desde 1976. Mientras Madero asegura que Passarella intensificó el entrenamiento sin su permiso, el ex defensor contaría en su círculo de confianza la versión inversa: que el cuerpo técnico y el médico aceleraron esa recuperación para provocarle el desgarró.

«Lo del 86 fue tremendo. A la noche me agarraba el banquito y me iba a llorar a la mitad de una de las canchas del América, una hora, dos horas, y después me volvía a mi habitación», recordaría Passarella, en 2013, en *TyC Sports*.

—Yo le dije a Passarella un día —recuerda Signorini—. «Si lo tuyo le hubiera pasado a Diego, estarían todos arriba de un avión para curarlo, buscando al mejor especialista italiano, y vos estás solo. ¿Qué pensás de todo esto?». Daniel se calló.

Después del desgarró, Passarella se fue a Acapulco un fin de semana con su familia. Maradona le pasaría factura en 1998: «En el 86, nosotros nos rompíamos el alma mientras él tomaba sol en Acapulco». El domingo 15 por la noche, el defensor volvió a juntarse con sus compañeros para ser testigo al día siguiente, en el estadio, del triunfo ante Uruguay por los octavos de final: regresó desde Puebla en una camioneta junto a los utileros y anunció a los medios que intentaría jugar en las semifinales. Pero el sábado 21, en la víspera del cruce con Inglaterra, volvió a perder el apetito, a sufrir intolerancia con la alimentación y tuvieron que internarlo en el

hospital Español. El diagnóstico, esta vez, fue una úlcera. Muy pocos compañeros lo visitarían en los días siguientes: Valdano, Almirón, Clausen, Bochini y Tapia. Maradona, como la mayoría, no fue.

«La fatalidad metió los dedos —diría Valdano en 2013 al periodista Ezequiel Fernández Moeres, en el ciclo *Fútbol Pasión con Eduardo Galeano*—. Passarella terminó en un hospital, en un hecho dramático porque Daniel terminó perdiendo 11 kilos. Ir a verlo era una imagen dura. Estaba intubado, o sea que vivió un momento muy, muy feo.»

Dos días después del partido con Inglaterra, un fotógrafo de *Crónica* entró a la habitación y pidió retratarlo, pero Passarella se negó: «Si la gente me viera con este suero, se tejerían unas novelas bárbaras. En Italia —donde jugaba— corrieron versiones de todo tipo. Que tengo hepatitis, que tengo no sé qué cosa, que no juego nunca más».

Después de un Mundial en el que no pasaría un solo minuto en la cancha —pero en el que se convertiría en el único argentino bicampeón del mundo, tras su participación en el título de 1978—, Passarella dejaría trascender de manera solapada que la serie de enfermedades y lesiones que lo dejaron afuera de las canchas mexicanas podrían haber sido inducidas por el cuerpo técnico y médico de Bilardo. Sus amigos anti bilardistas serían más osados.

«Comían como 40 personas —dijo Ricardo La Volpe, ex campeón del mundo en 1978—. Qué casualidad, uno solo se agarró bichos. Todos sabíamos que Passarella no era del agrado de Bilardo. Entiendo si le hubiera pasado a cinco o seis, pero de uno no lo entiendo.»

«Bilardo llevó a Daniel a México y le dio una purguita que lo sacó del equipo. Y casi lo mata —dijo Fillol, que había sido el arquero en las Eliminatorias, también identificado con Menotti, en *La Gaceta*, en 2012—. Es literal, todos lo sabemos, pero nadie se anima a decirlo. ¿Dónde estuvo Passarella durante el Mundial de México? Internado con una diarrea infernal. Le dieron algo para tomar.»

Al año siguiente de esa acusación, en *TyC Sports* le preguntaron a Passarella si le había sorprendido lo que denunció Fillol.

—No, no me sorprendió —dijo—. El pensamiento generalizado es ese, pero yo no tengo pruebas. Lo raro es que al único que me agarró fue a mí, y quedé muy mal de eso, porque a partir de ahí, pasé al Lansoprazol, pastillas para la acidez del estómago, y hoy estoy con Pantop 40, que son otras pastillas para la acidez estomacal. Bilardo sabe que yo me comporté bien con él, y sé que Bilardo, al margen de esto, tiene aprecio por mí. [...] Si es que pasó algo, no sé si habrá sido Bilardo, no sé. Tengo mis dudas, serias dudas.

—¿[Dudas] De quién? —le preguntó el periodista Guido Bercovich.

—Por ahí de Bilardo no.

Passarella dejó la puerta abierta a las suposiciones. ¿Lo dijo por Maradona, su enemigo, con quien se había peleado con ferocidad pocos días antes del Mundial? ¿O lo dijo por el médico de la selección? Recién en octubre de 2015, Madero contaría —por primera y única vez— su versión del caso. Sus palabras fueron demoledoras.

«Passarella fumaba y tomaba *whisky* por las noches y pensó que los cubitos de hielo no le iban a hacer nada —reveló Madero, a Borinsky, de *El Gráfico*—. Su problema en el 86 comenzó por el hielito del *whisky*. Cuando agarró el virus lo llevé al hospital, con los mejores especialistas en gastroenterología. Bilardo le dijo que la camiseta titular era de él. Antes del partido con Italia, fue claro: “Si te sentís bien, me decís y jugás”. “No, con los italianos hacés una macana y te pintan la cara, espero otro partido”, le contestó Passarella. Después del 1-1 con Italia, hubo un entrenamiento intenso, con calor, y él se quería meter. “No jodás, porque vas a tener problemas”, le dije. “Usted está cagado”, me respondió. “Yo te voy a romper una botella en la cabeza, me tenés podrido, si te digo que no lo hagás, no lo hagás”, le dije. No me dio bola, se metió y terminó desgarrándose. Un tipo muy jodido. Empezó a declarar que yo le había dado algo a propósito. “Seguí jodiendo, que tengo todos los papeles, un cierto prestigio, y si seguís hablando te voy a hacer un juicio que no te va a alcanzar toda la guita que ganaste en la Fiorentina para pagarme”, le dije. No jodió más.»

A la salida del Azteca, unos minutos después de la batalla entre los *hooligans* y los barrabravas y de que Passarella recibiera en solitario la camiseta número 6, Bilardo y los jugadores se separan. El técnico sale disparado hacia Puebla, a 130 kilómetros del Distrito Federal, para ver en directo el partido entre Bélgica y España que definirá al rival de Argentina en semifinales, el miércoles 25. El duelo entre europeos comienza a las 16. Hay que apurarse: son las 14:45.

—Contraté a un patrullero para que llegáramos a tiempo —dice Miguel Ángel López, entonces técnico del América de México, y ex compañero de Bilardo en Estudiantes, en una confitería de Belgrano—. Con Carlos íbamos en un taxi y la policía mexicana conducía delante de nosotros para liberar el camino. Llegamos a la cancha, nos sentamos y justo entraron los equipos. En ese partido la rompió Jan Ceulemans, un belga elegante, alto. Carlos se volvía loco: «¿Y quién mierda lo marca a este?», decía.

Sin Bilardo, los jugadores argentinos dejan el Azteca en el vetusto colectivo amarillo en el que habían llegado. En el viaje de regreso a la concentración, el micro se detendrá, y no por un desperfecto técnico.

—Después del partido con Inglaterra, veníamos cantando, ponele, «que de la mano de Maradona, todos la vuelta vamos a dar», y el Gordo hizo parar el micro —dice Garré—. Se fue adelante, agarró el micrófono, y dijo: «Acá si ganamos algo, lo ganamos entre todos, eh, acá a mí no me nombren». Cuando hablan de Maradona yo les respondo eso: así era Diego dentro del plantel, siempre uno más entre los compañeros.

A las tres y media de la tarde, el plantel entra en el complejo del América. También lo hace un cronista de la revista *Sólo Fútbol*, Juan Manuel Pons, militante del bilardismo. En su vertiginosa crónica —la redacción desde Buenos Aires apura el cierre—, señala que muchos futbolistas todavía no saben —a esa hora— que el primer gol había sido con la mano. En una entrevista que le concede a Pons en el comedor del predio, Maradona tampoco se lo reconoce: exprime su inocencia hasta el final.

«Te juro que le metí terrible cabezazo —le dice a *Sólo Fútbol*, mientras toma una Coca-Cola, y el televisor está encendido de fondo en Bélgica-España—. Si no me creés, fijate el chichón que tengo en la cabeza y que me hizo Shilton en esa jugada, pero igual alcancé a peinar y convertir.»

Entrevistar a Maradona un par de horas después del partido en el que se convierte en mito, en la relativa tranquilidad de la concentración argentina, debe ser uno de los momentos más extraordinarios para la carrera de un periodista deportivo. Estaban todas las condiciones para trazar la gran crónica del Mundial, uno de esos textos que perduran y se enseñan en las escuelas de periodismo, y sin embargo Pons, su autor, treinta años después, no recuerda ese momento.

—Lo que pasa es que yo estaba todo el tiempo dentro de la concentración argentina —explica—, y esas circunstancias, las de hablar con Maradona o el resto de los muchachos, se hacían cotidianas.

Más allá del valor simbólico del triunfo ante Inglaterra, Argentina en semifinales implica objetivo cumplido, y los telegramas de felicitación comienzan a llegar desde Buenos Aires. También los del gobierno alfonsinista.

«Termina el partido con Inglaterra —cuenta O'Reilly, en *Breve historia del deporte argentino*— y lo llamo a Oscar Muíño, subsecretario de información pública, y le digo: “Oscar, no puedo comerme este garrón. Quiero decir que este equipo juega bien, que es otro equipo del que jugaba mal”, y me responde: “Decilo, entonces”. Mandé un telegrama a México diciendo que, más allá de mis afirmaciones en la etapa previa al Mundial, les mandaba una felicitación. Firmado, O'Reilly. Al otro día, el canto de los jugadores era “O'Reilly, hijo de puta, la puta que te parió”.»

«Otro que cambió de parecer fue el presidente Alfonsín —escribe Bilardo en *Doctor y campeón*, todavía resentido porque el presidente había querido despedirlo—. Nos envió un telegrama que rezaba: “Mi felicitación que se suma a la de todos los argentinos”.»

A las cuatro de la tarde, y en otra dependencia del América, la utilería, Benros comienza a ordenar las camisetas, pantalones y medias que había apelotonado en un bolso después del partido, en el vestuario del Azteca. Su descanso tenía lugar cuando los futbolistas jugaban, y su trabajo cuando los futbolistas descansaban. Ahora tenía que lavar la ropa sucia.

—Empecé a ordenar lo que había traído desde la cancha —dice Benros— y veo que me falta el pantaloncito con el número 10, que Diego no lo cambiaba con nadie porque era su cábala. Lo había usado en todos los partidos y no me lo dejaba lavar. Lo único que tenía que hacer era dejar que se secara y listo. Lo busqué por todos lados, me volví loco, pero no lo encontraba. Viene Moschella —administrativo de la AFA— y me dice: «Rubén, ¿qué pasa?». «Perdí el pantalón de Maradona, se me va a armar un quilombo bárbaro», le dije. No sabía qué hacer, así que agarré un pantalón nuevo, le puse un 10 y empecé a pasarlo por el pasto para que quedara medio verde. Al partido siguiente, contra Bélgica, Diego no se dio cuenta, pero antes de la final contra Alemania me dice «Tito, este no es el pantalón». «Sí, cómo no», le decía yo, pero al rato venía y me insistía: «Para mí no es, hoy no agarro la pelota, hoy no agarro la pelota», decía. Yo le repetía: «No seas boludo, es el de siempre», pero no me creyó. Ganamos la final y fuimos campeones, pero Diego vino y me dijo: «Viste, no jugué bien, para mí que no era el pantalón». Nunca le dije la verdad, y tampoco nunca me enteré qué pasó con el pantalón después del partido con Inglaterra. Para mí que alguien lo manoteó.

En el comedor del América, los jugadores festejan el triunfo de Bélgica —lo ven como un rival más accesible que España— y a las ocho de la noche vuelven a subirse al colectivo para cumplir otro de los ritos: la cena en «Mi viejo», el restaurante que

pertenece a Eduardo Cremasco, ex compañero de Bilardo en Estudiantes, nacionalizado mexicano y vicepresidente del América —que moriría en 1988—. Es un local pequeño, con pocas mesas, ubicado en una esquina de la colonia Chapultepec-Polanco, y extendido a la vereda para ganar espacio. El menú es pollo, la comida prohibida el día anterior según el manual de cábalas, pero también la comida oficial después de cada partido. Algunos, como Brown, dejan el plato intacto. El defensor nunca cena después de jugar, es la hora en que le bajan los nervios y es la hora, también, en que le confía a dos periodistas de *Sólo Fútbol*, Roberto Leto y Juan Manuel Pons —según publicará la revista en la sección llamada *Sólo dialoguitos*—: «Y bueno, ahora tendré que pagarle la apuesta a este genio: ¿Podés creer que Diego había dicho antes del partido que ganábamos 2 a 1 y él hacía los dos goles?», una frase —y una apuesta— que sin embargo, treinta años después, Brown no recuerda.

En «Mi viejo» los jugadores cantan «Argentina va a salir campeón, se lo dedicamos a todos la reputa madre que lo reparió», se renuevan los insultos a O'Reilly y se arremete contra los panqueques, «los que se dieron vuelta». Alguien se preocupa por Passarella y otro pide un brindis a su salud. En una de las paredes hay un televisor. La televisión mexicana empieza a repetir el partido y las miradas confluyen al Argentina-Inglaterra.

—Estábamos en lo de Cremasco, pasan el partido y justo llega el primer gol —recuerda Ruggeri—. Le preguntamos a Diego si fue con la mano o no y él nos decía que no, «qué mano, si yo cabeceé». Nosotros dudábamos, porque no había tantas repeticiones como ahora, y él nos decía que no. Como nos vio a todos dudando, se dijo: «Listo, que sigan dudando».

Bilardo llega al restaurante desde Puebla tras haber visto el triunfo de Bélgica por penales y saluda al plantel con un mensaje optimista: «Prepárense, muchachos, porque ya estamos en la final del mundo». Es fácil imaginar al técnico restregándose las manos a la altura de su pecho, como posa en todas las fotos, un tic que incorporó después de que su mujer se enojara porque en una revista había aparecido abrazado a una chica.

En esa cofradía de felicidad, y a la hora de los postres, Ruggeri aprovecha para intentar cobrarle al técnico una apuesta que habían hecho antes del partido. Bilardo le había prometido 2 mil dólares si Lineker, el delantero al que debía marcar, no convertía goles.

«Los 2 mil dólares que le prometí a Ruggeri tenían mucho de broma —explicó el técnico en *La Nación* del 24 de junio—. Pero él se lo creyó y, cuando terminó el partido, me los reclamó. Entonces me dije: “Bueno, Carlos, hiciste un chiste, ahora pagalo”. Hasta que alguien me dijo que el gol de ellos lo había hecho Lineker. Fijate la tensión que ni él ni yo nos habíamos dado cuenta de qué jugador inglés había convertido el gol.»

En el regreso a la concentración, los jugadores se dividen en grupos.

—Esa noche, los que nos conocíamos de Independiente, Burruchaga, Clausen,

Bochini y yo —recuerda Giusti—, nos juntamos en una habitación. Bochini dijo que el primer gol había sido con la mano, que estaba seguro. Hasta entonces no me había dado cuenta.

—Yo golpeaba las puertas de las habitaciones, y no había nadie —recuerda Molina, el masajista—. La mayoría estaba en la pieza de Diego, todos tirados, contando las anécdotas del partido, y ahí soltó lo del primer gol: «Hijos de puta, yo miraba para atrás, para que vinieran a saludarme, y no venía nadie», dijo. Le pregunté a Diego si quería que lo masajeara y me dijo: «No, Molinita, hoy no: estamos disfrutando, no hay masajes».

En ese clima distendido, los jugadores vuelven a encender el televisor y sintonizan un programa, «Los protagonistas», en el que una leyenda del fútbol mexicano, Ignacio Trelles —ex entrenador de la selección de México—, le resta valor al segundo gol. «La culpa es de los jugadores ingleses», dice. Maradona estalla.

«Lo vi y me quería morir, casi rompo el televisor —dirá el martes 24 en *La Nación*—. Yo no quiero que me digan que fue un golazo, pero para ese señor fue todo error de los rivales, como que yo no había hecho nada. En fin, hay que oír cada disparate.»

—Ese programa lo conducía un periodista famoso en México, José Ramón Fernández —dice Sergio Cabado, uno de los hinchas argentinos residentes en el Distrito Federal que, por la tarde, había estado en el Azteca—. Cuando Trelles dice que el segundo gol no había sido tanta cosa, que le tenía que haber pasado la pelota a Valdano, yo estaba con otro argentino y nos enojamos tanto que conseguimos el teléfono del programa y lo llamamos para reputarlo. Pero el viejo —que en 2015 cumplió 99 años— nos atendió y nos dio cosa, así que fuimos más amables. «Don Trelles, ¿cómo puede decir que no fue un golazo? Para eso no vaya al programa», le dijimos, y el tipo reconoció que se había equivocado.

De todos los protagonistas que el 22 de junio de 1986 cumplen un rol secundario, pero que confluyen para construir la mitología, el más anónimo es Héctor Rebasti. Treinta años después, Rebasti sigue siendo tan invisible que prefirió que no nos viéramos.

—Prefiero charlar por teléfono porque cuando hablo del tema me pasa esto, me pongo así —se disculpa al otro lado de la línea, desde su casa al oeste del Gran Buenos Aires, y su «me pasa esto, me pongo así» es un discurso entrecortado por las lágrimas.

El 22 de junio de 1986, Rebasti no festeja el triunfo de Argentina en México sino en Buenos Aires, enfrente de un televisor. Su nombre no figura en ninguna crónica. Nunca jugó en la selección. Tampoco en Primera. Consultarlo no estaba en mis previsiones originales. A este hombre al que no vi llegué a partir de terceros: la cadena de entrevistados en la que alguien te pasa un nuevo teléfono y te sugiere: «¿Por qué no llamás a fulano?».

En parte, la historia de Rebasti es ordinaria, común a la de millones de argentinos: desde las tres de la tarde de Buenos Aires, y después del almuerzo familiar, mira el partido en su casa de San Antonio de Padua. La diferencia es que Rebasti está cosido al Argentina-Inglaterra por dos cicatrices: Rebasti fue futbolista y soldado. Había atajado en las inferiores de San Lorenzo y se entrenaba en el plantel profesional de Huracán cuando, en abril de 1982, pasó a ser uno de los 9.804 soldados desplazados a Malvinas. La guerra le arruinó la carrera. No solo la carrera.

Rebasti nació en un mal año para nacer en Argentina: 1962. Un sorteo sin fortuna lo convocó al servicio militar obligatorio en 1981, con 19 años. La recuperación de las islas ocurrió en abril de 1982 y los jóvenes que habían terminado el servicio militar el año anterior tuvieron que volver a los cuarteles. Muchos de ellos, volaron una semana después hacia Malvinas. Rebasti fue uno de los doce jóvenes que —desde las inferiores de clubes de Primera División o en las categorías del ascenso— fueron arrancados al fútbol para combatir.

Cada tanto, en Internet se reproducen videos caseros editados por fanáticos. Procuran una apología patriótica: la imagen de Maradona eludiendo ingleses en el verano mexicano se funde con soldados vestidos de chaqueta verde oliva en el invierno austral. Algunos conscriptos portan fusiles, otros se ríen nerviosamente, todos son anónimos: nunca sabremos sus nombres. Para los miles que sobrevivieron, haber pasado 74 días en condiciones inhumanas será un recuerdo espantoso, imborrable. Cuando se habla de Argentina-Inglaterra como una revancha con botines, los destinatarios de la ofrenda suelen ser «los chicos que pelearon en la guerra», pero es una referencia genérica: ¿cuáles son sus caras, cómo son sus historias? Rebasti es una de ellas.

—Ese partido para mí fue un psicólogo, una descarga emocional impresionante

—dice Rebasti—. Yo no lo viví solo como el triunfo de Argentina, sino también como el triunfo de la clase 62. En las inferiores de San Lorenzo, en la Quinta División, le atajé un penal a Ruggeri. Jugué muchas veces contra Tapia, que estaba en River y era un fenómeno. También contra Batista. Burruchaga era otro de mi clase. Yo creo que Burru, Oscar, Tapia y el Checho jugaron contra los ingleses igual que si hubiera jugado yo. A muerte.

La clase 62 es una referencia desapercibida del 22 de junio de 1986. Un eslabón invisible. De todos los jugadores que se despertaron en la concentración del América, repitieron el ritual de las cábalas, apuraron el desayuno, escucharon la charla técnica, viajaron cantando al Azteca, entraron al campo de juego a los gritos para intimidar a los ingleses y cantaron el himno, seis habían nacido en 1962. Todos ellos —Burruchaga, Enrique, Batista, Ruggeri —titulares—, Tapia —que entró en el segundo tiempo— y Clausen —que se quedó en el banco de suplentes—, podrían haber sido Rebasti. Pero un día eludieron la ruta que los habría llevado a Malvinas.

—De la colimba me salvé por número bajo en el sorteo: me tocó el 256 —dice Batista, en referencia al servicio militar que sería obligatorio hasta 1994—. Estaba volviendo de Japón, en un viaje con las inferiores de Argentinos Juniors, en 1980, y lo primero que pregunté cuando llegué a Ezeiza fue qué número me había tocado. Estaba desesperado.

—Zafé por número bajo: me tocó el 221 —dice Enrique—. Si no, tendría que haber hecho la colimba en 1981 y en el 82 viajaba a las Malvinas. Yo jugaba en Lanús, en la C: el fútbol no me habría salvado. El sorteo lo escuché con mis viejos. No sabés los nervios.

—A mí me salvó el fútbol —dice Burruchaga—. Jugaba en Arsenal, en la B, y al principio tuve que hacer la colimba: me cortaron el pelo y me mandaron a Campo de Mayo. A las tres semanas me dejaron salir, pero con la condición de que volviera todas las mañanas. Cuando llegó la guerra de Malvinas, ya había pasado a Independiente. Un viernes teníamos que jugar contra Unión y mi hermano vino con un telegrama. Era terrible. Decía que debía presentarme al otro día en el Regimiento de Patricios. Fue el cagazo más grande de mi vida. Llegué y desde lejos veía que estaba lleno de camiones, de pibes y de padres llorando, y yo cada vez caminaba más despacio. Ya era más o menos conocido, jugaba en Primera, pero el jefe me explicó que era un soldado de la patria y que estaría a disposición. Me volvieron a cortar el pelo y tuve que volver todos los días para firmar que estaba a disposición. Así varias semanas. ¿Sabés la cantidad de veces que pensé que podía viajar a las Malvinas? Después de la guerra, seguí yendo tres semanas al Regimiento, hasta que nos dieron la baja, y en ese tiempo nos preguntábamos con los otros conscriptos: «¿Te acordás de fulano?, murió». «¿Y te acordás del otro? También murió».

—Yo me salvé gracias al fútbol —dice Clausen—. Había llegado a Independiente en 1979 y debuté en 1980, así que ni siquiera hice servicio militar. En el club me hicieron zafar.

—Cuando comenzó la guerra, yo hacía el servicio militar en Ramos Mejía —dice Tapia—. Podría haber sido uno de los tantos chicos que viajaron a Malvinas, pero no lo hice porque tenía el privilegio de estar en la Primera de River. En el regimiento estaba en la parte de oficinas y coroneles, pero veía cómo los chicos subían a los camiones y se iban. Era una cosa muy fuerte. Por eso el festejo de ese partido, de ganarle a Inglaterra, fue inolvidable.

En el otro extremo de la clase 62, hubo doce colegas sin una trayectoria reconocida ni un número bajo en el sorteo que los salvara. Cuando los militares comenzaron a reclutar jóvenes para llevarlos a las Malvinas, en abril de 1982, jugar en las inferiores o en las categorías del Ascenso no actuó como salvoconducto. Las biografías deportivas de esos doce —que paradójicamente podrían formar un equipo — quedaron interrumpidas. El caso que los medios suelen citar cuando se vincula a las Malvinas con el fútbol es el de Omar De Felippe, entonces defensor de Huracán —y en la actualidad uno de los técnicos más valorados del mercado—, pero no es el único. Rebasti, por ejemplo, fue compañero suyo en Huracán y en las trincheras de Malvinas. Javier Dolard, delantero, había jugado con Ruggeri en la Cuarta de Boca: uno enfrentaría a Inglaterra con un fusil y otro con una pelota. Juan Colombo era delantero de Estudiantes de La Plata, Gustavo De Luca tiraba paredes con Tapia en las inferiores de River, Héctor Cuceli era mediocampista en la Tercera de San Lorenzo, Sergio Pantano hacía goles en Talleres de Remedios de Escalada, Raúl Correa era defensor en Corrientes, Luis Escobedo cerraba laterales en Los Andes, Julio Vázquez se raspaba las rodillas en las canchas de la D con Centro Español, Claudio Petruzzi era arquero en las juveniles de Rosario Central y Edgardo Esteban había tenido experiencia en las inferiores de San Lorenzo y de Argentinos. Todos ellos viajaron a Malvinas, ninguno a México.

—Mis viejos recién habían comprado un televisor color y el día del partido con Inglaterra nos reunimos con amigos en casa —dice Rebasti—. Los futbolistas somos competitivos en todo: yo también lo había sido en la guerra. Cuando cayó Puerto Argentino, con otros compañeros seguimos peleando: dos de ellos murieron por no querer rendirnos. Esa derrota me afectó mucho, me sentí culpable, y el partido contra Inglaterra lo viví como agua fresca, como otra oportunidad, como si estuviera otra vez en la guerra. Miraba el partido y me sentía en combate. Si hubiese estado en la cancha, habría terminado preso. Fijate que hubo piñas en las tribunas, y fue entre hinchas comunes. Imaginate yo.

Con algunos de los doce futbolistas-soldados hablé, por teléfono o en sus casas, de ese parentesco tan disparatado —pero al mismo tiempo tan aludido— entre Malvinas y el Azteca. Me contaron de Malvinas, me contaron cómo habían tenido que disparar morteros y metralhas, y cómo la noche se hacía de día cuando los ingleses lanzaban bengalas, y cómo disparaban sin saber si habían matado.

—Yo jugaba en Los Andes y tuve que hacer la colimba en 1981 —recuerda Luis Escobedo, por teléfono—. En el club había un tipo que decían que te podía salvar

pero me cagaron. A comienzos de 1982 volví a Los Andes y arranqué en la Tercera para recuperar ritmo. El 2 de abril, un viernes, comenzó la guerra y el torneo siguió como si nada. El sábado 10 jugamos contra San Lorenzo, al día siguiente compré el diario y leí que la Décima Brigada de Palermo, la mía, debía presentarse. Llamé y me dijeron que era el único que faltaba. El jueves siguiente aterricé en Malvinas.

—Ese sábado 10 de abril de 1982 jugué para Centro Español, en la Primera D, contra Central Ballester, y al otro día tuve que presentarme en el Ejército. A los pocos días ya estaba en Malvinas —dice Vázquez.

—Yo estaba en la Reserva de River con muchos chicos que después debutarían en Primera, como Goycochea, Gorosito y Tapia, que también jugaría contra Inglaterra en México —recuerda De Luca en la cocina de su casa de Martínez, mientras el televisor, sin volumen, transmite un partido de la Copa Libertadores 2015—. En 1981, tuve que hacer el servicio militar y al menos River me acomodó un poco en el Regimiento de La Tablada. Empezó 1982 y volví al club para tratar de llegar a Primera, pero al mes comenzó la guerra. Le pregunté a un teniente si podía zafar. Teníamos buena relación, le daba entradas para el Monumental, pero me dijo que no podía hacer nada. A los pocos días nos subieron a un avión y viajamos como vacas. Pensábamos que íbamos a Comodoro Rivadavia pero bajamos en Malvinas.

—Hacía un frío increíble, llovía siempre, el piso estaba lleno de hielo, vivíamos en pozos llenos de agua —me dijo De Felipe en febrero de 1998 durante una entrevista para *Clarín* en su casa de Villa Madero—. Una vez encontramos galletitas con caca de ratas. Se la sacamos y las comimos. Yo tenía 19 años. La guerra te mata psicológicamente. Es imposible de soportar. Solo pensaba en qué momento me iban a matar. Al principio todos estuvimos más o menos lúcidos, pero después muchos quedaron petrificados, destruidos, con la vista perdida. No se movían, no hablaban, no comían, no dormían. La noche anterior a la rendición, cuando atacaron los ingleses, vi morir a muchos chicos en la lucha cuerpo a cuerpo. Morían al lado mío, a dos metros. Con el resto de los soldados decíamos la puta madre y listo, seguíamos.

—Los ingleses primero te hacían un trabajo psicológico: bombardeaban todas las noches desde los barcos —dice De Luca—. Yo estaba en una trinchera en la playa: tenía que cavar hasta el pecho, o sea que vivía en el fango. Nos cagábamos de frío y hambre, y empezamos a robar casas en Puerto Argentino para llevarnos azúcar, sal, frazadas, almohadas. Un muchacho de mi compañía se tiró en una cama y explotó, voló en pedacitos: habían dejado una trampa cazabobo. Después los militares estaquearon a un compañero, nosotros lo soltamos y los jefes empezaron a tirarnos trompadas. También matamos a una vaca. Nos habían dicho que no la tocáramos, que era propiedad privada, pero preferíamos el consejo de guerra antes que seguir con hambre. Nos duró ocho días, la cocinamos a la llama. Lo más duro fueron los últimos cuatro días, ahí ya era todos contra todos. Me agarraron las esquirlas de una bomba y por la onda expansiva salí volando. Caí como una araña.

Durante la guerra, en el continente, la simbiosis entre el fútbol y la patria

funcionaba en su esplendor. Oleadas de sentimiento patriótico atravesaban los estadios de Buenos Aires, el himno argentino sonaba antes de los partidos y River y Boca decían estar dispuestos a organizar un superclásico amistoso en las Malvinas para elevar la moral de los soldados. La selección era vista como un ejército deportivo que generaba unanimidad: su participación en el Mundial de España 82 nunca estuvo en duda.

«Lo hemos conversado mucho con los muchachos y lo que podemos aportar desde allá es jugar lo mejor posible para alegrar a nuestros soldados», dijo Maradona al arribar a España —según reconstruye *Vivir en los medios*, de Leandro Zanoni (Marea, 2006)—, en tanto Menotti decía ante la prensa extranjera que estaba orgulloso de que en Argentina «se presente una unidad nacional» y que «por primera vez se plantee una lucha abierta contra el colonialismo y el imperialismo que ha sojuzgado permanentemente a América Latina».

Cinco de los 22 futbolistas que enfrentaron a los ingleses en México 86, Maradona, Valdano, Passarella, Pumpido y Olarticoechea, habían vivido en el Mundial de España esa experiencia bipolar.

«Cuando subimos al avión para el Mundial de España nos dieron una serie de instrucciones sobre lo que teníamos que decir en el caso de que nos preguntaran por las Malvinas —recordó Valdano en *Esto (también) es fútbol de selección*—. Decidí preguntarle a Menotti qué tipo de relevancia debíamos darle a ese documento, si eran respuestas obligatorias o si, en caso de contestar algo diferente, podríamos ser acusados de traición a la patria. César me dijo: “Nada es más importante de lo que diga su conciencia, así que conteste lo que crea conveniente”.»

—La guerra del 82 la vivimos en España y fue angustiante —dice Olarticoechea—. No es que nos estábamos divirtiendo, porque estábamos jugando al fútbol, y ese es nuestro trabajo, pero sí había chicos que estaban en la guerra, y eran chicos más chicos que yo, que nací en 1958. La noticia del hundimiento del crucero General Belgrano llegó primero a España que a Argentina.

—Estábamos pendientes de qué publicaban los diarios españoles —recuerda Pumpido—. Era muy duro porque esos diarios sabían más de lo que se informaba en Argentina. Entonces llamábamos a nuestras familiares y les decíamos: «Miren que acá dicen otra cosa, que estamos perdiendo la guerra».

—El ambiente estaba cargado —recordó Ardiles, que durante el Mundial 82 todavía no sabía que un primo suyo había muerto en la guerra (José Leónidas, piloto de la Fuerza Aérea), en *El País*, en 2011—. Una mañana convencí a Maradona de hacer una escapada turística y visitar una iglesia cerca de Villajoyosa, en Alicante. Cuando los guardias de la concentración se dieron cuenta de que faltábamos, se activaron todas las alarmas. Había rumores sobre una posible acción armada o un secuestro por parte de los SAS —fuerzas especiales del ejército británico— contra la selección. Diego estaba en misa, conmigo, viendo a un montón de niños hacer la primera comunión, cuando de repente entraron tipos vestidos de traje y anteojos

oscuros suspirando porque nos habían encontrado.

Una final Argentina-Inglaterra en el Mundial 82 hubiera sido un serio problema para los relatores que, como en el caso de Juan Carlos Morales, de radio Rivadavia, tenían prohibido nombrar a los británicos. Así le ocurrió en un Alemania-Inglaterra de segunda fase.

—Llegamos al estadio para transmitir de manera normal pero en eso nos llamó la producción desde Buenos Aires para decir que no podíamos nombrar a Inglaterra —recuerda Morales, desde Mar Del Plata, y no puede evitar reírse—. «Para eso no lo relatemos», les dije, pero me respondieron que estaba pautado. Entonces me la pasé diciendo «atacan los rivales de Alemania», o «el equipo de rojo», o «el equipo de Kevin Keegan». Tal vez incluso se me escapó un «piratas». Fue inentendible esa transmisión, una cosa insoportable, ilógica.

Pocos recuerdan que, en verdad, Argentina-Inglaterra se enfrentaron en el Mundial 82, pero no en el de fútbol sino en el de *hockey* sobre patines, en Portugal. Fue el 1.º de mayo, en plena guerra —el día en que moriría el primo de Ardiles—, y debe ser la mayor hipóbole nacionalista aplicada al deporte: los jugadores argentinos tenían prohibido saludar a los ingleses y efectuar intercambios de banderines y camisetas. Uno de ellos, Mario Agüero, desobedeció a medias y lo pagó.

—Ellos también tenían prohibido cambiar camisetas pero, para mí, no saludar era una estupidez —dice Agüero desde San Juan, por teléfono—. Entrando a la cancha un inglés me estiró la mano y yo no lo dejé pagando, lo saludé. Durante el partido, choqué contra uno de ellos y se cayó al piso. Desde abajo me alzó la mano, así que lo ayudé a levantarse y nos dimos un par de palmadas en la espalda. Después, en el vestuario, un dirigente me retó por eso. El tipo nos había dicho que teníamos que aplastar a los ingleses, que teníamos que matarlos.

El debut de la selección de fútbol en el Mundial de España 82 ocurrió en simultáneo con la batalla final en Malvinas. La selección enfrentó a Bélgica, en Barcelona, el domingo 13 de junio. Si los canales de televisión hubiesen dividido la pantalla en dos, en una mitad habrían transmitido el comienzo de la Copa del Mundo y en la otra, el final de la guerra. La última ofensiva inglesa en el Atlántico Sur comenzó a las 2:50 del sábado 12, continuó el fin de semana y se intensificó el domingo 13 desde las 22:30. Los argentinos cedieron primero los alrededores de Puerto Argentino, resistieron en inferioridad de condiciones durante la noche y se rindieron al mediodía siguiente, el lunes 14 de junio. Muchos soldados recuerdan cómo consiguieron una radio en medio de las bombas y sintonizaron el relato de José María Muñoz desde Barcelona. El fútbol los devolvió a la normalidad, al menos durante un rato: eran chicos de 19 años, futboleros, escuchando un Mundial.

—El partido contra Bélgica lo escuché por radio en medio de una trinchera, cuando de repente cayó una bomba —me contó Correa, defensor de la época dorada de Mandiyú, en marzo de 2013 en Corrientes, durante una entrevista para *TyC Sports*—. Sentimos el cimbronazo y salí del pozo a mirar si le había pasado algo a alguien.

Cayó cerca, no nos afectó, pero cambiamos de posición y apagamos la radio. Teníamos miedo de que el satélite nos delatara.

—Recuerdo que un compañero mío escuchaba ese partido contra Bélgica. Yo estaba a su lado, en la misma trinchera —dice Escobedo—. Tenía una radio chiquita, como una Spika.

—Después de la rendición, los ingleses nos llevaron al continente en el transatlántico Canberra —dice De Felipe—. Nos trataron bien, nos sirvieron comida caliente, y al lado del menú nos dieron los resultados del Mundial. Argentina le había ganado 4 a 1 a Hungría en su segundo partido en España 82.

Algunos de los doce futbolistas-soldados, no solo De Felipe, pudieron retomar sus carreras: De Luca jugó Copas Libertadores para Colo Colo de Chile, Escobedo saltó a la Primera División con Vélez y Belgrano, Correa visitó el Monumental con la camiseta de Mandiyú y Pantano fue figura del ascenso de Talleres de la C a la B, en 1983. Otros futbolistas-veteranos de guerra, en cambio, no volvieron a jugar. Por ejemplo Rebasti, que no debutaría en Primera. Tabaco, alcohol, confusiones. «Te ponen la cabeza en una licuadora y te la baten. Tenés las ideas cruzadas», recuerda el ex arquero de San Lorenzo y Huracán.

—Cuando Diego hizo el gol con la mano contra los ingleses, sentí que recuperaba la patria —dice—. Y cuando hizo el segundo, ya no pude parar de abrazar a mis viejos y mis hermanos. Sentía oxígeno. Al fin respiraba aire puro. Terminó el partido y estuve dos horas sin parar de llorar. De alegría, de cosas encontradas, de acordarme de mis amigos que no estaban más. Maradona fue un argentino que entendió la guerra que habíamos pasado. Por eso, para mí, es Dios. Después del partido sentí que estaba y que no estaba en la realidad. Que había vuelto a las Malvinas, a 1982, que recuperaba la patria. Con el llanto me sacaba la culpa. El partido fue mi descarga. Me puso en eje. Me tranquilizó. Sentí paz, ganas de abrazar. A los jugadores les debo mucho. Me sacaron un peso de encima.

—Yo quería ganar —dice Giusti— no solamente porque era un partido de fútbol. La palabra revancha no sé si es adecuada, pero como que uno estaba haciendo algo para los muchachos que estuvieron peleando, ¿entendés? Digamos que ganándoles a los ingleses era como algo para los muchachos que estuvieron en Malvinas. Como decir, bueno, les pudimos ganar a estos hijos de putas, viste, en el término futbolero.

—Lo que es una exageración es que nos hayan dicho «héroes» —dice Olarticoechea—. Yo tengo amigos de Saladillo que combatieron y desde el lugar de ellos pensaría: «Estos tipos jugaban a la pelota mientras a nosotros nos cagaban a tiros». Héroes fueron los chicos de Malvinas.

Con el paso de los años, ya al borde del retiro o como ex jugador, Maradona enfatizaría la arista bélica del 22 de junio de 1986. Cuando la biología empezó a hacerle difícil la construcción de épica con las piernas, Maradona comenzó a alimentar la leyenda del Azteca con palabras, como si le pusiera subtítulos a su obra, y entonces dijo que «vencimos a un país», y que «en nuestra piel estaba el dolor de

todos los pibes que habían muerto», y que «sentimentalmente hice culpables a los jugadores ingleses de lo que había sucedido» y que «esto era recuperar algo de las Malvinas», y que «estábamos defendiendo nuestra bandera, a los pibes muertos, a los sobrevivientes».

Una semana después del triunfo contra Inglaterra, el domingo 29 de junio de 1986, Maradona y los suyos terminaron de perpetuar su obra ganando el Mundial de México. Al triunfo 2-0 contra Bélgica en semifinales —con otros dos goles que la nueva majestad del fútbol convirtió en el mismo arco del Azteca— le siguió la victoria 3-2 ante Alemania en la final. El lunes 30 de junio el país salió a la calle para recibir con devoción a los mismos jugadores a los que había ignorado dos meses y medio atrás, en su solitaria partida hacia México. Ese lunes, la selección tardó siete horas en cubrir un trayecto que suele hacerse en una, desde el aeropuerto de Ezeiza hasta la Casa Rosada. Los futbolistas salieron al balcón de la Casa de Gobierno y mostraron la Copa del Mundo a la multitud que llenaba la Plaza de Mayo. La imagen sería eterna. La alegría, no. Los nuevos campeones comprobarían muy pronto que el éxito no inmuniza.

En octubre de 1986, tres meses y medio después de haberle ganado a Inglaterra y de ser campeón del mundo, y a pocos días de que Cristina Sinagra, una chica napolitana con la que había tenido una relación durante un *impasse* con Claudia, anunciara que había dado a luz un hijo suyo, Maradona le dijo a *El Gráfico*: «Yo sufro, sufro terriblemente, me destruyo y no soy capaz de salir adelante. Es el peor momento de mi carrera. Estoy muy mal [...] Hace 15 días que no puedo dormir, esta historia inventada del chico me hizo perder el sueño». El costado invicto tampoco les duraría mucho a los demás: lesiones crónicas (Enrique), laceraciones insólitas (el dedo de Pumpido), operaciones encadenadas (Burruchaga), muertes tempranas (Cuciuffo) y traiciones múltiples afectaron a varios. En los años por venir quedaría en evidencia que el éxito no mejora las relaciones humanas. Que incluso puede empeorarlas. Como si el virus del conflicto se hubiera incubado en México, todos se enfrentaron contra todos en las décadas siguientes. Apenas tres meses después del Mundial, Passarella pasó factura por su desastrosa experiencia: «El técnico de la selección fue Grondona», dijo en *El Gráfico* para desprestigiar a Bilardo, al tiempo en que empezó a criticar al cuerpo médico por su supuesta ineficacia. En enero de 1987, Ruggeri prepoteó a Bochini en mitad de cancha, durante un River-Independiente, al grito de «sos un alcahuete de los dirigentes», en épocas en las que los jugadores que habían ganado el Mundial de México negociaban con el presidente de la AFA para acelerar el cobro de los premios. Maradona, finalmente, se peleó con casi todos sus compañeros. Con Bilardo, en 1993, se agarró a trompadas en Sevilla. Con Passarella tuvo varios enfrentamientos; con Grondona, discusiones y reconciliaciones cíclicas. De Ruggeri dijo en 1991: «Le toma la leche al gato». De Valdano, en 2009: «Tiene más mentiras que el truco». A Batista lo acusó, cuando el Checho era técnico de la selección en 2011, de pedir coimas a los jugadores. Y en 2008 trató de «muy putos» a varios de sus compañeros del 86 que habían opinado (Giusti, Burruchaga, Olarticoechea) sobre un supuesto pedido de disculpas suyo a

Shilton, luego desmentido. Bilardo y Menotti siguieron lanzándose dardos. América TV les ofreció hacer un debate en 1992, pagándole 500 mil dólares a cada uno, y ni aun así aceptaron.

Pero el 22 de junio de 1986 siempre se mantuvo incólume, como un globo aerostático de felicidad futbolística que sobrevuela, sin menoscabarse, por encima de todas esas peleas y debilidades terrenales.

Muchos años después de aquel mediodía en el Azteca, en 2008, un empresario inglés quiso reeditar el partido.

—Era un muchacho que quería hacer la revancha con los mismos futbolistas, ya veteranos, y que se jugara en Inglaterra —me dijo Marcela Mora y Araujo, periodista argentina que trabaja en Londres desde hace años, durante una visita a Buenos Aires—. Algunos jugadores se entusiasmaron enseguida, como Ruggeri y Shilton. También Bilardo. Hasta se pretendía que el partido actuara como la reconciliación entre Shilton y Maradona. El representante del arquero me llamaba para decirme que estaba muy interesado. Otros futbolistas dijeron de entrada que ni locos iban a aceptar, como Lineker y Valdano. Al final quedó en la nada. Pero siempre me acuerdo de la frase que me dijo un holandés, que no tenía ninguna relación con el fútbol y al que nunca volví a ver:

—¿Qué frase? —le pregunté.

—El único milagro del siglo xx sucedió en ese partido. Y fue el segundo gol de Maradona.

Pero quizá, pensé después, el único milagro del siglo xx no fue ese gol.

Quizás el único milagro del siglo xx fue el partido entero.

Agradecimientos

Más de tres años después de la piedra fundacional (en diciembre de 2012 imaginé un libro sobre México 86, o sea sobre el Mundial de mi infancia, y semanas más tarde decidí circunscribirlo a Argentina-Inglaterra, o sea al partido de mi infancia), hay mucha gente a la que quiero agradecerle su colaboración, compañía y aliento. Fue como si saludaran al costado del camino: hicieron un poco menos solitaria esta aventura.

A Estefi, mi compañera, por las horas y horas y horas (fines de semana y parte de las vacaciones incluidas) dedicadas a este proyecto.

A Leila Guerriero, gracias totales, primero por la confianza en aquel correo electrónico de abril de 2014, y desde entonces por el trabajo a su lado: meses de aprendizaje invaluable.

A quienes dieron una primera opinión, en medio del desierto, y soportaron aquellos borradores: Marcelo Rodríguez, Emiliano Goggia, Fernando Vergara y Matías Bauso.

A los amigos y colegas que ofrecieron sus casas para utilizarlas como redacción —y que siempre están ahí—: Eduardo García Barassi, Emilse Pizarro, Andrés Eliceche, Juan Ignacio Pereyra e Irene Caselli.

A Ezequiel Fernández Moores y Alejandro Wall, por haber estado, por estar, segundo a segundo.

A Hernán Campaniello, por sus entrevistas en francés; a Antonio Moschella, por sus entrevistas en italiano; a Camilo Francka, por sus traducciones del inglés; a Tomás Rudich, por el testimonio de Menotti; y a Lautaro Torres, por su puntillosidad en el trabajo.

Al amplio grupo de periodistas, y no periodistas, que durante este tiempo aportó datos, links, contactos, teléfonos y bibliografía, un grupo simbólicamente capitaneado por Oscar Barnade y Diego Borinsky, siempre generosos, siempre dispuestos: Marcela Mora y Araujo, Mariano López, Alejandro Varsky, Juan Manuel Sodo, Diego Torres, Roberto Martínez, Rodolfo Chisleanschi, Pierre Boisson, Ian Hawkey, Martín Sánchez, Gustavo Flores, Fernando Blanco, Javier Valli, Víctor Tujschinaider, Pablo González, Julián Capasso, José D'Amato, César Francis, Jorge Viale, Guido Bercovich, Santiago Blugermann, Emiliano Glavina, Gabriel Luna, Marcelo Rosasco, Carlos Méndez, Santiago Llach, Leo Noli, Rodolfo Casen, Alan Gorzalczany, Neil Clack, Federico Bassahún, Nacho Fusco, Sebastián García Uldry, Joel Gentil, Matías Naccarato, Pini Morente, Nicolás Distasio, Martín Arévalo, Hernán Giralt, Gonzalo Bini, Andrea Sosa Cabrios, Juan Ignacio Ceballos, Guido Glait, Ariel Cukierkorn, Jorge Rinaldi, Marcos Vázquez, Miguel Ángel Vicente, Juan José Panno, Mariano Dayan, Leonardo Torresi, Elías Perugino, Martín Mazur, Ariel Scher, Sebastián Simmons, Carlos Carpaneto, Pancho Jáuregui, Fabio Cavaliere, Bozhidar Kartunov, Hermes Solano, Javier Sinay, Barbara Bardadyn, Lucas Ottolini, Lasana Liburd,

Viviana Mastonardi, José Curiotto, Carlos Darío Santos y a todos los que estoy olvidando.

A mis jefes y compañeros de trabajo que sobrellevaron mi energía puesta en este libro, en especial Marcelo Gantman, Gonzalo Bonadeo, Martín Vara y Gustavo Massey.

A todos los entrevistados —futbolistas, entrenadores, auxiliares, periodistas e hinchas, en charlas personales, por teléfono o correo electrónico— que aportaron su tiempo, sus recuerdos y su confianza.

A Paola Lucantis y Nacho Iraola, por este espacio.



ANDRÉS BURGO. Es periodista especializado en deportes. Tiene 41 años. Escribió *Ser de River en las buenas y en las malas* (2011). También fue coautor de otros dos libros: *El último Maradona. Cuando a Diego le cortaron las piernas* (2014), con Alejandro Wall; y *Diego dijo. Las mejores mil frases de la carrera del 10* (2006), con Marcelo Gantman. Escribió en diversos diarios y revistas de la Argentina y Latinoamérica. En los últimos años trabajó en TyC Sports y Vorterix, en donde fue encargado de la sección «Burgo sin ese».